

LISA UNGER

BAJO
MI
PIEL

RBA

LISA UNGER

**BAJO
MI
PIEL**

Traducción de
Ana Herrera

RBA

PARA CONNIE, DONNA Y PAT, FIELES LECTORAS
QUE SE HAN CONVERTIDO EN AMIGAS.
VUESTRO APOYO SIGNIFICA MÁS DE LO QUE IMAGINÁIS.

PRÓLOGO

A mí me gusta. Mucho.

Pero...

Siempre hay un pero, ¿verdad?

Él habla y yo tendría que escucharlo. Pero no lo escucho. ¿Se da cuenta él de que estoy dispersa, distraída? Lo dudo. Él no parece especialmente observador, tiene ese aire que adopta la gente ahora, como si estuvieran exhibiéndose, como si el momento fuese «visto», en lugar de «vivido». Mira a su alrededor mientras habla. Levanta la vista hacia las pantallas de los televisores del bar, que están todos enmudecidos, todos ofreciendo diferentes acontecimientos deportivos. Al teléfono que está a su lado, oscuro. Luego, me mira a mí, y de nuevo mira hacia la mesa escandalosa que tenemos al lado, gente tomando algo después del trabajo, supongo, por los trajes ya algo arrugados y los ojos rojos.

Me empapo en sus detalles: su pelo negro como la tinta, muy espeso (cualquier chica mataría por tener un pelo así); la barba de varios días que le sombrea la mandíbula, solo lo suficiente: sexi, no descuidada, con estilo, no con falta de aseo; su cuerpo tonificado en el gimnasio. Bajo los pliegues de su camisa Oxford color lavanda, los abdominales marcados, los hombros redondos, bien trabajados.

Si tuviera una cámara en la mano, no un smartphone sino una cámara de verdad, digamos una Hasselblad X1D de sistema compacto con objetivos intercambiables, ergonómica, ligera, al estilo antiguo, con las tripas de alta tecnología, lo miraría a través de la lente e intentaría averiguar el momento en que se revelase a sí mismo, en que los músculos de su rostro se relajasen y su máscara cayese, aunque fuera solo por un milisegundo. Y entonces lo vería. El hombre que es «de verdad», cuando sale del escenario en el que se imagina que está.

Ya sabía que era guapo, que tenía estilo, que estaba en forma, antes de que accediéramos a vernos. Su perfil me decía todo eso. Trabaja en finanzas (claro, cómo no). Su libro favorito es la autobiografía de Steve Jobs (¿cómo podía ser de otra manera?). Pero ¿qué hay bajo su piel, bajo esa capa exterior cuidadosamente arreglada? ¿Bajo la máscara que se pone cada mañana... qué hay? La cámara siempre lo ve todo.

Él pasa los dedos por el borde barnizado de la mesa que nos separa, luego los une por las puntas. He leído en alguna parte que es el gesto de alguien que está muy seguro de sí mismo y de sus opiniones. Coincide. Él parece muy seguro de sí mismo, como les suele pasar a esas personas que saben muy pocas cosas.

Se ríe, con una falsa modestia, de algo que acaba de decir él mismo. Sus palabras aún están suspendidas en el aire, dice que es un adicto al trabajo. Qué alivio que solo estemos tomando una copa y no cenando. No tiene sentido perder el tiempo si la cosa no funciona, escribió. ¿Quién no estaría de acuerdo? Qué adulto. Qué razonable.

Nunca pensé que funcionaría. No podía funcionar. Porque «la cosa» no tiene nada que ver con el aspecto que tiene él. No se trata de sus ojos, negros, con pestañas gruesas, entornados. O del

arco de su boca, plena, atractiva. (Aunque podría besarlo, de todos modos. Quizá algo más. Depende). La atracción y el deseo no tienen nada que ver con lo físico: es algo químico, un rollo mental. Y mi cabeza..., bueno, digamos que ahora mismo no está muy fina.

Una mujer se ríe demasiado fuerte, realmente es como un cacareo, áspero, discordante. Me sobresalta, me dispara la adrenalina por todo el cuerpo. Examinó a la multitud. Realmente, no debería estar aquí.

—¿Nos da tiempo a tomar otra? —pregunta. Sus dientes. Qué blancos son... Perfectamente alineados. Nada en la naturaleza es tan impecable. Ortodoncia. Blanqueamiento.

El borde del vaso, frío como el hielo, bajo las yemas de mis dedos. Me lo he bebido rápido, demasiado rápido. Me he prometido a mí misma que no bebería, y menos con todo lo que está pasando. Ha sido un día muy largo, una semana larguísima. Un «año» larguísimo. El peso de todas esas cosas me está lastrando, chafando.

Tardo demasiado en responder y él frunce el ceño, un poquito nada más, mirando su teléfono. Tendría que irme. Es una locura.

—Claro —digo, por el contrario—. Una más.

Él sonríe de nuevo, cree que es buena señal.

Realmente solo quiero irme a casa, recogerme el pelo, ponerme unos pantalones de chándal, meterme en la cama. Pero no es una opción. En cuanto salga de aquí, volveré al rompecabezas que es mi vida.

—Grey Goose y soda —dice a la camarera, cuando ha conseguido que le atienda. Recuerda lo que yo bebo. Es una nimiedad, pero pocas personas prestan atención a los detalles, en estos tiempos—. Y Blanton's con hielo.

Bourbon solo, muy masculino.

—¿Hablo demasiado? —me pregunta. Parece encantadoramente avergonzado. ¿Estará fingiendo?—. Ya me lo habían dicho antes. Mi última novia, Kim, decía que parloteo mucho cuando me pongo nervioso.

Es la segunda vez que la menciona, a su «última novia, Kim». ¿Por qué?, me pregunto yo. ¿Todavía queda un rescoldo? ¿O simplemente intenta venderse en plan «alguien que ha tenido una relación»? Y eso de «última novia»... Suscita esta cuestión: ¿cuántas más habrá habido? Quizá le estoy dando demasiadas vueltas. A veces, lo hago.

—No, en absoluto.

«Soy un buscador. Quiero explorar el mundo. ¿Tú no? Me encanta aprender, cocinar, viajar. Me pierdo en un buen libro».

Eso es lo que decía en su perfil. En la foto sonreía, casi reía, con el pelo revuelto por el viento. Era una buena foto, podría haber sido de una revista incluso... Algo que resulta siempre sospechoso. Los fotógrafos conocen todos los trucos para captar la belleza, los ángulos adecuados, la luz idónea, la magia de los filtros. La verdad es que la mayoría de la gente no está «tan buena» en persona. Hasta la gente guapa de verdad tiene algún defecto: no está retocada con aerógrafo, o bellamente despeinada por el viento, con los ojos brillantes. Tienen arrugas en torno a los ojos y la boca, la nariz imperceptiblemente torcida, una cicatriz apenas visible, de la varicela o de una caída de una bici de pequeño. La gente real, auténtica, tiene una pequeña mancha del almuerzo en la corbata, quizá le cuelga algo de la nariz o tiene algo entre los dientes, alguna zona de la piel reseca, o debe comprarse urgentemente unos zapatos nuevos. Esas imperfecciones

nos hacen ser lo que somos, reflejan la verdad de nuestras vidas.

Pero hay que decir que él casi es tan guapo como la foto de su perfil. Aunque hay algo que no encaja. ¿Qué será?

No hay nada especial en mi propia foto de perfil, nada que pueda resultar engañoso, solo una foto que me tomó mi amiga Layla, que ha sido la que lo ha organizado todo. Por supuesto, es una fotógrafa con mucho talento, mi amiga más antigua, y sabe muy bien cómo sacarme. Pero no ha puesto ningún filtro ni hay trampas de Photoshop. Lo que se ve es lo que hay. Más o menos.

—¿Y tú? —me pregunta.

La camarera sirve las bebidas en nuestra mesa alta. Lleva las orejas llenas de aritos de plata, y otro en el labio. Es carnosa, pero guapa, con unos ojos de un verde precioso, que le dan un aspecto sobrenatural. Apuesto a que lee muchas novelas de fantasía adolescente. *Crepúsculo*. *Harry Potter*. *Los juegos del hambre*.

—Gracias, cari —le dice él. Acorta la palabra y la pronuncia con deje, aunque sé que nació y se crio en Nueva Jersey. Ella le sonrío, se sonroja un poco. Él es un encantador en un mar de serpientes.

Noto que él tiene una forma especial de mirar a las mujeres, una mirada cálida, una sonrisa amplia. Parece que lo ha decidido así conscientemente. Que es una técnica. Sabe que a las mujeres nos gusta que nos miren, que se fijen en nosotras los ojos masculinos. Hace que nos sintamos guapas, especiales, en un mundo en el que es muy raro sentir cualquiera de las dos cosas. Ella le sonrío entonces, sus pestañas aletean rápidamente. Le gusta. Apostaría cualquier cosa; ella lo mira de vez en cuando mientras recorre la barra de un lado a otro, entre las otras mesas altas que está sirviendo también. Aunque yo me marchara del local, estoy segura de que alguien se iría a casa con él. Los chicos guapos, encantadores, que desprenden el aroma del dinero, raramente se quedan solos.

—¿Qué quieres saber? —le pregunto, cuando se vuelve hacia mí.

Él da un sorbo de su bourbon, mira por encima de su vaso, travieso.

—En tu perfil decías que eras corredora...

¿Había puesto Layla eso en mi perfil? Layla... Esto de la cita... Todo había sido idea de ella. «Es hora de salir por ahí, chica». Sinceramente, no recuerdo lo que pusimos en el perfil.

—Sí, salgo a correr —digo—. Bueno, la verdad es que salía antes. No se puede decir que sea corredora.

—¿Cuál es la diferencia?

—Pues que corro... por ejercicio, porque me gusta, porque me calma. Pero eso no me define. No tengo ningún grupo, ni me apunto a carreras, ni viajo para hacer maratones ni nada de eso.

¿Estoy divagando?

Finalmente:

—Sí, corro, pero no soy una corredora. Y de todos modos últimamente lo hago más dentro, en el gimnasio.

Él asiente lentamente, una pantomima del hombre detallista, que sabe escuchar, mirando su vaso.

Casi le hablo de Jack entonces. Siempre lo tengo en la punta de la lengua.

«Mataron a mi marido el año pasado —quiero decir—. Lo atacaron cuando salió a correr por Riverside Park, a las cinco de la mañana. Alguien... le dio una paliza mortal. Su crimen todavía

está sin resolver. Yo tendría que haber ido con él. Quizá si hubiese ido... En fin. El caso es que ya no disfruto lo de correr como antes».

Pero él habla ahora de que empezó a correr en el instituto, que corría también en la universidad, que todavía corre, que viaja para hacer maratones, que está pensando en participar en un triatlón en México el año que viene, pero que su trabajo en finanzas... tiene unos horarios taaaan locos...

Kim tiene razón, pienso. Habla demasiado. Y no solo cuando está nervioso. Porque ahora no está nervioso, en absoluto.

Son sus uñas. Perfectas. De hecho, lleva una manicura profesional. Con unos cuadrados perfectamente recortados y brillantes en el extremo de esos dedos gruesos. Vuelve a juntar las yemas otra vez encima de la mesa, entre nosotros. Ese es el «pero». Vanidad. Es vanidoso, gasta muchísimo tiempo en sí mismo. El gimnasio, la ropa, la piel, el pelo, las uñas. Para esta noche, todo eso está bien. Pero a largo plazo, cuando llega el momento de dejar de preocuparse por uno mismo y empezar a pensar en otra persona, no va a ser capaz de hacerlo. La lente lo habría visto de inmediato.

¿Debería mencionar mi ataque de nervios, el que tuve cuando murió Jack? ¿Los días de mi vida que desaparecieron sin más? Probablemente no, ¿verdad?

El recinto está mucho más lleno ahora y es más ruidoso. Es uno de esos bares deportivos del Upper East Side, con enormes pantallas en todos los rincones que retransmiten partidos de todo el país, de todo el mundo. Está lleno de gente que ha terminado su jornada laboral, hombres que en realidad todavía son niños, con su primer trabajo, recién salidos de la facultad; chicas de cuerpo muy prieto, con el pelo teñido, engominado y trenzado, los pechos altos, que no tienen ni idea de lo que les depararán los próximos diez años, cuántas decepciones tendrán, grandes y pequeñas.

Es jueves, mañana empieza el fin de semana, así que la energía está por las nubes, y resuenan voces estentóreas. Nuestra camarera va a un lado y a otro, balanceando diestramente bandejas con vasos altos que entrechocan, espumosas jarras de cerveza, vasos de chupito con un líquido ámbar. ¿Chupitos? ¿De verdad? ¿La gente todavía toma eso?

En el fondo de mi cabeza resuena un zumbido de ansiedad al ir examinando la multitud, y me vuelvo a mirar más allá de los grandes ventanales, a la calle. «Alguien me está siguiendo —casi lo digo, pero no—. He tenido algunos problemas para dormir, algunos sueños inquietantes que podrían ser recuerdos, y a decir verdad, mi vida es un desastre, ahora mismo». Pero no digo nada de eso. Él sigue hablando, esta vez del trabajo, un jefe que no le gusta.

Todos están muy cerca, las risas, la animación, los cuerpos que empiezan a apretarse, las corbatas que se aflojan, el pelo que se suelta. Lo dejé elegir el sitio de nuestra cita. Yo habría escogido un lugar más tranquilo en el centro, en el West Village o Tribeca, un lugar relajado, sereno, oscuro, donde se pudiera hablar en tono bajo, intimar, llegar a conocer a alguien.

Nota para mí misma: no les dejes que elijan, aunque la verdad es que sus elecciones también dicen mucho de ellos. De hecho, todo este rollo de las citas quizá no sea para mí, en absoluto.

—Tengo que levantarme mañana muy temprano —digo, en el siguiente paréntesis entre cosas que él comenta de sí mismo. Prácticamente está chillando, para que pueda oírlo en medio de todo aquel jaleo. Tendría que salir de aquí de inmediato. Gran error.

Entonces la veo. Una mirada despiadada, de decepción y furia. Desaparece al cabo de un milisegundo, reemplazada por una sonrisa muy ensayada.

—Ah —dice. Se mira el reloj, un Fitbit, claro—. Sí, lo siento, yo también.

—Ha sido estupendo —digo.

Él recoge la cuenta, que la camarera ha debido de dejarle delante en algún momento.

Yo saco la cartera.

—Pagamos a medias —digo. Prefiero pagar yo o pagar a medias en estos casos; me gusta sentir que el terreno está bien equilibrado bajo mis pies.

—No —responde él. Su tono se ha vuelto un poco monótono—. Ya lo tengo.

No son solo las uñas. Es un toque de arrogancia, algo frío, por debajo del flirteo. Ahora lo veo relucir, ahora que él sabe que no va a conseguir aquello para lo que ha venido. O quizá no sea ninguna de esas cosas. Quizá no haya nada malo en él, en absoluto. Lo más probable es que haya algo malo en mí.

O lo más probable de todo es que lo que pasa es que no es Jack.

«Hasta que no dejes atrás a tu marido, nadie más dará la talla». Eso es lo que me dijo mi psiquiatra.

«Lo estoy intentando. Salgo con gente».

«Quedar con ellos solo para tirárselos no es salir con alguien».

¿Es eso lo que estoy haciendo? ¿Perdiendo el tiempo con hombres que acaban por revelarse a sí mismos como «no Jack»? No serán nunca tan divertidos como era él, ni sabrán cómo frotarme los hombros. No saldrán corriendo a cualquier hora a buscar algo que necesito, sin que se lo pida. «Ya te lo traigo». No se reirán como él, ni se pondrán serios cuando están concentrados como él. No se morderán las mejillas por dentro cuando algo les molesta. No se parecerán a él, no olerán como él. No serán Jack.

«Hasta un día —dice la doctora Nash—, que habrá alguien a quien amaré por otros motivos, nuevos. Y se construirá una nueva vida». No me molesto en decirle que eso no va a pasar. De hecho, hay muchas cosas que no me molesto en contarle a la doctora Nash.

En la calle, aunque le tiendo la mano, él prueba a darme un beso. Yo dejo que sus labios toquen los míos, pero luego me aparto un poco, porque algo me repele. Él se echa hacia atrás también. La situación es extraña. No hay calor alguno. Nada. No tendría que sentirme decepcionada. Ya sospechaba, sabía, que «la cosa» no funcionaba. Pero pensaba que quizá si hubiera habido algo de calor, algo de chispa física, no necesitaría las pastillas para dormir esta noche. Quizás iríamos a su casa, y eso me proporcionaría una tregua para ordenar de nuevo las piezas de mi vida fracturada.

Ahora debo decidir adónde ir esta noche: de vuelta a un apartamento que se supone que comparto con mi marido, pero donde ahora vivo sola, y ya no me siento segura, de vuelta al ático de Layla, o quizás a un hotel.

Un coche de policía pasa velozmente por Lexington. «Uuuuuh, uuuuuh».

—Quizá podamos salir a correr este fin de semana... —Él todavía lo intenta, aunque no puedo imaginar por qué—. Probar los caminos que suben por el parque Van Cortlandt... Son cortos, pero muy bonitos... Te sientes como si estuvieras a kilómetros de distancia de la ciudad.

—Qué bien —contesto yo.

A menos que haya alguien agazapado entre las sombras, y nadie oiga tus gritos de ayuda.

—¿Te mando un mensaje?

Nunca me mandará ese mensaje, claro.

—Sí, estupendo.

Aunque me envíe un mensaje, no lo responderé. O lo iré retrasando hasta que él lo pille. Es así de fácil este rollo de las citas en la época de la tecnología. Puedes dejar a alguien colgado fuera de tu vida hasta que se aleje flotando, confuso. *Ghosting*, creo que lo llaman los millenials.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —me pregunta.

—No —respondo yo—. Estoy bien. Gracias.

Me siento débil de repente. Son más de las nueve, y esos dos vodkas con soda dan vueltas por mi estómago vacío, por no mencionar los otros productos químicos que flotan también en mi corriente sanguínea. No he comido nada desde... ¿desde cuándo?

—¿Estás bien? —me pregunta él. Su preocupación me parece exagerada, su tono casi burlón. Hay otras personas en la calle, una pareja que se ríe, con intimidad, muy cerca, un chico con sus auriculares, un vagabundo sentado en el soportal.

—Sí, estoy bien —vuelvo a decir, un poco a la defensiva. No he bebido tanto...

Pero entonces noto que él me rodea con el brazo, demasiado apretado, y me inclino hacia él sin darme cuenta. Intento apartarme, pero él no me deja. Es fuerte, y no puedo soltarme el brazo.

—Eh... —exclamo.

—Eh... —repite, imitándome, pero muy mal—. Sí, estás bien.

«Pues claro que estoy bien», quiero soltarle. Pero las palabras no salen de mi boca. Solo noto un cansancio terrible, hasta los huesos, una sensación tambaleante, confusa, vaga. Algo no va bien. El mundo empieza a oscurecerse por los bordes. Oh, no. Ahora no.

—Está bien —dice él, riendo. Su voz suena distante y extraña—. Solo que ha tomado una copa de más, supongo.

¿Con quién habla?

—¡Suéltame! —consigo decir, mi voz como un siseo furioso.

Él se ríe, con una risa sonora y rara.

—Tranquila, cariño.

Me mueve demasiado rápido por la calle arriba, me aprieta demasiado fuerte. Yo voy dando tumbos, y él casi no hace nada para evitar que me caiga.

—¿Qué narices estás haciendo? —le pregunto.

El miedo se me agarra a la garganta. No puedo esperar a soltarme de este tío. Él me empuja hacia una calle lateral; no hay nadie por allí, por los alrededores.

—Eh. —Una voz detrás de nosotros. Él se da la vuelta, llevándome consigo. Hay otra persona allí de pie. Me parece lejanamente familiar, mientras el mundo se da la vuelta. En algún lugar de mi interior suena una alarma. Lleva puesta una capucha oscura, su cara no resulta visible.

«Es él».

Es muy grande, mucho más grande que... ¿Cómo se llama? Reg, o algo así. ¿Rex? El hombre grande nos bloquea el paso en la acera.

—Eh, de verdad, tío —dice Rick. Sí, Rick, eso es—. Apártate. Lo tengo todo controlado.

Pero el mundo se desvanece muy deprisa, se vuelve blando y borroso, se inclina. Se ve un relámpago, un movimiento rápido. Luego, un grito casi femenino, un río de sangre. Rojo oscuro sobre lavanda.

Luego, unos brazos que me sujetan.

Me caigo.

Nada.

PRIMERA PARTE

Hipnagogia

Entre los sueños de la noche y los del día
no hay tanta diferencia.

CARL JUNG, *Símbolos de transformación*

—Creo que alguien me sigue.

Casi me lo callo, pero hacia el final de la sesión se me escapa.

La doctora Nash arruga la frente, preocupada.

—Ah, ¿sí?

Su consulta es un salón muy acogedor, lleno de muebles grandes y cojines muy mullidos. Hay estantes repletos de libros y cuadros, y muchos objetos de adorno, pequeños elementos artísticos traídos de sus viajes. Es exactamente el tipo de consulta que te gustaría que tuviera una psiquiatra. Cálido, envolvente. Me hundo más en mi rincón habitual de su comfortable sofá, inclinándome sobre el apoyabrazos tapizado. Resisto la urgencia de acurrucarme formando un ovillo y de cubrirme con la manta de cachemir que está echada cuidadosamente sobre el respaldo. Un grupo de velas falsas parpadea en la mesa de centro; ella ha preparado un poco de té cuando he llegado. Sigue delante de mí, intacto.

—La otra noche, cuando salí del gimnasio, había alguien de pie, al otro lado de la calle. Creo que lo he vuelto a ver esta mañana en un banco del parque, junto a mi oficina.

Solo con pensarlo me invade un aleteo de intranquilidad.

La doctora se remueve en su silla de cuero de Eames. Está demasiado bien hecha para crujir bajo su peso. Es una mujer muy menuda. El cuero solo susurra contra la tela de sus pantalones. La luz de la tarde entra a raudales, iluminándole el pelo y un lado de la cara. Hay largas pausas en nuestra conversación en las que ella elige sus palabras, dejando que las mías hagan eco. Ahora, por ejemplo, hay una, mientras me observa.

—¿Está segura de que es el mismo hombre? —pregunta, finalmente.

Una fría brisa de octubre se cuele por la ventana abierta, y el ruido de la calle sube desde los nueve pisos que hay debajo. Un cuerno, el traqueteo de una tapa de alcantarilla agitándose bajo el peso de los vehículos que circulan, el gañido de algún perrito pequeño. Me imagino un yorkie con un jersiecito, tirando de una correa muy fina.

—No —reconozco.

—Pero lo bastante segura como para sentirse intranquila.

Ya lamento haberlo mencionado. Sí que vi a alguien, un hombre con una capucha negra, zapatillas deportivas, pantalones vaqueros desgastados. Se quedó de pie en un portal oscuro, al otro lado de la calle, cuando salí del gimnasio, el martes. Luego, el jueves, cuando iba a mi oficina, con el expreso cuádruple que tomo cada día en la mano, lo volví a ver de nuevo. Noté que sus ojos se clavaban en mí, los detalles de su rostro oculto en la sombra oscura de aquella capucha.

No le di importancia. Siempre hay montones de hombres vestidos con vaqueros y capucha en esta ciudad. Cualquiera chica te lo puede decir: siempre tienen los ojos clavados en ti, te hacen comentarios no deseados, ruidos no deseados, aproximaciones no deseadas. Pero después me parece que lo volví a ver una vez más el fin de semana, cuando regresaba a casa desde el

mercadillo artesanal. Aun así, es difícil estar segura.

—Bueno. —Doy marcha atrás—. Quizá no fuera el mismo hombre.

No tendría que haber dicho nada. No quiero que piense que estoy recayendo, que voy hacia otra crisis. Cuando te pasa algo así, las personas que se preocupan por ti están llenas de una energía especial, como si estuvieran esperando siempre algo que indicase que va a ocurrir de nuevo. Y lo entiendo: no quieren pasar por alto las señales por segunda vez y correr el riesgo de perderte de nuevo, quizá para siempre. Incluso yo recelo. Me sentí fatal por aquel agujero en mi memoria, aquella temporada en que tomé vacaciones de la realidad, la confusión de los días que rodearon al asesinato de Jack.

Bueno. Intento no pensar en eso. Es una de las cosas que estoy intentando «superar». Eso es lo que se supone que haces cuando ocurre lo peor y todavía sigues en pie. Todo el mundo te lo deja muy claro: se supone que tienes que «seguir adelante».

—Probablemente no será nada —digo, echando una mirada furtiva a mi reloj. Mi smartphone, mi correa, como solía llamarlo Jack, está apagado y metido en el bolso, siguiendo las normas de la consulta de la doctora Nash. «Aquí nos encontramos libres de distracciones e intentamos estar presentes en un mundo que conspira contra ese hecho», me ha dicho más de una vez.

La doctora Nash me contempla, apartando con gracia un mechón despistado de su encantadora melena corta entre canosa y rubia. Detrás de ella se ve una foto de su familia: su marido canoso, con la mandíbula cuadrada, sus hijos mayores ya, ambos con los mismos rasgos delicados y la mirada inteligente. Todos están en una terraza que da a un anochecer en la playa, sonriendo, con las caras juntas. «Somos perfectos —parecen decir—. Ricos y guapísimos, sin una sola mancha de oscuridad en nuestras vidas». Aparto la vista.

—He notado que no lleva los anillos —dice ella.

Yo me miro la mano izquierda. El dedo tiene una ligera marca por los anillos de boda y de compromiso, pero está desnudo.

—¿Cuándo tomó esa decisión?

Se me hincharon las manos la otra noche y me quité los anillos y los dejé en la bandeja que tengo al lado de la cama. No me los he vuelto a poner. Se lo digo así. Jack murió hace casi un año. Ya no estoy casada. Es hora de dejar de llevar esas joyas, ¿no? Aunque la visión de mi mano desnuda me oprime dolorosamente el corazón, ya es hora.

—¿Fue antes o después de empezar a ver la figura encapuchada?

La doctora Nash es maestra en preguntas mordaces.

—Ya veo dónde quiere ir a parar con esto.

—Solo pregunto.

Sonríó un poco.

—Usted nunca se limita a preguntar, doctora Nash.

Nos caemos bien. A veces, últimamente, nuestras sesiones se convierten en conversaciones... cosa que ella dice que es una señal de que la necesito menos. Una cosa buena, según ella. El progreso en el camino de la curación, la nueva normalidad, como lo llama ella.

—¿Qué tal duerme? —pregunta, dejando a un lado la otra pregunta.

Llevo el frasco de pastillas casi vacío en el bolso. La última vez le pedí más, me hizo una receta, pero me bajó la dosis. «Me gustaría que intentara dejarlas». Sinceramente, no ha ido bien. Mis sueños son demasiado vivos. Descanso menos, estoy más nerviosa, más inquieta durante el

día.

—Iba a pedirle que me lo rellenara.

—¿Qué tal va con la dosis más baja?

Me encojo de hombros, fingiendo despreocupación. No quiero parecer frágil ante ella ni ante nadie. Aunque la verdad es que lo soy, muchísimo.

—Sueño mucho más. Quizá descanso menos.

—Pero no se está tomando más de la cuenta, ¿verdad?

Pues sí. También estoy haciendo otras cosas que no debería hacer. Como tomármelas con alcohol, por ejemplo.

—No —miento.

Ella asiente con delicadeza, mirándome de esa manera que te miran los psiquiatras.

—Lleva once meses tomándolas. Me gustaría ir bajando hasta la dosis mínima, con vistas a que las deje del todo. ¿No querría probarlo?

Yo dudo. Ese sueño químico es el mejor lugar de mi vida, ahora mismo. Pero no digo tal cosa. Sonaría siniestro. Por el contrario, accedo.

—Muy bien —dice ella—. Si tiene cualquier problema, recetamos la dosis que está tomando ahora. ¿Y esos sueños? Volvamos al diario de sueños que llevaba cuando murió Jack. Es una parte importante de nuestras vidas, el mundo onírico. Tal y como hemos comentado, podemos aprender mucho de nosotros mismos en ese mundo. ¿Todavía lo tiene junto a la cama?

—Sí.

Ella me tiende un trocito de papel.

—Bien —dice ella. Yo miro la hoja con sus garabatos de doctora—. Creo que por hoy ya hemos terminado.

Siempre me coge un poco por sorpresa el final de una sesión, el recordatorio repentino de que por muy íntimamente que me desnude en esas sesiones, la nuestra es una relación profesional. Si dejara de pagarle, esas charlas con la doctora Nash acabarían de una manera menos ceremoniosa.

—Poppy... Si lo ve otra vez, llámeme.

Una sirena desde la calle, abajo, llega hasta nosotras como un quejido distante y fantasmal. Ese sonido, tan frecuente entre el estruendo de la ciudad, siempre me hace pensar en Jack. Una hora más tarde de que saliera aquella mañana, los vehículos de emergencias aullaban por la avenida, bajo nuestra ventana. Tendría que haber habido alguna premonición, alguna advertencia oscura, pero no la hubo.

Un resfriado persistente me había impedido salir con él, como habría hecho normalmente.

«Podrías haber muerto aquella mañana también», dice Layla, cuando hablamos de eso, una y otra vez.

«O a lo mejor no habría pasado nada. A lo mejor habríamos corrido en una dirección distinta. O a lo mejor podríamos haber luchado contra el atacante, juntos».

O a lo mejor, o a lo mejor, o a lo mejor... y así sucesivamente. Infinitas posibilidades, mil formas de que Jack pudiera estar todavía conmigo. Que él se hubiese quedado dormido, que un semáforo le hubiera hecho cruzar por otra calle, que yo estuviera allí y me torciera el tobillo, y hubiésemos tenido que regresar a casa. Doy vueltas a todas esas posibilidades en mis momentos más negros, en sueños, cuando debería estar prestando atención, en las reuniones. Tantísimos caminos que podíamos haber tomado, pero que no tomamos.

—No me lo estoy imaginando. —Parece que sale de la nada.

La doctora Nash inclina la cabeza.

—No he dicho que fuera así.

Me inclino y recojo mi bolso, me pongo de pie a la vez que ella.

—Y cierre las puertas. Tenga mucho cuidado —añade.

—Parece usted mi madre.

Ella se ríe.

—Podemos hablar de eso en la próxima sesión.

—Muy graciosa.

Voy andando hacia el metro, ya que tengo que volver al centro de la ciudad para una reunión a las dos. Probablemente llegue tarde... Una vez más. La ciudad es un desastre, un embotellamiento de tráfico constante, trenes con retraso. Pienso en coger un taxi o un coche de Uber, pero a veces es peor incluso, porque hay que ir serpenteando por calles atestadas, atrapada en una ratonera, hasta que empiezo a pensar si no sería más rápido bajarme e ir andando. Toda la ciudad parece conspirar contra la puntualidad.

Le envío un mensaje a mi ayudante, Ben. «Llego tarde», tecleo rápidamente, y me meto debajo de la calle. Es lunes al mediodía, así que no está tan repleto como podría estar. Aunque el día es agradable, el andén está tan caliente como un horno y huele a meados. Mi nivel de estrés empieza a subir.

Jack quería que nos fuésemos de Manhattan; había llegado a odiarlo. «Todo lo que me gustaba de este sitio ha desaparecido. Es solo una isla para los ricos». Soñaba con una propiedad antigua en el norte, un poco de terreno, árboles, caminos por los que andar. Algo que pudiéramos renovar, hacer nuestro. Ansiaba desconectar de las prisas, los deseos, las codicias, los esfuerzos, al menos los fines de semana. Quería algo de tiempo detrás de la cámara. No pudo conseguir nada de todo eso.

De hecho, estábamos haciendo cajas cuando murió para trasladarnos del apartamento de una sola habitación en el Upper West Side que habíamos compartido durante cinco años. Pero en lugar de mudarnos fuera de la ciudad, nos íbamos a The Tate, un rascacielos de lujo en Chelsea, una brillante torre de apartamentos con ventanales que iban del techo al suelo, y que ofrecía unas vistas asombrosas, altos techos, suelos de madera, cocinas abiertas muy elegantes, piscina y gimnasio y personal de conserjería las veinticuatro horas, todos los días del año. Era yo. Era yo la que quería aquello; él se limitó a aceptar.

A él le gustaba nuestra casa, cómoda y oscura, en la Noventa y siete, con vistas al edificio de enfrente, con radiadores que hacían ruido y ratones en nuestra cocina ridículamente anticuada, y el viejo portero, Richie, que llevaba toda la vida trabajando allí y a veces cuando llegábamos estaba dormido. A él le encantaban nuestros vecinos, locos y llenos de colorido: Merlinda, la médium que atendía a los clientes en su apartamento; Chuck (o Chica), contable de día, *drag queen* de noche, que cantaba y tenía la voz más bonita que he oído jamás; Bruce, Linda y Chloe, ellos profesores de un colegio público y su adorable y talentosa hija, nuestros vecinos de la puerta de al lado, que siempre nos invitaban a comer el domingo.

Y ahora vivo en un espacio precioso y desnudo que da al bajo Manhattan, yo sola. Ni siquiera

sé quién vive en el piso de al lado. Los pasillos son como túneles grises, llenos de puertas que raramente se abren. En mi apartamento, los muebles están bien colocados, la cama está en el dormitorio, el sofá en el salón, pero la mayor parte de las cajas siguen sin abrir todavía. Decir que echo de menos a mi marido, a mis estrambóticos vecinos, aquel viejo y oscuro apartamento, nuestra vida... Bueno, ¿cómo expresarlo? No hay palabras que puedan describir adecuadamente este abismo de desesperación con las paredes resbaladizas. Baste con decir que parece que no puedo acostumbrarme a mi nueva vida sin Jack.

«Lo siento —le digo—. Ojalá te hubiese escuchado».

La doctora Nash afirma que está bien que hable con él, siempre que sea consciente de que él no me contesta.

El tiempo pasa despacio, y cada vez estoy más inquieta y más enfadada. Baja más gente aún por las escaleras. El andén se va llenando de cuerpos, el aire se espesa, debido a la impaciencia. Pero el tren sigue sin llegar todavía. Me inclino por encima del borde del andén para ver si capto el brillo de los faros que se aproximan. Pero no.

Miro el reloj. Decididamente, ya no llego a tiempo. Unas gotitas de sudor descienden por mi espalda. Una mirada a mi teléfono móvil me revela que no tengo señal.

Cuando finalmente llega el tren rechinando a la estación, ya está repleto. Espero junto a la puerta, dejando que salga el flujo de gente. No hay garantías de que el próximo convoy esté menos atestado, y me espera una reunión. Así que me abro camino con los hombros, dirigiéndome hacia la puerta que conecta a un vagón con otro, y encuentro un espacio con un poco de aire para respirar. Los vagones se llenan.

«Apártate de las puertas que se cierran».

Las puertas se cierran, se abren otra vez y se acaban cerrando definitivamente. El tren da una sacudida hacia delante, se detiene, desplazando a todo el mundo, y luego se pone en marcha otra vez. Cierro los ojos, intento respirar. El espacio abarrotado se cierra ya. No estoy demasiado a gusto en espacios cerrados, algo que resulta muy incómodo para una persona que vive en una ciudad. Ha empeorado desde que murió Jack: los dedos del pánico me agarran fuerte, mucho más que antes. Apoyo la cabeza contra el cristal rayado y empañado. «Respira. Solo respira. Imagínate que estás en un sendero en el bosque, con muchísimo espacio, esos árboles altos y verdes dando oxígeno y sombra. Un pájaro canta, el sonido del viento en las hojas...». Es la medicación que me recomendó la doctora Nash para lidiar con la ansiedad entre la multitud o en cualquier sitio. A veces me funciona.

Pero cuando abro los ojos otra vez, él está ahí. El hombre encapuchado, apretado entre la multitud, en el otro vagón, una estatua entre el amasijo de pasajeros que se agitan y se revuelven. Sus ojos están ocultos por la sombra de la capucha, pero los noto. ¿Será el mismo hombre? El corazón me da un brinco, siento la ventosa del miedo en la base de la garganta.

La realidad se fragmenta, una fisura divide mi conciencia. Durante un momento rápido e intenso estoy de vuelta en mi dormitorio. El espacio junto a mí, en el colchón excesivamente grande, está frío, cuando debería estar caliente. Las sábanas están echadas hacia atrás. Jack se ha ido a correr sin mí, dejándome dormir.

—¿Jack?

Y estoy otra vez de vuelta, el tren todavía traqueteando, ruidoso. Me quedo asombrada, sin aliento: ¿qué ha sido eso? Una especie de recuerdo muy vívido, un ensueño... Vale. No es la

primera vez que me pasa, pero este ha sido el más vívido. La mujer que está a mi lado me dirige una mirada de soslayo, luego aparta la vista.

Tranquilízate, Poppy. El desconocido... sigue ahí. ¿Me estará vigilando?

A lo mejor es simplemente un hombre que va a trabajar, sumido en sus pensamientos sobre su casa o su trabajo o lo que sea que pensamos cuando vamos en transporte público, viajando entre los lugares que forman nuestra vida. Quizá ni me vea, en absoluto. Por un momento me quedo mirándolo.

Y entonces, sin pensar, paso entre las puertas y llego a la tambaleante plataforma de metal que se encuentra entre los vagones. Es algo que jamás hay que hacer en el metro, pienso, mientras intento conservar el equilibrio y me agarro bien para cruzar al otro lado, entre el chirrido metálico que roza con el cemento, el gemido del metal contra el metal, las chispas que saltan, y luego llego a la otra puerta, a la relativa quietud del siguiente vagón.

Él se aleja, abriéndose camino entre la multitud. Yo lo sigo.

—¿Qué coño pasa?

—¡Vigile!

—¡Venga!

Los pasajeros molestos me arrojan miradas furibundas y se apartan de mala gana de mi camino cuando yo voy tras él, el negro de su capucha como una especie de aleta que nada entre el mar de personas.

Al llegar a la siguiente estación, él desaparece por la puerta que está en el extremo más alejado del vagón. Intentando seguirle, me encuentro atrapada entre el flujo de gente que sale y me empuja fuera del tren, hacia el andén. Finalmente, consigo liberarme de la multitud, corro por el andén, buscando la figura encapuchada entre altos y bajos, jóvenes y viejos, mochilas, maletas, trajes, chaquetas ligeras, gorras de béisbol... ¿Dónde está?

Quiero ver su cara, necesito verla, aunque no puedo decir muy bien por qué. Vagamente, me doy cuenta de que mi conducta no es demasiado inteligente. No es sensata.

«No vayas detrás de los problemas —solía decir mi madre—. Que te encontrarán muy rápido».

Entonces se cierran las puertas y es demasiado tarde para volver a subir al tren. Mierda. Mi teléfono se queja, encontrando un lugar con cobertura bajo tierra de los pocos que hay.

Un texto de Ben: «¿Cuándo llegas? Esperamos un poco, y si no hacemos otra convocatoria. Supongo que estás en el metro».

Hasta que el tren vuelve a marcharse no veo al desconocido, a bordo, de pie ante el cristal de la puerta. Sigue mirando, o al menos eso parece, con la cara oscurecida por la negrura de la capucha. Ando, manteniendo el mismo paso del convoy, que se mueve despacio, durante un minuto, levanto el teléfono y tomo rápidamente un par de fotos. Casi puedo ver su cara. Y al momento, él desaparece.

Llego a la oficina reventada, sudorosa, muy nerviosa, demasiado tarde para la reunión. En el baño, después de mojarme las muñecas con agua fría, me paso los dedos temblorosos por el pelo oscuro y miro mi reflejo en el espejo.

«¡Venga, cálmate!».

Mi cara tiene un color gris enfermizo bajo los feos fluorescentes. Me pongo un poco de maquillaje en las ojeras eternas que rodean mis ojos, renuevo el pintalabios y el colorete. Algo mejor, pero la chica del espejo sigue siendo una versión fatigada y demacrada de la persona que era antes.

Rebuscando en mi bolso, encuentro el botecito de pastillas que Layla me ha dado. El frasquito color ámbar está desnudo, no tiene etiqueta. «Para los nervios», me dijo ella. Dudo solo un segundo, luego me meto una pastilla en la boca y me la trago con agua del grifo, y después intento hacer unas respiraciones que me centren. La doctora Nash no está al tanto de que tomo estas pastillas sin autorización, una de las muchas cosas que le oculto. ¿Qué sentido tiene ocultar las cosas a la persona que se supone que te está ayudando?

Al pasar junto al escritorio de Ben, él se levanta y me tiende una pila de mensajes.

—Están esperando —dice, andando a mi lado—. Te veo perfecta.

—Estupendo. —Mi sonrisa me parece tan forzada y falsa como debe ser—. El metro es un desastre.

—¿Todo bien?

Me examina a través de sus gafas gruesas, de montura oscura, y se acaricia su barba de hípster. Es un ayudante de primera: intento promocionarlo, pero él no quiere irse. Mis clientes lo adoran: está encima de todos sus contratos, sigue sus pagos, ayuda con las solicitudes de becas y residencias. El año pasado ha sido más agente para todos ellos que yo misma. Con toda probabilidad yo podría irme y él hacerse cargo de todo. Resulta tentadora la idea de marcharme, de desaparecer: otra vida, otro yo.

—Sí —respondo, sin mucha convicción. Ben me mira con el ceño fruncido, mientras yo entro en la sala de reuniones.

—Su trabajo —está diciendo Maura— es asombroso.

—¿El trabajo de quién? —pregunto, tomando asiento a la cabeza de la mesa de conferencias—. Lamento llegar tarde.

Todos los ojos se vuelven hacia mí. Cuando Jack vivía, podía ir y venir sin que se fijaran en mí. Era él quien manejaba las reuniones, yo no era más que el número dos: primordial para llevar la oficina, pero no el jefe magnético y energético de las reuniones. Él aportaba luz y entusiasmo al oficio, a los negocios, en todas las reuniones. Yo no soy el jefe que era él, me doy cuenta, pero hago lo que puedo. Ahora los demás me miran: respetuosos, amables, esperanzados.

Jack eligió todo lo que hay en esta habitación, desde la larga y lisa mesa de conferencias hasta las sillas giratorias de cuero blanco, la enorme pantalla plana en la pared. Su foto de un sendero

inca que fue publicada en *Travel + Leisure* está ampliada hasta convertirla en un lienzo enorme. La tomó desde el campamento que había encima de la línea de nubes: unas tiendas naranja florecen entre la niebla blanca, mientras las nubes se alejan en un paisaje de color jade y azul real, la parte profunda del valle muy oscura, y el cielo brillante.

—Alvaro —contesta Maura—. Ha cogido ese trabajo de *Nat Geo* para fotografiar los okapis que viven en la selva tropical de Ituri, y ayer mismo regresó.

Las fotos aparecen en la pantalla: unos verdes magníficos, de lujo, y un negro profundo, una carretera de barro rojo que serpentea y desaparece entre una selva espesa; una niña, con los ojos oscuros, mirando, está de pie junto a la orilla de un río con una falda de hierbas, su expresión entre inocente y burlona. Un camión azul y blanco circula precariamente por encima de un puente oscilante de tablillas de madera.

Maura se pasa una mano con una cuidada manicura por el pelo negro, que lleva recogido en una coleta en la nuca. Es joven pero sus ojos almendrados revelan un alma vieja. Con la piel aceitunada, de una delicadeza casi de ave, es una agente muy activa, orgullosamente protectora de sus clientes. Se preocupa por ellos como una gallina de sus polluelos.

—Los colores, los movimientos, la energía —digo—. Son maravillosas.

El tronco de un árbol, ahuecado y retorcido, y las ramas que suben hacia una oscuridad de un verde casi negro. Las fotos de los okapis, un animal que en parte tiene rayas, como una cebra, pero está emparentado con las jirafas, son increíbles: una madre amamantando a su cría, un macho joven escondido entre la hierba alta, un pequeño rebaño bajo una luna llena.

—Lo son —afirma Maura. Su sonrisa es amplia y orgullosa—. Es increíble.

Me pregunto, no por primera vez, si habrá algo entre Maura y Alvaro. No es buena idea que una agente se enamore del fotógrafo al que representa. De hecho, no es buena idea que nadie se enamore de un fotógrafo. El mundo sin filtrar nunca da la talla, comparado con lo que él ve a través de su lente. Alvaro Solare, el mejor amigo de Jack y primer cliente de la firma, es el típico fotógrafo sin destino fijo, siempre persiguiendo el próximo disparo, que será perfecto. Cosa que significa que el resto del mundo puede irse al infierno. Ha ido dejando una estela de mujeres con el corazón roto. Yo preferiría que Maura no fuera una de ellas. Pero en realidad no es asunto mío.

El resto de mis agentes explican el estado de los encargos de sus clientes. Nuestra firma, Lang and Lang, mía y de Jack, representa a fotógrafos. Somos una agencia pequeña, pero de mucho éxito, con algunos de los nombres más importantes de la moda, de los documentales y de las noticias en nuestra nómina.

Lo que empezó como una pequeña empresa en nuestro apartamento ha crecido y se ha convertido en una agencia con una serie de despachos en el edificio Flatiron. Jack, amable y sosegado, era un mediador natural. Cuando Alvaro estaba discutiendo con la sección de viajes de *The New York Times*, Jack intercedió y lo resolvió tomando unas copas con el editor de fotografía, antiguo amigo suyo. Alvaro pagó a Jack el quince por ciento como muestra de agradecimiento. Una cosa llevó a otra y al cabo de un año Jack rechazaba encargos de fotografía y representaba a más amigos suyos, entre ellos yo.

Así que después de años de trabajar incansablemente como fotógrafos de viajes, ganándonos la vida a duras penas, cambiamos nuestra vida de aventuras por una empresa dedicada a proteger los derechos de las personas que se ganan la vida con una cámara en las manos. Alvaro pensaba que era un error, que estábamos desperdiciando nuestro talento y nuestras vidas. Y nunca perdía la

oportunidad de decírnoslo. Pero nosotros creíamos que ya era hora de establecernos, de fundar una familia. Pero las cosas no salieron así.

Casi no escucho a los demás agentes ir desgranando problemas y éxitos. Comento, hago sugerencias, me ofrezco a hacer una llamada a algún contacto mío en *Departures*. Pero en gran medida sigo todavía en aquel metro, persiguiendo al hombre de la capucha.

Me pregunto si alguien se da cuenta de que soy un fantasma en mi propia vida.

Transcurre otra media hora antes de que pueda volver a mi despacho y revise las fotos borrosas e inútiles que he tomado con mi smartphone. La luz era mala, demasiado movimiento. Esa forma oscura es solo un borrón, un espacio negro entre los viajeros desenfocados que lo rodean. Con el pulgar y el índice amplío la imagen de la pantalla, pero parece mucho más amorfa aún, como suele ocurrir con las imágenes de baja calidad.

Empiezo a dudar de mí misma, de que esté en contacto con la realidad. ¿Qué es lo que vi, después de todo? Solo a un hombre con una capucha, que quizá miraba en mi dirección o quizá no.

Ni siquiera veo a Ben hasta que está sentado frente a mí, al otro lado de mi escritorio. Tiene una expresión en la cara que no me gusta, preocupación, algo más.

—¿Qué ocurre?

Se echa hacia atrás y cruza las piernas.

—¿Cuándo me lo ibas a contar?

—¿Contarte qué?

—Que estás saliendo con alguien.

Niego con la cabeza, no queriendo entrar en detalles.

—No estoy saliendo con nadie.

—¿Entonces quién es Rick? —Me pasa un mensaje por encima de la mesa. Otro más del montón que acabo de empezar a mirar ahora mismo. Soy de la vieja escuela, me gusta recibir mensajes de papel y tirarlos cuando he devuelto las llamadas, he escrito unas notas o los he guardado como recordatorios.

—No es nadie —contesto.

Yo no diría que estoy saliendo, la verdad. Hay una bola de cristal con nieve en mi escritorio, una pequeña granja rodeada de árboles. Jack me la regaló una Navidad. «Así será nuestra casa en el campo. Tranquila. Lejos del chismorreó». Le doy la vuelta y veo arremolinarse la nieve en torno a las ramas negras.

—He visto tu perfil online —dice Ben. Me mira por encima de las gafas, un gesto que cree que le hace parecer sabio, mundano. En realidad, no es así. Es demasiado joven para ser ninguna de esas cosas.

Dejando la bola de cristal, me echo hacia atrás en mi silla y frunzo el ceño.

—¿Qué estás haciendo en una página de citas online, un joven tan guapo como tú? Debes de tenerlas como moscas.

Él levanta las cejas con un aire falsamente cándido.

—Eso es lo que hacemos nosotros, los millenials. Así es como va la cosa. Tinder, OKCupid, Match.com. El amor es algo que se coge al vuelo. —Y hace un movimiento con la mano.

—Así que no es solo para viejos, ¿eh? —Miro entre las hojitas de papel—. Divorciados,

solteronas, viudas.

Viuda. Odio esa palabra; evoca velos negros y gemidos de dolor. Me define por la pérdida de mi marido, como si yo fuera menos, una vez él se ha ido. Por supuesto... es así. Lamento haberla dicho en cuanto sale de mi boca. La palabra queda suspendida en el aire entre nosotros. Cuando levanto la vista de mis mensajes, Ben me mira con ojos pensativos. Otro joven con el alma vieja; parece que tenemos unos cuantos en esta pequeña empresa.

—Si quieres que te diga la verdad, no fue idea mía.

—Déjame que lo adivine. —Se inclina hacia delante, apoya los codos en las rodillas.

—Fue Layla, que vino a casa. Bebimos vino. Lo siguiente que recuerdo es que estoy de vuelta en el mundo de las citas.

No creo que se pueda llamar exactamente «salir» a lo que estoy haciendo. En los viejos tiempos solíamos llamarlo acostarse con tíos. ¿Una relación? ¿Un novio? No. Yo no quiero esas cosas. Todavía no. Quizá no lo quiera nunca. Pero, guau, qué bien sienta que te toquen. No comparto esto con Ben, que está masajeándose con premeditación esa barba hípster suya de la que está tan orgulloso. Ojalá se la afeitara. Es casi ofensiva, aunque no puedo decir exactamente por qué.

—Eso es bueno —dice al final, levantándose—. Y Rick parece un tío majo. Y está muy bueno. Parece que tiene dinero...

—¿Lo has estado investigando? —pregunto, falsamente indignada.

—Eh... —dice, abriendo mucho los ojos— ... pues sí.

Sonríó ante mi joven amigo, mi ayudante, que está en un puesto que ya se le ha quedado pequeño, pero que aun así le sigue gustando. Si tiene novia, o novio, o lo que sea, nunca lo dice. Abro mi correo. Me espera un número imposible de mensajes.

—Dos llamadas el mismo día —afirma Ben, dirigiéndose hacia la puerta—. Me gusta su confianza. Un hombre que sabe lo que quiere.

—¿Confianza o arrogancia? —pregunto—. ¿O desesperación?

—Llamémosle... —Acariciándose la barba, busca la palabra adecuada—. Asertividad.

—Mándale un e-mail, ¿quieres? Dile que tomamos unas copas el jueves.

—¿Firmo yo o firmas tú?

—¿Quedaría muy raro que lo firmaras tú?

—Rarísimo, la verdad —dice, y luego se lo piensa—. Bueno... más bien pretencioso. Que te llamara mi gente... ¿Quieres ser de ese tipo de personas?

—Bien... pues de mi parte.

Ben frecuentemente manda mensajes desde mi dirección. Nada importante, solo quedar a una hora determinada, respuestas rápidas a diversas preguntas.

—¿Dónde?

Me encojo de hombros.

—Me da igual. Que elija él.

Ben duda un minuto en la puerta, su silueta larguirucha en el rabillo de mi ojo. Luego, se va y me quedo sola con esa imagen que me mira desde mi smartphone. Cierro la aplicación de fotos y dejo el dispositivo, entorpeco los ojos y cojo aliento varias veces. Es lo que tienes que hacer cuando estás intentando salir adelante, suavizar los límites del pánico, la tristeza, la ira o lo que sea que te invada: centrarte en la respiración. Respira, te dicen.

No sé de qué era esa pastilla, pero la verdad es que ha suavizado un poco los límites. Me siento más ligera y menos temblorosa.

Pero, sinceramente, estoy asustada; el miedo me hace cosquillas en la garganta. Hay un ruido continuo de ansiedad en el fondo de mi mente. No es solo el hombre de las sombras, en el tren. Y eso que da miedo, desde luego. Si realmente alguien me sigue, entonces sí, es raro, y da mucho miedo. Pero lo que produce más miedo, dado mi historial, es que no me siga nadie.

Acabo el día, trabajo hasta tarde, dejando a un lado todo lo demás. Hay que revisar unos contratos, responder unos correos, una disputa entre un fotógrafo de moda y una modelo que se supone que acudió a una sesión y luego fue expulsada de ella porque él la rechazó; otra disputa entre un fotógrafo de documentales que había enviado las fotos a una revista de viajes, tenía que recibir el pago a través de un sistema kafkiano, y noventa días después todavía no le habían pagado. Trabajar es sencillo, es como una burbuja que te protege y deja fuera el caos de la vida.

Cuando levanto la vista de mi escritorio son más de las siete y todos los demás despachos están oscuros. El frigorífico de nuestra sala de descanso zumba un poco, un sonido familiar, extrañamente reconfortante. La mitad de las luces del pasillo están apagadas, dejando el espacio oscuro y sombreado. Sé que Ben ha sido el último en irse, y que ha cerrado al salir, recordándome que ponga la alarma cuando por fin me vaya a casa.

Mientras estoy cogiendo mi bolso, suena un teléfono en uno de los despachos. Rebota a la línea principal y lo cojo. No hay número de identificación del que llama, pero veo que viene de la extensión de Maura. Quizá sea Alvaro; solía llamar tarde preguntando por Jack. Nos hemos distanciado algo desde la muerte de Jack, pero la verdad es que nunca fuimos amigos íntimos. De hecho, a pesar de su excepcional talento y su amistad íntima con Jack, siempre le he considerado un auténtico gilipollas. Espero por el bien de Maura que ella no se haya enamorado de él.

—Lang and Lang.

Solo se oye ruido estático en la línea.

—¿Diga? —Una extraña urgencia me impulsa hacia delante en mi asiento.

Hay una voz, pero con tantas interferencias que apenas la distingo. Me quedo un rato más escuchando. Suena música. Una trompeta. Esa voz, que es ronca y profunda, habla rápidamente, ininteligible, a través del ruido estático. ¿Es familiar?

«Poppy». Creo que ha dicho mi nombre. Algo en esa voz me pone los nervios de punta.

—Sí, soy Poppy. Lo siento... No le oigo bien.

Pego el oído al teléfono, me tapo el otro para oír mejor. Pero la conexión se corta entonces, y una enorme decepción me agarrota el estómago. Espero, pensando que el teléfono sonará otra vez, pero no sucede.

Con una sensación insistente de intranquilidad, me aparto del teléfono. Esa voz... Mi nombre en la línea... ¿Era mi nombre?

Recojo mi bolso y doy una vuelta por el despacho, asegurándome de que las luces están apagadas y las puertas bien cerradas. Es un espacio pequeño, solo somos cinco. Las paredes son de cristal, de modo que hay pocos sitios en toda la oficina que no se puedan ver desde el sitio donde estoy de pie. Pero aun así me siento incómoda, como si me vigilaran. Cierro la puerta detrás de mí, me dirijo hacia el ascensor.

—Trabajando hasta tarde —me dice Sam, el guardia de seguridad nocturno que está en su mostrador. Lleva un libro de bolsillo muy desgastado en las manos. Jack y él hablaban siempre de libros, compartían el amor por la ciencia y la historia. Echo un vistazo al título: *El futuro de nuestra mente*, de Michio Kaku.

—¿Una lectura ligera?

—El cerebro —dice él, dándose unos golpecitos en el cráneo cubierto con una gorra. Tiene ojeras oscuras bajo los ojos, una mirada de una profundidad extraña. Un insomne que trabaja por la noche, un veterano que luchó durante dos reemplazos en Irak—. Es el misterio supremo. Sabemos menos de él que del espacio exterior.

Jack habría sabido qué decirle; probablemente Jack habría leído lo mismo que estaba leyendo Sam. Hablaban siempre diez minutos mientras yo seguía atareada respondiendo correos en mi smartphone. Pero ahora me limito a asentir, consciente de la triste mirada que él me dedica. La mayoría de la gente me mira así, ahora, al menos a veces. La viuda.

—Cúidese mucho —dice al final, mientras me dirijo hacia la puerta. Hay gravedad en sus palabras, pero cuando me vuelvo, ya está otra vez enfrascado en su lectura.

En la calle, las sombras llenan los portales y se encharcan en torno a los coches aparcados. Pero no hay ningún hombre encapuchado, solo una pareja joven que camina, con las manos cogidas, inclinándose el uno hacia el otro, una anciana con un carrito de la compra, un niño delgado que va andando y escribiendo un texto en el móvil. Un taxi amarillo rápidamente se detiene junto a la acera. A salvo en su interior, me vuelvo para mirar atrás una vez más.

Quizás algo se mueva en las sombras, al otro lado de la calle... Pero es difícil asegurarlo.

En lugar de irme a casa me dirijo hacia donde vive Layla, después de enviarle un mensaje de texto para que sepa que voy. No pasan cinco segundos antes de su respuesta. En estos tiempos, siempre me espera para cenar, hecho que me hace sentir una combinación de agradecimiento y culpabilidad.

«Vamos a cenar pastel de carne. Receta de la abuela».

No sé de quién será la abuela de la que habla. ¿La mía, la suya o la de Mac? Ciertamente, en mi familia no había ninguna receta famosa de pastel de carne. La parentela de Layla no era exactamente de esas de «reunión dominical en torno a la mesa», y la mayoría murió hace mucho. Mac proviene de un largo linaje de unos por ciento: el pastel de carne no estaba en su menú. Quizá simplemente haya sido una ironía.

«¡Vale! —tecleo—. ¿De quién es la abuela?».

El teléfono suena de nuevo, pero ahora el texto no es de Layla.

«Espero que estés bien —dice—. Me gustaría volverte a ver. Pero sin agobios. ¿Solo para una copa?».

El nombre del teléfono me obliga a hacer una pausa. De todas mis citas recientes, este es el único que me ha dejado huella. Intento no pensar en la noche que compartimos, pero regresa a mí con escenas algo borrosas. Su contacto... amable, pero urgente. Su risa, fácil, profunda. Unos rizos rubios, como los de Jack. Algo más bajo la superficie... ¿Qué era exactamente? Hay una ligera emoción en mi respiración, pero rápidamente la rechazo. No. No estoy preparada aún para algo más de lo que ya compartimos. Y se lo he dicho. Brevemente, pienso en responder. Sería otra noche fácil, una escotilla de emergencia para salir de mi vida.

El texto de Layla me distrae: «No, solo era irónico. He sacado la receta de internet... como todo lo demás».

Dudo un momento más, recordando cómo era tocarle, y luego borro su mensaje sin responderle.

Lo sé. Frío.

El edificio de Layla en Central Park West es gris y regio, con un patio privado para el acceso de vehículos al interior, mucho brillo, vestíbulos de mármol que atiende un pequeño ejército de porteros muy bien uniformados. Es como un cuento de hadas, un castillo de los superricos. Cuando entro, el techo altísimo del vestíbulo me empequeñece. El aroma a flores frescas recién cortadas y el brillo de la araña del techo crean un efecto como de salón de baile. Óleos abstractos de un piso de altura, sofás modulares de cuero blanco, una escultura de metal retorcido... Existen vestíbulos de museos menos lujosos.

«La gente de verdad no vive en casas como esta», diría Jack. Él había visto demasiado mundo a través de su cámara, gente viviendo en la pobreza, niños muriéndose de hambre, ciudades

arrasadas por la guerra, la naturaleza diezmada por la codicia empresarial. La riqueza obscena lo ofendía. A mí... no tanto. Navego entre distintos mundos, tan cómoda en un sencillo albergue como en el Ritz. Vivamos en la opulencia o en la pobreza, por debajo de la piel las personas somos todas iguales. Todo el mundo sufre. Todo el mundo lucha. Simplemente, desde fuera parece distinto.

Mis tacones resuenan en el mármol con un ruido rítmico que rebota en las paredes. Se supone que Sting vive aquí. Robert De Niro vive aquí. (Aunque nunca los he visto). Esos misteriosos multimillonarios rusos de los que siempre se oye hablar viven aquí. Mis queridos amigos Layla y Mac van Santen viven aquí con sus hijos adolescentes, Izzy y Slade.

Todavía no entiendo «del todo» lo que hace Mac. Finanzas, por supuesto. Dirige un fondo de inversión... pero ¿qué significa eso en realidad? Tampoco sé cómo, en los últimos diez años, se ha hecho tan escandalosa y ridículamente rico. Tiene algo que ver con «ventas al descubierto» y la crisis de las obligaciones hipotecarias de 2007. De repente, se trasladaron desde el loft espectacular de Tribeca al ático de Central Park West. Empezaron a hacer viajes de verano al extranjero de un mes. Tienen un chófer familiar, Carmelo. Avión privado en un aeropuerto de Long Island.

Layla y yo nos reímos un poco, de vez en cuando, con algo de tristeza, de lo mucho que han cambiado las cosas desde que éramos niñas las dos. De que su madre tuviera dos trabajos. De que mis padres le compraran el vestido del baile de graduación, porque su familia no se lo podía permitir, o de que sus padres se pelearan en la cocina porque no podían pagar las facturas. De que mi padre y yo fuéramos en coche a su casa a recogerla, cuando ella no podía aguantar más los gritos y otras cosas. Sus padres ya han muerto los dos, habiendo llevado unas vidas breves, infelices y nada saludables. Pero Layla todavía conserva las cicatrices que todo eso dejó en ella, literal y figuradamente.

El portero, sin sonreír, pero cortés, me conoce y me hace una seña para que avance sin siquiera preocuparse de avisar.

—Buenas noches, señora Lang.

El aroma floral del vestíbulo me persigue hacia el ascensor con espejos. Subo al piso veintiocho como si estuviera en una nube, sedosa y silenciosa, y salgo al vestíbulo privado.

Abro la puerta del ático de Layla y me saluda el sonido de Izzy practicando el violín en la habitación que hay al fondo del vestíbulo. No sé qué pieza está tocando, porque resulta irreconocible. El simple tamaño de ese espacio, las gruesas paredes, impide que el sonido resulte insoportable, como sin duda fueron para mis padres mis primeros ensayos instrumentales. Yo tocaba el clarinete, luego la flauta. Recuerdo que me animaban, aunque algo tensos, y el alivio palpable que sintieron cuando descubrí que mi pasión era la actividad artística de la fotografía, totalmente silenciosa.

Digamos, sencillamente, que Izzy no es ningún prodigio musical tampoco; me pregunto si alguien se lo habrá dicho, o si se lo dirán alguna vez. Practica con entusiasmo, sin embargo, atacando las mismas frases musicales una y otra vez. Si fuera un asunto de simple voluntad, podría mejorar. Siempre obtiene excelentes resultados, como su padre, muy centrada, infatigable, estudiante modelo.

Slade, su hermano menor, está en la isla de la cocina conectado a FaceTime, con un amigo en el iPad, mientras juegan a un extraño juego de construir mundos en un portátil. Al parecer, para

esa interacción se requieren dos pantallas. Le doy un beso en la cabeza y me recompensa chocando los cinco y esbozando una sonrisa radiante. Slade se parece más a Layla, o a Layla como era antes. Alegre, relajado, distraído y artístico.

Layla está en los fogones, y en la mesa veo flores frescas, manteles de tela, una cubertería brillante de platino. Solo hay cuatro servicios, cosa que indica que Mac no va a venir a casa a cenar. Lo habitual.

—Por favor, deja eso ya y avisa a tu hermana para que venga a cenar —le dice Layla a Slade, mientras viene a darme un abrazo.

—¡Izzy! —aúlla Slade, haciéndonos reír a las dos después del susto—. ¡La cena!

—Yo también podría haber hecho eso —dice Layla, dándole una palmada en el hombro—. Dile a Brock que tienes que dejarlo. Adiós, Brock.

—Adiós, señora Van Santen. —Llega la voz incorpórea desde el iPad.

—¿Has acabado los deberes? —pregunta a Slade, cuando ha cerrado el portátil.

Él la mira con sus ojos avellana como los de Mac, con el ceño fruncido e inseguro. Es una belleza, con los ojos enormes y un mohín en los labios, y el pelo espeso, rizado, de un rubio casi blanco. Catorce años y ya mide más que Layla y que yo.

—No puedes jugar más hasta que hayamos terminado —le ordena Layla—. Y ahora ve a buscar a tu hermana. Está claro que no nos oye.

Más chirridos detrás de la puerta de Izzy, como para remarcar esa afirmación. Slade se dirige hacia esa dirección tan despacio como un oso perezoso, llama a la puerta y luego desaparece dentro de la habitación de Izzy.

—El profesor de violín sigue diciéndome que ella promete —afirma Layla, volviendo a los fogones—. ¿Estoy loca? A mí me parece que suena horrible, ¿no?

—¡Te he oído! —chilla Izzy, al aparecer. Nadie habla en tono normal en la casa de los Van Santen—. ¡Claro que suena horrible! Es obvio. ¡Fue idea tuya, mamá!

Layla pone los ojos en blanco mientras Izzy me coge por detrás y me besa en la mejilla. Tiene el pelo como oro hilado, huele a lilas. Está delgada y ágil, pero no es una floja. La he visto con sus amigas del hockey comerse el peso de su propio cuerpo en pizza.

—Sálvame de todo esto, tía Poppy —dice—. ¿Puedo irme a vivir contigo?

—Ya lo sé, cariño —respondo, apretándola fuerte. Antes se sentaba en mi regazo, daba patadas con sus piernecitas regordetas y se echaba a reír, mientras yo le cambiaba los pañales y cogía fuertemente su diminuta mano entre la mía al cruzar la calle. ¿Hay algún niño más querido que los hijos de las personas a las que amas, especialmente cuando no tienes hijos propios?

—¿Cómo soportas estas condiciones? Es horrible.

—Mamá, por favor... —dice Izzy. Va hacia su madre, coge una zanahoria de la ensalada y empieza a masticar—. Es que, sencillamente, la música no es lo mío.

—Te irá bien, cariño —dice Layla, con soltura. Aparta un mechón de pelo de los ojos de Izzy—. Hacer algo que no se te da de fábula inmediatamente. Esforzarte por algo.

—Eso es... ridículo.

La adolescente, tan parecida a su madre, rubia y con unos ojos increíbles de un verde intenso, me dirige una mirada suplicante.

—¿No es ridículo?

Aromas deliciosos salen del horno y se elevan, haciendo que me ruja el estómago. Yo antes

también cocinaba. A Jack y a mí nos encantaba meternos en la cocina. Últimamente, cuando no estoy aquí, sobrevivo a base de una dieta de combinaciones del bufé de ensaladas y quizá comida china para llevar, cuando me siento algo ambiciosa. Ayudo a Izzy a llevar el agua.

En la mesa, dejo que el caos me inunde: Izzy empieza a hablar de no sé qué drama de una chica rebelde, Slade suplica añadir un club robótico a sus horarios ya apretados. Toda la pesadez y la extrañeza del día que he llevado desaparecen al momento.

Pero interiormente vivo una vida de altibajos. Pienso: esta es la vida que Jack y yo podríamos haber llevado; quizá no tan increíblemente ricos, pero sí los niños parlotando, la comida, los fogones, el trabajo doméstico. El descontrol feliz que rodea todo esto podría haber sido nuestro. Y entonces surge la rabia: nos han robado todo esto. Miro el agua en mi vaso. A continuación, me invade la desesperación, con el estómago encogido: ¿qué me espera cuando me vaya de aquí? Un apartamento oscuro, vacío de él, de la vida que estábamos construyendo.

Layla me coge la mano. Los niños me miran.

—¿Poppy? —dice ella, bajito—. ¿Adónde te has ido?

—No, a ningún sitio —respondo—. Lo siento.

Suena un móvil y obliga a Layla a levantarse de la mesa. Oigo el ruido electrónico cuando ella responde.

—Espera, no me lo digas —pronuncia—. Que vas a llegar tarde. Que no te espere despierta.

Su tono es suave, pero tiene un punto cortante.

—Ahora mismo hay mucho en juego. —Mac en un altavoz, al parecer. No, en FaceTime. Ella regresa a la mesa con su iPad, se sienta de nuevo a mi lado. Incluso en la pantalla veo las ojeras en la cara de él. Se frota la cabeza calva, con la corbata suelta y el botón superior de la camisa desabrochado—. Ya lo sabes, cariño.

Layla se ablanda, sonrío a la pantalla.

—Lo sé. Es que te echo de menos.

—Hola, Mac —saludo yo.

—Hola, papá —saludan los niños a coro.

—Eh, chicos.

—Poppy es mi marido, ahora —dice Layla. Me echa una sonrisa—. Está en tu sitio.

—Espero que seáis muy felices juntas —dice Mac, con una ligera risa—. Poppy, buena suerte. Yo le lanzo un beso.

—Izzy, cariño, ¿qué tal te ha ido el examen de cálculo? —pregunta.

Layla le pasa el iPad.

—Tengo confianza —afirma ella, tapándose la boca, porque todavía está masticando. Estos niños son todo confianza, sin preocupaciones. ¿Cuándo ha ocurrido semejante cosa? ¿Qué fue de la angustia adolescente? Yo me pasaba toda la noche echada en la cama, preocupada... por las notas, por el drama de alguna amiga, por «todo».

—¿Has comprobado los problemas? —le pregunta él.

Mastica un poco más.

—Sí —responde ella—. Lo he hecho, papá.

Izzy le tiende el iPad a Slade.

—Papá, es la última semana para apuntarse a robótica...

—¿Qué ha dicho tu madre?

—Dice que no, hasta que no salgan las notas. —Slade arroja una mirada de soslayo a su madre, que ella ignora.

—Pues ya está decidido.

¿Es la fatiga lo que hace que su voz suene así, monótona, distante? O lo agobiante que es todo esto: trabajo y familia, matrimonio, todo muy bonito desde fuera, agotador desde dentro.

Slade, todavía sin inmutarse, se lanza a explicarle que cuando pueda probar que sus notas son buenas, será demasiado tarde. Le dan vueltas a lo mismo durante unos minutos.

—Hacer de padre por FaceTime —susurra Layla. No me gusta tampoco su tono, indiferente, ni ese rictus triste que veo en su cara. Todo esto es nuevo—. Hace furor.

—¿Estás bien?

Ella esboza una sonrisa, pero mira su plato.

—Sí —afirma, intentando parecer animada—. Sí, claro. Es solo que... estoy cansada.

Sorprendo a Izzy mirándonos con el ceño fruncido de preocupación.

—Papá me ha dado permiso para que pueda apuntarme a robótica y luego borrarle si las notas no son buenas... —dice Slade.

Layla mira la pantalla, enfadada. Pero el iPad está oscuro, Mac ha desaparecido.

—Tu padre y yo lo discutiremos más tarde y te comunicaremos nuestra decisión mañana.

—La robótica es el futuro, mamá.

Layla deja el tenedor y mira a Slade muy seria.

—Pregúntamelo otra vez y la respuesta será que no.

Todo el mundo conoce ese tono; Slade se queda callado y fija la atención en su plato. El tono maternal, que significa que has alcanzado el límite de su paciencia y estás a punto de cagarla del todo. Me sirvo un poco de pastel de carne. No sé de dónde ha sacado la receta, pero está muy bueno. Ya me he comido todo lo que tenía en el plato. No me había dado cuenta del hambre que tenía. Layla apenas ha tocado el suyo. Supongo que por eso usa una talla treinta y cuatro.

—Está bien —dice, pronunciándolo como si fuera una triste derrota.

Izzy se levanta, arrastrando la silla para que se oiga, y se lleva su plato.

—He prometido llamar a Abbey.

El estado de ánimo ha cambiado, el parloteo feliz ha muerto y se ha impuesto el silencio.

Layla y yo nos sentamos en el sofá blanco de su salón: todo es bajo y blando, la chimenea de gas está encendida, los libros de fotografía colocados en la mesa de centro de madera reciclada, una botella de pinot abierta entre las dos. Quiero hablarle del hombre de la capucha, pero no lo hago. Le entraría el pánico, querría ponerse a solucionarlo, y no necesito eso, ahora no.

Somos amigas desde octavo curso. Pero «amigas» es una palabra muy tibia, ¿no? Una palabra comodín, que puede significar cualquier grado de confianza. ¿Cómo llamas a alguien que ha compartido tu vida entera, que parece conocerte mejor que tú misma, que acepta todos tus errores y debilidades simplemente como imperfecciones en el tejido de lo que tú eres? La persona a la que puedes llamar a cualquier hora. Que puede aparecer en tu casa a media noche con un cadáver en el maletero de su auto, y tú la ayudarías a enterrarlo. O viceversa. Esa es Layla.

—Mac trabaja hasta tarde —dejo caer.

Ella levanta las cejas.

—Así es Mac. Es lo único que hace. Trabajar.

Ella parece vestir la opulencia que nos rodea, meterse en ella como en un vestido de seda. Las telas caras rodean su cuerpo; las uñas de los pies, con su manicura, son bonitas, son como cuadraditos de un blanco rosado. Su piel reluce prácticamente, debido a los tratamientos regulares. Sería fácil pensar que provenía de una familia rica, que esto es lo que ha conocido siempre. Pero yo recuerdo cómo creció. Las huellas de dedos en su brazo, por una de las «malas noches» de su padre. Que mi madre solía ponerme comida de más en la fiambarrera, por si Layla aparecía en el colegio sin nada, y sin dinero para comprarla. No hablamos ya de aquello, de los malos tratos, del abandono. Es historia pasada, dice Layla.

—Es más fácil, creo —continúa ella, mirando su copa—. Para él. Estar en el trabajo que aquí con nosotros. En casa hay mucho desorden, sabes. Mucho ruido, emociones, altibajos... La familia, la vida. Los números en cambio se colocan en unas columnas ordenadas. Los vas sumando y todo cuadra.

Cuando Jack y yo pusimos en marcha la agencia, Mac nos ayudó con los temas financieros.

Una noche, vino a nuestro apartamento después del trabajo y se sentó en la mesa de nuestra cocina, llena de hojas de cálculo y documentos. Layla y yo nos aburríamos y nos apartamos de la mesa. Pero los chicos se quedaron hasta tarde hablando de planes de pensiones y salarios, impuestos trimestrales, costes de seguros.

Layla y yo abrimos una botella de vino, nos echamos en el sofá escuchando sus voces, bajas y serias.

—¿Estáis seguros de que es esto lo que queréis? —me preguntó ella aquella noche.

—¿La agencia?

—Sí —contestó ella—. ¿No lo echarás de menos? ¿Los encargos, los viajes, ya sabes... la emoción de todo eso?

Había algo extraño en su tono.

—¿Lo echas de menos tú? —le pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—Estoy muy ocupada con los niños —respondió—. Pero sí, la verdad, a veces.

Me sorprendió aquello. Nunca se me ocurrió que Layla no fuera totalmente feliz.

Sus comentarios en Facebook y sus fotos en Instagram eran una cascada feliz de bonitas fotos de los niños, viajes familiares, idílicos desayunos de domingo, paseos por el parque. Layla y Mac enamorados, ricos, con dos niños preciosos y llenos de talento. «Fakebook —solía llamarlo Jack—. Un tablero de anuncios de nuestros momentos más bonitos, y todo lo demás escondido».

—Supongo que todos tomamos decisiones —dijo ella al final, con un tono neutro, inapelable—. Quiero decir que somos muy afortunados. Me siento... agradecida.

—Mac adora a los niños —dice ahora—. Siempre está disponible para ellos. Nunca se ha perdido una actuación suya, una fiesta... Ellos lo llaman, él responde.

—Y a ti te quiere.

Eso sí que lo sabía. Aunque Mac puede ser algo seco y no es un conversador demasiado ingenioso que digamos, a veces incluso un poco ausente, su cara se ilumina cuando Layla habla. La mira con ojos de amor auténtico. Personalmente, creo que él está en el espectro autista, es un genio de los números, pero quizá tenga problemas con todo lo demás. No es una combinación inusual. Pero desde la muerte de Jack, Mac ha pasado muchas tardes en la oficina conmigo,

enseñándome todo aquello que antes manejaba Jack. Es paciente, amable, me explica y me vuelve a explicar las cosas todas las veces que sea necesario sin impacientarse. Siempre me ha ayudado, igual que Layla. Estas personas... son mi familia.

Layla se frota la parte de atrás del hombro, parece que va a decir algo, pero se lo calla al final y solo esboza una débil sonrisa.

—Ya lo sé —comenta—. Claro que sí. Son diecisiete años.

Toma un sorbo de su copa de vino, las luces detrás de ella chispean, en un mar de oscuridad. A la luz del día, la habitación da a Central Park, una enorme extensión de verdor, o de colores otoñales, o de blanco.

—Vale. No podemos cambiarnos los unos a los otros. La mayoría de los que estamos casados, lo sabemos.

Jack y yo acabábamos de celebrar nuestro octavo aniversario de boda cuando él murió, así que no digo nada. Pero no recuerdo haberlo querido cambiar nunca.

—Lo siento —se disculpa ella, sentándose hacia delante y con aire afligido—. Vaya tonterías que digo a veces.

Levanto una mano.

—No andes pisando huevos. No lo hagas.

—Pero entonces ¿qué es lo que te pasa? —pregunta—. Hay algo... Así que no me mientas.

—No, nada —miento.

Ella no se lo cree, pero no insiste, aunque me sigue mirando con intensidad.

—Hoy he visto a la doctora Nash —la informo, solo para rellenar el silencio con algo—. Quiere que deje las pastillas para dormir.

—¿Por qué? —pregunta Layla, sirviéndonos otra copa de vino. No la detengo, aunque ya he bebido bastante, y me he tomado las pastillas antes. Es nuestra segunda botella—. Que les den. Toma lo que necesites para dormir. Este año ha sido bastante duro. Tú dile...

Dejo de escucharla. Siempre tiene algo que decir, siempre es la luchadora, la que se mantiene firme, la que reclama. No sé por qué motivo la recuerdo de repente discutiendo con uno de sus amigos del instituto. Estábamos en el aparcamiento, después de un partido de fútbol. Ella le dio en la cabeza con el bolso. «¡Cabrón!», le chilló, mientras todos los observábamos. Yo la saqué de allí a rastras, ella seguía gritando. La cara que puso él, como si nunca hubiera experimentado la ira. Quizá no lo hubiera hecho. Layla después lloró en mi coche. ¿Qué fue lo que la molestó tanto aquella noche? Ni siquiera me acuerdo... ni quién era el chico, ni quién más estaba allí. Solo los focos brillantes iluminando el campo, algunas chicas riendo, el olor de la hierba cortada y la voz de Layla perforando la oscuridad.

—Poppy —dice ella.

—¿Qué?

Pone su mirada maternal, la que dedica a sus hijos cuando no la escuchan.

—Te he preguntado si te ha quitado las pastillas.

—Ha bajado la dosis.

—Y...

—Mis sueños. —Mis imágenes soñadas de Jack de anoche se mezclan con la sombra en el metro, la extraña ilusión a plena luz del día que he experimentado en el tren—. Son más vívidos. No tengo la sensación de haber descansado.

—Dile que te vuelva a subir la dosis —recomienda ella, enfadada—. Necesitas descansar, Poppy.

—Pero quiero librarme de ellas. —Las palabras suenan débiles incluso a mis propios oídos. ¿Realmente quiero hacer eso?—. No quiero tomar pastillas para dormir el resto de mi vida.

—¿Por qué no? Es mejor vivir con química. Muchísimas personas están medicadas toda su vida. —Levanta su copa como para ratificar su punto de vista.

No sé si lo dice en serio o en broma. Lo que es seguro es que estoy más embotada, mentalmente más pesada. No he cogido una cámara entre mis manos desde que murió Jack, ni he sacado ninguna foto en serio. La verdad es que ni siquiera siento la necesidad de hacerlo. ¿Será por el dolor? ¿Por las drogas? ¿Por alguna combinación de ambas cosas? Dejo la copa en la mesa, donde brilla, acusadora. ¿Cuántas me he tomado? ¿No es raro que no lo sepa?

Ella abandona el tema. Hablamos un poco más, cotilleos de la empresa, que creo que Maura y Alvaro quizá puedan estar liados. Me parece que algo cruza por la cara de Layla al mencionar el nombre de Alvaro, pero desaparece al instante. Ella me dice que ha empezado a hacer fotos de nuevo. Layla tiene buen ojo para los retratos. Se manifiestan ante su cámara, le revelan todos sus secretos. Sus temas favoritos en los años recientes, como es natural, han sido sus hijos. Todavía mantiene abierta su web, su cuenta de Instagram es seguida por una cantidad importante de personas. Tiene auténtico talento, más del que yo he tenido jamás.

—No te preocupes —dice—. Ya no hago más fotos bonitas de mis preciosos hijos. Cuando Slade e Izzy se van al colegio, yo vuelvo a hacer lo que hacía antes. Buscar eso... Ya lo sabes, el momento perfecto.

—Enséñamelo —la apremio, curiosa.

—Ya te lo enseñaré. —Aparta la vista. No es propio de ella mostrarse tímida—. Es que estoy oxidada. He pasado tantos años con los niños... Quizás haya perdido el buen ojo. El talento que tenía, que no sé si era mucho o poco, quizá se haya marchitado y haya muerto.

—Lo dudo mucho —respondo—. Ten paciencia. Quizás ahora veas las cosas de una forma distinta.

Ella se remueve en el sofá, dobla las piernas bajo su cuerpo. Algo en su manera de sentarse parece incómodo, como si estuviera dolorida. Demasiado kickboxing. Se frota de nuevo el hombro.

—La vida te hace eso, supongo.

Me mira demasiado rato, con demasiada tristeza. Yo aparto la vista.

—Debería irme a casa. —Y ocurre esto. Estoy bien donde estoy, y de repente, necesito estar a solas, como si ya no pudiera seguir manteniendo unidas mis piezas.

—Quédate aquí —me ofrece. Pero he pasado demasiadas noches en la habitación de invitados. Esta noche tengo que pensar. La vida de Layla es como una burbuja. Cuando estoy aquí, todo lo demás se difumina... El mundo real parece vago e insustancial.

Me levanto, cojo mis cosas, empiezo a salir antes de que ella intente convencerme de que me quede. Me mira un momento, parece que está a punto de decirme algo. Pero cuando se levanta también, no me detiene.

—Espera un segundo —me ordena, y sale corriendo por el vestíbulo. Vuelve al cabo de un momento, mientras me pongo el abrigo—. Llévate estas —dice, poniéndome un bote de pastillas en la mano—. Son más. Creo que es la dosis que tenías en un principio.

Observo el bote.

—¿Y tú no las necesitas?

—Puedo conseguir más.

—¿Cómo? —pregunto—. La doctora Nash me mira como si fuera una yonqui.

Layla sonríe.

—Tengo mis trucos.

No debería cogerlas. Debería devolvérselas y preguntarle de qué demonios está hablando. ¿De dónde saca todas estas pastillas? ¿Y por qué? Pero no lo hago. Agradecida, me las meto en el bolsillo, prometiéndome a mí misma que no me las tomaré. A menos que... A menos que sea absolutamente necesario.

—¿Estás segura de que no quieres hablarlo? —me pregunta—. ¿Lo que sea que te esté pasando? Aquí me tienes cuando no te encuentres bien. Siempre. No te olvides.

Resulta tentador volver dentro y hablar con Layla, dejar que se ocupe, como hace siempre. «Esto es lo que tenemos que hacer...».

—Estoy bien —digo, por el contrario.

El Lincoln Town Car me espera en el aparcamiento. Cuando me ve, el chófer de Layla, Carmelo, alto y fuerte como un armario, sale rápidamente y corre a abrir la portezuela antes de que llegue yo, sonrío victorioso y la abre. Lleva el pelo rubio y largo atado en una coleta tirante, tiene los ojos del color de los vaqueros desvaídos y una mandíbula como una roca.

—Yo he llegado primero, señorita Poppy —dice.

—Esta vez sí —afirmo, deslizándome en el interior de cuero blanco, y él cierra la puerta.

Es una competición que tenemos: yo encuentro ridículo esperar junto a la puerta mientras él da toda la vuelta para abrirla. Y él considera que abrir la puerta es una parte fundamental de su trabajo, y una terrible negligencia en el cumplimiento del deber si la abro yo y me siento sin que me haya visto él primero. Es una de esas raras personas que se preocupa por los pequeños detalles de su profesión. No debería meterme con él. Pero es muy amable y muy divertido, y disfrutamos de nuestro pequeño jueguito.

—¿A casa? —me pregunta.

—A casa —respondo yo, aunque en realidad no tengo casa. Tengo un sitio donde vivo, pero no es mi casa.

La ciudad pasa a toda velocidad, luces y gente, limusinas, coches viejos, taxis, ciclistas. Me siento ligera, por el vino y las pastillas. Dejo que mi cabeza se apoye en el respaldo, que parece abrazarme. El hombre de la capucha es solo un recuerdo distante. El coche está tranquilo, excepto la música de jazz que se oye bajito en la radio; dejo que se me cierren los ojos. A veces, Carmelo y yo comentamos cosas de su madre, que se está haciendo mayor, o de su hijo pequeño, Leo. Pero él raramente me habla a menos que yo lo haga primero, a no ser que tenga que hacerme una pregunta. Es otra de las normas de su trabajo: desaparecer, estar solo cuando necesitas que esté. Al abrir los ojos, veo los suyos en el espejo retrovisor, mirándome.

—¿Un día largo? —me pregunta.

—Sí —afirmo—. ¿Y usted?

—Lo normal —responde, encogiéndose de hombros. Lleva a los niños al colegio, a Mac al trabajo, lleva y trae a Layla durante sus ocupados días, espera a Mac por las noches, lleva a clientes (y amigos) por la ciudad. Su jornada laboral acaba cuando termina la de Mac, a menudo no antes de medianoche, o incluso más tarde. Carmelo siempre llevaba a los hombres cuando salían juntos, Jack, Alvaro y Mac. Los llevaba de bar en bar, quizás incluso a alguna timba privada, en el club de Mac, quién sabe adónde más.

«¿Qué podría contarnos Carmelo de nuestros maridos?», decía Layla, pensativa.

«¿Estás de broma? —replicaba yo—. Nunca nos contará nada».

—Pero la ciudad, últimamente... está fatal.

—¿Ha pensado alguna vez en irse?

—No —contesta él—. Nacido y criado aquí, ya sabe.

Aparca junto a la acera y me quedo mirando un segundo, con el corazón desbocado.

—Carmelo...

Él se vuelve a mirarme interrogante, luego observa la calle. Sus ojos se abren mucho cuando se da cuenta.

—Oh, no —se lamenta, y se tapa la boca con un gesto un poco femenino, consternado—. Señorita Poppy... Lo siento muchísimo.

Me ha llevado a mi antiguo apartamento, aquel en el Upper West Side donde viví con Jack, no lejos del de Layla. Una pareja que no reconozco sube las escaleras, riendo, con bolsas de comestibles. Ella es menuda y viste vaqueros, una chaqueta negra ligera. Él es más alto, corpulento, con una mata de pelo color negro tinta. Jóvenes, con estilo. Podríamos ser nosotros. «Éramos» nosotros.

—No importa —digo, conteniendo un torrente brutal de dolor y de ira, no contra él, sino contra «todo».

Él se aparta de la acera rápidamente, pasando por delante de otro coche y llevándose la furiosa reprimenda de un claxon.

—No sé en qué estaba pensando —se lamenta, con la voz llena de remordimiento—. Lo siento muchísimo.

—No importa —repito de nuevo, intentando tranquilizar la voz—. Es fácil equivocarse.

Miro hacia atrás, a mi antigua calle, pero él dobla la esquina y se dirige al centro. Ya ha desaparecido. Quiero volver; quiero irme lo más lejos posible. Desearía que él se marchase con el coche lejos, muy lejos, que nunca llegásemos a nuestro destino, que yo pudiera desaparecer en el espacio que hay entre la vida de Layla y lo que queda de la mía, para siempre.

De vuelta en casa, abro otra botella de vino, me sirvo una copa y miro a mi alrededor. El inevitable dolor al ver mi antiguo edificio ha disminuido un poco. Y experimento un breve parpadeo en el cual me siento vagamente inspirada para decorar, para instalarme, como me dice la doctora Nash, que sigue animándome a que lo haga. Al menos desembalar las cajas amontonadas por todas partes.

Pero el momento de inspiración pasa tan rápido como había venido, y me encuentro reclinada en el sofá. Enciendo el televisor, cierro los ojos y escucho las noticias locales: un robo a mano armada en el Bronx, el metro de la Segunda Avenida que está casi terminado, un niño que había desaparecido y lo han encontrado. La voz medida y calculada del presentador de las noticias me alivia; mi conciencia va a la deriva.

—¿Jack?

La cama a mi lado está fría, las sábanas echadas a un lado. El reloj de la cómoda anuncia que son las 3:32 de la mañana. Me levanto, agarrándome aún al sueño, que me llama hacia él.

—Jack.

Voy andando descalza por el suelo de madera. Lo encuentro en el salón, con el portátil abierto.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunto, sentándome junto a él en el sofá.

Él saca un brazo y me rodea, me atrae. Me encanta cómo huele, esa mezcla de jabón y... ¿qué? Simplemente él, su piel. No usa colonia. Llevaría las mismas tres camisas y vaqueros toda la

semana, si yo no le comprara ropa. No siempre se afeita, lleva el pelo algo largo, un montón de rizos de un rubio plateado. Usa unas gafas con montura negra, en lugar de molestarse en ponerse lentes de contacto.

—Solo estaba poniéndome al día con los correos.

Tiene el correo abierto, pero también está abierto el buscador de la web, con una ventana oculta.

—¿Qué miras? —le pregunto, en broma—. ¿Porno?

—Sí —asegura—. Vengo aquí a mirar porno mientras mi bella esposa duerme en la habitación contigua.

Yo me acerco más a él, lo rodeo con mis brazos.

—El porno es más fácil, ¿no? —intento razonar—. ¿No es eso lo que dicen? El porno nunca se cansa, nunca dice que no. No tienes que satisfacer al porno.

—Vale —dice él. Me inclino a coger el portátil y abro el buscador antes de que él pueda detenerme. Una mujer muy guapa, con los ojos oscuros, me mira desde allí. Pero no es porno, es solo un artículo, una noticia que estaba leyendo él. Una fotoperiodista ha recibido una paliza mortal en su apartamento del East Village, se sospecha que fue un robo que salió mal, le sustrajeron todo el equipo.

—¿Quién es? —le pregunto.

Él mueve la cabeza, transcurre un momento antes de que responda.

—Alguien a quien conocía.

Echo un vistazo al artículo.

—¿Y la han asesinado?

Él asiente, silencioso.

Noto una punzada de urgencia.

—Jack, dime quién es, y por qué estás leyendo esto en medio de la noche.

Él no responde, su mirada fija al frente.

—Jack —vuelvo a repetir—. ¿Quién es ella?

Me despierto de repente sobre la tibia tela de mi sofá, desorientada, buscándole. El sueño permanece, se agarra a mis células. «¿Quién es ella?». Mi propia voz resuena en mis oídos. Estoy enredada en ese extraño tejido de lo real, lo recordado y lo imaginado. El olor de Jack, la sensación de su brazo, permanece aún, mientras las formas y las sombras del apartamento que él no ha visto nunca se van asentando en mi conciencia.

Busco el sueño, la cara de la mujer en la pantalla, el artículo. «Alguien a quien conocía». Pero todo está confuso, no tiene sentido. ¿Un sueño? ¿Un recuerdo? ¿Un híbrido extraño?

El sofá que tengo debajo es duro, nada blando y hundido como el que teníamos en nuestra antigua casa. Este lo compré online porque pensé que tenía unas líneas elegantes y mucho estilo; cuando llegó resultó que era duro y gris, como una losa de cemento. No tuve la energía suficiente para devolverlo.

La televisión está encendida, el sonido tan bajo que apenas resulta audible. Imágenes del radar que indican el tiempo que hará mañana forman remolinos rojos y anaranjados, se está incubando una tormenta, hace un calor que no es propio de la estación.

Poco a poco, Jack y el sueño empiezan a desvanecerse. Quiero agarrarlo, pero es arena entre mis dedos.

No es nada nuevo. Desde su muerte, yo sueño vívida y urgentemente con mi marido: abrazos, hacer el amor, su regreso de un sitio u otro, quizá del supermercado, o de un viaje de negocios. La alegría de su regreso a casa reconforta mi corazón. En esos momentos, aunque son retorcidos y extraños, lugares alterados, fragmentos de cosas que ocurrieron y no ocurrieron, son tan desesperadamente reales que a menudo me despierto pensando que mi vida real, aquella en la que Jack me fue arrebatado, es la verdadera pesadilla.

Y entonces, cuando me despierto, ahí está la bofetada dura y fría de la realidad: él ya no está. Y esa pérdida me duele como si fuera nueva. Cada momento. Cómo temo esa sensación cuando me lo vuelven a quitar otra vez, cuando el peso del dolor y la pérdida caen sobre mí una vez más, crudos y en carne viva, y su peso terrible me quita todo el aire del pecho.

Me limpio las lágrimas. Ni siquiera sabía que estaba llorando. Busco el mando a distancia y dejo que nuestras fotos almacenadas aparezcan en la pantalla. Fotos de nuestros viajes que van sucediéndose, un paseo bajo un dosel boscoso en Costa Rica, los tubos de lava en Islandia, un selfie que nos tomamos mientras nos besábamos en los Cliffs de Moher. Las imágenes inmóviles de la chica que era yo, del hombre que era él. Los dos desaparecidos. Muchas noches, después del trabajo, esto es lo que hago. Me echo aquí y contemplo cómo nuestras numerosas fotos van pasando silenciosamente por la pantalla.

«Las cosas mejorarán —me ha dicho la doctora Nash—. Con el tiempo, el peso de todo esto será menor».

«No, no lo es», quiero decirle, pero no digo nada. «¿Cómo podría serlo?».

Fuera de mis altas ventanas, la ciudad resplandece.

Me levanto, saco el nuevo medicamento con una dosis inferior de mi bolso, me sirvo un vaso de agua. Cuando estoy a punto de tomarme la pastilla, hago una pausa. Ahí está, en la palma de mi mano, azul y seductora.

¿Y si dejara de tomarlas? ¿Qué ocurriría? Debería investigar un poco. Jack no aprobaría toda la cantidad de medicamentos que he estado tomando, eso lo sé. Él no se tomaba ni un Tylenol para el dolor de cabeza.

O bien...

Recuerdo la dosis más elevada que me ha entregado Layla; las saco del bolsillo de mi abrigo, oyendo su voz, siempre tan segura: «Tómatelas cuando necesites dormir». Pienso en las otras pastillas que he ingerido hoy. ¿Cuántas? ¿De qué eran? ¿Cuánto vino he bebido?

Para ser totalmente sinceros, no es una gran batalla interna. «Necesito» la absoluta negrura de un sueño sin sueños, la vida de sueños que tanto valora la doctora Nash se puede ir a la mierda. Necesito un respiro del dolor, de mis pensamientos, de mí misma. Saco una de las pastillas de dosis alta. Luego, otra. Me las trago las dos. Solo esta noche.

Con las imágenes rondando mi cerebro somnoliento, entro en el dormitorio. En la mesilla, el diario de sueños descansa junto a mi cama. Llevo un tiempo sin escribir en él, pero el consejo de hoy de la doctora Nash todavía está fresco en mi mente. «Podemos aprender mucho de nosotros mismos con todo eso». Lo abro y escribo lo que recuerdo, pero la verdad es que se ha desvanecido hasta quedar casi en nada. Escribo: una mujer de ojos oscuros en la pantalla. ¿Quién es?

El bolígrafo me pesa en la mano.

No hay mueble alguno en el dormitorio excepto un lecho de plataforma bajo y blanco, cubierto por la nube que es el nórdico de plumón, y unas enormes y blandas almohadas. Cierro los ojos y dejo que el diario y el bolígrafo caigan a un lado, apartando todo pensamiento de Jack y el desconocido que da sombra a mi vida, Layla, la doctora Nash. Espero ese maravilloso sueño químico.

La superficie que tengo debajo es fría y dura, en mi cabeza suena una sirena de dolor. Las náuseas me agarrotan el estómago y la garganta. Me duele el hombro, que está retorcido debajo de mi cuerpo. Un hedor fuerte y desagradable me invade. No quiero abrir los ojos, los cierro más fuerte en lugar de abrirlos.

¿Dónde estoy? Debería saberlo.

Abro los ojos solo un poquito, atisbando entre la niebla de mis pestañas. Plateado y blanco, un suelo de baldosas asqueroso, unos pies que pasan, tacones altos, zapatillas de deporte, zapatos planos. Rozaduras, voces. Música que retumba fuera, alguien que se ríe demasiado fuerte, borrachera o drogas.

—¡No me jodas! —chilla una voz.

Me incorporo. Estoy en un cubículo de un lavabo público, enroscada en torno a una taza de váter. Ese hedor... es orina. Estoy en el suelo de un baño, en una discoteca, por lo que parece. El corazón me late a toda velocidad, noto el aliento entrecortado. Me miro el cuerpo. Llevo un vestido que no reconozco, ajustado y rojo, unos zapatos de tiras con tacón.

Vale, vale, vale, me digo a mí misma. Piensa un poco. Piensa. ¿Qué es lo último que recuerdas?

El funeral de Jack bajo un cielo cruelmente bello, apoyándome pesadamente en Mac, su fuerte brazo en torno a mi cintura es prácticamente lo único que me mantiene en pie. Layla que me sujeta la otra mano. Mac me susurra al oído: «Vale, Poppy. Vamos a pasar por esto. Todos juntos. Aguanta. Sé fuerte. Él lo habría querido». Nuestro antiguo apartamento lleno de amigos, ojos húmedos, voces susurrantes; la madre de Jack, con la cara como la ceniza, con una bandeja llena de bocadillos temblando en su mano. Layla que se la quita y la deja en la mesa. Mi madre charlando con Alvaro, flirteando con él como si no fuera el funeral de su yerno. Todavía oigo su risa ronca, tan inadecuada que atrae las miradas. Yo deseando por enésima vez que mi padre estuviera todavía vivo. Papá, por favor. Te necesito. Qué tontería. Una mujer adulta que todavía necesita a su padre. Esas son las últimas cosas que recuerdo. ¿Dónde estoy ahora? ¿Cómo he llegado hasta aquí?

Me pongo de pie, tambaleándome, las paredes dan vueltas. Alguien llama con fuerza a la puerta del cubículo.

—Un minuto —digo, con la voz ronca y extraña. Ni siquiera parezco yo.

Quienquiera que sea encuentra otro cubículo, cierra la puerta de golpe. La puerta de fuera se abre, entran voces y música, llenando todo el recinto. Luego, se vuelve a hacer el silencio.

Hay un bolso a mi lado, un bolso de noche negro y brillante. Aunque no lo reconozco, lo cojo y lo abro. Mi móvil, muerto. Quinientos dólares en efectivo. Una polvera, que abro con las manos temblorosas.

La mujer del espejo es un desastre, el pelo largo y negro todo enmarañado, el rímel corrido por la cara, con tristes lágrimas de payaso, pálida, los ojos azules muy abiertos por el pánico. Me

siento en el váter y con un poco de papel y mi propia saliva me limpio la cara. La cosa queda pasable, me peino con los dedos y me arreglo un poco con el maquillaje que llevo en el bolso. En el pequeño y tembloroso espejo casi acabo pareciendo normal otra vez. Excepto por el hecho de que no tengo ni idea de dónde estoy, ni cómo he llegado aquí.

Vale. Ya te ocuparás de eso más tarde. Respira. Respira. Respira. Solo tengo que volver a casa. En cuanto esté a salvo conseguiré recordarlo todo. Llamaré a Layla. Lo arreglaremos. Ella sabrá qué hacer.

Salgo tambaleante por la puerta del cubículo, encaramada a unos tacones demasiado altos. Dos mujeres, una negra, otra blanca, que se están maquillando ante el espejo, me miran y luego se miran la una a la otra. Las dos se echan a reír.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta una de ellas, aunque se ve que realmente no le importa. Se pinta los labios de un rojo chillón.

—Tienes que coger un Uber y volver a casita, chica —dice la otra, frunciendo el ceño con desaprobación. Lleva el pelo teñido de un color rubio platino, y los labios son de un deslumbrante color frambuesa. Noto un relámpago de ira, pero la vergüenza que me invade me impide responderle.

Sus risas me siguen mientras salgo por la puerta, hasta que quedan ahogadas por el intenso techno beat. Los cuerpos se amontonan en la pista de baile, y yo me abro camino entre la multitud, preguntándome dónde estará la salida. Pero por el contrario me encuentro ante la barra, tomando asiento. Descanso allí un minuto, con las piernas inestables y la cabeza dándome vueltas.

La camarera viene y se inclina hacia mí. Me da un vaso de agua helada. Grabada en el cristal, con una escritura muy ornamentada, una sola palabra: Morpheus.

—Tu novio lleva mucho tiempo esperándote —me dice, mientras yo doy un trago largo—. Si pensabas que lo habías perdido, pues no es así.

Miro en la dirección hacia la que señalan sus ojos, que son de color violeta, misteriosos y extraños. Lentes de contacto. Lleva tatuajes en el brazo: un dragón, una torre, una mujer bailando. Los observo, atraída por las líneas y los colores. No puedo concentrarme mucho rato en nada.

—Él te ve.

¿Quién es? Tiene el pelo rubio y largo echado hacia atrás, la mandíbula firme y unos ojos misteriosos que no se ajustan a ningún color: ámbar, verde, azul acerado. Se levanta y se acerca, se inclina hacia mí.

—Pensaba que te habías ido. —Su voz en mi oído provoca un escalofrío que me recorre la columna.

Da la vuelta a mi alrededor y me atrae hacia él. El calor que hay entre nosotros es eléctrico. Él me pasa un brazo en torno a la espalda, el otro por el cuello, y se echa sobre mí como si no estuviéramos en una discoteca atestada, sino únicamente los dos. Su atracción es magnética, irresistible. Y entonces estamos solos, el mundo entero desaparece, la música se desvanece mientras él me besa con un beso largo y profundo. Yo estoy encendida de deseo, un dolor muy profundo en mi interior. Resulta violento lo mucho que lo deseo.

Jack. Jack.

Pero no es Jack.

—¿Quién es Jack? —quiere saber él—. No importa. Yo seré Jack, sea quien sea. Seré quien tú quieras que sea.

Y entonces, como por arte de magia, estamos en su coche, o al menos él va conduciendo. No sé de quién es el coche en realidad. Pero es muy bonito, de cuero, con faros azules y relucientes, suena música suave en los altavoces Bose. Todo huele a limpio y a nuevo. Los edificios de la ciudad se reflejan en el retrovisor, haces de luces blancas y rojas pasan a nuestro alrededor.

—¿Adónde vamos? —pregunto yo, sin reconocer apenas mi propia voz.

—¿No lo recuerdas? —me pregunta él, amablemente.

—No —respondo, con un pánico en aumento—. Lo siento. No recuerdo nada.

Él me mira con una sonrisa extraña y sigue conduciendo.

«Lo siento. No recuerdo nada».

Las palabras hurgan en mi sueño, adquieren urgencia, se hacen más intensas, hasta que el sonido de mi propio grito de terror me despierta.

Me incorporo de repente, con el aliento pesado, la camiseta empapada de sudor. Estoy en mi cama, las sábanas tiradas por el suelo. Un débil sol matutino de martes por la mañana entra por las persianas, iluminando mi ropa de anoche que está en un montón desordenado en el suelo.

Los detalles del sueño ya se desvanecen. ¿Qué tipo de coche? ¿Qué discoteca? Es importante recordar; debo indagar en ese sitio.

El café empieza a caer en la cafetera con temporizador que está programada para las seis, y su aroma se expande por el apartamento. La ciudad está despierta y llena de cláxones y sirenas distantes, y con el ruido incesante del tráfico. Poco a poco, mi respiración se va normalizando, y los detalles triviales de la vigilia empiezan a borrar mi urgencia. El sueño, el pánico de recordarlo, retrocede, deslizándose con cada segundo que pasa como una serpiente entre las hojas de hierba altas de mi vigilia.

«El sueño es el lugar donde tu mente se organiza, donde tu subconsciente se resuelve y se expresa a sí mismo. En tiempos de mucho estrés, los sueños pueden convertirse en otra vida completa», dice la doctora Nash. Una vida terrorífica, inconexa, que no comprendo.

Busco mi diario de sueños y empiezo a escribir, intentando capturar lo que recuerdo.

«Morfeo, ¿una discoteca?

Paredes de baldosas blancas y negras, ¿besar a un hombre sin cara?

Él me lleva a algún sitio en su coche, un BMW quizá. Tengo miedo. Pero ¿estoy aliviada también? ¿Quién era él? ¿Adónde me llevaba? ¿Por qué me iba yo con él?

¿Vestido rojo?

Deseo potente. Jack. Pensaba que era Jack, pero no lo era».

Las impresiones son dispersas, en realidad absurdas, a la luz del día. Mientras escribo, la luz del sol brilla más y empieza a llenar la habitación a través de las altas ventanas. Brilla demasiado. Debe de ser tarde para ir a trabajar.

Acabo de escribir y reviso las páginas anteriores, buscando si hay otro sueño parecido a este. Leyendo lo que escribí anoche, antes de tomar las pastillas, veo que son los garabatos de una persona loca, chiflada, inestable:

«Jack, ordenador, ¿mirando porno? ¿Quién es ella?».

Otra frase que ni siquiera recuerdo haber apuntado: «¿Él me estaba ocultando algo?».

Me fijo en la tinta negra que se derrama en la página de un blanco hueso. Hay un pequeño tartamudeo de pánico, como si hubiera descubierto que un desconocido ha estado escribiendo en mi diario de sueños. Pero no, la escritura es mía, sin lugar a dudas.

Vuelvo atrás, hacia anotaciones anteriores. Una página está llena con una espiral negra. Empieza con un solo punto en medio del papel y va girando, cada vez más y más amplia, hasta que

llena toda la hoja. Está trazada con una intensidad frenética, apretando tanto con el bolígrafo que la tinta se filtra hacia la página que está debajo. Hay una diminuta figura negra que parece estar cayendo sin parar en ese abismo.

«Nadie te habla de la rabia —había escrito yo—. Podría caer dentro de mi rabia y desaparecer para siempre. ¿Cómo ha podido él hacerme esto? ¿Cómo ha podido dejarme así? ¿Quién le ha hecho eso a él? ¿A nosotros? ¿Por qué no pueden encontrar al asesino de mi marido?».

De nuevo, esa sensación: una desconocida escribiendo en mi diario de sueños.

Pero no.

Esa rabia es en realidad un agujero negro que aspira y devora el universo. Recuerdo que tuve un sueño terrible, muy real, en el que encontraba al hombre que me arrebató a Jack. Yo lo perseguía por las calles, finalmente llegaba hasta él y lo abatía, lanzándome hacia él. Lo golpeaba sin parar, violentamente, con todas mis fuerzas. Era tan vívido que notaba sus huesos crujir bajo mis nudillos, notaba en la boca el sabor de su sangre que me salpicaba. Yo seguía, y seguía, y mi satisfacción no hacía más que aumentar. Confesé todo eso entre lágrimas a la doctora Nash.

—La ira, dosificada, puede ser saludable, Poppy —dijo—. Es sano dirigir tu rabia hacia el asesino de tu marido, no debes guardártela. La rabia suprimida se convierte en desesperación y depresión.

—¿Cómo puede ser saludable soñar con matar a alguien, imaginarlo tan claramente? ¿Disfrutarlo?

—Hay oscuridad en todos nosotros —respondió ella, muy serena—. Es parte de la vida.

Cierro el diario de sueños con fuerza; no quiero volver a ese lugar. Esa rabia dentro de mí es espantosa. No quiero saber con quién soñé anoche, dónde estaba. Quizá sea mejor dejar que esas cosas se desvanezcan. Después de todo, si se supone que debes recordar tus sueños, si significan algo... ¿por qué se escapan a tanta velocidad? ¿Por qué nunca tienen sentido en realidad?

La ducha caliente se lleva todo lo que quedaba de aquello. Apenas puedo agarrarme a un solo detalle. Pero hay una canción sonando dentro de mi cabeza, algo gangoso e hipnótico.

«He visto esa cara antes».

Las imágenes vuelven a la superficie espontáneamente cuando me dirijo al despacho: recuerdo al hombre del bar, las luces azules del interior del coche. Es una intrusión molesta, inquietante, esos sueños son demasiado vívidos y perturbadores. No he descansado nada; estoy tan nerviosa y llena de náuseas como si hubiera empalmado toda la noche.

Me planteo una pregunta que debería estar haciéndome más a menudo: ¿Cuántas píldoras tomé anoche? Y ¿cuánto vino bebí?

No el suficiente, aparentemente. No el suficiente para conseguir el olvido total. Con muchos nervios y consciente de lo que tengo a mi alrededor, examino mi entorno en busca del hombre de la capucha. Aunque el día es luminoso, distingo muchas sombras que me rodean, y sigo mirando como una paranoica. Hay un grupo de trabajadores de la construcción, todos vestidos con vaqueros, con las capuchas por encima de los cascos. Uno de ellos se fija en mí, hace un ruido vulgar de besuqueo con la boca. Paso a su lado deprisa, no miro atrás.

Finalmente, en el despacho, en mi escritorio, noto que me invade el alivio. Todavía es

temprano, al menos una hora antes de que llegue nadie. Cojo el teléfono.

—Eh, hola —responde Layla—. No me volviste a llamar anoche.

Esa voz. Es como un salvavidas. Es tan sólida. Tan real.

—¿Me llamaste? —pregunto, confusa.

—Sí —contesta—. Solo quería comprobar que estabas bien. No me gustó cómo te vi cuando te fuiste.

Consultando los mensajes de mi teléfono, veo su llamada y un texto que dejó después de las once.

—Ah... lo siento. —¿Cómo he podido olvidarme de eso?

—En serio. ¿Qué está pasando?

Layla es la primera en preocuparse por mí. Fue la primera en pensar que quizás algo no fuese bien, un día o dos antes de mi «crisis nerviosa» o «brote psicótico» o como quiera que se llame hoy en día. La doctora Nash se refiere a este episodio como mi «fuga». «Piense en ello como unas pequeñas vacaciones que se toma su psique cuando tiene demasiadas cosas que controlar. Es como un apagón, una sobrecarga de circuitos. El dolor es un evento neurológico». Y Layla fue la que hizo que me diera cuenta de ello.

Le hablo del sueño, al menos de los fragmentos que todavía recuerdo.

Ella se queda callada un rato demasiado largo. Creo que la he perdido.

—¿Layla?

—Poppy —dice ella—. Quizá deberías llamar al detective Grayson.

Me sorprende que ella saque a colación al detective que estuvo a cargo de la investigación del asesinato de Jack. Una investigación que ha ido desapareciendo hasta quedar prácticamente en nada. Ha pasado casi un año desde que mataron a Jack, y todas las pistas se han enfriado. No hay sospechosos. No hay información nueva. Pero Grayson sigue en el caso, comprobándolo regularmente, siempre me devuelve las llamadas cuando pregunto por los progresos. Antes ansiaba justicia para Jack, por todo lo que habíamos perdido. Aquello me reconcomía, me mantenía despierta muchas noches. Pero con la ayuda de la doctora Nash, he dejado un poco que esa idea se apagara. ¿Qué justicia puede haber para algo así? No importa el precio que se pague, el reloj no puede retroceder. Así que la pregunta sigue ahí, como una piedra sin digerir en mi estómago. ¿Quién mató a Jack?

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver con todo esto Grayson?

Otro momento en el que ella se calla y deja escapar un fuerte suspiro. Puedo oír el ruido de la calle, de modo que probablemente se estará apoyando en la ventana del baño, con un cigarrillo, para que los niños no lo huelan cuando regresen a casa del colegio. Se supone que lo ha dejado; obviamente, el chicle de nicotina no lo ha suprimido del todo. No pienso echarle la bronca por ello. ¿Quién soy yo para meterme con ella, precisamente yo, que me he vuelto una pastillera?

—Simplemente pensaba... —dice ella por fin, con cuidado—. Los días que no puedes recordar. Quizá lo que soñaste anoche. Quiero decir que quizá no fuera un sueño del todo... Quizá fuera un recuerdo.

Sus palabras tocan una tecla extraña, causan un desagradable cosquilleo en mi piel.

—¿Por qué dices eso?

—Cariño —dice. Exhala con fuerza—. Cuando te encontré, llevabas un vestido rojo.

Ben entra, cantando. Lleva puestos los auriculares, está claro que no me ve. Canta a voz en

grito acompañando a Katy Perry, que dice que esa es la parte de él que nunca nunca le quitarás. Entra en mi despacho para dar la luz que yo me había olvidado de encender, y sus ojos se centran en mi persona. Se sonroja y me dedica una amplia sonrisa, inclina la cabeza. Yo me reiría si no notara todavía todo mi cuerpo como si fuera una terminación nerviosa, bullendo por la tensión.

—Quizás... estés recordando cosas —dice Layla, al ver que me quedo callada.

—La doctora Nash creía que probablemente no lo haría, que es muy posible que haya perdido esos días para siempre.

Fue dos días después del funeral cuando desaparecí. Cuatro días más tarde, me desperté en un hospital, sin recordar nada. Incluso los días anteriores a la muerte de Jack y el funeral están neblinosos y confusos. En parte, pienso que es una suerte haber olvidado los peores momentos de mi vida; no estoy segura de querer que vuelvan. La doctora Nash ha sugerido tal cosa, que mis recuerdos no han vuelto porque yo no los deseo.

Recuerdo el día que lo mataron en fragmentos feos e inconexos, estar sentada en la comisaría de policía, aturdida ante el millón de preguntas amables del detective Grayson. ¿Tenía él problemas en el trabajo? ¿Tenía enemigos? ¿Teníamos problemas de dinero? ¿Aventuras? ¿Habíamos sido infieles cualquiera de los dos? Horas y horas de preguntas que yo me esforzaba por responder, destrozada por el dolor y atónita, atrapada en una situación angustiosa e irreal. Hubo largos ratos en los cuales rogaba al universo que simplemente me dejara despertar. Esto tiene que ser una pesadilla. La cara seria de Grayson, las paredes grises, las luces de los fluorescentes parpadeantes, todos los recuerdos de las películas y series de terror. Esa no era mi vida. No podía serlo. ¿Dónde está Jack? ¿Por qué no puede hacer que desaparezca todo esto?

Finalmente, apareció mi madre con el abogado de la familia y me llevaron a casa. Recuerdo haber entrado en mi apartamento... en «nuestro» apartamento, caer en la cama que compartíamos. Las sábanas todavía tenían su olor. Recuerdo haber gemido desesperada, boca abajo en mi colchón.

—Tómame esto, cariño.

Mi madre me obligó a sentarme, me dio una de sus pastillas de Valium y un vaso de agua. Ni siquiera dudé, me lo bebí todo. Al cabo de un rato cayó una deliciosa y oscura cortina de sueño.

Durante un tiempo, sé que el detective Grayson sospechó de mí. Al fin y al cabo, yo lo iba a heredar todo al morir Jack: el dinero del seguro de vida, el negocio, nuestros bienes. Pero supongo que en un determinado momento se dio cuenta de que para mí todo era ceniza, sin mi marido. Luego, se convirtió en mi aliado. «Si recuerda algo, aunque sea una tontería, llámeme».

El caso lo incordiaba. Siempre. Un crimen de un desconocido es como una anomalía. La muerte de un corredor por una paliza llegó a los titulares de los periódicos. Los parques de la ciudad son como el patio trasero de Manhattan; la gente quería respuestas, y yo también. Jack era un hombre fuerte, grande, rápido, sabía moverse en la calle. Había viajado por todo el mundo como fotoperiodista, se había sumergido en la Gran Barrera de Coral para buscar tiburones blancos, había recorrido el Camino Inca, estuvo asignado con unos soldados en Afganistán, intentó coronar el Everest. Nunca nunca me pareció normal que él muriera como una víctima al azar, durante su carrera matutina. Llevaba encima un móvil y cinco dólares. Un año más tarde, su caso sigue sin resolverse.

—Pero puede que la doctora Nash esté equivocada —sugiere Layla—. Quizá signifique algo. Me toca a mí el turno de quedarme en silencio.

—Nos vemos esta noche —continúa Layla—. Buscamos soluciones, comemos, lo hablamos todo. Mientras tanto, llama a la doctora Nash y al detective Grayson.

Layla, la reina de los planes, de las listas, de las columnas de «pros» y «contras», de las ideas que podían arreglar las cosas que estaban mal. Ella convierte el caos en orden, y que el cielo ayude a la persona que intente detenerla.

—Vale. —Suelto el aliento que no me había dado cuenta de que estaba reteniendo—. Es un buen plan.

Recuerdo aquel momento en el bar, a aquel hombre otra vez. ¿Quién era? ¿Alguien real? ¿Alguien a quien conozco?

—Estás bien, ¿no? —me pregunta Layla—. ¿Estás... firme?

—Sí —miento, una vez más—. Estoy bien.

El detective Grayson accede a reunirse conmigo en Washington Square Park para comer. Así que, en torno al mediodía, salgo. La fresca mañana de otoño se ha ido fundiendo hasta convertirse en una tarde agradable, y cojo un taxi para no tener que preocuparme siquiera del hombre de la capucha.

La normalidad de la mañana (correos, el teléfono sonando, conversaciones sobre cosas comprensibles, como contratos y transferencias bancarias) ha ido eliminando el caos del día anterior y de anoche, mis pesadillas se han ido adonde les corresponde, esas imágenes granuladas e incoherentes se han desvanecido en la niebla del olvido y el sueño. No tengo la urgencia de mirar por encima de mi hombro a cada momento, mientras camino por debajo del arco de triunfo de Washington Square, y voy hacia el parque. Mi pecho no está tenso, el aliento sale y entra más fácilmente. El dolor y el trauma, me recuerdo a mí misma, no son experiencias lineales. Hay días buenos y días malos, momentos sumidos en la desesperación, momentos de luz y momentos de esperanza. Mi nuevo mantra: estoy bien, estoy bien.

Grayson está sentado en un banco a la sombra, junto a un puesto de perritos calientes, al lado de los hombres mayores que juegan al ajedrez. Sujeta un bocadillo de un palmo de largo en la mano, cubierto de salsa, cebolla, mostaza, ketchup y no sé cuántas cosas más. Parece desafiar la gravedad cuando se lo lleva hacia la boca. Y al lado, sin arrepentimiento alguno, tiene una lata de Pepsi. Ninguna de las personas que conozco soñaría siquiera con beberse un refresco, al menos no en público. Es una de las cosas que me gusta de él, sus hábitos alimentarios. Me recuerda a Jack. Jack y yo volvíamos a casa tras una cena, que había consistido en diminutas ensaladas y *ahi poké*, con un cliente, un fotógrafo delgadísimo y muy en forma, que se retiraba temprano para poder levantarse a las seis y asistir a una clase de yoga, y Jack hacía que parásemos en Two Guys Pizza, donde compraba dos trozos.

«Dios, ¿cuándo dejó de comer la gente?», se quejaba.

Me pido un perrito caliente igual de guarro, y ocupo mi sitio junto a Grayson. Él gruñe un saludo, con la boca llena. Tiene el mismo aspecto que de costumbre, como si se acabara de levantar de la cama, el pelo oscuro revuelto, una sombra de barba. Lleva traje, pero este necesita un viaje a la tintorería urgentemente, la corbata está suelta, la camisa ha visto mejores tiempos. Aun así, hay en él algo viril, quizá sea la sobaquera visible cuando levanta el brazo, la insignia de detective sujeta al cinturón.

Las hojas por encima de nosotros tienen atrevidos colores, naranja, rojo, oro, pero ya han empezado a caer y a volverse marrones. Temo el invierno que se aproxima, las vacaciones en las que imagino que iré de casa de Layla a casa de mi madre, como un fantasma. La gente me dedicará miradas trágicas y susurrará con lástima a mis espaldas.

Jack y yo teníamos nuestros propios rituales. Poníamos el árbol el fin de semana después de Acción de Gracias, dábamos una fiesta muy grande para todos nuestros amigos. En Nochebuena íbamos a casa de mi madre, donde ella presumía del hombre con el que estaba saliendo en aquel momento, bebía demasiado, intentaba pelearse conmigo... y esto último, sinceramente, creo que es la única forma que tiene de conectar. Pasábamos el día de Navidad en casa, con la madre de Jack, Sarah. Planeábamos aquella comida durante meses, y luego nos pasábamos todo el día en pijama, cocinando, viendo películas, jugando al Scrabble. Era mi día favorito del año.

El año pasado, solo unos meses después de perderlo, ni siquiera pude levantarme de la cama. Las vacaciones pasaron en un doliente borrón, con el teléfono sonando y sonando sin parar. Layla y Mac, mi madre que vino a intentar obligarme a salir de la cama.

Fue Mac quien al final consiguió que me levantara y me convenció de que fuera a pasar la comida de Navidad con ellos.

—Somos tu familia —dijo, abriendo las persianas—. Tienes que estar con nosotros. Ya sé que hace daño, pero no hay otra forma de salir de esto. Demostrar a los niños que no vas a dejar que esto te aplaste. Demostrarles que no vamos a perderte a ti también.

Culpa. Funciona siempre. Me ofreció la mano, yo la acepté, salí de la cama y me empujó hacia el baño. Al abrir la ducha oí que llamaba a Layla, con la voz llena de alivio.

—Tengo a nuestra chica. Va a venir.

Parece que fue ayer, o hace cien años.

—Es raro que me llamara —dice Grayson ahora. Es propenso a despatarrarse, así que dejo mucho espacio entre los dos.

—Ah, ¿sí? —Muerdo un trozo de perrito caliente enorme y churretoso, intentando no derramármelo todo en la blusa. La mostaza amarilla y la seda blanca no son buenas amigas. En realidad, la seda blanca no es amiga de nadie ni de nada. Llevarla es como desafiar al universo: venga, adelante, trae lo que sea (café, ketchup, tinta), puedo contigo.

—A lo mejor tengo algo. —Hace ese gesto habitual suyo, como un cabeceo—. Quizá. Pero a lo mejor no es nada.

Hay un expediente debajo de la lata de Pepsi.

—Han cogido a un tío este fin de semana por robo a mano armada —explica, cuando yo me quedo callada.

Espero hasta que devora el perrito en tres grandes bocados. Es impresionante. Se limpia la boca con deleite, quizá para aumentar el suspense.

—Cogieron al culpable con las manos en la masa, más o menos. Un par de chicos de uniforme lo agarraron cuando salía de un colmado en el East Village. Creo que sacó doscientos pavos de allí, como mucho. Bueno, el caso es que les dijo a los agentes que le arrestaron que sabía algo de un asesinato en Riverside Park, hace un año, así que me llamaron a mí.

Todo mi cuerpo se pone tenso; pierdo el apetito. Dejo el perrito caliente en su bolsa de papel junto a mí, intentando no pensar en aquel oscuro día, no dejar que el bombardeo de imágenes me asalte. Pero es como una inundación, los agentes de uniforme en mi vestíbulo, el frío mármol

cuando me caí al suelo, la sala de interrogatorios gris. Detalles extraños, como un teléfono que sonaba y nadie cogía, el olor a palomitas de maíz quemadas, en algún lugar de la comisaría.

—Lo siento —dice él. Se frota la barba que le cubre la mandíbula—. Sabía que iba a ser duro.

Me mira con una especie de guiño curioso. Es cálido, pero también cómplice. Los ojos castaño oscuro, bastante amables, con unas pestañas muy espesas, como de chica. Lo observa todo, lo archiva todo: momentos, detalles, gestos, cosas dichas, cosas no dichas. Hay algo triste en su mirada, y algo penetrante también. Me pregunto si podría captarlo. Si tuviera una cámara en la mano, podría capturar todo lo que dicen sus ojos. A veces, no hay bastante luz; a veces, hay demasiada. Algunas personas, sencillamente, no se dejan captar. No te lo permiten.

—Estoy bien —miento, una vez más. Es la mentira más fácil, porque es lo que la gente quiere oír. Que puedes cuidarte sola, que no tienen que preocuparse. Porque en un sentido real, la verdad es que no pueden ayudarte. La mayor parte del tiempo debemos arreglárnoslas solos.

Arroja la bolsa de papel y las servilletas en una papelerera cercana, y coge el expediente. Parece pequeño en sus grandes manos. Lo coge por el borde con el pulgar, lo abre.

—Bueno, el caso es que el tipo ese conoce a un tío que asegura que es asesino a sueldo. Por mil pavos mata a quien quieras, con sus propias manos.

Las palabras suenan tan raras y ridículas... Casi me echo a reír como la gente que se ríe en los funerales, cuando hay un exceso de tensión.

—Mi hombre, el del asalto a mano armada, llamémosle Johnny para que quede más claro, es un poco juerguista, de modo que sus recuerdos están algo... confusos. Johnny dice que conoció a ese asesino a sueldo en un bar, y que el tío empezó a fanfarronear. La situación me produce un sano escepticismo, naturalmente. Pero tengo que admitir que algunos detalles cuadran. Como, por ejemplo, sabía que Jack solo llevaba cinco dólares encima, que el asaltante destruyó el teléfono de Jack hasta hacerlo pedazos. Detalles pequeños que no salieron en las noticias.

—Entonces... —digo yo, sintiéndome temblorosa y extraña. Esos pocos bocados de perrito caliente no me han sentado nada bien—. ¿Tiene un nombre? ¿Está en sus ficheros? ¿Han visto si coincide el ADN?

El detective niega con la cabeza, se inclina hacia delante.

—No tengo nombres. Johnny no sabía cómo se llamaba aquel hombre, fue lo bastante listo para no preguntárselo. Pero dio una descripción a nuestro dibujante. Coincide con la persona que vieron algunos testigos huir del parque, la mañana que Jack fue asesinado.

Me gusta que use a menudo el nombre de Jack, que no lo llame «su marido», o «la víctima». Me da la sensación así de que conocía a Jack, que quizás hubieran podido ser amigos. El detective es exactamente el tipo de hombre que le gustaba a Jack: listo, sin tonterías, práctico.

Grayson me tiende el expediente y yo lo abro. El dibujo a lápiz en blanco y negro me devuelve la mirada, amenazador. Con la cabeza afeitada, los ojos muy hundidos, la nariz ancha, la frente amplia. Hay algo en él, algo que mi cerebro casi alcanza, pero que se me escapa al final. Es como cuando intento hacer un esfuerzo para recordar aquellos días que faltan. No hay «nada» en realidad, solo una oscuridad dolorosa, absorbente.

—¿Algo?

Niego.

—Nada. No lo conozco.

—Johnny dice que era un hombre alto, casi dos metros, más de cien kilos. Musculoso, cuello

grueso, manos grandes.

Está esa tirantez familiar en mi pecho, esa sensación de que mis vías aéreas se han encogido un poco al pensar que él anda por ahí fuera. Me imagino a Jack tirado en el sendero. Veo hojas húmedas y sangre, su mano agarrotada en el suelo. «Lo siento mucho. Tendría que haber ido contigo».

—Tenía que ser muy grandote, ¿no? —Mi voz sale entrecortada—. Para poder con Jack.

El detective Grayson me pone una mano en el antebrazo, con naturalidad, estabilizándose.

—Es algo —dice, en voz baja—. Lo primero desde hace tiempo.

—Un asesino a sueldo. —Las palabras suenan muy extrañas en mi boca—. Mil dólares. Matar a alguien.

—El atraco al azar —dice él— nunca tuvo mucho sentido.

—Pero ¿quién iba a contratar a alguien para que matara a Jack?

Él da un sorbo de su Pepsi.

—Dígame usted.

—Nadie —respondo yo. Se me queda atascado en la garganta y toso un poco—. Todo el mundo quería a Jack.

Grayson endereza los hombros, que normalmente lleva siempre caídos, se mueve un poco, como si estuviera intentando librarse de una tortícolis. Noto que se ha dejado un trozo del pan del perrito caliente, que lo tiene agarrado en la mano. Lo arroja y un montón de palomas arrullan, con las plumas rosas, verdes y grises resplandecientes al sol.

—Voy a consultar todos mis archivos otra vez esta noche —manifiesta—. A ver si esta nueva información arroja luz sobre algo antiguo. Encontraremos a ese tipo. Y cuando lo hagamos, quizá pueda respondernos a esta pregunta.

«Encontraremos a ese tipo».

—Pero ¿cómo van a encontrarlo?

—Iremos al sitio donde Johnny dice que lo conoció —explica Grayson—. Tienen el dibujo detrás de la barra. La patrulla de esa zona está sobre aviso.

Me parece imposible encontrar a alguien de esa manera, solo esperando que regrese a un sitio donde ya estuvo. Y de todos modos, pienso: ¿qué importará, aunque lo cojan? Jack no va a volver. Aunque cojan al tipo que lo hizo, quienquiera que sea, y lo manden a la silla eléctrica. ¿Qué arreglará eso? No cambiará nada.

Imagino un juicio que sigue y sigue, una condena, o quizá no. Años y años de apelaciones, repletos de rabia, sufrimiento, dolor. A Jack no le habría gustado. «Pasa página —me habría dicho, seguramente—. Todos tenemos que morir de alguna manera, algún día. No dejes que esto consuma lo que te queda de vida».

—Pero usted me ha llamado... —dice Grayson. Coge el expediente, que está abierto en mi regazo, y lo cierra, lo pone debajo de su pierna. Me alegro de que esa cara haya desaparecido—. Bueno... ¿qué ocurre?

Casi le hablo de mi sueño, el sueño de la discoteca, que quizá, solo quizá, pueda ser un recuerdo. Por eso lo he llamado, por la sugerencia de Layla de que pudiera ser un recuerdo. Pero él es tan pragmático, y las imágenes parecen tan extrañas y sin sentido ahora, especialmente a la luz de lo que acaba de decirme... No quiero contarle la parte en la que me beso con un hombre desconocido. Aunque sea un sueño, es vergonzoso y sórdido, ¿no? También me avergüenzan, sin

duda, esos días perdidos. Me imaginaba a mí misma más fuerte, no la persona que se hace pedazos frente a la tragedia.

Pero sí que soy esa persona, sí que me hago pedazos.

Por el contrario, le hablo del hombre encapuchado, y que creo que me están siguiendo.

Él se mete las manos en los bolsillos de los pantalones, escucha cuando le hablo del encuentro en el metro.

—¿Un tío grandote? —pregunta, mirando de nuevo hacia abajo y abriendo el expediente—. ¿De casi dos metros, corpulento?

—Sí, eso creo. —Más alto que Grayson, y más ancho también.

—¿Está segura? —Hace una pausa y mira hacia el cielo, que refleja un color azul intenso a través de las hojas rojas, doradas y anaranjadas que tenemos encima, sobre el gris del edificio—. De lo que vio.

Conoce mi historial.

—Pues no del todo —reconozco—. No.

—¿No ha podido ver su cara?

—La capucha.

—Sí —afirma, dibujando lentamente la palabra. Mueve la cabeza a un lado y a otro, se pasa una mano por el pelo, pensando—. Pero la cara ¿quedaba completamente tapada por la capucha? No me parece normal. Se suele ver «algo».

Meneo la cabeza, buscando en mi memoria.

—No.

Entonces recuerdo las fotos en mi móvil, busco entre las instantáneas y le enseño la más clara, que no es clara en absoluto.

Él coge el aparato y entorna los ojos al mirarlo.

—Es difícil distinguir la cara, tiene razón. Mándemela por e-mail —dice—. Haré que mis chicos trabajen en ella con su magia. Quizá consigamos algo.

Me devuelve el teléfono. Rápidamente envío la imagen a su dirección de correo. Nos quedamos allí sentados un momento, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

—Bueno, mire —dice, dejando caer una mano en mi brazo—. La próxima vez que lo vea, llámeme inmediatamente. Quédese donde está si puede, y si es seguro. Llegaré allí en seguida, o enviaré a alguien.

—De acuerdo —accedo.

Hablamos un rato más. Me promete que seguirá esta pista con todas sus energías. Debe de tener otros casos, otras prioridades, pero cuando estoy con él, siempre me hace creer que Jack es la cosa más importante que tiene entre manos. Él ha convencido a sus superiores de que no cierren el caso, de que no lo manden al archivo de los casos sin resolver, aunque ha insinuado que recibe presiones para hacerlo. Ha pasado casi un año.

—Esta es información nueva —dice—. Tengo un buen presentimiento.

Yo también. Pero ¿por qué me siento peor, en lugar de mejor?

—No voy a dejar esto —concluye él—. Eso se lo prometo.

Aunque en realidad no voy adecuadamente vestida, con mis tacones y mi falda estrecha, subo

andando por la Quinta Avenida. Noto la cabeza excitada, las ideas me dan vueltas en ella. El detective Grayson, asesinos a sueldo, que quizá por mil dólares alguien acabase con la vida de mi marido. Mil dólares. Y si eso es verdad, ¿es el hombre que mató a Jack el mismo hombre encapuchado que me sigue ahora? Trago saliva, porque tengo un nudo de miedo y de ira atascado en la garganta.

Dejo que la corriente de la ciudad me arrastre. Su energía bombea y se mueve; no se detiene por ningún motivo, nunca, ni siquiera por la muerte de la persona más importante de tu vida. Sigue vibrando, empujando, un flujo que no te deja otra elección que seguirlo.

A la luz, busco en mi bolso y encuentro el botecito color ámbar que me dio Layla, no las pastillas para dormir, sino las pastillas que dijo que eran para los nervios. Me trago una pastillita blanca a palo seco. No tengo ni idea de lo que es. Realmente no me importa, mientras acalle la sirena de ansiedad que suena en mi cabeza.

Entonces me pongo los auriculares y escucho mi preferida, una lista de reproducción de David Bowie. Sigo andando, dirigiéndome hacia la oficina. Estoy llegando, empiezo a sentirme más ligera, menos abatida, cuando la música se detiene y empieza a sonar el teléfono. La doctora Nash me devuelve la llamada.

—¿Poppy? —me dice, cuando respondo—. ¿Va todo bien?

Todavía andando por la calle, se lo cuento todo: los sueños, las ideas de Layla, las revelaciones del detective Grayson. Siempre he pensado que resulta estrafalario cuando alguien lleva los auriculares puestos y va gesticulando mientras camina, hablando con alguien que nadie más puede oír. La era moderna nos ha convertido en esquizofrénicos que van perorando.

—Cuántas cosas —me dice la doctora Nash, cuando he acabado—. ¿Por qué no viene el jueves? Podemos hablar de todo esto.

Casi se lo cuento. Que he estado jugando con mi dosis, tomando pastillas misteriosas, bebiendo, que anoche ingerí las píldoras para dormir más fuertes de Layla, dos de un golpe. Que me he tomado algo más sin saber siquiera lo que es. Pero ¿para qué me serviría todo eso? Así que me quedo callada.

—Vale —accedo—. ¿Por qué estoy soñando más?

Me parece poco sincero hacer esa pregunta cuando yo sé que solo tiene parte de la información que necesita para contestarla. Pero, aun así, espero una respuesta que haga que me sienta mejor.

—Probablemente no estará soñando «más»... —Parece una pregunta—. Quizá lo recuerda todo más, cosa que... podría ser buena.

¿Cómo?, me pregunto. ¿Cómo puede ser algo bueno perder a Jack de nuevo noche tras noche? Ya me sé de memoria su contestación, eso de que los sueños son la puerta de acceso a nuestro subconsciente, que es un sitio donde elaboramos las cosas que nuestra mente consciente mantiene apartadas. Que el dolor es una puerta por la que debemos pasar para llegar al otro lado del dolor y la pérdida. Ella está diciendo algo por el estilo, mientras yo recuerdo a destellos el sucio suelo del baño, el calor del beso de aquel desconocido.

—Me gustaría que siguiera tomando esa dosis más baja —me aconseja ella.

Casi me delato en ese momento, pero no, me callo. Me juro a mí misma en silencio que le devolveré sus pastillas a Layla, que seguiré con la dosis que me ha prescrito la doctora Nash. Aguantaré las duras noches que me esperan. Porque quiero dejar las pastillas, yo también. No

quiero que ella sepa lo mucho que las necesito, lo dolorosas que son las noches. Durante el día es fácil; puedo ponerme en movimiento constante si quiero, como una adicta al trabajo. Pero cuando cae la noche y disminuye la energía, los demonios empiezan a susurrarme al oído. Cuando se pone el sol y llega la oscuridad, mi mundo se tiñe de gris.

—Si tiene algún otro sueño vívido, no se olvide del diario —me está diciendo la doctora Nash—. Escríbalo todo para nuestra sesión. Poppy, de verdad quiero que pensemos en todo esto como buenas noticias.

—Buenas noticias —repito, sin creerlo en realidad.

—Si sus recuerdos de ese tiempo perdido están volviendo, eso significa que es más fuerte. Y si el detective Grayson tiene una pista, quizás esté más cerca de cerrar el caso de Jack. Ya sé que no cree que importe, pero podría ser muy «curativo» para acabar de comprenderlo todo.

Ese rostro dibujado flota ante mí, solo un boceto de alguien que quizá sea real, o quizá no. ¿Fue esa la última cara que vio Jack? La idea me corroe el estómago, me tensa los hombros. «¿Por qué no estaba yo con él?».

Quiero discutir con ella. ¿Cómo puede ser curativo pensar que alguien contrató a un hombre para que matara a Jack? ¿Quién iba a hacer semejante aberración? ¿Por qué? Una idea, algo oscuro, tira de mí, algo que apareció en uno de mis sueños, anoche. Cuando lo persigo, se desvanece.

—Quizá —respondo, por el contrario.

—La veo el jueves entonces —dice ella—. Pero llámeme si lo necesita. A cualquier hora. Ya lo sabe.

Entonces, justo cuando acabo la llamada y me paro a guardarme el móvil en el bolso, ahí está, siguiéndome a media manzana por detrás. Un hombre alto y corpulento con una capucha negra, la cabeza inclinada. Se detiene de pronto cuando me vuelvo hacia él y desaparece en un portal.

Rápidamente llamo al detective Grayson, pero no me coge el teléfono. La mayoría de la gente saldría huyendo. Yo, en cambio, empiezo a moverme hacia el centro, en su dirección.

—Está aquí —digo al buzón de voz de Grayson—. Me sigue por la Quinta Avenida. Estoy en la Quinta con la Dieciocho, yendo hacia el sur, de vuelta hacia el centro. Se ha metido en un portal y yo lo sigo.

Es una locura, lo sé. Incluso... me atrevería a decirlo, suicida. Pero sigo andando, pegándome a los edificios, esperando que salga de entre las sombras. Estamos a plena luz del día, la avenida como siempre es un río de profesionales, artistas, estudiantes, turistas, compradores que van entre Sephora y Armani Exchange, H&M, Victoria's Secret. El tráfico es una oleada balbuciente de sonidos y movimientos. Pero todo es como un ruido blanco muy distante cuando me muevo hacia donde estoy segura de que le he visto desaparecer. Me pego más al edificio y salto hacia el portal, que está algo metido con respecto a la pared del edificio.

No hay nadie. ¿Cómo puede ser?

Cojo el tirador de una enorme puerta doble de metal negro entre Aldo y Zara. Pero está cerrada. De repente, me invade la angustia y empiezo a aporrear la puerta.

—¡Te he visto! —grito—. ¡Sé que me estás siguiendo!

La puerta sigue cerrada y no viene nadie. Algunos transeúntes me miran de reojo, pero ¿qué significa una loca más en una calle de la ciudad?

Golpeo de nuevo la puerta, el metal frío, el sonido reverberante.

¿Qué es? ¿Una entrada de servicio? Retrocedo un poco para observarla: es como la entrada acorazada a una guarida, con un demonio escondido en su interior. Siento una rabia intensa, como una oleada. Ni siquiera intento contenerla, dejo que me invada entera, que se me lleve. Sigo dando golpes de nuevo. No es que llame, es que estoy desahogando toda mi rabia, toda mi frustración en el metal, sin darme cuenta siquiera de que me estoy haciendo daño, de que la puerta no se mueve y no viene nadie.

Y así es como me encuentra el detective Grayson, golpeando violentamente la puerta y gritando.

—Eh, eh —exclama, saliendo desde detrás. Noto sus manos en mis hombros, me vuelvo y me lo quito de encima, sacudiéndome con fuerza. Él retrocede, levanta las manos.

—Tranquila, Poppy.

Ha aparcado de forma indebida su Dodge Charger sin identificación justo ante nosotros y el tráfico fluye a su alrededor, y los conductores, molestos, tocan el claxon ante un obstáculo absurdo más.

—Ha desaparecido por aquí —le digo. Estoy sin aliento, sudando debido al calor, al esfuerzo y al miedo. No me gusta cómo me mira, con la frente arrugada y llena de preocupación.

—Vale —asiente, poniéndome unas fuertes manos en los hombros—. Respiremos un poco.

Lo hago y encuentro algo de calma, ahora que él está aquí.

La puerta se abre entonces y una mujer jovencísima y esbelta con un traje suelto negro y botas muy altas, hasta los muslos, aparece ante nosotros. Nos mira a ambos, incómoda.

Grayson saca su placa.

—Estamos persiguiendo a un sospechoso —explica. Su tono, oficial y firme, transmite tranquilidad. Ha entrado alguien por allí. Sí, alguien—. ¿Ha visto a alguien entrar por aquí en los últimos diez minutos?

Ella niega con la cabeza y su pelo largo y negro reluce.

—No —dice—. Yo soy la responsable y esta es la entrada de servicio. ¿No ven el timbre? — Señala hacia él, de un modo significativo—. Llamas y vienen a abrirte. Pero no ha habido ninguna entrega esta tarde.

—He visto a alguien entrar aquí —insisto, con más persistencia de la que me había propuesto. Ella mueve sus párpados brillantes para expresar su disgusto. Lleva las cejas en forma de arcos elevados y tiene un aro con brillantitos en la nariz.

—No —dice, como si no hubiera estado más segura de algo en toda su vida—. Por esta puerta, no.

—¿Le importa que echemos un vistazo? —pregunta Grayson, con soltura. Ella lo mira, indecisa, y luego se aparta a un lado. Ambos entramos en la zona de almacenaje: cajas, estanterías llenas de ropa, planchas de vapor verticales, una zona de envoltorios para regalos, ningún hombre extraño y amenazador con capucha. La adrenalina, el puro poder de la rabia, me abandona, dejándome con la sensación de ser idiota, acalorada por la vergüenza, temblorosa. ¿De veras lo he visto entrar aquí?

Grayson está de pie junto a la puerta.

—¿Adónde da esto?

—A la tienda —dice ella—. Hay una salida para incendios que da a la sala de descanso, al otro lado de la tienda, pero suena una alarma si pasas por ahí.

—¿Y no hay ninguna otra salida de este almacén?

—Bueno, sí, por detrás, al callejón que hay detrás de los edificios, donde tiramos la basura.

Grayson la sigue y yo a continuación. El oscuro callejón apesta a col podrida; las escaleras de incendios suben por los edificios de alrededor dejando solo al descubierto un mísero cuadrado de cielo, arriba.

—La puerta de la calle está cerrada —afirma ella—. Solo el superintendente tiene la llave. ¿Quieren que lo llame?

El detective Grayson me mira y niega con la cabeza.

—Lo siento. —Mi voz suena rasposa—. Estaba segura de haberlo visto entrar por aquí.

Otra vez esa mirada del detective. La conozco bien: confusión y preocupación. «¿Qué le pasa a Poppy?».

En la calle:

—¿Está bien? —Apoya una mano firme en mi hombro—. Parece...

—¿Qué? —pregunto—. ¿Loca, inestable, un desastre?

—Dejémoslo en... agitada.

Su mueca consoladora me tranquiliza un poco. Durante un segundo pienso en mi padre, lo bien que se le daba guiarme a través de espirales de emoción, brotes de preocupación. «Ah, sí, eres demasiado sensible —soltaría mi madre—. Será mejor que te vuelvas más dura». Pero mi padre no, él siempre sabía qué decirme. «Vale, respira, nada más. Aclaremos esto. ¿Qué ha pasado en realidad?».

—La acompaño a casa, vamos —dice el detective Grayson, al ver que yo no comento nada más. No puedo probar lo que he visto, así que no tiene sentido intentarlo.

Nos subimos al Charger, sencillo y blanco por fuera, pero de alta tecnología por dentro, con una radio que suena, un ordenador montado, todo tipo de luces parpadeantes en unos paneles. El botón de la sirena es de un rojo vivo y atrayente, y lucho contra la tentación de apretarlo.

—Quizá se haya metido por otro portal... —dice él, mientras avanza serpenteando por la Quinta.

—A lo mejor.

Yo habría jurado que era esa puerta... Pero obviamente, no era, y eso es lo más difícil de aceptar. Porque lo que vemos, lo que pensamos que vemos, lo que recordamos, no siempre es fiable. De hecho, raramente lo es. Durante meses después de morir Jack, lo veía por todas partes. Veía a un hombre alto con una melena leonina y el corazón me daba un vuelco, lleno de alegría y esperanza, y se hundía en la desesperación milisegundos después. O bien me lo imaginaba tan vívidamente entrando en una habitación que casi lo veía. O como esos días perdidos de mi «fuga». Viví esos días, fui a sitios, conocí a gente, hice cosas, pero cuantos más esfuerzos hago, intentando recordar, más profundo y oscuro se vuelve el espacio.

El ojo, la memoria... son los mentirosos más taimados. Solo la lente de la cámara captura la verdad, y únicamente durante un momento. Porque eso es la verdad: un fantasma. Aparece y desaparece. Mientras Grayson conduce, yo voy mirando las fotos de mi móvil de nuevo, y al final encuentro esa imagen borrosa de mi acosador entre las sombras.

¿Quién eres?

¿Quién fui yo durante aquellos días perdidos?

Layla pasó dos días buscándome, visitando todos los lugares que frecuentábamos juntas con

una foto mía, hasta que al final aparecí dando tumbos en su vestíbulo, al parecer, vestida con el traje rojo de mi sueño. ¿Sabía yo ese detalle? ¿Me había dicho en algún momento lo que llevaba puesto, y yo simplemente lo archivé? ¿O bien mi sueño, como ella sugería, era un recuerdo auténtico?

—Me quedaré un rato —dice el detective Grayson, al parar delante de mi edificio—. En el coche. Tengo que hacer algunas llamadas, contestar unos mensajes de correo. Puedo hacerlo aquí durante un rato, por si... bueno, ya sabe, por si acaso. ¿Por qué no descansa un poco?

Estoy tentada de decirle que estoy muy agradecida. Agradecida de que no se haya rendido, de que no me empuje a dejarlo correr todo y continuar adelante, de que todavía le preocupe lo que le ocurrió a Jack, lo que me ocurre a mí. Pero en realidad no estoy agradecida. Tengo el deseo urgente de que no nos hayamos conocido, de no haber tenido motivo alguno para conocer al detective Grayson. Salgo del coche sin decir una sola palabra.

Cruzo el vestíbulo, con sus suelos de piedra caliza, y el portero de día, que está al teléfono, pero me saluda con la mano amistosamente. En el ascensor mando un texto a Ben y le digo que cancele mis citas y llamadas de la tarde, que no me encuentro bien, tengo un problema de estómago. No es lo correcto, pero estoy confundida y temblorosa, no me encuentro en condiciones de hablar con clientes ni con nadie. Una vez dentro de mi piso, cierro y echo la llave a la puerta.

Me apoyo contra ella, me deslizo hacia abajo y me siento en el suelo, en el largo pasillo que conduce al resto del apartamento y que está oscuro, lleno de fotos: mías, tuyas, de los dos juntos. Lo único que he conseguido al trasladarme a vivir aquí ha sido colgar esas fotos. Sentada en el suelo de madera, pienso que al fin llegarán las lágrimas, pero no llegan.

Por el contrario, noto que una de las fotos yace en el suelo rodeada de cristales rotos.

Me levanto y voy hacia ella. El piso está muy silencioso, demasiado. Las ventanas de gruesos cristales en la planta vigésima mantienen a raya casi todo el ruido de la ciudad. El cristal cruje bajo mis pies al retirar la foto. Somos Jack y yo, en nuestra luna de miel en París. «¡Qué tópico!», se quejó él. Habría querido ir a Tailandia, a disfrutar de alguna playa aislada, durmiendo en una choza con techo de paja. Pero una luna de miel en París era mi única fantasía de niñez, y él se conformó, como hacía siempre. Siempre quería que yo tuviera las cosas que deseaba. Ni siquiera se aprecia dónde estamos, porque es un selfie tan cercano que todo lo de detrás ha desaparecido, y nuestras caras están tan embobadas, tan llenas de amor que casi resulta violento mirarlas.

Cojo el marco roto. La alcañata del cuadro sigue en la pared. Y la foto parece demasiado lejos de su sitio original para haberse caído sola, no sé cómo.

Respiro con dificultad. Debería desplazarme lentamente hacia la puerta y correr escaleras abajo y llamar al detective Grayson. Por el contrario, me doy la vuelta y me dirijo al salón.

Me cuesta un momento fijarme en ello, pero cuando lo hago el estómago me da un vuelco. En la mesita de centro entre los sofás hay una maceta con una orquídea. Unas flores grandes, de un blanco nieve, caen pesadamente de un tallo curvado. Hay una tarjeta blanca metida entre las hojas verdes y gruesas en la base, una nota con unas palabras en negro.

«Te recuerdo.

¿No te acuerdas de mí?».

—Bueno, volvamos a repasarlo todo —dice Grayson.

Está sentado en el sofá enfrente de mí, inclinado hacia delante, clavándome al asiento con la mirada oscura. Ya conozco esa mirada. Lleva un año mirándome así. Como si todavía sospechara algo oscuro justo por debajo de la superficie de lo que ve.

Layla ya está aquí, ocupándose de todo. Me ha traído una manta, que no uso, ha hecho café, que no me estoy tomando. Ahora anda revoloteando por aquí, sentada en el sofá a mi lado, inclinándose tanto hacia mí que noto su muslo pegado contra el mío. Da golpecitos con el pie de esa forma tan característica cuando está nerviosa o enfadada. Mira las flores blancas, que tiemblan delante de nosotras, mira a Grayson, luego el apartamento, con los ojos entornados, suspicaz.

—Ha entrado usted en su apartamento... —empieza él.

También hace esto, pedirme que repita lo que le acabo de decir una vez, dos veces, tres veces. Buscando incoherencias o mentiras, supongo.

—Y he visto la foto caída en el suelo, al final del pasillo.

—¿Por qué no se ha ido del apartamento de inmediato?

—No lo he pensado —respondo—. He ido hacia el pasillo y la he recogido. Entonces he visto la orquídea y lo he llamado.

—¿No tenía miedo de que pudiera haber alguien en su casa?

—No —contesto—. Quiero decir que... no se me ha ocurrido.

Él frunce el ceño, como si lo que digo fuera raro.

—Pero sospecha que alguien la sigue.

—Sí, es cierto —afirmo, sintiéndome idiota—. No lo sé. Es que no pensaba que pudiera haber alguien aquí.

Estoy muy cansada. Lo que me tomé en la calle lo noto cálido y me produce un hormigueo en mi corriente sanguínea. Ojalá no me lo hubiera tomado. Quiero estar más alerta para todo esto, más conectada. Pero mi conciencia está borrosa, extraña.

—La señora Van Santen tiene una llave de este apartamento. Y hay otra llave, la del personal del edificio. Tienen permiso para entrar en su apartamento para hacer entregas.

Asiento, con un débil pitido en los oídos, el espacio que me rodea un poco tembloroso.

Veo a Jack caminando por este espacio sin muebles, de pie frente a los ventanales que van del techo al suelo, mirando hacia aquella vista tan amplia. Era a última hora de la tarde cuando la contemplamos por primera vez, el sol bajo en el cielo.

—Si a ti te gusta, a mí también.

—Yo quiero que te guste a ti.

Él se dirigió hacia la cocina abierta y tocó el mostrador de mármol.

—¿Cómo no me va a gustar?

—Pero...

Él miró el frigorífico, pasó un dedo por su brillante superficie de metal.

—Es que me parece un poco... demasiado frío. Como un museo.

—Lo haremos nuestro.

Yo lo abracé, estrechándole fuerte por la cintura con mis brazos. Él me miró con aquella sonrisa suya indulgente y algo divertida. Con cualquier contacto, surgía el calor. Sus labios en los míos, luego su brazo en mi espalda.

—¿Qué opinan?

El vendedor inmobiliario había regresado, y nos había cogido haciendo manitas, como adolescentes.

—Ah, lo siento...

Jack levantó la vista hacia él, imperturbable.

—Nos lo quedamos.

—Poppy. —La voz de Grayson me trae de vuelta. Su ceño se ha fruncido mucho más.

—Lo siento, ¿qué?

Dos agentes uniformados buscan huellas. Son cómicamente dispares. Él es un hombre negro de anchos hombros; ella, una chica menuda, con el pelo de un rubio rojizo y una cabeza entera más bajita. Se mueven en silencio, muy concentrados, desde el pomo de la puerta a la planta, la nota, el marco de la foto, dejando residuos negros en las paredes demasiado blancas. ¿Se irá luego todo eso? El apartamento, en el que me acabo de instalar, parece mancillado.

—Así que cualquiera que trabaje en el edificio tiene acceso a su apartamento, ¿no? El portero, el personal de mantenimiento... —Deja que la frase quede inconclusa.

El personal, con permiso, entrega paquetes, recoge la ropa para la lavandería y la tintorería directamente en el piso. El servicio de limpieza viene los miércoles. Nunca he pensado que fueran desconocidos que entran en mi casa, aunque claro, eso es lo que son, precisamente. Bajo el desaprobador ceño del detective Grayson, parece una terrible incapacidad la protección de mí misma y de mi hogar.

—Sí. Supongo que es así.

—No hay señal alguna de que se haya forzado la cerradura. Por supuesto, no existe la menor oportunidad de que alguien entre por la ventana. —Va hacia la ventana, que solo se abre una rendija, para que entre el aire. Echa a un lado las cortinas finas, y contempla la vista—. ¿Cuántas personas diría que componen el personal de aquí?

Intento recordar a los diversos porteros, el personal de limpieza, el superintendente, los chicos de mantenimiento. ¿Alguno de ellos parecía extraño, amenazador? ¿Había visto a alguien acechando en sitios donde no tenía que estar, lanzándome miradas demasiado insistentes? No.

Pero el hecho es que ahora soy como un espectro en mi vida: flotante, moviéndome con esfuerzo, abriéndome camino con los nudillos blancos a través de unos días que no parecen tener sentido alguno. Eso es. Algo que no le he dicho a la doctora Nash: no estoy segura de qué sentido tiene todo esto, sin Jack. No estoy segura ni siquiera de querer estar aquí.

—¿Quizá veinte? —Es solo una suposición. No tengo ni idea de la cantidad de gente que trabaja aquí.

—¿Y eso significa algo para usted? —El detective Grayson señala la flor, la nota.

Colgante, blanca como la nieve, se interpone entre nosotros, el pesado capullo dobla el tallo.

—Me recuerda a tu flor favorita, la orquídea fantasma —dice Layla.

—Pero no es una orquídea fantasma. Es una *phalaenopsis*, una orquídea polilla, que se puede encontrar en cualquier tienda de barrio o supermercado. Es tan corriente como un clavel.

—Pero se parece mucho —dice Layla, encogiéndose de hombros—. Quien te dejó esto sabe cosas de ti.

—Quizá —respondo.

La orquídea fantasma florece solo una vez al año, entre junio y agosto, y se encuentra en las selvas pantanosas del suroeste de Florida, Cuba y las Bahamas. Rara y elusiva, se cuelga con unas brácteas y parece que flota en medio del aire, de ahí su nombre. Solo la puede polinizar la polilla esfinge gigante, el único insecto con una probóscide lo suficientemente larga como para acceder al espolón de néctar de la planta, extremadamente largo. Jack y yo pasamos dos meses en Florida vadeando el Fakahatchee Strand con un guía seminola, para hacer fotos para un artículo del *Smithsonian Magazine*.

Pasábamos los días con botas de pescar, sofocados con aquella humedad espantosa, comidos por los mosquitos y los jejenes, en alerta perpetua por las serpientes mocasín de agua y los caimanes. Y al principio de nuestra última semana por fin encontramos la flor. Colgaba con aquella luz turbia, con las raíces agarradas a un ciprés, una aparición deslumbrante, de un blanco radiante, con unos zarcillos movibles y delicados, rizados, que desaparecían entre las sombras que la rodeaban. El vibrante canto de las cigarras, los graznidos estentóreos de una garza azulada, las ondas en el agua, el perpetuo olor a putrefacción y humedad que, no sé por qué, es lo más limpio que puedes oler en la vida, y entre toda aquella vida salvaje, una creación perfecta de la naturaleza. Estuvimos horas haciendo fotos, esperando que variase la luz, cambiando las lentes, los filtros. Pasó todo en un suspiro, y luego la luz desapareció y tuvimos que irnos.

Después todas las demás flores palidecían en comparación con aquella belleza delicada y espectral, con aquella rareza. ¿Quién sabía aquello? Jack, claro. Layla. Quizás unos pocos amigos, un cliente o dos. La orquídea fantasma no se podía poseer, sin embargo. No la encuentras en ninguna floristería. Es una flor protegida. Solo se puede observar en su entorno natural.

—¿Poppy?

Layla me había puesto la mano en el hombro y me miraba, con la frente arrugada de preocupación.

—¿Qué?

—¿Adónde te has ido?

A Florida, con Jack, un siglo antes. Daría cualquier cosa por volver allí.

—Perdona. —Mi tono es tan neutro como embotada me siento. El ceño fruncido de Layla se frunce todavía más.

Se levanta y veo que Grayson la mira, aunque aparta la vista rápidamente.

Vaya, así que es humano... No sé por qué no pienso en él como una persona, exactamente. Es como una reacción a un hecho, alguien que apareció en mi vida el peor día posible. Si Jack no hubiese muerto, él no existiría siquiera. Verle mirar a Layla le eleva de categoría, de alguna manera. Es un hombre, quizá más joven de lo que parece. Esas canas en su pelo oscuro son prematuras, creo. Por debajo de las arrugas de la camisa azul que tan mal le sienta está un hombre, con una vida. Divorciado. Quizá me haya mencionado a un hijo, adolescente.

—No te vas a quedar aquí —anuncia Layla. Arroja una mirada rápida y despectiva a Grayson—. Prepara una maleta. Poppy —insiste, al ver que no respondo. Es el mismo tono que usa cuando

uno de sus hijos no se mueve lo bastante rápido para ella.

—Vale. —Y mi voz suena demasiado parecida a la de una adolescente enfurruñada.

—Estoy de acuerdo —interviene Grayson, mirándome otra vez—. No debería quedarse aquí hasta que haga cambiar las cerraduras. Incluso entonces... hasta que sepamos un poco lo que está pasando aquí.

Como sigo sin moverme, Layla va hacia el dormitorio, suspirando. Oigo que coge mi bolsa de fin de semana del armario, abre los cajones. Noto mis extremidades como si estuvieran llenas de arena.

—Me lo está contando todo, ¿no? —pregunta Grayson. Se sienta en la silla que tengo enfrente y se inclina hacia delante, apoyándose en los muslos.

—Por supuesto —suelto, disgustada—. Me están siguiendo. Alguien ha entrado en este apartamento. Mi marido está muerto. ¿Qué más cree que tengo que decirle?

Se echa hacia atrás, levanta las manos en señal de rendición.

—Estoy de su parte, recuérdelo.

La orquídea cuelga entre nosotros.

—Lo siento.

—Ya lo sé.

No puedo mirarlo de nuevo, así que miro por la ventana, y veo la torre Freedom que resplandece en la distancia. El sol va derivando hacia el Henry Hudson. 11 de septiembre. Pensaba que el mundo había acabado aquel día. ¿Quién iba a pensar que volvería a empezar y a terminar de nuevo?

—Parece usted ausente —dice él, todavía frunciendo el ceño—. Fuera de todo esto.

—No he dormido muy bien. —Y me estoy tomando pastillas a diestro y siniestro, detective. Que ni siquiera sé muy bien lo que son, en realidad. Y además las mezclo con alcohol a menudo. ¿Cree que eso será un problema?

—Voy a comprobarlo con el superintendente, a ver quién estaba de guardia hoy —explica Grayson, al ver que no digo nada más—. Le sugiero encarecidamente que rescinda el permiso para que el personal del edificio entre en su apartamento.

—Vale —asiento.

Entonces él se levanta y sale de la habitación, y se va andando por el pasillo, y al final la puerta se cierra tras él. Los policías de uniforme se han ido ya también. ¿Cuándo se han marchado? Solo estamos Layla y yo.

—¿Cuándo tenías intención de contarme todo esto? —Se queda en la puerta.

—A lo mejor nunca —admito—. Esperaba que todo esto me lo hubiera imaginado.

—¿Esperabas eso? —Inclina la cabeza, observándome.

—No sé. —Ambas esperamos a que yo pronuncie algo coherente—. No sé qué es peor.

Layla lleva mi bolsa de fin de semana colgada al hombro, se pone la mano en la cadera. Las mechas rubias de su pelo captan la luz del atardecer. Va vestida con ropa de gimnasia: yoga, kickboxing, pilates. Está muy en forma. Mueve un poco la cabeza, con los labios algo separados. Está pensando.

—No lo sé, tampoco —responde al final—. Vámonos a casa.

Examino el apartamento, gran parte de la vida que compartí con Jack todavía en cajas. Sus ropas, sus libros, sus anuarios escolares, sus zapatos, portafolios de sus fotos, nuestras ollas y

sartenes, adornos de Navidad, colecciones, sus gafas de montura negra, su anillo de boda, que puse en la cajita donde venía, su sudadera de la suerte, su cartera, el oso con el que dormía de pequeño, un álbum de fotos de su infancia. Dios. Está todo ahí, todavía, todos los pequeños fragmentos de su vida y la nuestra, los objetos guardados, tan absurdos ahora que han pasado un año en una caja sin ver la luz del día. Layla tiene razón. Este sitio no es mi casa.

—Cuando se acabe, sea lo que sea «esto» —comenta Layla—, te voy a ayudar a instalarte aquí. O donde quieras. ¿Quieres quedarte aquí?

—¿Quieres quedarte? ¿Seguir durmiendo? —susurra Jack.

—No —le contesto—. Voy contigo.

—¿Seguro? Te has levantado muchas veces, tosiendo.

—Me irá bien.

No encendemos la luz, solo buscamos a tientas los leggings, las sudaderas, los calcetines, las desgastadas zapatillas que han quedado apiladas junto a la puerta. Si encendemos la luz, la magia de esta carrera antes del amanecer se desvanece. En cuanto se enciende la luz la mañana ha empezado ya, y esa hora secreta entre el sueño y el resto del día se ha perdido.

Richie, nuestro portero, está durmiendo cuando salimos fuera, y ronca, con la cabeza inclinada, con un libro vuelto del revés ante él. La mañana es perfecta. Ya noto que la niebla de mi resfriado se levanta, que los senos nasales se aclaran, con este aire matutino.

Cruzamos en el semáforo y corremos hacia el camino. No hablamos mucho por la mañana; a veces incluso llevamos auriculares. No siempre mantenemos el mismo paso. Jack es más rápido en un esprint, pero no puede igualarme a larga distancia. Dejamos que cada uno vaya a lo suyo. Él me mira, yo lo saludo con la mano. Él se va hacia la oscuridad. Sé que lo atraparé junto al paso subterráneo. Se cansa al cabo de un rato, baja el ritmo. Hay mucha gente por ahí: corredores, peatones, ciclistas que pasan rápido. Nunca, ni por un solo segundo, me he sentido insegura en las calles de Nueva York. Pero, claro, no es seguro. Aunque en realidad, ¿dónde se puede estar seguro? En todas partes ocurren cosas malas.

Bajo el ritmo, me da tos. Camino en círculos hasta que se me pasa, pero me noto algo mareada y débil. El resfriado todavía me tiene en sus garras. Jack vuelve a por mí.

—¿Estás bien?

—Sí —contesto—. Creo que me voy a casa, después de todo. No puedo con esto aún.

—Iré contigo.

—No —digo, haciéndole señas de que se vaya—. Tú sigue.

Él lo necesita. Es como un perro labrador, necesita muchísimo ejercicio o si no se pone ansioso, tiene problemas de insomnio, le da por preocuparse.

Pero enlaza su brazo con el mío. Nos vamos a casa.

Jack nunca se cruza con el hombre que lo mató. Preparamos el desayuno, vamos juntos a la oficina. Nuestra vida continúa, días buenos, días malos, discutimos, hacemos el amor, tenemos éxitos y fracasos.

Es algo que suelo hacer, imaginar una situación en la que él no se marcha aquella mañana, o yo me

voy con él. O él se tuerce un tobillo y regresa. O nos quedamos dormidos los dos. Algo que no sea que él se levanta, no me despierta y se va en la oscuridad, solo.

—Bueno, no importa —dice Layla ahora, tirando de mí para levantarme del sofá—. No tienes que decidir nada hoy.

«¿No te acuerdas de mí?».

Las palabras penetran muy hondo en mi siesta inducida por las pastillas, en la habitación de invitados de Layla. El sueño es un abismo, y yo nado por entre sus turbias capas, emergiendo a los maullidos de las prácticas de violín de Izzy, al otro lado del pasillo. El reloj de al lado de la cama resplandece con su acusador verde fluorescente. Son las cinco de la tarde. Algo se me ha escapado: otro día que podía haber pasado más cerca de esa «nueva normalidad» que la doctora Nash sigue prometiéndome. Como una montaña en la distancia, parece que cada vez está más lejos.

Me quedo sentada un momento, intentando captarlo todo: las imágenes dispersas de mis sueños, anoche, esta mañana, mi almuerzo con Grayson, el hombre de la capucha, mis golpes en la puerta de la Quinta Avenida, la orquídea en mi piso, la nota, la foto de la luna de miel rota... Hay poca diferencia entre todo lo que he soñado y lo que ha ocurrido de verdad, y la memoria de la vigilia se ha mezclado con el sueño. ¿Cómo encajarán todas esas piezas? ¿Lo hacen en realidad? ¿Estoy tan alterada que nunca volveré a estar sana?

Mi teléfono yace, esbelto y oscuro, junto al reloj. Voy a cogerlo, marco el número de Ben.

—Hola —responde al primer pitido—. ¿Estás bien?

—Sí. —La palabra suena poco convincente, vacilante.

—Layla me ha contado lo que ha sucedido —dice, en voz baja.

Ojalá no lo hubiera hecho.

—He informado de ello a los de seguridad del edificio —continúa, al ver que yo no digo nada—. Así que ahora ya lo saben. Layla dice que vas a contratar a alguien para que te proteja, ¿no?

No recuerdo haber dicho tal cosa. Pero parece una idea que ha tenido Layla y que ha puesto en acción sin consultarme. Su filosofía es esa: si hay un problema, resuélvelo con dinero. En la remota posibilidad de que el mundo no se doble a tu voluntad, empieza a golpearlo con los puños. Si ella ha decidido que es buena idea, quizás haya empezado a hacer llamadas y todo.

—Cuéntame que ha pasado hoy —digo, por el contrario, sin querer entrar en eso.

Se han firmado contratos, algunos encargos se han retrasado, ha habido una discusión por un pago. Dejo que sus palabras penetren en mi interior, hago comentarios, sugerencias. Yo sé lo que hay que hacer. Él tiene preguntas. Yo tengo respuestas. Trabajar es fácil, aunque haya problemas y negociaciones. En el despacho, todo tiene sentido. Supongo que en ese aspecto me puedo identificar con Mac, mi amigo adicto al trabajo. La vida, por otra parte, es confusa, una maraña imposible de controlar, el nudo gordiano que no parece que yo sea capaz de deshacer sin Jack. Ben y yo charlamos un rato. Me siento agradecida de que esté ahí, de que me haya ayudado durante todo este año largo y horrible, dándome el máximo de cuerda.

—¿Por qué no te tomas el resto de la semana libre? —sugiere—. Yo puedo ocuparme de cualquier asunto.

—No.

De alguna manera, no ir a la oficina es como rendirse. La agencia ha sido mi salvavidas, me ha sacado de la cama y me ha devuelto al mundo. Yo ahora soy la guardiana de lo que Jack y yo construimos juntos, significa algo.

—Iré mañana.

Lo oigo teclear, comprobando el calendario.

—OK —dice, chasqueando la lengua—. ¿Y tu cita del jueves?

Me había olvidado de él... Rick, el corredor, Rick, el que trabaja en finanzas, el que hace de voluntario para la ONG Big Brothers. Las citas que he tenido hasta ahora han sido buenas: fáciles, sin compromisos, hasta el momento. Bebo un poquito demasiado, entro un poco tambaleante en el piso de algún desconocido, desaparezco en el cuerpo de alguien, en la vida, en la cama de alguien, donde puedo cerrar los ojos y fingir que estoy con Jack. Durante unos segundos, aquí y allá, incluso me funciona. Luego, me voy siempre antes de que salga el sol.

—Cancélala —digo, aunque en parte no deseo hacerlo, aun con todo lo que está pasando. O quizá precisamente por eso. Tengo que mirar hacia adelante, a esas pequeñas vías de escape, donde puedo salir de mi piel como Poppy, la viuda, y ser alguien nuevo, alguien que no está roto por el dolor, que no toma pastillas para pasar el día. Pienso de nuevo en el texto que recibí ayer en el taxi, el calor que sentí, la excitación. La recuerdo con fuerza. Me agarro a eso.

—De acuerdo —dice Ben—. Probablemente es buena idea.

—¿Algún mensaje?

—Alvaro ha venido a tu despacho cuando ha pasado por aquí, a recoger a Maura. Quería verte. Me ha pedido que lo llames, cuando tengas oportunidad.

—¿Te ha dicho qué quería?

—No —contesta Ben—. Estaba reticente y huraño, como siempre. ¿Qué le pasa a ese hombre? Siempre me he preguntado cómo es posible que Jack y él fueran amigos. Eran totalmente distintos. Este es tan... oscuro.

—Ya sé lo que quieres decir.

La verdad es que yo evito con todas mis ganas a Alvaro. Y desde la muerte de Jack, parece que es él quien me evita a mí. La gente se aparta cuando alguien fallece; la pena puede ser como una escisión que se va ampliando poco a poco. Cuando lo miro, veo a Jack. Y duele. Y quizá nunca nos gustamos mucho el uno al otro, de todos modos; no había motivo alguno para seguir viéndonos, ya que Jack era lo único que nos unía en tiempos. Me pregunto qué querrá, tomo nota mentalmente de llamarlo.

Por fortuna, Izzy ha dejado de tocar el violín cuando Ben y yo colgamos. Un silencio agradable lo invade todo, aunque oigo la televisión en la cocina, la voz de Slade, intermitentemente. Me quedo tumbada un minuto absorbiendo la paz de la habitación: antracita, gris paloma, crema, todas las superficies lujosas. Hay un cuadro al óleo de un cerezo, con el tronco torcido, el viento llevándose los pétalos rosa. ¿Cuántas noches habré pasado aquí desde que murió Jack? Demasiadas. Me esfuerzo por levantarme, la habitación da vueltas, me duele la cabeza.

Aunque mi vida está construida sobre arenas movedizas y noto un rugido persistente en el oído, consigo ayudar a Layla con la cena, corregir el trabajo de Izzy y miro confusa a Slade mientras él trata de explicarme cómo funciona su videojuego. La actividad de la noche es un río que me lleva

lejos de todo lo que podría tener en la cabeza. Layla y yo, en un acuerdo tácito, no hablamos de lo que está pasando delante de los niños. Eso es lo bello y lo torturador de los niños, que no te permiten pasar demasiado tiempo pensando en tu propia vida interior. Todo se concentra en ellos.

Pero en cuanto el piso se vuelve a quedar tranquilo (Izzy está parlotando al teléfono con su amiga, Slade finalmente está haciendo los deberes y Layla se está duchando), todo vuelve de nuevo, todas las preguntas, como un remolino. He convencido a Layla de que me deje lavar los platos de la cena, así que me pongo a ello y vierto toda mi energía nerviosa en limpiarlos, enjuagarlos, cargar el lavavajillas, limpiar la encimera hasta que resplandece. ¿De veras vi a alguien en la calle? ¿Quién puso esa flor en mi apartamento? ¿Realmente quería evocar la orquídea fantasma? ¿Hay alguien que me conozca tan bien, ahora que Jack ha desaparecido? Marco el teléfono de Grayson, pero no me contesta. ¿Qué ha averiguado cuando ha hablado con el personal del edificio? ¿Por qué no me ha vuelto a llamar?

Estoy acabando, sumida en mis pensamientos, cuando llega Mac. Lleva dos ramos de tulipanes, uno rosa, otro blanco.

—Me han comentado que has tenido un día difícil —dice. Me tiende el ramo blanco—. Para ti.

Si sabía que yo estaba en su casa, nunca traía flores solo para Layla. Así es Mac.

Las cojo y aspiro su aroma, y al momento me animo.

—Gracias. Es un detalle.

—Te mereces un poco de amabilidad —dice. Parece que él también ha tenido un mal día. La fatiga pesa sobre sus hombros, en torno a sus ojos. Se le nota el cansancio.

Encuentro dos jarrones de cristal en el armario junto a los fogones, corto la punta de los tallos y preparo las flores blancas. Dejo las rosas, porque sé que él querrá dárselas a Layla.

Se quita la chaqueta del traje y se sienta en la barra de la cocina. Llena la habitación, dominándola no con su estatura (es alto, pero delgado) sino con una especie de aura muy intensa. Sea lo que sea, no se puede fotografiar. En las imágenes normalmente se le ve encorvado, mucho más alto que Layla, los rasgos de su rostro difuminados entre las sombras. Recientemente se ha afeitado la cabeza, cansado, según decía Layla, de fingir que no estaba perdiendo el pelo. Se ha dejado perilla como contrapartida pilosa. Esta noche se parece un poco a un mafioso ruso algo desteñido, agobiado por los problemas, con la cara fruncida de una manera natural.

—He tenido un día difícil —reconozco—. ¿Tienes hambre? Layla te ha dejado un plato.

—Ya he comido. —Se frota los ojos—. Gracias.

Mira hacia el frigorífico y luego lanza una mirada hacia el pasillo por el cual podría salir Layla. Me ofrece un rápido y travieso gesto levantando sus espesas cejas. No necesito traducción. A Layla no le gusta que beba las noches entre semana. Pero cojo la botella de Reyka del frigorífico y sirvo el vodka islandés en un vaso ancho, con hielo. Mac y yo somos antiguos colegas de bebida, seguíamos adelante mucho después de que Jack y Layla abandonaran poniendo una excusa. Yo ya tengo bastantes problemas sin añadir la bebida fuerte, pero aun así me uno a él, sirviéndome una copa generosa. Ese calor que da, ese bendito cosquilleo...

—Vale —dice él, dando un trago—. Cuéntamelo.

Se lo cuento todo, empezando por mi primer avistamiento del hombre de la capucha, luego la tarde, mi conversación con Grayson, la intrusión, la orquídea. Él me mira como si estuviera intentando captar los elementos de lo que le cuento y lo que está viendo, e introducirlos en una

ecuación difícil que está intentando resolver. Se sienta un momento, observa su vaso. Luego:

—¿Puedo ver la foto? ¿La que tienes en el móvil?

Saco el teléfono del bolsillo y encuentro la imagen, lo sujeto para que él lo vea. Él lo coge, se pone las gafas y con el pulgar y el índice aumenta la imagen.

—Sí, hay alguien ahí —dice, tendiéndome de nuevo el teléfono—. Parece... amenazador. Pero es solo un tipo en medio de la multitud. No se le puede ver la cara. ¿Cómo sabías que te estaba siguiendo a ti?

Contemplo de nuevo la imagen y se forma un hueco en mi estómago.

No estoy loca. Quizá se me fuera un poco la olla cuando Jack murió, pero me aferro a la realidad, aunque sea débilmente. Había alguien en aquel tren. Me estaba mirando. ¿Quién es? ¿Qué es lo que quiere? Pero me quedo callada. Cuando más afirmas tu propia realidad a la gente, más loca pareces.

—¿Y qué ocurre con la pista de Grayson? ¿Un asesino a sueldo? —pronuncia la última frase con incredulidad.

—Eso es lo que me dijo.

—Me parece una auténtica locura. —Se sirve otro dedo de vodka y vacía rápidamente el vaso—. No había nadie mejor. Ni más recto ni más bueno. ¿Quién podía querer hacer daño a Jack?

—Eso fue lo que me preguntó Grayson —comento—. No tengo respuesta. Nadie. Todo el mundo lo quería.

Sirve más, esta vez en los vasos de los dos. Nos quedamos allí sentados, pensando.

—A veces... a menudo... —empieza él. Luego, se detiene.

—¿Qué?

—Lo de la navaja de Occam, ¿sabes? Una teoría sobre la resolución de problemas que establece que la explicación más sencilla es la mejor.

—¿Y qué quiere decir?

Da un sorbo y se frota la sien. Cuando me mira de nuevo, sus ojos están muy tristes.

—Lo que ninguno de nosotros quiere aceptar, que Jack estaba en un mal sitio en un mal momento, y que fue víctima de un crimen callejero al azar. Que quizá quede sin resolver.

Es duro de aceptar, el azar, el sinsentido. Niego con la cabeza. No me parece correcto. Sería la explicación más sencilla, pero nunca me pareció la correcta, ni tampoco a Grayson.

Mac deja caer una mano sobre la mía. Nuestros ojos se encuentran y me ofrece esa sonrisa suya amable, tranquilizadora.

—Pero escucha, hay una empresa que usamos en el trabajo, un grupo de seguridad privado —dice—. Los he llamado hoy.

Yo suelto el aliento de golpe. Esto tiene escrito el nombre de Layla.

—No tendrías que haberlo hecho. —Hay un repiqueteo de ansiedad en el fondo de mi cerebro. Él levanta las palmas, suplicante.

—Escúchame. Ha pasado casi un año. La policía no tiene nada sólido, y ahora quizás haya alguien siguiéndote, surge esa pista extraña... Con la remota posibilidad de que no fuera algo al azar, quizá, simplemente pensaba...

—Pensabas...

—Ya lo habrás oído antes: una persona parece ser una cosa, y luego vas quitando las capas y buscando en su pasado y resulta que es otra completamente distinta. Quiero decir que a lo mejor

ocurría algo con Jack... algo que nosotros desconocíamos. Algo que ni siquiera tú sabías.

Las palabras quedan flotando entre nosotros. Él levanta la mano y toca uno de los pétalos de los tulipanes rosa.

—Pensamos que nos conocemos unos a otros, ¿no? —Algo oscuro cruza su rostro, pasa como una nube, se disipa rápidamente—. Pero ¿es así en realidad? ¿Sabemos realmente lo que ocurre muy dentro de nosotros?

Las palabras cortan, son como una navaja para mi psique, fina como el papel. ¿Qué me está diciendo?

—Yo conocía a mi marido, Mac. —Mi voz tiembla un poco—. Y tú también.

Él mira su vaso, casi vacío de nuevo.

—¿Qué... crees que vamos a averiguar que tenía otra familia por ahí? ¿O que estaba metido en algo ilegal? —digo, con una sonrisa—. No.

Él se encoge de hombros.

—Quizá nosotros solo conocíamos una parte de él. A lo mejor es lo único que sabemos siempre los unos de los otros.

Layla entra cuando yo estoy a punto de protestar, una aparición vestida con un pijama de seda color gris oscuro ribeteado de encaje. Se acerca a Mac, lo besa en la mejilla, lanzando una mirada llena de intención a su vaso. Él se pone de pie y la abraza, la besa. Yo aparto la vista, ocupándome de llenar el segundo jarrón con agua. Él le tiende las flores y ella las mira con adoración.

—Qué marido más encantador tengo —afirma—. Gracias, cariño.

¿Hay cierta tirantez en ella? Me ve mirarlos, mueve la cabeza ligeramente y se aparta de él. ¿Qué sucede entre ellos? Pasa algo. Pero quizá me lo estoy imaginando.

—Mac y yo hemos estado hablando. Creemos que deberías contratar a alguien. —Layla coge una silla y se sienta junto a su marido. Me tiende las flores y yo las meto en el jarrón—. Alguien que te vigile. Alguien que averigüe lo que está ocurriendo. Alguien que profundice en la investigación del asesinato de Jack.

Mac le ofrece su vaso a Layla, que tras una mirada seria da el último trago. Es un buen vodka, frío como un glaciar y suave en la garganta.

—Poppy y yo estábamos hablando justamente de esto... —dice. El tono oscuro de nuestra conversación ha desaparecido, él está ahora en plan práctico. Yo dejo que la cosa fluya, ansiosa de cambiar de tema por lo que estaba sugiriendo Mac—. Nuestros clientes a menudo necesitan un equipo de seguridad cuando viajan al extranjero. Tienen una división de investigadores privados también. Muy efectivos.

Me imagino a mí misma flanqueada por una pareja de hombres cachas vestidos de negro, mientras voy andando por la calle. Un detective privado con una gabardina arrugada investigando mi «caso».

—Yo creo que sería una exageración.

—¿Cómo que una exageración, Poppy? ¡Alguien te está acosando! Quien sea, ha entrado en tu apartamento —dice Layla—. Jack fue asesinado y su caso sigue sin resolver. ¿Y ahora este nuevo sospechoso? ¿Un asesino a sueldo?

Empiezo a protestar un poco.

—Poppy —dice ella—. No estás a salvo. De eso supongo que te das cuenta, ¿no?

—Ya está hecho —interviene Mac—. Mira, si algo sé es que Jack querría que nosotros cuidáramos de ti y te mantuviéramos a salvo. Tom Jager, de Black Dog, Seguridad y Gestión de Crisis, contactará contigo mañana. Te gustará, ya verás... es de esos tíos que solucionan cualquier cosa. Los dos pensaréis en algún plan juntos, y todo esto se arreglará.

Francamente, es como estar delante de un tren de carga. Layla siempre ha estado muy segura de sí misma. Y ahora que Mac y ella se han vuelto asquerosamente ricos, no hay forma de pararlos. Te ayudan quieras o no. Es algo molesto, pero también es todo un detalle. ¿Cómo enfadarse con una gente que está tan ansiosa por protegerte, aunque estén traspasando tus límites?

—Al menos pueden mantenerte a salvo hasta que sepamos con toda seguridad qué está pasando —comenta Mac.

Layla parece satisfecha.

—Y tú te quedarás aquí hasta que acabe todo.

Decidido y solucionado.

«Es tan mandona como tu madre —decía siempre Jack—. Más amable, mejor intencionada, pero, aun así, dominante de narices».

Me molestaba mucho que a Jack nunca llegase a gustarle del todo Layla... y que a Layla tampoco acabase de gustarle nunca Jack. Ella se crio en un ambiente de caos, con un padre violento y alcohólico, una madre que no se enfrentó nunca con él hasta el día que murió, un hermano que ahora mismo está en la cárcel. Intenta controlar la vida de la gente a la que quiere. Es de manual: hija de alcohólico. Jack, por otra parte, no podía soportar que lo controlasen, clamaba contra la autoridad de cualquier tipo. Era un trotamundos, un nómada con una cámara en la mano. A su aire. Nunca hubo la misma confianza entre ellos que la que hay entre Mac y yo.

—Vale. —No recuerdo que fuera tan debilucha. Es que estoy muy cansada.

Layla se viene a mi lado del mostrador y vuelve a lavar un cacharro que yo había puesto a secar encima de un paño de cocina. Lo seca vigorosamente y lo guarda, dobla el paño en un triángulo perfecto, que coloca junto al grifo. También aparta la botella de vodka. Mac y yo compartimos una miradita indulgente y luego él desaparece por el largo pasillo hacia la habitación principal.

—¿Black Dog? —Ella sigue hablando de la empresa de seguridad—. Han resuelto un montón de problemas para gente que conocemos —explica, cuando él ya se ha ido.

—¿Qué tipo de problemas?

Aunque ha cortado a Mac, ella se sirve otra copa de vino. Me he dado cuenta de que empieza a las cinco y ya no para de beber en toda la noche, bautizando el vino con unos chorritos de gaseosa, a medida que se va haciendo tarde. ¿Cuánto bebe en realidad? Es difícil saberlo. Y yo tampoco estoy en situación de juzgarla.

—Ya los conoces —dice, con un suspiro de resignación—. Esos problemas que tienen los clientes de Mac. ¿Te acuerdas de los King? Su hijo menor fue secuestrado durante unas vacaciones en México. Una pesadilla, pero la empresa de Tom negoció su liberación y regresó sano y salvo. Gracias a Dios.

Había oído hablar de ese tipo de cosas antes, claro. La industria del secuestro y el rescate. Pero Jack había viajado por todo el mundo, había recorrido el bosque impenetrable de Bwindi, en Uganda, buscando gorilas de las montañas, había ido de fiesta en Río, había bajado a toda velocidad por el exiguo Camino a los Yungas, una carretera a más de cuatro mil metros de altura

de un solo carril en Bolivia, en una camioneta desvencijada conducida por un hombre a quien Jack no entendía. Se reía cuando recordaba aquel viaje, con los nudillos blancos, entre La Paz y Coroico.

«El mundo es seguro, en su mayor parte —decía siempre—. Más seguro de lo que piensas, si eres discreto».

Pero estaba muy muy equivocado. Era una arrogancia pensar que el mundo es seguro.

Aun así, aunque no lo he dicho, lo cierto es que no tengo ninguna intención de contratar a esa empresa de seguridad. Tampoco estoy muy segura de querer quedarme aquí el resto de la semana, escondiéndome en el mundo de Layla. La verdad es que estaba empezando a poder ponerme en pie otra vez, de alguna manera, antes de que ocurriera todo esto. Quiero volver a tener esa sensación.

Y ahora, las preguntas de Mac resuenan en mis oídos. ¿Había cosas de Jack que yo no sabía? ¿Otro aspecto de él? Pienso en ese muro de cajas cerradas en mi apartamento, todas las partes de Jack recogidas allí, en barbecho durante un año. Mientras tanto, hay partes de mí que también se han perdido. Días que han quedado en blanco, recuerdos que he olvidado y que, si soy sincera, no he intentado recuperar con demasiado entusiasmo. ¿Qué es lo que me daba miedo averiguar?

Layla lleva un manojito de llaves colgando del dedo, y me saca de mis pensamientos. Su gigantesco diamante, el coste del cual podría alimentar a una familia media durante un año, brilla a la luz del led.

—He hecho que te cambiaran las cerraduras. Y no le he dejado ningún juego a los porteros.

Le cojo las llaves. Las noto en mi mano frías y afiladas. Unas llaves extrañas para un lugar que no es mi hogar.

—Háblame —le digo— del día que me encontraste.

Ella se sienta en la silla de la barra, se apoya en el mostrador. Mantiene su mirada clavada en mí, evaluándome.

—¿Estás segura?

Ha intentado hablar conmigo antes, pero yo siempre la he hecho callar. En cuanto acepté la teoría de la doctora Nash de que ese tiempo no iba a volver, o que probablemente no volvería, decidí dejar atrás esos días. Formaba parte de mi programa de aceptar cosas inaceptables. O quizá simplemente es que estaba huyendo, temerosa de la verdad.

—¿Qué ocurrió... exactamente?

—Bueno... —dice ella, soltando el aliento, de modo que parece quedar deshinchada.

Es un tono que ya la he oído adoptar con Izzy y Slade, cuando se trata de responder a las preguntas difíciles. «¿Por qué papá te estaba chupando la cara anoche? Si la abuela me ve desde el cielo, ¿también me puede ver cuando estoy usando el baño? ¿Por qué ese hombre duerme en una caja de cartón?».

Estoy sorprendida de ver que sus ojos se llenan de lágrimas, pero se las seca rápidamente. Me acerco a ella, pero me aparta de su lado.

—Lo siento —dice—. Se trata de ti, no de mí.

—Se trata de «nosotras», ¿entiendes? Las dos hemos pasado por algo.

Ella toma otro sorbo de vino.

—Me llamaste tarde —explica—. No parecías tú misma. Tenías un tono alegre, animado. Era muy raro.

—¿Qué dije? —Qué raro sonaba tener que preguntar eso.

—Decías que tenías respuestas —comenta—. Que sabías lo que le había pasado a Jack. Que era el final de todo.

—¿El final de todo?

Ella da un sorbo a su copa.

—Es lo mismo que sentí también cuando pensé que te había perdido.

Después del funeral fue el momento más oscuro. Eso lo recuerdo. En ese instante fue cuando me di cuenta finalmente de que todo era real. La terrible conmoción había quedado absorbida, dejándome nerviosa y temblorosa. El funeral, la reunión, el aluvión de flores y tarjetas, el teléfono que sonaba y sonaba, cientos de mensajes de correos de amigos, conocidos y desconocidos. Un millón de cosas que había que solucionar, la policía y todas sus preguntas, mi madre durmiendo en el sofá, su abogado escoltándome a la comisaría de policía. Y luego, de pronto, se quedó todo silencioso. Jack ya no estaba, las pistas se enfriaron, todo el mundo volvió a su día a día, a sus vidas. Incluso yo intenté volver a trabajar, pensando... ¿qué, si no? ¿Qué más puedo hacer? ¿Qué podía hacer?

—Era tarde cuando llamaste, de modo que fui en seguida, dejando a Mac con los niños. Pero cuando llegué, tú ya te habías ido. Intenté llamarte al móvil, pero estaba sin cobertura o apagado, y salía directamente el buzón de voz. Ese fue el peor momento, saber que tu teléfono no respondía y que no tenía conexión contigo.

Layla apoya la cabeza en la mano, y yo me deslizo en el asiento que hay junto a ella y la rodeo con un brazo.

—Pasé los dos días siguientes recorriendo la ciudad, yendo a los sitios donde pensaba que podías estar. A ciegas. El parque, el gimnasio, restaurantes que frecuentabais Jack y tú, bares. Mac cogió tiempo libre en el trabajo, nos turnábamos buscando o quedándonos con los niños. Fui enseñando tu foto por todas partes. Grayson hizo lo mismo. Pensé que te habíamos perdido. No había cargos en las tarjetas de crédito, no había forma de seguirte la pista.

Se sirve otra copa de vino y me pone una a mí también. Ni siquiera discuto con ella. Doy un buen trago a la copa centelleante, recibo encantada su frescor, el calor que me sube a las mejillas a medida que el alcohol llega a mi corriente sanguínea.

—Entonces, cuando estábamos a punto de contratar a alguien, a Tom, de hecho, llegaste al vestíbulo. Corrí a recibirte, pero apenas podía reconocerte. Poppy, con ese vestido, con ese maquillaje. Eras otra persona, y cuando me viste sencillamente te desmayaste, te caíste allí mismo, en la entrada. Luego, durante unos días, estuviste... desconectada.

—¿Inconsciente? —Tampoco recuerdo nada de los días en el hospital.

—No —dice ella—. Estabas como ida, con los ojos fijos y desorbitados. Era algo surrealista. Yo no paraba de animarte: «Vamos, Poppy, despierta de una vez». Pero estabas totalmente ausente. No sé cómo describirlo. Y de repente, sin más, volviste.

Me entran escalofríos al pensar en mí misma así, lo que hice pasar a todo el mundo. No tengo el menor recuerdo de todo eso. Hay un punto negro entre el funeral y el día en que me desperté en el hospital y vi a mi madre leyendo la revista *People* junto a la ventana.

—¿Puedo tomarme un refresco? —le pregunté.

Ella me miró, parpadeó un par de veces y suspiró con alivio.

—Bienvenida de nuevo, cariño —me dijo. Como si hubiera estado ausente en un largo viaje.

—¿Recuerdas algo de lo que dije? —le pregunto a Layla, aunque en parte no quiero saberlo

—. Las palabras exactas.

Ella niega con la cabeza.

—Eran... cosas absurdas.

—¿Como qué? —insisto.

—Pues no sé —dice ella—. Es difícil recordarlo, porque estaba todo deshilvanado. No decías nada que tuviera sentido, si es eso lo que quieres saber. ¿Pistas de lo que le ocurrió a Jack, quieres decir? No, nada de eso.

Su boca forma una línea recta y apretada, y su mirada se desvía a un lado. Me está ocultando algo. Nos conocemos desde hace demasiado tiempo. Estoy a punto de presionarla cuando Slade llama desde el otro lado del pasillo y Layla sale rápidamente.

Me dirijo al salón y miro por la ventana hacia Central Park, ahora oscuro. Su masa negra, atravesada por las rojas venas de calles y senderos, el brillo de las farolas diseminadas como estrellas, es como un vacío. Si miras una foto aérea de Nueva York por la noche, sus parques serían esas manchas oscuras en un paisaje repleto de luces. Una de esas manchas se tragó a Jack. Se me tragó a mí.

—Puedes contárselo todo a la doctora Nash, ¿no? El jueves —dice Layla, cuando regresa—. Ella te ayudará a esclarecerlo.

Me pregunto si será así. La doctora Nash no es muy partidaria de hurgar en ese espacio vacío de mi vida. Al principio yo le sugerí la hipnosis, y ella se negó, comentó que ella no la practicaba. Creía que mis recuerdos volverían cuando fuera lo bastante fuerte para controlarlos. Dijo que podía derivarme a otro especialista, si yo insistía. Pero no insistí: para ser sincera, me asustaba... Todavía me asusta. ¿Qué encontraré si empiezo a ahondar más y más en ese vacío oscuro que hay en mi interior? ¿Dónde estuve? ¿Qué hice?

—¿Hay algo que no me estás contando? —la presiono—. De esa época.

Ella se queda de pie a mi lado junto a la ventana, enlaza sus dedos con los míos y mira hacia fuera, a la oscuridad resplandeciente.

—Te lo diría si hubiera algo que tuvieras que saber. Cualquier cosa sobre Jack. Por supuesto que te lo diría.

De vuelta en la habitación de invitados, tengo los nervios de punta. Lo único que quiero es dejarme caer en un pozo de oscuridad y dormir sin sueños. Me preparo un baño, todo lo caliente que puedo soportar, enciendo unas velas con aroma de vainilla que Layla tiene por todas partes. Me tomo tres pastillas. No estoy segura de lo que son. De una manera distante, soy consciente de que es una estupidez. Peor aún. De hecho, es autodestructivo. Pero solo será esta noche, nada más para pasar esto.

Entonces me meto en el baño, en el agua muy caliente, reconfortante. Todos mis músculos se relajan, pensamientos y temores se van alejando, rápidos y silenciosos. Respiro hondo tal y como me ha enseñado la doctora Nash. Inspirar contando hasta tres, contener el aliento, espirar contando hasta cuatro. «La respiración —me decía ella— siempre está ahí, con nosotros. Siempre podemos aplacar nuestro sistema nervioso simplemente respirando hondo».

Y las pastillas. Y la bebida.

Me concentro en mi respiración, en el agua caliente que relaja mis músculos tensos. La luz de

las velas proyecta imágenes dinámicas en la pared y en el techo. Las veo moverse y girar, hacer remolinos y desaparecer, mientras el mundo, poco a poco, se desvanece.

«¡Eres un maldito mentiroso!».

Me despierto tiritando en el agua que ya se ha quedado fría, y las velas han ardido hasta consumirse casi del todo. Las llamas son únicamente unos puntitos rojos diminutos en unas mechas ennegrecidas y arrugadas.

La frase se ha abierto camino en mi mente dormida a rachas, llena de sueños. En uno de ellos yo caminaba sin destino por el Fakahatchee Strand con Jack, persiguiendo la elusiva orquídea fantasma. Entonces mi teléfono sonaba insistentemente, y aparecía el nombre de Jack en la pantalla. Pero yo no podía responder su llamada, ni tampoco podía obligar a mis dedos a marcar el servicio de rellamada. Las sábanas estaban manchadas de sangre, como ocurrió después de mi primer aborto. El hombre del bar me pasaba el brazo por la espalda, y me presionaba contra su cuerpo, llenándome de deseo y de ira.

«¡Eres un maldito mentiroso!».

Salgo de la bañera tiritando de frío, me envuelvo rápidamente en el albornoz colgado de la puerta. ¿Alguien estaba gritando en la casa? ¿Era algo de mi propia y confusa vida interior?

Vuelvo al dormitorio, tiritando todavía. Escucho la noche. Solo hay silencio, únicamente un pequeño atisbo lejano de ruido urbano, a través de las ventanas con cristalera doble y las gruesas paredes de cemento que constituyen la burbuja de Layla. Noto mis extremidades congeladas y rígidas, me seco y me pongo el pijama.

No quiero reconocer que me he desmayado en la bañera. Qué estupidez, qué peligroso. Con velas encendidas. Podía haber causado un incendio en el hogar de mi mejor amiga. O bien podía haberme ahogado. No puedo evitar tiritar por el frío, furiosa conmigo misma, asustada por las posibles consecuencias de mi falta de cuidado.

Salgo de la habitación de invitados y camino por el pasillo. Izzy y Slade están los dos dormidos, en medio del caos de sus respectivas habitaciones, con las luces nocturnas encendidas. Slade lleva puestos los auriculares.

La habitación de Layla y Mac está al final de ese largo pasillo, una *suite* separada del resto, del enorme espacio. Es prácticamente un ala propia de la casa. La puerta está bien cerrada, y lo único que oigo ahora es la respiración acompasada y pacífica de los niños.

Salgo al amanecer, dejando una nota para Layla en la que escribo que regresaré para la comida. Sé que se preocupará, pero tengo que pensar. En lugar de ir directa al despacho, voy andando a coger el metro para el centro. El cielo está gris, duro y plano, y las nubes se mueven tan rápidas como un río, escapándose entre los dedos del sol dorado y naciente. Bajo tierra, el andén está extrañamente vacío. El tren, cuando llega, es increíblemente veloz.

¿Por qué las calles parecen desiertas, por qué resuenan tanto mis tacones en el cemento? No reconozco al portero delgado y rubio que está ante el mostrador del vestíbulo, pero él sí que me conoce.

—Buenos días, señora Lang —me saluda y yo hago lo mismo, pasando a su lado. El vestíbulo de mi edificio está frío y tranquilo, en estos momentos anteriores a la hora punta.

Si hubo algún drama relacionado con el episodio de la noche pasada, no resulta evidente ya.

El ascensor está vacío, y cuando salgo a mi piso, el largo pasillo gris se extiende ante mí silencioso y vacío también. Se oye un secador de pelo. Un televisor que parlotea. Una música de flauta que suena enlatada y rara. Solo he visto a una o dos personas desde que me mudé aquí. Una chica delgada con gafas que el portero me dijo que era una escritora famosa. Hay una pareja, un arquitecto y su marido, los dos encantadores y sonrientes, siempre con mucha prisa. Tienen dos minicaniches locos que ocasionalmente oigo ladrar de manera distante. Un edificio lleno de desconocidos, yo incluida.

Hago una pausa ante la puerta, saco las llaves nuevas de mi bolso, luego entro. Espero, escuchando, y recuerdo que se ha cambiado la cerradura. Nadie puede haber entrado sin la llave que ahora mismo tengo en la mano. Pero aun así recorro todas las habitaciones para asegurarme de que no hay ningún intruso. La orquídea y la nota han desaparecido. La foto también. El detective Grayson ha debido de llevárselo todo como pruebas. No me ha devuelto la llamada que le hice anoche. Es una queja que me atormenta en el fondo del cerebro. ¿Por qué no ha comprobado su teléfono?

Noto el cúter ligero en mi mano, cuando me dirijo a la pila de cajas que están amontonadas entre el sofá y las ventanas. Todas tienen una palabra escrita en un lado: Jack.

Las he dejado sin tocar un año. Se ha convertido en un tema de conversación con la doctora Nash, cuándo acabaré de desempaquetar esas cajas.

—Muchas personas lo encuentran catártico —insinúa ella—. Examinar las pertenencias de un ser querido que ha muerto, guardar lo que sea significativo y descartar lo demás.

Pero yo no quería desprenderme de ningún fragmento de él. La madre de Jack y yo estuvimos mirando sus cosas, cuando yo lo embalé todo para mudarme de nuestro antiguo apartamento. Sarah solo cogió lo que había pertenecido al padre de Jack y una foto de Jack de niño pescando con su padre.

—Únicamente cuando perdemos a alguien nos damos cuenta de lo poco que significa todo lo demás —dijo ella—. Todas las cosas. Solo son basura. Puedes aferrarte a esas cosas, Poppy,

hasta que estés preparada. Y luego tíralas.

Apoyé la cabeza en su regazo y lloré, aquel día... Algo que no he hecho nunca con mi propia madre. Me llevé todo lo que quedaba de él a mi nueva casa en Chelsea. Y aquí están todas las cajas, esperando.

Abro una de ellas y encuentro un montón de expedientes suyos. Abro la cubierta de piel y veo una imagen de mí misma. Es casi una desconocida la chica que aparece allí, con expresión medio divertida, medio enfadada. Ignora cientos de cosas. Detrás de ella, unas palmeras se doblan con el fuerte viento; un sol de color entre fucsia y mandarina se pone en el mar. México, la noche que nos conocimos. Él me sacó una foto con mi propia cámara.

Y me encuentro de vuelta allí.

Él cubría un encargo de National Geographic; yo cubría un reportaje para una revista de viajes, y tomaba fotos de un nuevo hotel de lujo y de su *spa* junto a la playa. Mi encargo era un verdadero chollo, todos los gastos pagados, alojamiento inimaginable, sacar imágenes bonitas de paisajes preciosos, piscinas resplandecientes, comidas exquisitas. Era un reportaje para un artículo destinado a complacer a un anunciante importante de la revista. Jack iba siguiendo a un equipo encargado de liberar a una manada de lobos grises mexicanos criados en cautividad, como parte de un programa para salvar la especie, casi extinguida. Esos dos caminos tan distintos sin embargo nos llevaron a coincidir en un bar con vistas al mar, al anochecer.

Él acudió acompañado de su equipo, periodistas, naturalistas, algunos guías locales. Iban muy sucios y desaliñados, y apenas me fijé en ellos, mientras yo paseaba tranquilamente por el brillante espacio del balcón para captar unas imágenes finales del crepúsculo. Era muy bello: coral, violeta, un naranja intenso que se distendía perezosamente como un tigre ante la negrura del mar.

—Es un equipo muy profesional para una turista —me dijo él, viniendo desde atrás.

Me di la vuelta, sobresaltada y molesta.

—No soy una turista. Soy fotógrafa.

Me gustaría poder decir que fue amor a primera vista. Él aseguraba que para él sí que lo fue, que se quedó mirándome desde el momento en que entré y se acercó en cuanto se dio cuenta de que estaba sola. Pero cuando yo lo miré, vi a uno de esos tíos, uno de esos tipos fanáticos del aire libre, viajeros y aventureros, yonquis de la adrenalina. Ya había conocido a unos cuantos. Con el ego por las nubes, un cuerpo muy trabajado, piensan que porque arriesgan la vida por nada son especiales. Te regalan historias de sus aventuras, te dicen que quieren apurar la vida hasta la médula, esperando que tú quedes fascinada mientras ellos siguen con su cháchara, dale que te pego. No hay nada más aburrido que un hombre que solo piensa en sí mismo.

—¿Canon 5D Mark III? —me preguntó, señalando la cámara.

—Sí, claro. —Vale, es fotógrafo, pensé. Ahora, a esperar las típicas pullas porque mi encargo para la prensa no es tan auténtico ni tan significativo como su trabajo, obviamente periodístico. Por su arrogancia desaliñada veía que el suyo no era un trabajito fácil como el mío. Quizás algún comentario sexista diciendo que la mía era una buena cámara... para una mujer, porque encaja mucho mejor en una mano más pequeña.

—He oído decir que la velocidad de ráfaga es más lenta que en la EOS 5DS —afirmó.

—Un poco más —reconocí—. Pero es más ergonómica, y los archivos son fabulosos.

—¿Puedo?

Me apoyé en el balcón y se la ofrecí. Fue su sonrisa, lenta y traviesa, la que me cautivó. Iluminó su cara al levantar la cámara y tomarme una foto.

—Tienes razón —dijo, mirando la pantalla—. Fabuloso.

Y ya estoy de vuelta en mi piso, mirando la foto que tengo delante. Viaje en el tiempo.

Cuando miro la foto ahora, veo la jocosa irritación en mi propia cara, el brillo de la atracción. Me alegro de que aquella chica no supiera lo que le depararía el futuro. Quizás hubiese elegido entonces noamarlo nunca, sabiendo lo mucho que le dolería perderlo. Habría sido una pérdida terrible para ella, de la que nunca se habría dado cuenta.

Voy hojeando los archivos de Jack cuando suena el teléfono. El tono es raro, distante, y lo busco debajo de las pilas de cosas inútiles que estoy desempaquetando. Es el detective Grayson.

—¿Señora Lang? —Su voz suena extrañamente comedida.

—¿Señora Lang? —repito, riéndome—. ¿Qué fue de Poppy?

Hay una pausa, en la que espero oírle reír. Pero no se ríe.

—Bien, pues Poppy. ¿Dónde está?

—En casa. —Pero eso no me parece correcto del todo. Este lugar no se ha convertido en mi casa—. En mi apartamento.

—Pensaba que se alojaba con los Van Santen.

No me gusta nada su tono, tenso, protocolario. Me pongo a la defensiva.

—¿Hay algún problema? —Creo que no tenía por qué responder ante él de mi paradero, en ningún momento.

—No se mueva de ahí, por favor. Voy ahora mismo a verla. —Cuelga sin decir una palabra más.

Miro el desorden que he creado y noto una sensación cosquilleante de *déjà vu*. Los portafolios de las fotos impresas de Jack, archivadores con resguardos de la declaración de la renta, documentos de negocios, registros médicos, contratos... No hay nada allí que no haya visto ya, que no conozca ya. ¿Qué es lo que ando buscando? No estoy segura... Algo que me ayude a dar sentido a lo que ocurrió ayer, algo de Jack que me diga por qué alguien quería hacerle daño, por qué alguien me va siguiendo, por qué han entrado en mi apartamento y me han dejado orquídeas y notas que traen potentes recuerdos de momentos que compartí con mi marido.

Abro otra caja. Su ropa. Quizá sea mi imaginación, pero el olor a él flota en el aire, y es tan fresco, tan vívido, que todo mi cuerpo se encoge, lleno de tristeza. Busco su sudadera de New School, y me llevo la raída prenda de vestir a la cara, me entierro en su suavidad. Su aroma, la oscuridad, todo ello me envuelve. Ojalá pudiera sumergirme en ella y desaparecer. Pero un suave chasquido me trae de vuelta. Algo se ha caído del bolsillo delantero de la sudadera.

Me agacho y recojo una cajita de cerillas de papel metalizado rojo. Con letras en relieve plateadas, delante: Morpheus.

Lo conozco. ¿De dónde? ¿Dónde he oído ese nombre antes? La dirección de atrás dice Ludlow Street, Manhattan's Lower East Side, los antiguos barrios de Jack. Fue a la New School, vivía en Alphabet City a finales de los ochenta y en los noventa, cuando aquello todavía era duro y descarnado, y «real», según Jack. Bonito, o al menos él lo veía así, con su miseria y sus ruinas y cubierto de grafitis. Sus fotos de esa época muestran su amor por las calles, los edificios, la gente del barrio.

Abro la cajita; una bonita cursiva, escritura de mujer: Elena, dice, y un número de móvil con

el prefijo de Nueva York. Lo miro sin saber muy bien qué puede significar.

Llaman a la puerta y el sonido me sobresalta, y las cerillas caen en la caja abierta. Pongo la sudadera encima y cierro las tapas de la caja. Voy hacia la entrada y siguen llamando.

—¿Señora Lang? —Su voz suena dura y poco amistosa—. Soy el detective Grayson, por favor, abra la puerta.

Me acerco a la puerta, la abro y entra. Parece distinto, de alguna manera, menos arrugado, más alerta, más joven.

—¿Qué ocurre? —pregunto.

—No me gusta tener que ir buscándola.

Muevo la cabeza, sin comprender su actitud, lo que me está diciendo.

—¿Qué está haciendo aquí? —me pregunta. Su mirada es dura, suspicaz.

Yo levanto las manos.

—No lo sé —respondo—. Después de lo de ayer, he pensado que podía inspeccionar las cosas de él. Quizás haya algo que me he perdido. Algo de él.

—Ese es mi trabajo, señora Lang.

—Es mi marido —digo, con voz rota—. Es trabajo mío también comprender lo que le pasó. Quizás haya encontrado algo...

Pero cuando me vuelvo hacia las cajas, estas han desaparecido.

De hecho, no estoy en el nuevo apartamento, sino de vuelta en el lugar de Upper West Side donde Jack y yo vivimos juntos. ¿Cómo es posible? La confusión alarga el momento. ¿Cómo he llegado hasta aquí? Los muebles están retirados, como quedaron después de la reunión de amigos que vinieron tras la muerte de Jack. Hay vasos de vino, lavados y alineados en la mesa de la cocina, donde Layla los ha puesto a secar. ¿Qué me está pasando? El pánico me estruja el pecho.

—No —digo, luchando por despejar el cerebro. Fuera, al mirar por la ventana, está oscuro. Pero ¿no era por la mañana?

Me sobresalto al ver a Jack reclinado en la silla junto a la ventana, con los pies apoyados en el reposapiés.

—Déjalo ya, Poppy —dice. Tiene la cara manchada de sangre—. Deja que me vaya.

Un sollozo me sube por la garganta.

—¿Jack?

El suelo está blando, como si se hundiera bajo mi peso. Toda la escena se alarga y se retuerce.

—No —le digo mientras me muevo hacia él—. No puedo. No lo haré.

Quiero limpiarle la sangre que le mancha un lado de la cara.

—Coja el abrigo —dice Grayson—. No debería estar aquí.

Pero si no estoy aquí, quiero decirle. Es un año más tarde, y no vivo aquí ya. Esto no está ocurriendo. Jack se ha ido.

—Había una cajita de cerillas... —tartamudeo—. De un club del centro, con un nombre de mujer escrito dentro. Elena.

—Vámonos.

—Espere —digo, y el pánico me agarra cada vez más fuerte. No puedo respirar—. ¿Por qué no me escucha?

—Porque —contesta de repente, desagradable, con la cara desfigurada, llena de desprecio e ira— lo que dice usted no tiene sentido.

Se da unos golpes con fuerza en la sien.

—Porque es usted una maldita mentirosa.

Me coge fuerte del brazo y empieza a tirar de mí hacia la puerta. Sus dedos se clavan en mi carne, haciéndome daño. Intento resistirme, pero él es increíblemente fuerte, y yo no puedo soltarme. Incluso mi voz ha desaparecido. Intento chillarle, enfurecerme, pero solo hay silencio. El pasillo se va alargando y bosteza, oscuro.

De nuevo en la habitación de Layla. Me late el corazón como una locomotora, las lágrimas me arden en los ojos. No puedo respirar bien, me incorporo y me quedo sentada. Intento orientarme en el espacio, agarrarme a lo real. Me froto el brazo, notando todavía la zarpa acerada de Grayson.

Pero no, eso no ha ocurrido nunca. El pasillo que se estiraba, su cara desfigurada.

No es real.

Mierda.

¿Qué me está pasando?

—¿Tía Poppy? —Izzy es una sombra larga y esbelta en la puerta, en pijama y con el pelo sujeto en un moño—. ¿Estás bien? Me ha parecido oír que llorabas.

—Lo siento —le digo—. Todo va bien. Solo era una pesadilla.

Ella es real. Eso lo sé. Cuando se acerca huelo el jabón en su piel, la misma pastilla de jabón orgánico de coco que Layla tiene en la ducha de invitados.

—¿Quieres que me quede contigo?

Los niños son listos. Saben que nadie quiere estar sola después de una pesadilla, con sus zarcillos todavía enroscados a tu alrededor, buscándote, amenazando con llevarte de vuelta. Nadie quiere quedarse en ese lugar infernal entre la noche y la mañana, donde toda sombra es un monstruo, todo ruido es el hombre del saco, que está junto a tu puerta. Izzy no espera a que yo responda, sino que se mete en la cama conmigo.

—Me ha parecido oír chillar a alguien antes —digo.

—Eran ellos, que se estaban peleando —contesta Izzy, con la voz somnolienta—. Siempre se están peleando. Se hacen daño el uno al otro. Creo que se odian o algo similar.

Me sorprende oírle decir eso.

—¿De verdad, Izzy?

Pero ella no responde, ya dormida como un tronco. Yo la abrazo por detrás y noto que su cuerpo sube y baja regularmente, su respiración profunda, lenta y tranquilizadora. El tono oscuro de Mac, la tensión obvia entre él y Layla. ¿Estoy tan absorta en mis propios problemas que no he sido capaz de ver lo que le ocurre a mi mejor amiga?

Me quedo allí echada con Izzy. El sueño no viene, solo un desfile de imágenes, fogonazos. Esa cajita de cerillas, ese nombre, el número que no recuerdo. ¿Ha sido real todo eso? ¿Algo que encontré y luego perdí? ¿O que olvidé? ¿Quién es Elena?

Me llegan pensamientos de Jack, viajo en el tiempo a mis recuerdos.

—¿Puedo invitarte a una copa? —me preguntó, aquella primera noche.

Yo dudé, luego me uní a su grupo. Nos quedamos hablando hasta tarde, aquella noche. Alvaro también estaba con él. Trabajaban como equipo. Moreno, a diferencia de Jack, que era rubio; tranquilo, en lugar de hablador como Jack, su mirada era atenta, vigilante. Se quedó allí sentado bebiendo, sin decir gran cosa. Al final, sin embargo, había desaparecido, y uno por uno los demás, hasta que solo quedamos Jack y yo. Bebimos demasiado y como colofón acabamos besándonos

como adolescentes en el baile de fin de curso, contra la pared delantera de mi habitación del hotel.

—¿Me vas a invitar a pasar?

—Decididamente, no. —Respiré, mientras él me besaba el cuello.

Ya había conocido demasiados hombres como Jack. Los encuentras por todo el mundo cuando haces este tipo de trabajo. Para una noche, o incluso un fin de semana, muy bien, pero luego se van al siguiente encargo, y a la siguiente persona que conozcan allí.

Pasé los dedos por su pelo color arena, lo besé larga, profundamente, y luego me aparté de sus brazos, me metí en la habitación del hotel y cerré la puerta.

—¿De verdad? —me decía él desde fuera—. Me vas a matar.

—Lo dudo. —Tenía cosquillas por todo el cuerpo.

—Poppy Jackson —dijo—. Te veré en Nueva York.

—Sí, claro —contesté yo, ante la puerta. Me costó un acto de control sobrehumano no dejarlo entrar.

—Tengo tu tarjeta aquí —dijo él—. Te llamaré en cuanto llegue a la ciudad.

Yo sonreí, imaginando que no volvería a verlo nunca. A este tipo de hombres no los vuelves a ver nunca.

—Vale —asentí—. Estaré esperando al lado del teléfono.

No esperé al lado del teléfono... Ya nadie espera al lado del teléfono. Ahora, simplemente, nos llevamos el teléfono a todas partes con nosotros. Y no volví a saber de él, al menos de momento. Pensé en él un par de veces, pero solo para recordar su calor, su sonrisa, para alegrarme de no haberme acostado con él ni querer nada más de lo que me podía dar un hombre como ese.

Una semana más tarde estaba esperándome al salir yo de la galería SoHo, donde trabajaba entre encargos fotográficos. La dirección estaba en mi tarjeta. Me traía un ramo de amapolas.

—¿Sabías que la amapola simboliza el sueño y la muerte? —me dijo.

—Sí, claro que lo sabía —respondí, comiéndomelo con los ojos. Se había lavado un poco, pero con sus pantalones caqui y una camisa blanca, el pelo revuelto, todavía parecía que acababa de llegar de la selva: despeinado, eficiente, como si hubiera visto un montón de cosas interesantes—. Pero es que a mi madre realmente le gusta mucho el color rojo. Por eso, eligió este nombre.¹

—En la mitología clásica —continuó él—, representa la resurrección.

—Veo que has hecho los deberes.

—Y también significa el recuerdo. —Se acercó más a mí y me entregó las flores, con sus pétalos rojos y caídos, fragantes y vivaces—. ¿Te acuerdas de mí?

—Vagamente —respondí con una sonrisa, mirando el ramo. No es fácil conseguir amapolas recién cogidas; en algunos sitios incluso es ilegal, o bien deben encargarse especialmente en una floristería.

Entonces me besó, allí en la calle, con la gente pasando a nuestro alrededor, una tarde húmeda, oscura. El mundo desapareció y solo quedamos los dos, a partir de ese día.

Tumbada en la habitación de invitados de Layla, me pregunto ahora: ¿estaba destinada la nota en la orquídea a evocar ese momento con Jack?

No, decido. Es una pregunta inocua, que nos hacemos frecuentemente en la vida. Se podría hacer en un momento de esperanza o de pasión, de una manera casual: ¿te acuerdas de mí? ¿Ha habido alguna conexión? ¿Has pensado en mí?

Te recuerdo. ¿Me recuerdas tú a mí?

Si no era así, ¿qué significaba entonces? ¿Quién me recuerda que yo no puedo recordar?

Por fortuna, la oscuridad va retrocediendo y sale el sol, colándose con su luz blanquecina por entre las persianas. Izzy todavía duerme profundamente, mientras yo me visto, recojo mis cosas y le dejo una nota a Layla. Salgo por la puerta principal, bajo con el ascensor, paso junto al portero, con una fuerte sensación de *déjà vu*.

El taxi me lleva al centro y el sol matutino va subiendo en el cielo, coloreando las ventanas con su luz dorada. La ciudad está efervescente, aunque no son ni las seis de la mañana: los empleados modelo corren, se mueven con la determinación de un mecanismo automático por la acera, con los auriculares puestos, cafés o móviles agarrados en la mano.

Deseo desesperadamente ser uno de ellos hoy, con la mente vacía esta mañana de miércoles salvo quizás para ir al gimnasio a hacer ejercicio antes de mi reunión de primera hora. Estoy aturullada, inquieta, me siento igual que cuando murió Jack, después de mi crisis nerviosa: desconectada del mundo, desubicada, apartada. Cualquier objetivo para mis días o cualquier propósito de la semana se desmorona por completo como los cascotes después del estallido de una bomba.

De vuelta en mi apartamento, esta vez en la realidad, me planto de pie delante de las cajas que se alinean ante la pared de enfrente.

Si hay algo de Jack que yo no supiera, algún secreto suyo, quizás esté escondido aquí. Leo en uno de esos libros que te ayudan a ordenar que si tienes cajas cerradas, es que hay lugares dentro de ti mismo a los que tienes miedo de enfrentarte. Me siento una guerrera, empuño el cúter y me pongo a trabajar. Las abro una tras otra, buscando en su contenido, hurgando en los restos de la vida de Jack.

Finalmente, me siento en el suelo, con un nudo en la garganta debido a la frustración. Pilas de papeles, archivos, portafolios, ropa, forman un círculo caótico en torno a mí. No he encontrado la sudadera New School; no hay cajita de cerillas roja. Nada señala a un Jack distinto, uno que yo no conociese.

Cojo una caja negra pequeña. El anillo de boda de Jack reluce en el cojín de terciopelo. Lo saco y lo sujeto en mi palma. Cuando yo le puse el anillo en el dedo, en nuestra boda, casi no le entraba. Los dos nos reímos ante la fuerza que tuve que hacer.

Layla pensaba que yo debería llevarlo como colgante, sujeto a una cadena. Pero no. Odio eso. «Sigue adelante —me diría él, con toda seguridad, igual que el Jack de mis sueños—. Deja que me vaya».

Miro el desorden que he causado. Son solo cosas, vacías de su energía, despojadas de lo que hubieran podido significar una vez para él, para mí. Su madre lo sabía, y por eso se llevó tan pocos objetos. Únicamente un reloj, una foto oscura de Jack de pequeño con su padre, esbelto y guapo, pescando en un muelle. Ella había perdido a su marido, el padre de Jack, cuando eran todavía muy jóvenes, a los treinta y tantos, con un niño. Nunca volvió a casarse.

«No hubo nadie más, nadie después de él. Ninguno se le podía comparar».

Sabía a qué se refería. Yo nunca había sido una de esas chicas que suspiraban por los chicos, no como Layla. Yo nunca tuve esa ansiedad por casarme, nunca me vi a mí misma con el pelo

recogido, vestida de blanco. Layla ya estaba planeando su boda cuando estábamos en primaria. Robaba revistas de boda en el supermercado y las hojeaba en el suelo de la habitación. Pasaba las páginas despacio, mirando todas esas imágenes perfectas, retocadas con aerógrafo, de novias de ojos húmedos y novios viriles. Ella llevaría el pelo así, su vestido sería así, «Oh, Poppy, mira ese anillo».

—¿Cuál, Poppy? ¿Cuál te gusta más?

—No lo sé. —Me reía yo—. ¿Tengo que casarme?

Para mí, entonces, el matrimonio eran conversaciones agrias tras las puertas cerradas, miradas frías, comentarios afilados, largos silencios. Mis padres no eran felices, siempre moviéndose en órbitas amplias a mi alrededor, él fuera, en su cobertizo, ella en el dormitorio, con las persianas bajadas y viendo en el televisor alguna película antigua. Él trabajaba hasta tarde, ella estaba fuera jugando al bunco y volvía después de que yo estuviera dormida. «Al menos no gritan —decía Layla—. Al menos no viene la policía». Sí, vale. Eso era cierto. No había ojos morados, ni brazos en cabestrillo, como en casa de Layla.

—Por supuesto que tienes que casarte —me dijo Layla, con mucho énfasis.

Pero no había por ahí ningún novio imaginario para mí; el único con el que quise casarme fue Jack. El hijo que quería tener era un hijo suyo, cuando al final lo quise. Antes de él, nunca tuve los grandes planes de Layla para el matrimonio y los hijos. No ansiaba ese tipo de vida, esa que Layla quería con tanta intensidad, ese hogar feliz, esos hijos guapos, ese amor envidiable. Solo quería viajar, captar el mundo con mi cámara. Atrapar momentos, esos fragmentos abstractos de vida, de lugares y de personas, y conseguir que expresaran «algo». Quería hacer magia. Eso ha cambiado, por supuesto.

Las palabras de Mac todavía resuenan en mi mente. «Quizá solo conocíamos una parte de él».

Cuando yo fotografiaba a Jack, eran solo algunos aspectos de él, el perfil de su mandíbula con barba de varios días, sus manos callosas, su hombro suave y redondeado. Miro ahora esas fotos. Esos momentos, fragmentos, sombras cambiantes que pasan y no se pueden recuperar. Eso es lo real, ¿no?

Vuelvo a meter el anillo en la caja y cierro la tapa, y empiezo a apilar sus cosas donde estaban. Ya basta de esto. ¿Por qué no puedo mantenerme arraigada al presente?

Estoy a punto de cerrar la caja cuando veo algo plateado que reluce, en el fondo. Hurgo entre el desorden que yo misma he creado y encuentro unas llaves unidas a un llavero de cuero. Las llaves de su jeep, que está aparcado intacto en un garaje del norte de la ciudad desde que murió.

Se compró ese todoterreno por capricho, después de un trabajo importante, antes de conocernos.

—Oh —exclamé, al verlo—. Vaya.

—Este. —Movié sus manos ampliamente—. Este era el coche de mis sueños, de niño.

—¿Sí?

Apoyé las manos en el capó; mis dedos quedaron llenos de polvo.

—La libertad total —continuó él. Lo miró con cariño—. Es el sueño de cualquier conductor, un vehículo que puede llevarte al margen de las carreteras. A lugares donde no hay normas.

Llevábamos un mes o así de relación, enamoradísimos, confiándonos el uno al otro en momentos como aquel. Había una luz infantil en su cara, algo que nunca había visto aún. Encendió algo en mi interior, una emoción equivalente pensando que había un nuevo mundo por ahí fuera

que nos esperaba, que debía ser explorado por mi cámara.

El jeep era azul pálido, con unos neumáticos anchos y muy marcados, salpicados de polvo. En el interior, los asientos de cuero estaban desgastados y todos los indicadores eran analógicos, con el cristal empañado. Llevaba una sencilla radio AM/FM.

—¿Recuerdas cómo era ir en coche? No había teléfono ni ordenador con GPS, ni pantallas. Solo la radio, el sonido de los neumáticos en la carretera y el viento silbando.

—Ah. —Yo no compartía su nostalgia. Recordaba los viajes interminables con mis padres discutiendo sobre el lugar adonde íbamos y cuándo teníamos que llegar, un gran mapa desdoblado y doblado una y otra vez, vuelto del derecho y del revés por mi madre hasta que mi padre por fin paraba. Yo tenía mi walkman, lo único que me salvaba, un aparato enorme con una cinta de casete que había grabado yo misma. Dejaba que David Bowie, The Cure, The Smiths y Joy Division me enterrasen en sonido, viendo pasar el paisaje por la ventanilla, viendo el cielo, las nubes. Ese ligero mareo por ir en coche. Ese aburrimiento y esa pesadez sin final previsible. Tener ganas de orinar, no querer decirlo porque sabía que mi padre se enfadaría aún más, porque estaba obsesionado con «hacer un buen tiempo».

Más tarde, bajo la tutela histérica y aterrorizada de mi madre, me convertí en una conductora nerviosa. Prefería ir de pasajero en el cacharro de Layla que conducir el viejo y bien conservado Ford de mi padre.

—Me acuerdo.

—Es como una zona de seguridad —dijo—. Nadie puede tocarte. Quizá nadie supiera siquiera dónde estabas.

Me abrió la puerta y subí. Dentro había barras de sujeción, un techo de tela.

—¿Es seguro esto? —Noté un pequeño desgarrón donde la «ventana» se abrochaba con una cremallera.

Él subió de un salto al asiento del conductor, y todo el vehículo se balanceó. Lanzándome una mueca traviesa y tranquilizadora, consiguió que el motor se pusiera en marcha.

—Bueno —dijo él—. ¿Hay algo que sea seguro, en realidad?

—Ah. —Me puse el cinturón, que parecía un poco deshilachado, me cogí al apoyabrazos mientras salíamos a la calle.

—¿Dónde está tu sentido de la aventura?

Abandonamos a toda velocidad la ciudad. ¿Adónde íbamos aquel día? Era primavera, el aire era cálido. Nos dirigimos hacia el norte por el Henry Hudson y pasamos el día haciendo una excursión por las Catskills, comimos en Woodstock. Él tenía razón. Dejando los móviles atrás nos sentimos liberados.

El jeep... estaba en mi lista de cosas de las que tenía que ocuparme, debería venderlo. Pero es otro fragmento de él que no consigo dejar atrás. Me guardo las llaves en el bolso.

Después de volver a meter las cosas en las cajas, tomo el diario de sueños negro y escribo todo lo que puedo recordar. Incluso hago un intento por ubicar el número de teléfono de la cajita de cerillas que vi en mi sueño. Y el nombre, Elena. Cuando lo tengo todo en la página, unos garabatos negros sobre blanco, frenéticos, apenas legibles, hojeo las páginas anteriores del diario, esta vez buscando con el filtro de la pregunta de Mac. ¿Había algo de Jack que yo no supiera? ¿Se esconden secretos en mis sueños?

Me sorprende ver lo mucho que he escrito, casi todo el cuaderno lleno. Escrito en ese

momento entre el sueño y la vigilia, apenas recuerdo la mayoría de las cosas.

Hay dibujos también, versiones de Jack, un triste autorretrato en el que estoy desplomada, con unas ojeras oscuras, un laberinto, una habitación que no reconozco con una chimenea encendida, y la nieve cayendo fuera, por la ventana.

Antes de coger una cámara, me gustaba dibujar. Las líneas son oscuras, muy pesadas, con un talento regular, en el mejor de los casos. Repasando las páginas hacia delante y hacia atrás, siento una extraña emoción de *voyeur*, como si estuviera leyendo el diario de una desconocida. La mayor parte de lo escrito son cosas sin sentido. Vuelvo a entradas más recientes, estoy a punto de cerrarlo del todo. Pero entonces lo veo, una sola palabra incrustada en una cuadrícula blanca y negra: *Morpheus*.

El nombre del club nocturno en relieve en un cristal, en mi sueño de anteanoche. El mismo nombre que vi en la cajita de cerillas: *Morpheus*. ¿Qué significan esos hilos de telaraña entre dos sueños? ¿Me está jugando malas pasadas mi subconsciente... o me está diciendo algo? Con el móvil busco la palabra.

Morfeo (*Morpheus*) es el dios griego de los sueños, el rey de la noche. Puede adoptar cualquier forma, traer mensajes a los mortales de los dioses. Nacido de Nix, la personificación de la noche, envía sueños a los durmientes a través de dos puertas, una hecha de marfil, la otra de cuerno.

Clico en una imagen donde se lo representa como un ángel alado, inclinándose sobre la forma de una mujer dormida con un vestido rojo. Él la sujeta entre sus brazos y le susurra al oído. Me pierdo en esa imagen, con sus vivos colores y sus líneas delicadas. El sueño pacífico en el rostro de ella, la ternura del contacto de él. *En los brazos de Morfeo*, de sir William Ernest Reynolds-Stephens, pintado en 1894.

Morfeo es también un personaje de *Matrix*, o el origen del nombre del opiáceo morfina. Un poco más adelante encuentro una web de un club nocturno en el Lower East Side, clico. Paso las imágenes que aparecen allí, sobre todo gente borracha haciéndose selfies en grupos bulliciosos, imágenes no muy claras de la pista de baile. La página es roja, con el nombre en una letra muy rebuscada, una dirección en Ludlow Street, y las horas de apertura. No abre hasta las diez de la noche. ¿He estado allí alguna vez? ¿Es ese el lugar de mis sueños? No estoy segura.

Lo escribo todo, noto una gran fatiga, un zumbido de ansiedad persistente en la cabeza.

¿Ha estado Morfeo susurrándome al oído? ¿Qué está intentando decirme?

La cama me llama. Puedo tumbarme en ella, en su blanda blancura, y desaparecer. Pero no. Ya he dormido suficiente, ya está bien del laberinto de mis sueños. Es hora de unirme a los vivos.

Dejo la libreta de nuevo en la cama y me voy a la ducha. El agua está caliente, todo lo caliente que puedo resistir, casi me quema. Me lo quito todo, intento aclarar las telarañas de mi mente confusa. Tengo que volver a ser yo misma, al mundo de la vigilia, y averiguar qué está pasando.

Mientras me seco el pelo, perdida en mis pensamientos, suena el timbre.

—El detective Grayson está aquí y quiere verla —me informa el portero, a través del intercomunicador.

Son las siete de la mañana. Grayson hacía esas cosas al principio, me llamaba y aparecía a las horas más intempestivas, como si el tiempo en realidad no significara nada para él. No me lo imagino durmiendo, cogiendo un día libre, viviendo su vida, aunque seguro que hace esas cosas.

—Que suba.

Recuerdo a Grayson en mi sueño, con la cara desfigurada por la ira y el desagrado. No estoy segura de cuántas pastillas me tomé anoche, de cuánto bebí. Ahora mismo, aunque estoy cansada, me siento extrañamente más alerta de lo que recuerdo haber estado hace tiempo. Quizá la doctora Nash tenga razón. Quizás esté más fuerte ahora. Quizá mi cerebro se esté reorganizando, superando el miedo, la ansiedad y el dolor.

Hubo un tiempo en que Grayson y yo no éramos amigos, en que yo era su principal sospechosa, como deben ser todos los cónyuges de las personas asesinadas. Me avasalló a preguntas durante horas, en el momento más negro de mi vida, hasta que llegó el abogado de mi madre y lo obligó a dejarme en paz. Aquel día lo odié y lo temí. Recuerdo las palabras de Layla: «Quizá no fuera un sueño. Quizá fuera un recuerdo». O algún facsímil de recuerdo, un retrato contrahecho de cómo le vi una vez.

Doctora Nash: «Realmente quiero que pensemos en esto como una buena noticia». Dudo de que lo hubiera dicho si hubiera sabido que yo mezclaba pastillas y que, además, las tomaba con alcohol.

Cuando abro la puerta al detective, es el hombre que conozco: con los ojos de acero, intenso, pero arrugado, con oscuros valles de fatiga bajo los ojos. Tiene el mismo aspecto que tenía al principio, como si no hubiera dormido en toda la noche, o hubiera dormido con la ropa puesta. Al principio venía con un compañero, un hombre mayor que olía a hamburguesas y a cigarrillos, y que ya se ha jubilado. A Grayson no le han asignado un nuevo compañero, que yo sepa. No le he preguntado por qué.

—Pensaba que se alojaba en casa de los Van Santen —me comenta.

Mira a su alrededor, como hace siempre, observándolo todo. Debe de ser algo típico de los policías, siempre mirando y examinando. Es bastante similar a los fotógrafos, que siempre esperan ese momento, la mezcla perfecta de luz y sombra, el detalle que cuente una historia.

—La he llamado allí. Me ha dicho que se había ido.

Ahí está, esa queja a la defensiva, como si tuviera que explicarme.

—He venido aquí a buscar unas cosas, antes de ir a trabajar.

Va andando por la habitación, pisando el suelo con sus botas negras y pesadas, y lanza una mirada a las cajas, ahora abiertas.

—¿Deshaciendo las cajas por fin?

—Algo así.

Preparo un poco de café para los dos, viene a sentarse en la isla que separa la cocina del salón y deja su móvil con un golpecito significativo en la encimera de cuarzo. A veces creo que está esperando a que yo hable primero, como una técnica que usa para que la gente llene el silencio.

—¿Ha hablado con el personal del edificio? —le pregunto, rindiéndome al final.

—Pues sí. —Toca su teléfono y la pantalla cobra vida—. ¿Sabía que hay cámaras de seguridad en el vestíbulo?

Supongo que sí, que lo sabía. Debía de estar en la web, o en los folletos de la inmobiliaria, de cartulina brillante, que nos dio la vendedora cuando estaba intentando convencer a Jack (yo ya estaba convencida) de que valía la pena el alquiler exorbitante.

El aroma del tueste favorito de Jack llena la habitación, un café intenso y delicioso, con un toque de limón, una nota de algo verde, terrenal. Él podía llevar los mismos vaqueros durante una

década, pero se gastaba casi veinte dólares en doscientos gramos de la variedad Yirgacheffe de Etiopía.

—¿Quiere ver lo que captaron?

Noto un desagradable retortijón en el estómago. ¿Quiero? Mi mundo está tan torcido ahora que no estoy segura de querer ver lo que ha captado la cámara en mi vestíbulo. Me imagino aquella imagen de Morfeo, con la mujer tendida entre sus brazos. ¿Qué le susurrará mientras ella duerme?

Me quedo de pie junto a Grayson, y él abre un correo con una película adjunta como archivo y aprieta el botón. Lo hace lentamente, pensando, su móvil es bastante lento. Sus dedos son gruesos y callosos, con las cutículas rotas.

Contemplamos la diminuta pantalla y vemos a la gente pasar por el vestíbulo: un mensajero con una bicicleta y con una bolsa enorme atada en torno a su cuerpo alto y espigado; dos mujeres menudas con coleta y bolsas de yoga que caminan lentamente, riendo y agitando las manos con despreocupación para saludar al portero; una mujer con un pastor alemán negro, que mantiene sujeto bien tenso con una correa, de la que tira el perro.

—Debería tener perro —dice Grayson distraídamente, a propósito de nada.

—Justo lo que necesito. —Sí, claro, no tengo que recordarle que apenas puedo cuidar de mí misma.

Durante unos momentos el vestíbulo queda vacío.

—Espere ahora —afirma.

Un chico esbelto, con vaqueros y un jersey de los Yankees, entra por la puerta con una orquídea. La lleva al mostrador principal y le dice algo al portero, y se va en seguida. Le veo la cara: piel oscura, rasgos finos, ojos grandes, boca grande. Lleva el pelo muy corto, y su cara es inocente y despreocupada como si su trabajo fuera entregar la flor y nada más. No hay nada furtivo en él, nada nervioso, ni punzante. Es solo un chico de ciudad.

—La dejó, dijo que era para Poppy Lang y no mencionó, según el portero, el número del apartamento —explica Grayson—. Cuando hicieron la entrega de paquetes de la tarde, de lavandería, tintorería y demás, que no puedo creer que usted les diera permiso para todo eso...

Hace una pausa para expresar adecuadamente su desaprobación de esa situación, que nunca me pareció otra cosa que conveniente. O quizás es que no me importa gran cosa nada de lo que rodea a este apartamento. Que supongo que es algo muy distinto.

—Dicen que la subieron a su apartamento. Bruno, el hombre que la trajo, comenta que si tiró la foto de la pared, lo lamenta mucho. Llevaba puestos los auriculares y quizá no se dio cuenta.

Grayson se encoge de hombros mientras yo asimilo la información.

—No sé —dice—. A mí me da la sensación de que se habría dado cuenta...

Quiero que sea verdad, que solo fuera Bruno, el tipo que hizo la entrega en mi apartamento, y que la orquídea y la tarjeta la dejaran en el vestíbulo. Lo he visto por los pasillos con su carrito, con los auriculares puestos, tarareando o cantando. Es un tío alto, lento, no muy cuidadoso. Puedo imaginarlo como un elefante en una cacharrería, tirando al suelo la foto con el hombro. Puede que no se diera ni cuenta. O bien...

—Quizá no quiera meterse en problemas —respondo.

Pienso que la foto estaba lejos de la pared. La habían tirado allí, no se había caído accidentalmente. El cristal estaba astillado, como si lo hubiesen arrojado con fuerza. Pero en realidad ¿cómo se puede saber tal cosa? La teoría del caos, todo eso. Sistemas complejos,

altamente sensibles a los cambios en las condiciones iniciales. ¿Quién podría decir cómo se tiró esa foto, cómo se cayó, dónde aterrizó?

Grayson vuelve a pasar el vídeo y lo volvemos a ver.

—¿Reconoce a ese chico?

Yo niego con la cabeza.

—No lo he visto nunca.

—Sacamos algunas grabaciones de seguridad de otros edificios —dice. Vemos al esbelto muchacho, de unos quince o dieciséis años, ir subiendo por la avenida tranquilamente, el ángulo de la cámara cambia, y luego se vuelve y desaparece en la estación de metro de la calle Veintitrés. Todo en él indica que es un chico normal, atento, pero que se mueve con seguridad por las calles, que sabe cómo funcionan las cosas, cuándo se puede cruzar la calzada por en medio, cuándo esperar, deslizándose rápidamente entre la multitud que avanza despacio.

—Después de eso, lo perdemos —dice Grayson—. Las flores no venían de ninguna floristería localizable, no había etiqueta en la maceta, nada en la tarjeta... De modo que no hay pistas ahí. Como ha dicho, es una flor común, que se puede comprar en cualquier tienda de la esquina. El portero no había visto nunca a ese repartidor.

—¿No hay cámaras en el metro?

—Sí, claro —afirma él, frotándose las sienes—. Hay más de cuatro mil cámaras en el metro. Pero la mitad no funciona por problemas eléctricos, el calor, daños por el agua... De modo que lo perdimos.

Desde el 11 de septiembre, supuestamente hay ojos que vigilan por toda la ciudad, pero es la segunda vez que esas cámaras nos han fallado. El asesinato de Jack no fue grabado por ninguna cámara tampoco, y su asesino no quedó grabado en la película de una de las muchas cámaras de seguridad que pertenecen a negocios privados o a la policía de Nueva York, cuando huía del escenario. Ojos por todas partes menos cuando tú quieres que estén, menos cuando los necesitas, parece ser.

—Bueno. ¿Eso es todo? —digo yo. La ira y la frustración llenan mi voz—. Otro callejón sin salida.

Él mira hacia otro lado, luego vuelve la vista hacia mí. En su rostro veo una expresión rara.

—¿Qué sucede? —pregunto, sin pensarlo.

—Déjeme que le pregunte algo —dice. Da golpecitos con un dedo en el mostrador.

—Vale.

—¿Ha estado saliendo con alguien?

Se me calientan las mejillas al oír esa pregunta. ¿Tengo que responderla? Uso la excusa de servir el café para apartarme de él.

—¿Bien?

—Sí, he tenido un par de citas —respondo, sin molestarme en ocultar mi incomodidad—. No salgo con nadie en serio, si es eso lo que me pregunta.

—¿Una web de contactos?

Asiento rápidamente. No le digo que fue idea de Layla, no mía. Y que en realidad ahora mismo solo me interesa una cosa.

—La vi —dice. Parece un poco violento—. Online.

¿Qué es lo que estoy oyendo... crítica, desaprobación? Sea lo que sea, no me gusta. ¿No es

verdad que a menudo nuestras conversaciones acaban así, sintiéndome de repente a la defensiva? Parece que cuando una pista se agota, él regresa a la esposa. Me recuerda que aunque nuestra relación a veces parezca de amistad, no es así. Nunca lo ha sido y nunca lo será.

Se frota de nuevo las sienes, fatigado, supongo... del trabajo, de la vida, de mí.

—¿Y por qué miraba ahí? —ataco yo.

—Por lo mismo que todo el mundo, supongo. —Levanta las cejas—. Buscaba algo, esperaba algo.

Lo vuelvo a evaluar con esta nueva información. Sus ojos al mirar a Layla ayer, ahora la noticia de que estaba visitando una web de contactos, de que buscaba amor. ¿Y qué pensaba yo? ¿Que desaparecía y se fundía en la nada cuando no estaba en mi mundo? ¿Que no tenía una vida propia, necesidades, dolores, pérdidas?

—¿Y qué quiere decir con esto?

—Quizás uno de los hombres a los que conoció allí —responde—. A lo mejor alguien intentaba quedar bien. Hacer algo romántico.

Sé que le gusta el café solo, así que le ofrezco otra taza.

—Me parece poco probable —contesto.

He tenido tres citas. Oliver, el actuario, alto, mono, a su manera un poco friki, con gafas y chaleco de punto, pero con los ojos oscuros y brillantes y absolutamente musculoso por las tandas de ejercicios intensos que hacía diariamente antes de ir a la oficina. Hablaba muy bien y todavía estaba recuperándose de un divorcio feo y luchando para poder pasar más tiempo con sus hijos. Cenamos estupendamente en Gotham, luego fuimos a su casa. Me marché antes de que amaneciera. «¿Puedo llamarte?», me preguntó, mientras me acompañaba a la puerta. «Claro», le contesté yo. Luego, durante el día, me mandó un mensaje de texto. «He pasado una noche fantástica. Gracias». Al día siguiente me llamó, pero yo no cogí el teléfono ni respondí a sus mensajes. Al final dejó de intentarlo. Muy frío, sí, ya lo sé.

Luego, estaba Martin, que trabajaba en informática: metrosexual, le gustaba el vino, los viajes, la ropa, nunca se había casado, rayando los cincuenta. En su mirada había un brillo de buen humor, y tenía una forma curiosa de juntar las manos cuando escuchaba. Había algo casi sacerdotal en él. Ni siquiera nos molestamos en comer. Fuimos a su casa, un apartamento en un edificio sin ascensor en el SoHo. Tenía un ejemplar de *La magia del orden* en el estante y poco más: todo vacío, blanco. Era encantador en la cama, amable, considerado. No se despertó cuando yo me escabullí, no me volvió a llamar.

Y luego estaba Noah. Noah era alto, de hombros anchos, los ojos color avellana con pestañas espesas, y era escultor. Había en él algo muy tranquilo, era un buen oyente. Tenía la risa fácil, hablaba de sus padres, que vivieron toda su vida en Long Island y murieron demasiado jóvenes. Su pelo era un amasijo de rizados dorados, más oscuros que los de Jack, pero algo parecidos. Y no transcurrió mucho tiempo antes de que yo volviera a su loft de Tribeca y le pasara los dedos por el pelo. El espacio lo dominaban sus esculturas, monstruos enormes y abstractos de metal, un dragón, un demonio, una araña, que arrojaban extrañas sombras sobre las paredes.

Y de nuevo intenté desaparecer.

—No has estado aquí en realidad —dijo, con facilidad, mientras yo me vestía—. ¿Dónde estabas?

Se tumbó en la cama, con los brazos cruzados por detrás de la cabeza. Me contempló con una

sonrisa mientras yo me ponía la falda.

—Vuelve a la cama un rato —me dijo, incorporándose y tendiéndome una mano—. No tienes que quedarte, pero tampoco tienes por qué salir corriendo.

No sé por qué, pero me senté en el borde de su cama y le hablé de Jack.

—Lo siento mucho —me dijo, cuando terminé—. Mucho.

Me explicó que su novia murió cuando estaban en la universidad. La mató un conductor borracho cuando fue a casa a visitar a sus padres.

—A lo mejor nunca consigo superarlo —dijo—. A lo mejor ella era la única, y no habrá más. Por eso, no puedo conseguir que ninguna otra relación me funcione.

Me quedé tumbada a su lado un rato, entrelazando mis dedos con los de él, contemplando las sombras de sus esculturas moverse por la pared con los faros de cada coche que pasaba. Al final, le dije que tenía que irme, y él no me detuvo. Solo se puso los vaqueros y me acompañó hasta la puerta, me besó con suavidad en los labios y no pronunció ninguna palabra más.

Me llamó un par de veces, me dejó un mensaje:

—No quiero que suene raro, pero... noto una conexión. ¿No te lo parece?

Yo estuve pensando en devolverle la llamada. Casi lo hice. Al final, cogí el camino de los cobardes y le escribí: «No estoy preparada aún para algo más que lo que ya compartimos».

«Lo entiendo —me respondió él—. Ya sabes dónde encontrarme».

—¿Nadie agresivo que la llamara e insistiera? ¿Que apareciera en sitios donde no debía estar?

Pienso en hablarle del texto que me envió Noah ayer, pero no lo hago.

—No, nada de eso —digo—. Solo gente profesional, como yo... como usted... que buscaban a alguien.

—¿Y usted? —pregunta—. ¿Qué era lo que buscaba?

Me encojo de hombros, no respondo.

—No es seguro, ¿sabe? Reunirse con hombres desconocidos, ir a sus pisos...

—No hay nada seguro —contesto—. En realidad, no.

Asiente bajando la barbilla.

—Pero en mi trabajo hay personas que viven con alto riesgo y otros que viven con bajo riesgo. La gente de alto riesgo bebe demasiado quizá, se mete en un coche y conduce, o bien se ponen muy agresivos y se enzarzan en peleas en los bares. La gente de bajo riesgo, si bebe demasiado, llama a un taxi. Se abrochan el cinturón de seguridad, se apartan de las vías, esperan a que el semáforo se ponga verde para cruzar, entran en casa cuando llueve.

—¿Y esa gente está segura? —pregunto yo. Hay una ironía en mi tono que no me proponía usar—. ¿No les pasa nunca nada malo?

—Están «más seguros». Pero a todo el mundo le pueden ocurrir cosas malas.

—¿Y Jack? ¿Era una persona de alto riesgo o de bajo riesgo?

—Usted me lo podría decir.

Supongo que ambos conocemos la respuesta: era un viajero y aventurero, alguien que corría en solitario a las cinco de la mañana.

—Parece que me está culpabilizando —replico, esta vez con menos intensidad de lo que me proponía.

Él me echa una mirada típica de las suyas, un guiño pensativo, como asintiendo.

—¿No somos al menos parcialmente responsables de mantenernos a salvo, de bajar los posibles riesgos de nuestra vida? Nadie tiene derecho a hacernos daño, aunque sea en un momento de descuido. Pero debemos tener un poco de control, un poco al menos, sobre nuestro nivel de riesgo.

—¿De qué estamos hablando en realidad?

—Nos conocemos desde hace un tiempo. Quizá me esté pasando de la raya ahora mismo. Pero, por favor, sígame la corriente —dice.

Espero.

—A veces, cuando nos invade la pena o estamos deprimidos, no nos cuidamos lo suficiente —continúa—. De hecho, a veces incluso «invitamos» a la oscuridad.

¿Invitar a la oscuridad? Casi sería poético, si no sonara tan insultante. Pienso en las citas, las pastillas, el alcohol, lo que bebí anoche, que me tomé tres pastillas para dormir y me quedé dormida... o bueno, en realidad me desmayé, en la bañera. Insultante y quizá un poco demasiado cerca de la diana.

Grayson se rasca la cabeza y luego da un sorbo al café. No me mira, aunque yo sí que lo estoy mirando.

—¿Es eso lo que cree que estoy haciendo? —pregunto—. Al volver a salir con hombres otra vez. Al intentar seguir adelante. Estoy invitando a la oscuridad.

Me pregunto si tendríamos esta conversación si yo fuera un hombre.

—Ayer me dijo que alguien la estaba siguiendo. —Se acaba la taza—. La encontré dando golpes en una puerta y chillando como una loca, en la Quinta. Pensaba que alguien había entrado en su casa. Ahora pensamos que quizá no haya sido así. Un chico entregó una flor de un remitente desconocido y el repartidor del edificio la puso aquí.

Tal y como lo dice, hace que el calor vuelva de nuevo a mis mejillas. «Chillando como una loca. Pensaba que alguien había entrado en su casa». Me recuerda la forma que tenía de mirarme todo el mundo después de mi crisis nerviosa, como si fuera una taza de porcelana a punto de caerse, eternamente suspendida en el aire, entre la mano y el suelo. Algo a punto de hacerse añicos.

Mi madre me acompañó a casa desde el hospital, después de aquellos días extraños. Yo no quería que ella estuviese allí, no era la persona a la que habría llamado en una crisis. Estaba nevando, una nevada ligera, la primera del año. El cielo tenía un color gris ceniciento, y el aire me mordió las mejillas al sentarme en una silla de ruedas con la enfermera detrás de mí. Mi madre, esbelta y siempre elegante con un abrigo largo de lana negra, paró un taxi.

—Vamos a superar todo esto —dijo, dándose la vuelta y ofreciéndome su mano—. Esto también pasará.

«Esto también pasará». Era lo que decía siempre. Sí, esto también pasará. Todo. Todas y cada una de las puñeteras cosas.

Yo cogí la mano que me ofrecía y dejé que me incorporase, que me envolviera con su brazo, que me condujera al taxi. Yo llevaba unos pantalones de chándal grises y finos y unas botas UGG, una parka gruesa negra y un gorro rojo. Una paciente, incapaz incluso de irme sola a casa. El reflejo que me devolvía la ventanilla del taxi no era reconocible, era el de una persona deshecha, atormentada. Todavía luchaba por recuperar aquellos días perdidos, presionando mucho el espacio oscuro de mis recuerdos, hasta que me dolía la cabeza. ¿Cómo era posible que no hubiera

nada allí? Mientras tanto me dolía el cuerpo de pena, todos los músculos tensos y doloridos.

—Estaba en un sitio... —le dije a mi madre en el taxi—. Se oía música.

—Muy bien —me respondió mi madre—. No pienses en eso, Poppy, en nada. Simplemente, olvídale. Eso fue lo que hice yo cuando murió tu padre. Ya verás. Te cuidaremos mucho. Volverás al trabajo, todo irá paso a paso y un día, pronto, estarás bien. Encontrarás a otra persona. Todavía eres joven y atractiva.

«Ay, mamá, ¿de verdad...?».

De vuelta en mi apartamento, todo estaba limpio. El desorden de la reunión del funeral había desaparecido. No tenía que preocuparme por nada. Por el olor a limón supe que Layla había enviado a su servicio. Había flores frescas, lirios en la mesa de la cocina, amapolas junto a la cama. Al lado de la almohada, muy conmovedor, se encontraba Beans, el tigre de peluche de Layla, todo harapiento y flácido, con la boca cosida formando una sonrisa. Una nota: «Beans te va a cuidar. Agárrate a él todo lo fuerte que necesites... y también a mí. Te quiero».

Mi madre me arropó cuando me metí en la cama, bajó la luz.

—Voy a preparar un poco de sopa. —Me puso una mano en la frente, una mano helada, examinó mi cara con sus ojos azules. Luego, se fue, sin hacer ruido.

Me quedé acostada con aquella luz ambarina y baja, demasiado destrozada incluso para las lágrimas, escuchando a mi madre trastear en la cocina. Finalmente, me dormí.

Más tarde la oí hablar:

—Nunca fue demasiado fuerte. Una chica muy frágil. Cuando su padre murió, pensé que no se recuperaría nunca.

La voz de Layla llegaba claramente por el auricular:

—Es más fuerte de lo que tú crees, Sybil.

—Poppy... —El detective Grayson tenía sus ojos clavados en mí, de nuevo con aquella curiosa mirada—. ¿Adónde se ha ido?

Esto ocurre muy a menudo, eso de que me sumerja en mis pensamientos, en mis recuerdos, que abandone el presente.

—He estado pensando mucho en aquellos días perdidos. Mi crisis nerviosa.

—¿Qué ocurre?

Me aventuro con el detective y le cuento mis sueños, sobre el nombre, el número de teléfono, el club. Mientras voy hablando, su frente refleja cada vez más una mayor preocupación.

—No lo entiendo... —dice al cabo de un momento—. ¿Es algo que ha soñado o algo que «recuerda»?

Me duele la cabeza, y ahora soy yo la que me froto las sienes, dolorida.

—Supongo que no sé cuál es la respuesta, ahora mismo.

—Deletrémelo.

Lo hago, y él lo escribe en su móvil y me mira. Probablemente está examinando la misma lista que yo examiné antes.

—Es un lugar real. Un club nocturno en el Lower East Side. Un sitio muy popular, en la lista de los mejores clubes de la revista *New York*.

Solo con pensar en la música insistente, en las luces que relampaguean, en las baldosas frías y

sucias de aquel suelo, mi dolor de cabeza aumenta. ¿Estuve realmente allí? ¿Por qué fui? ¿Y cuándo?

—¿Le he hablado...? —empiezo, y me paro.

—¿El qué?

—¿Le he hablado antes de esto? ¿Ha venido usted aquí o a mi otra casa? ¿Le he hablado de las cerillas con el nombre y el número escrito?

No le digo: «¿Me ha llamado alguna vez puta mentirosa, me ha cogido del brazo y me ha arrastrado por el pasillo?».

Él niega con la cabeza, despacio.

—No —dice—. Es la primera vez que oigo todo esto.

Pero ¿no hay algo raro en la forma que tiene de decirlo? Hay una tensión similar a la de todo el mundo, Layla, mi madre, cuando les pregunto por ese tiempo. Ahora también lo percibo en el detective. Es como si contuvieran el aliento, como si tensaran ligeramente los hombros, como si evitaran mirarme a los ojos. ¿Tan malo fue? Me lo pregunto. Una oleada de vergüenza me invade, por presionarlo más.

Otra idea aparece en mi cabeza, pero la descarto porque creo que es paranoia.

«¿Me están ocultando algo ellos... Todos?».

—¿Y ese nombre, Elena? —insisto—. ¿No podría querer decir algo?

—¿Y el apellido?

Niego con la cabeza.

—No recuerdo a nadie con ese nombre en sus llamadas telefónicas o en sus mensajes de correo electrónico. Echaré otro vistazo, pero... —Hace una pausa durante un segundo y me mira muy serio—. Estamos hablando de «sueños», ¿verdad? No es una persona real, alguien a quien recuerde.

El calor me sube de nuevo a las mejillas. Sí, estamos hablando de los sueños de una mujer dispersa por el dolor y las pastillas. Pienso en mi diario, lleno de garabatos y dibujos de una persona ida, los añicos de mi psique con una escritura negra y frenética. Dormir y estar despierta, sueño y recuerdo, ¿cuál es la diferencia? Antes sabía la respuesta. Ahora no estoy tan segura.

—Son sueños —digo—. Pero... ¿y si no lo fueran? Algunos parecían muy reales.

—Yo no sueño.

—Todo el mundo sueña.

—Sí, eso es lo que dicen, pero yo no. Bueno, el caso es que no puedo trabajar solo con esto, Poppy, ya lo sabe. Para hacer justicia con Jack, necesito cosas reales, concretas.

Un pragmático, como Jack. Sólido, confiando solo en el ahora. Ya lo entiendo. Él se levanta, aclara su taza en el fregadero, la seca con un paño y la deja.

—¿Puede darme los nombres? —me pregunta él—. De los hombres con los que ha salido.

Dudo, y luego se los doy al detective. Miro mis contactos y le proporciono la información que tengo de cada uno de ellos. ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Comprobaré todo esto, ¿vale? —dice, levantando la vista de su libreta, donde ha apuntado la información—. Y seguiré buscando filmaciones de ese chico. Si lo encontramos, quizá nos pueda decir algo. Buscaré en los registros del móvil y en el correo electrónico de Jack a alguien que se llame Elena de nombre.

Yo lo miraré también. Seguiré esa pista. Intentaré encontrar a esa persona que quizá sepa algo.

Todas esas carreteras tortuosas que van a ninguna parte, a la nada. La víctima espera, y espera, y espera algo más que respuestas que nunca parecen llegar. Me duelen las manos y me doy cuenta de que las estoy apretando en forma de puños, muy fuerte. ¿Qué haría Jack? ¿Esperaría sin más a ver si alguien averiguaba lo que me había pasado? Creo que no.

—¿Puedo ir con usted? —pregunto—. ¿Cuando vaya a Morpheus?

—Pues... —duda Grayson, dirigiéndose a la puerta—. No es buena idea. Deje que me concentre yo en esto. Usted, simplemente, quédese a salvo. Vaya a trabajar. Vuelva a casa de los Van Santen. Sea de bajo riesgo por un par de días, ¿vale? No salga con nadie. Ahora mismo, no.

No me preocupo por fingir que no pongo los ojos en blanco.

—Venga... Lo único que falta es que me dé unas palmaditas y me diga que no agobie mi linda cabecita con esas cosas peligrosas.

Las comisuras de sus labios se elevan en una sonrisilla paciente.

—Poppy... —Deja escapar un suspiro largo, lento, mira su móvil—. Por favor, permítame hacer mi trabajo, ¿de acuerdo?

Cuando se va, me quedo sola con las cajas de la vida de Jack, las imágenes vagas e inconexas de mis sueños y nada más que preguntas.

1. En inglés *poppy* significa «amapola». (*N. de la t.*)

En el despacho, una avalancha de llamadas telefónicas y correos me sacan del caos de mis sueños, mi vida, el embrollo imposible en que me he convertido. Incluso el temor de lo que podría estar ocurriendo en mi mundo normal se amortigua. Me sumerjo en lo deliciosamente prosaico, tan infravalorado. El esfuerzo del día a día puede enterrarte... hasta que ocurre lo peor. Entonces tienes que caer de rodillas y rezar, si crees que eso puede servirte de algo. La pastilla que me tomé también me ayuda bastante. Esa sensación de temor que tenía desde que hablé con Grayson ha quedado casi completamente eliminada.

Mi madre me llama un par de veces, sin duda alertada de mis recientes problemas por Layla. Ben sabe tratar con ella mejor que yo.

«Señora Jackson, lo siento muchísimo, está en una reunión. Sí... todavía».

Pero entonces ella empieza a mandarme textos. «Poppy, soy tu madre. No puedes evitarme siempre...». Entonces no me queda más remedio que llamarla.

—Todo va bien, mamá —digo, como saludo. Mientras me levanto y cierro la puerta, Ben me lanza una mirada significativa.

—Es lo que me dices siempre —responde ella—. Igual que hacía tu padre. Todo iba bien.

Su viejo gato maúlla al fondo, sin duda formando ochos peludos en torno a sus piernas. Puedo ver la cocina, la luz del sol que entra por la ventana de atrás, los altos robles que dominan el jardín. La casa donde me crié, y donde ella sigue viviendo aún, es su proyecto artístico personal, siempre hay algo que se está construyendo, pintando, empapelando o renovando. Es un síntoma de su insatisfacción crónica; nunca puede dejar que las cosas simplemente sigan su curso.

—Dime.

Le cuento una versión resumida, ya que no tengo más remedio.

—El caso es que todo va bien —concluyo—. No había entrado nadie en el apartamento, después de todo. Y yo llevo un tiempo sin dormir muy bien, así que...

—Así que...

—Eso. Probablemente sea eso. Privación de sueño.

Parece una mentira, que es lo que es. Ella emite un ruido, una especie de gruñido de incredulidad, seguido por un silencio espeso. He aprendido a no precipitarme a llenar ese vacío, a no irrumpir con más palabras de explicación. Espero. Y luego:

—¿Quieres que vaya yo...?

—No —la interrumpo demasiado rápido, demasiado categóricamente.

—Vale, vale... —dice, como si estuviera herida.

Me ablando un poco.

—Mamá, estoy bien. Si te necesito, te lo diré. Te lo prometo.

Sopla un poco. Luego:

—Supongo que si Layla ha contratado a alguien, de todos modos no importa.

Layla y mi madre tienen una relación curiosa, forjada durante nuestra niñez, cuando la madre

de mi amiga estaba ausente de muchas maneras: una mujer rota, maltratada, que nunca pudo recuperarse, ni siquiera para sus hijos. Layla pasaba muchísimo tiempo con nosotros. «Ella estaba ahí, ya sabes. Sybil es tremenda, sí, pero siempre estuvo ahí, para mí también». Eso es cierto: viajes al centro comercial, acompañante en los conciertos, entre el público en todos los acontecimientos deportivos, obras y espectáculos de danza. Mi madre, vana, pasiva-agresiva, casi maquiavélica en sus manipulaciones, siempre estuvo ahí.

—Layla no va a contratar a nadie —digo yo.

—Vale, bien. —Sabiendo que ha dado en el blanco—. ¿Yo qué sé? Solo soy la madre.

—Mamá...

—Puedo soportar otro de esos... —hace una pausa dramática, buscando la palabra correcta —... episodios. Me asusté muchísimo, Poppy.

La culpa y la vergüenza compiten a puñetazos en mi pecho. Afortunadamente no tengo que responder, porque se embarca en una digresión sobre una amiga suya cuya hija «también» tuvo una crisis nerviosa. Aparto el teléfono de mi oído y vuelvo a la avalancha de mensajes de correo sin responder. Mamá sigue y sigue, su voz sube y baja. Capto algunas palabras sueltas, hospital psiquiátrico, medicación, intento de suicidio, y voy emitiendo periódicamente ruidos de «estoy escuchando».

Borro un montón de correos, clic, clic, clic. Hay uno de mi farmacia, diciendo que ya tienen preparada mi nueva receta. Eso me recuerda que tengo pendiente una investigación sobre los efectos secundarios de los medicamentos para el sueño, y qué sucede cuando se baja la dosis, que me he prometido a mí misma hacer. Empezando esta misma noche. Así que introduzco el nombre de mi medicamento en el recuadro del motor de búsqueda y empiezo a ojear la lista.

Pesadillas vívidas. Sonambulismo. Conducir con sueño. Comer mientras se duerme... ¿De verdad? Síndrome de abstinencia. Ansiedad. Depresión. Hay un montón de confesiones en foros. Blogs. Artículos de periódico de todo el mundo, recalcando los peligros del uso de pastillas para dormir, y las dificultades que tiene la gente para desintoxicarse.

—Es terrible, mamá —digo.

Es una apuesta que hago, porque todo lo que ella dice es «terrible», algo que ella ve mal, un cotilleo sobre sus vecinos, algún recuerdo lacrimógeno de mi padre. En un artículo que tengo en pantalla, una mujer de mediana edad, completamente agotada, me mira, con el subtítulo: «Mejor no recurrir a ellas en absoluto que intentar dejarlas. Ha sido una pesadilla».

El rostro cansado, demacrado, flota ante mí. Parece exhausta, vacía... Exactamente como me siento yo ahora. Escribo: mezclar pastillas, y empiezo a pasar los artículos que allí veo. Adicción. Confusión. Conducta inusual. Sobredosis. Coma. Daños cerebrales. Muerte.

Entro en una web de rehabilitación y clico las fotos de un edificio con árboles que le proporcionan una buena sombra, con senderos naturales y rostros sonrientes. «¿Está dispuesto a empezar su nueva vida de sobriedad ahora? Podemos ayudarlo».

—Ni siquiera me estás escuchando —dice mi madre al final, captando mi atención.

—Sí que te escucho —miento—. Claro que sí, mamá.

—Puedes venir a casa, ya sabes —continúa—. Cuando quieras.

Sonrío sin darme cuenta. Siempre he sabido que puedo volver a casa. Que mi madre me arropará y me preparará una sopa de pollo deliciosa. Podría acurrucarme en mi antigua cama y quedarme allí todo el tiempo que necesitara. Ella me lo echaría en cara constantemente, pero sí,

puedo irme a casa. Aunque no es eso lo que quiero hacer.

—Gracias, mamá.

—Deberías hacer caso a Layla —dice mi madre—. Es una chica muy sensata. —Y no como tú. Eso no lo dice, no tiene que decirlo: frívola, con la cabeza en las nubes. ¿Qué palabra usó aquella noche? Frágil. Layla y yo tenemos que hablar de sus indiscreciones... especialmente con mi madre.

—Tengo que colgar —digo—. Lo siento. Te quiero. Adiós.

—Poppy —dice ella. Algo en su tono impide que corte la llamada—. Cariño, no pareces tú misma.

Es que no soy yo misma, quiero decirle. Nunca me he sentido más lejos de la persona que era antes.

—Estoy bien —respondo, por el contrario—. De verdad.

Hay un silencio denso, lleno de sentido entre madres e hijas.

Y luego:

—Recuerda, cariño, que nadie te conoce mejor que tu madre. Te guste o no.

Después de colgar, el teléfono suena inmediatamente, segundos después. Contesto sin mirar la pantalla.

—¿Qué pasa, mamá?

Hay una pausa, alguien se aclara la garganta.

—¿Poppy? —Una voz masculina, profunda, familiar.

—Ah —exclamo—. Lo siento.

—No pensaba que fueras a responder. —Una rápida mirada a la identificación del que llama revela un número que no reconozco.

—Soy Noah —dice, en la incómoda pausa que sigue.

Un fognazo de reconocimiento, de extrañeza.

—Noah —repito, reprimiendo las ganas de disculparme otra vez. Recuerdo mi conversación con Grayson, que le di los nombres y los teléfonos de las personas con las que había salido. ¿Se ha puesto en contacto Grayson con ellos? ¿Por eso me llama Noah? Qué violento para los dos.

Ben está ante la puerta de cristales, señalándose la muñeca, aunque no lleva reloj alguno en ella. Pero lo entiendo. Mi próxima cita.

—No funciona así, ¿no? —interviene Noah, mientras yo me quedo callada. Se ríe un poco. Me gusta el sonido de su risa, fácil, ronca—. Cuando alguien no te devuelve las llamadas, en estos tiempos, significa que tienes que alejarte y ya está. *Ghosting*... así es como lo llaman ahora, ¿no?

—Ejem.. —respondo, estúpidamente.

—No estás preparada aún para algo serio... Eso me dijiste en tu mensaje de texto. Ya lo recibí. Y no me contestaste mi último mensaje. Sé que debería desaparecer y ya está... pero es que no puedo dejar de pensar en ti.

No digo nada, estoy helada. Grayson y yo estábamos hablando de esto, hablando de él. «¿Alguien agresivo? —me había preguntado—. ¿Que llama e insiste? ¿Que se pone en evidencia?». ¿Sería algo como esto?

—¿Demasiado acosador? —me dice, al notar mi silencio.

—No —contesto. El corazón me vacila un poco—. Bueno, a menos que lo estés haciendo... ¿Me estás acosando?

—¿Eh...?

—¿Lo estás haciendo?

—¿Cómo? ¿Acosarte? ¡No! —Parece ofendido.

El hombre del metro, el retrato roto de Jack y yo, la orquídea que me dejaron en casa. Las imágenes se suceden, rápidas.

—¿Me has mandado flores recientemente?

Otra pausa, en la que pienso que quizás haya colgado.

—¿Es que alguien te ha mandado flores? —me pregunta.

Pienso en Noah, cómo era. Realmente era alto y grande, con músculos marcados y bien desarrollados, por su trabajo de escultor. Recuerdo el aspecto que tenía allí, con los brazos doblados detrás de la cabeza. Pero no, no hacía tanto bulto como el hombre que yo había visto, o pensado que había visto. Noah y yo estuvimos tumbados en la cama hablando de las personas que habíamos perdido. Cuando me dejó su último mensaje, decía que había notado una conexión. Para ser sincera, yo también la noté. Pero no buscaba una conexión, ese no era el sentido de mi recién hallada vida «sentimental». Yo lo que buscaba era una vía de escape, una puerta de salida de los sentimientos.

—Mi vida está un poco complicada, ahora mismo. —Es un comentario breve y desdeñoso.

Él deja escapar un suspiro.

—La vida siempre es complicada, ¿no?

Tan complicada no, quiero decirle.

—Supongo que tienes razón —respondo, en cambio—, pero...

—¿Y si nos tomamos una copa? ¿Esta noche?

La advertencia de Grayson me ronda por la cabeza: «Sea de bajo riesgo durante un par de días, ¿vale?». No sé cómo, mi recuerdo adquiere la nota de un desafío. Tú no eres mi padre, detective Grayson.

—¿Has oído hablar de un sitio que se llama Morpheus? —pregunto.

Otra pausa.

—Es un club, ¿no? —responde él al final—. En el Lower East Side.

—Sí —afirmo—. ¿Te parece bien?

Se calla otra vez. Probablemente no pensaba en un club nocturno.

—¿Has estado allí alguna vez? —me pregunta. Su voz es masculina sin ser demasiado profunda, tiene algo tranquilizador.

—No —contesto y luego añado—: Bueno, no creo.

Él va a poner alguna excusa, seguro.

Pero luego:

—Claro —dice—. ¿Por qué no?

Mi padre tenía un cobertizo en el jardín lo bastante grande para que cupiera su escritorio, su silla, unos estantes con textos de ingeniería, montones de revistas, cajas de no sé qué. Mi madre lo llamaba «La chatarrería», porque era un laberinto de cosas rotas, tiradas y amontonadas en todo el espacio: ordenadores viejos, teléfonos antiguos, electrodomésticos, cajas de alambres, cables coaxiales, piezas de herramientas de motor...

Encajado en el rincón del fondo, completamente oculto a la vista, había un camastro. Mi madre gobernaba la casa, decorada como para una exposición, absolutamente impoluta, llena de *chintz* y estampados florales, cortinas ligeras y alfombras peludas, pero ese espacio húmedo y mohoso, situado al final de un caminito entre los árboles, nos pertenecía a mi padre y a mí. Yo me tumbaba en el catre y leía, con las vigas desnudas manchadas de humedad por encima, y mi padre tecleaba, o bien hojeaba algún texto. Era ingeniero aeronáutico y soñaba con construir un robot.

En aquel reducto polvoriento, viejo y peligrosamente atestado hacía mucho calor en verano y mucho frío en invierno. Pero aquel sitio donde estaba con mi padre, leyendo, haciendo los deberes, hablando de su robot, nuestra conversación yendo y viniendo, la lluvia a veces filtrándose por el tejado y cayendo en una olla metálica que tenía allí solo con ese fin, era el espacio favorito de mi niñez. Aunque mi habitación de princesa con sus paredes rosa, su cama con dosel, el asiento junto a la ventana, paredes enteras llenas de libros, juguetes, animales de peluche y muñecas era la envidia de todas mis amigas, nunca sentí que pudiera realmente «estar» allí.

Ese cobertizo, mi padre. Fueron los primeros temas que usé como fotógrafa. Él con la cabeza inclinada sobre sus notas, la forma en que la luz pasaba a través de la blanca ventana, él dormitando con un texto sobre robótica en el regazo, una pila tambaleante de piezas rotas. Él me dejaba tomarle fotos en cualquier situación, sin hacerme ningún caso, como ocurre con los mejores modelos. Mi madre no dejaba que me acercara siquiera con mi cámara.

Layla era mi otro asunto favorito. Ella se pavoneaba e improvisaba ante mi lente, adorando cada minuto que pasaba. Pero era mucho más bella (como nos ocurre a todos) cuando se olvidaba de la cámara. Cuando cogió también el gusanillo de la fotografía, aprendimos las dos juntas, y mi padre nos pagó unas clases en la universidad comunitaria local, nos alquiló un cuarto oscuro y nos llevaba y nos traía en coche. Y luego fui yo el tema favorito de ella.

La niña que veía en el espejo era rara, con la nariz demasiado larga, demasiadas pecas, los ojos demasiado juntos, algo que no acababa de cuadrar para ser guapa. Demasiado alta. Los hombros demasiado encorvados. «¡No encorves la espalda, Poppy!». Con el pecho plano, la barbilla huidiza.

Nunca reconocí a la persona que Layla veía a través de su cámara, aquella que luego aparecía en el cuarto oscuro, como un fantasma en un baño químico. Alguien ligero, sombrío, con los ojos de un azul chispeante, echada sobre la hierba, soñadora, o mirando directamente a la cámara, seria o burlona, riendo o pensativa.

Quizá se puede saber qué siente por ti alguien gracias a las imágenes que capta, los momentos

que elige para apretar el disparador. Layla me quería mucho y pensaba que yo era muy guapa, y por eso en sus imágenes lo era. Lo mismo pasaba con las fotos de Jack.

Las fotos que yo vi aquella mañana, la noche que nos conocimos, las fotos que me tomó en Riverside Park, aquella tarde que me encontró junto a la galería, una foto que él me robó mientras yo leía, tumbada en su cama, después de hacer el amor, esa era una mujer que estoy segura de que solo existía para él, con él. Nuestros rostros, nuestro lenguaje corporal, el cambio de luz en una habitación, cada segundo es distinto del anterior o el posterior. El fotógrafo elige ese precisamente entre el infinito. Es una mentira, un truco de luz, y una verdad irrefutable al mismo tiempo.

Esos pensamientos dan vueltas, mezclándose con las palabras de Mac sobre cómo quizá lo que conocemos los unos de los otros es solo una astilla, una fracción de la persona real.

—Necesito mi espacio —le digo a Layla, que finalmente me encuentra al teléfono—. No puedo estar contigo eternamente, Layla. Tú tienes tu vida, tu familia.

—No, eternamente no —responde ella—. Solo hasta que solucionemos todo esto. Y tú eres parte de mi familia.

Es cierto; Layla podría ser mi hermana, si estuviéramos emparentadas biológicamente.

—Lo pensaré. —Pero no voy a volver a su casa esta noche—. Y, por cierto, ¿puedes hacerme el favor de no llamar a mi madre y contarle todo lo que me pasa?

—¡No lo he hecho! —Su voz sube una octava, fingiendo inocencia. Y luego—: Bueno, me llamó ella... Me dijo que no podía contactar contigo.

—Vale, da igual quién llamó a quién, pero ella no tiene por qué saberlo todo. Y, finalmente, no voy a contratar a esa empresa de seguridad.

Hay una pausa en la línea, y creo que la he perdido. Todavía estoy delante del ordenador, de modo que introduzco el nombre «Elena» en la barra de búsqueda. Un personaje de un programa de televisión, una heroína de dibujos animados, uno más en una lista de nombres de niña. Variación española de Helen, el nombre ‘significa luminosa, luz brillante’.

—Poppy. —La voz de Layla me trae de vuelta a la realidad. Odio ese tono, el que pone como queriendo decir: «Sé razonable».

—Layla. —Intento imitarla, a mi vez, pero ella es la reina indiscutible de la voz maternal—. No pienso cambiar de opinión.

Otra pausa y después, enfadada:

—De acuerdo. Bueno, entonces, ¿qué vas a hacer?

Ben, que estaba junto a la puerta, finalmente la abre del todo.

—Tu cita de la una está aquí. En el vestíbulo...

—Ya voy —contesto—. Te llamaré luego.

—Te guardo sitio para la cena —dice ella, con la voz cada vez más fina a medida que voy apartando el teléfono de mi oído—. Carmelo te recogerá en el despacho.

Cuelgo sin comentario alguno. Me sujeto la cabeza con las manos. ¿Dónde está la frontera entre preocuparse por alguien y controlarlo? ¿Dónde está la frontera entre ser algo alocada y tozuda, y ser independiente, hacerse cargo de una misma? Intento decirle a Izzy, cuando ansía su imaginada edad adulta, llena de libertades sin límite, que las cosas no son tan fáciles. Aguanta todo lo que puedas siendo la niña adorada y mimada que eres ahora. En tu vida adulta, habrá más preguntas que respuestas.

Al pobre Ben parece que está a punto de darle un ataque.

—Necesito cinco minutos —le digo, y salgo de mi oficina finalmente—. Y llévalos a la sala de reuniones.

Noto la fatiga que me pone tensa, mientras recorro el pasillo. Ya estoy pensando en ese frasquito de pastillas. ¿Es demasiado pronto para tomarse alguna...? ¿Estoy preparada para enfrentarme a mi nueva vida de sobriedad? Pues no. Está claro que no.

En la cabecera de la larga mesa, abro el archivo y leo el currículum que encuentro allí: una estudiante de la Escuela de Diseño Parsons, una joven que quiere ser becaria. Hemos tenido muchos estudiantes en la agencia, aspirantes a fotógrafos, artistas gráficos, algunos estudiantes de administración de empresas, que buscaban créditos para la universidad y experiencia. El programa lo instituyó Jack y él lo adoraba, creyendo que todos los aspirantes a artistas necesitan comprender el aspecto comercial de ser una persona creativa, y todos aquellos que quieren estar en el negocio del arte tienen que comprender la personalidad creativa. Ben fue uno de los elegidos por Jack; Maura también. Ambos empezaron a trabajar para nosotros mientras estaban todavía en la universidad, y les ofrecimos un trabajo cuando se graduaron.

Examino la información que tengo ante mí, saltándome las cartas de recomendación, predecibles. Al cabo de unos minutos se abre la puerta y aparece una chica delgada, y entra, cierra la puerta tras ella con un clic. Yo cojo aliento y esbozo una sonrisa.

Cuando me levanto a ofrecerle la mano, ella me la da tímidamente.

—Soy Poppy Lang —me presento—. Bienvenida.

Su mano está fría y flácida, y eso me desagradaba de inmediato. Tiene la mirada extrañamente intensa. Los ojos son estanques oscuros en un bonito paisaje de piel color caramelo, rodeado por una melena negra y salvaje en torno al rostro, que le cae sobre los hombros.

Me resulta familiar. ¿Dónde la he visto antes? Ella no dice nada, a lo mejor está nerviosa.

Le indico que tome asiento, y ella lo hace, manteniendo los ojos clavados en mí. Vale. Algo raro. Mi predicción: va a ser una entrevista muy corta, que no acabará en una llamada posterior. Ser silenciosa y estar enfurruñada no son buenas cualidades en una agente. Examino sus notas escolares, buscando algún punto en común.

—Ah, veo que has hecho Fotografía y Cine con George Pitts —digo—. Era uno de mis profesores favoritos.

Silencio.

Cuando levanto la vista, la habitación tiembla con una fuerte sacudida. Las luces emiten un zumbido desagradable. La chica que tengo delante está cubierta de sangre. Tiene la cara amoratada e hinchada, y un hilo de sangre espesa y viscosa surge de su boca.

—Yo conocía a su marido —dice, con un acento latino muy marcado.

Cuando sonrío veo que le faltan tres dientes.

Atada a la silla, con un grito alojado en la garganta, retrocedo rodando, aterrorizada, y choco contra la pared que tengo detrás. El tiempo, la habitación que me rodea, todo se estira, se retuerce.

—Esto es lo que él me hizo —dice ella, aproximándose mucho a mí.

Estoy clavada al asiento.

Muevo la cabeza.

—No. —Es solo un gemido, apenas una palabra.

—Ah, sí —dice ella. Se levanta—. Sabe que es verdad.

Y se me acerca andando por encima de la mesa a cuatro patas como una pantera, con los ojos llenos de maldad, la cara desfigurada, espantosa por la rabia. Estoy paralizada, sin aliento. Por favor.

Entonces suena un golpe fuerte en la puerta. Luego, otro, más fuerte aún. Quiero gritar, pero no puedo emitir ningún sonido. Entonces empieza una vibración entrecortada y fuerte, como si alguien encendiera y apagara las luces. Otro golpe. Se abre la puerta y aparece Ben. Se detiene en seco, su sonrisa educada desaparece.

—Poppy —me llama. Su frente se arruga, en un ceño de preocupación—. ¿Estás preparada? ¿Para recibir a Ellen Rausch?

No hay ninguna chica golpeada y ensangrentada en la mesa de conferencias. Estoy sola, con un expediente abierto delante de mí, la superficie brillante y vacía.

Trago saliva con fuerza, intento orientarme. La habitación se mueve un poco, pero yo me agarro. Una mujer joven aparece detrás de Ben. Es guapa y alegre, me mira desde detrás de él con una amplia sonrisa. «Contrólate, Poppy. Joder, rehazte, por lo que más quieras».

—¿Estás bien? —me pregunta Ben, adelantándose un poco y dejando un resquicio entre la puerta y él. Pobre Ben, ¿qué debe de pensar de mí?

—Sí —respondo, enderezándome, procurando calmar mi respiración—. Claro. Que pase.

Sonrío, me levanto, insegura.

—Señora Lang —saluda esta chica increíblemente joven, mientras entra y me estrecha la mano. Es delgada, con la piel oscura, los ojos color avellana y una exuberante melena rizada y hueca, negra como el carbón. La enorme energía y la frescura de su ambición juvenil se desprenden de ella como si fuera polvo mágico—. Estoy encantada de estar aquí.

—Bienvenida, Ellen —le contesto, y solo una fuerza de voluntad increíble, que me pone los nudillos blancos, me permite exhibir esa sonrisa. Oigo una sirena en la parte trasera del cráneo. «¿Qué narices me pasa?».

El mundo gira y gira mientras hablamos de sus clases, de su pasión por la fotografía, de sus buenas notas y de su deseo de aprender el aspecto comercial de la industria. Otro día, me habría producido un gran placer hablar con alguien tan joven y tan brillante. A Jack le habría encantado ella, su sinceridad, su obvio entusiasmo.

Pero yo sigo recordando a la chica que sangraba, oyendo sus palabras: «Yo conocía a su marido».

Espero que Ellen Rausch no note que me tiemblan las manos, que no quiero ni mirarla.

La doctora Nash consigue recibirme aquella tarde. Odio salir de nuevo del despacho, me parece mal tener que irme tantas veces.

—Lo siento —le digo a Ben, recogiendo mi portátil. Fotos de Layla y Marc, Jack, los niños, me sonríen desde mi escritorio, rostros de otra época de mi vida en la cual las cosas eran normales y yo era feliz. Esos tiempos: fines de semana en la casa de Mac y Layla en las Adirondack, tardes en Central Park con los niños, días en la playa de Rockaway... Es otro planeta, un mundo ya destruido y al que no se puede volver.

—No te preocupes. —Ben se acerca, baja la voz y me pone una mano en el hombro—. Todo el mundo lo entiende, Poppy. Te lo prometo. Has pasado un verdadero infierno, y lo tenemos todo cubierto.

Me da un abrazo y yo me refugio en él, agradecida. Luego, lo aparto, antes de perder el equilibrio completamente.

La verdad es que nadie comprende la pena en realidad, ni la enfermedad mental (porque se trata de esto, ¿no?). A menos que hayan sufrido esas mismas cosas personalmente. Hace un año, no estoy segura de haberlo entendido yo tampoco. No habría comprendido que la pena te quita el suelo de debajo de los pies. O que el mundo puede alterarse hasta resultar irreconocible.

«Lo siento, Jack. Ojalá hubiera sido más fuerte».

En cuanto a nuestra agencia, su agencia, sé que cuando no hay nadie al timón, el barco se desvía de su curso. Debería estar haciendo un trabajo mejor, por él, hacerme cargo de esto que construimos los dos juntos. Pero, en realidad, ¿qué alternativa me queda? Es evidente que se me está yendo la cabeza.

En la calle, todos los hombres que veo me parecen atracadores. Hasta el silencio apático del taxista me parece ominoso, mientras vamos subiendo por la ciudad, con un tráfico intenso, y suenan los cláxones. Hace calor de nuevo, un octubre raro, que se dirige al invierno, pero todavía se agarra al verano. Bajo la ventanilla, pero solo entra más aire caliente y el hedor de la ciudad.

Finalmente, en el abrazo de la consulta de la doctora Nash, me empiezo a calmar. Me siento aliviada por el espacio fresco, luminoso, las fotos de la naturaleza (una panorámica de la sierra de la Sangre de Cristo, en México, una garza enorme y azul balanceándose sobre una esbelta pata en los cayos de Florida, una casa situada en medio de unos bosques, junto a un lago). Mi respiración se vuelve más fácil, los hombros se liberan de su tensión. Le hablo del hombre en la calle, de la orquídea, de mis sueños alocados y, finalmente, del extraño suceso en la sala de reuniones. Apenas puedo mirarla cuando acabo. Todo parece una absoluta locura. Ella, definitivamente, va a hacer que me encierren, ¿verdad?

—Bueno, lo primero de todo —dice, amablemente. Yo levanto la vista hacia ella. Está preocupada, pero no horrorizada—. Volvemos a la dosis original de sus pastillas para dormir, para asegurarnos de que descansa todo lo que necesita. Poppy, parece agotada. Y eso no ayuda, por supuesto.

Sus ojos azules se ven ampliados por la montura verde de sus gafas. Aun no le he dicho que he tomado una mezcla creativa de pastillas de Layla y mías, pastillas de dormir, medicamentos contra la ansiedad. Que no estoy segura de cuántas me he tomado. Por no mencionar el alcohol de anoche. Vino. Vodka. No le cuento que me desmayé en la bañera. Pecado por omisión.

—¿Qué me está pasando? ¿Tengo... alucinaciones?

—No lo creo —responde ella, pensativa—. Cuando el cerebro está privado de sueño, se toma lo que llamamos «microsueños». En su caso, está procesando muchas cosas. Hemos reducido la dosis de sus pastillas para dormir, y quizás eso haga que recuerde mejor sus sueños. De modo que su cerebro todavía descansa menos. Creo que su estrés se está manifestando en forma de pesadillas.

Lo capto y dejo escapar un profundo suspiro.

—Estos hechos pueden parecer alucinaciones, pero son más bien como sueños. Ya sabe el tipo de sueños que se tienen cuando te estás durmiendo: que te caes, o que algo salta hacia ti en la oscuridad. Ese estado se ha llamado hipnagogia, la fase de transición entre el sueño y la vigilia, o entre la vigilia y el sueño. Las sensaciones que tenemos entonces, que pueden ser visuales, olfativas o auditivas, a menudo son muy vívidas. Sospecho que es eso lo que está experimentando.

No discuto con ella, pero aquella mujer estaba allí. La sangre se encharcaba en la mesa enfrente de ella, su piel hinchada tenía hematomas morados, su voz era ronca... Era muy real. Mi corazón se acelera de nuevo al pensar en ella.

—De modo que creo que si podemos conseguir que tenga un par de noches de sueño profundo, estaremos mucho mejor.

Otra vez, casi le revelo lo que estoy haciendo. Pero, por el contrario, me prometo a mí misma que tiraré todas las demás pastillas y solo tomaré exactamente lo que me está recetando ahora. No es que mienta, no del todo. Solo que no le cuento a la doctora Nash toda la verdad. Como si fuera una adicta que intenta ocultar lo malo que se ha vuelto mi hábito. Quizá sea eso lo que soy. Pero puedo controlar esta situación. Sé que puedo.

—El hecho de que no pudiera moverse, esta tarde, me dice que se había asentado la atonía de la fase REM, la parálisis que uno experimenta en un estado de sueño, cumplido a través de la inhibición de las neuronas motoras.

—Más sencillo...

—El cuerpo se queda completamente inmovilizado durante el sueño, para evitar que uno represente sus sueños. Por eso, creo que estaba soñando, y no teniendo alucinaciones.

Visualizo la imagen de nuevo: *En los brazos de Morfeo*, el ángel susurrante, la mujer de rojo, tendida.

No, no estaba durmiendo, me gustaría decir. Pero quizá sí que dormía. La verdad es que no estoy segura.

Fuera, por la ventana, las nubes se van moviendo como fragmentos de neblina blanca ante un fondo de un azul vivo. Un avión distante y diminuto atraviesa el cielo dejando un rastro blanco. De niña, la visión de un avión me llenaba de añoranza. ¿Quién sería esa gente que iba a lugares exóticos, solía preguntarme, viviendo vidas tan distintas, y cuándo podría ser yo una de ellos? Ahora tengo esa sensación, de desear que hubiera un avión que pudiera sacarme de esto que me está pasando, sea lo que sea.

—En el tren, el otro día, cuando sintió como si estuviera de vuelta en su habitación... Supongo

que era un estado hipnagógico. Y hoy también, con la mujer en la sala de reuniones.

La vibración, el sobresalto, la experiencia toda era como esos sueños de semivigilia. Pero ¿cuándo se han vuelto así mis sueños y han empezado a invadir mi realidad?

—¿Y cómo sabré entonces cuándo es un sueño y cuándo es real?

—¿Cómo lo sabemos todos? —La doctora Nash me mira por encima de las gafas, me sonrío.

Yo me echo a reír un poco, aunque sin alegría. Está filosófica.

—Yo antes lo sabía —contesto—. Antes de que muriera Jack, antes de mi crisis nerviosa. Nunca sentí nada como esto.

Ella se coloca un mechón de la melena lisa, de un rubio plateado, detrás de la oreja y se inclina hacia delante.

—Sabemos por qué sigue volviendo a esa mañana, antes de que muriera Jack. En el tren, frecuentemente en sus sueños, en nuestras conversaciones aquí. Ha identificado ese momento como aquel en el que usted cambió. Lo revisita inconscientemente para reconciliarse, para aceptar que el pasado no se puede alterar. Pero esa mujer... ¿Qué significa para usted?

—Nada —respondo—. No la había visto nunca.

La doctora Nash me mira.

—Nada.

Escarbo en mi memoria, pero no encuentro nada.

—El nombre de mujer en la cajita de cerillas de su sueño, anoche. Era Elena, ¿verdad? —inquire la doctora Nash.

Anoche, esta mañana, dormida, despierta... Todo se mezcla.

—Es cierto.

—Elena es un nombre español —dice la doctora Nash—. La joven becaria cuyo currículum estaba leyendo se llamaba Ellen.

Intento recordar en qué pensaba, qué sentía, mientras revisaba los documentos en la sala de reuniones. ¿Era el sueño lo que tenía en mente, ese nombre dando vueltas por mi cabeza? Pero no, yo estaba presente, despierta, revisando los documentos que tenía delante. De hecho, intentando olvidar todo lo demás. Pero...

—Justo antes de recibirla, busqué el nombre de la becaria.

—Muy bien.

—¿Cree usted que el nombre de la becaria, Ellen, desencadenó ese sueño, o lo que fuera? —pregunto.

—No necesariamente —responde la doctora, subiéndose las gafas—. Creo que quizá se adormilara un poco, un «microsueño», y los detalles de ese nombre se introdujeron de esa manera que ocurre en los sueños. El crimen de su marido no está resuelto... Él recibió una paliza, como dice que le había ocurrido a esa mujer... Faltaban días de sus recuerdos. Todos esos misterios oscuros en el centro de su vida. Parece lógico que esa mujer golpeada y ensangrentada dijera que conocía a su marido.

—¿Así que algunas escenas de mis pesadillas se mezclan en esos estados hipnagógicos?

Ella se arrellana en su silla y me mira.

—Lo que vemos o lo que nos parece no es más que un sueño dentro de un sueño.

—Edgar Allan Poe —digo—. Literalmente.

La doctora Nash sonrío, toda amabilidad y empatía.

—No me estoy burlando, Poppy. Solo digo que la mente, nuestros sueños, pueden ser laberínticos. Si seguimos esos caminos, no importa lo retorcidos y oscuros que nos parezcan, a veces encontramos respuestas sobre nosotros mismos.

Es la postura contraria del detective Grayson, exactamente. «Nunca tienen sentido. No son reales».

Tengo un dolor de cabeza intenso. Llenamos la hora con más comentarios sobre mis sueños que, francamente, no llevan a ninguna parte. Jack pensaba que la psicoterapia era una pseudociencia. «No le pasa nada a la mayoría de la gente que no se pueda curar con unas pocas horas en la naturaleza, en silencio». Quizá tuviera razón.

—¿Y el hombre de la capucha? —me pregunta ella—. ¿Lo ha vuelto a ver?

—Es real. —Tengo la necesidad de afirmarlo. Rompo las reglas oficiales y saco el teléfono de mi bolso, busco la foto y se la enseño. Ella la mira con los ojos entornados.

—No dudo de que vio a alguien... —dice, devolviéndomelo.

—Pero...

Hace una pausa durante un segundo, midiendo sus palabras.

—Pienso que es curioso que las dos veces que lo ha visto, «usted» lo haya perseguido a «él». La mayoría de las mujeres, cuando se enfrentan a algo así, suelen correr en la otra dirección o llamar a la policía. Pero las dos veces usted echó a correr tras él.

No sé qué decir. Tiene razón.

—En ambos casos, al contarlo, parece todo como un sueño. Él está allí, usted lo persigue, él se escabulle. Nadie más lo ve. Incluso en la foto, sí, hay un hombre, pero es uno más entre una multitud de personas, que simplemente está ahí de pie.

—No cree usted que haya un hombre encapuchado. —Noto que aumenta la vergüenza, la incertidumbre.

—No diría tanto —contesta ella, con soltura—. Simplemente, le pido que piense en ello... Cuándo ocurrió, cómo se sentía usted en esos momentos. ¿Qué sentía mientras lo iba persiguiendo?

—Pues simplemente... —Busco la palabra adecuada—. Necesidad de ver su cara.

—¿Y al alejarse él?

—Furia —respondo—. Estaba furiosa, frustrada. Y después, agotada.

Ella se queda callada un momento, dejando que las palabras vayan penetrando.

—Es duro perseguir a alguien a quien no puedes coger —afirma, al final—. Alguien que está siempre fuera de tu alcance.

Sé lo que quiere decir, pero ¿para qué molestarse en insistir en que él es real? Cuanto más afirmas tu realidad, más inestable pareces.

—¿Recordaré aquellos días perdidos? ¿Volverán alguna vez?

—A medida que su psique se vuelve más fuerte, a medida que se recupera de los síntomas del dolor y del estrés postraumático, esos días pueden volver. Quizá capte algún fragmento, alguna imagen, partes de aquí y de allá, en sus sueños. O tal vez pueda volver todo de repente.

Un pájaro se detiene en el alféizar, con unas plumas de un negro brillante, y luego aletea y se aleja.

—Tengo una sugerencia —dice—. ¿Por qué no se toma un poco de tiempo libre, Poppy? Descanse, reúnese con sus amigos, vaya a visitar a su madre. Un tiempo de alejamiento puede

significar una enorme diferencia cuando nos estamos curando.

Es un buen consejo, que viene de todas las direcciones. Layla quiere que me traslade a su casa. Grayson quiere que sea de «bajo riesgo». Ben me dice que él puede llevar el despacho, que yo puedo cogerme unos días libres. Podría hacerlo, volver a aquel útero que es el Central Park West, dejar que Grayson haga su trabajo. Podría permitir que Layla y Mac contrataran a esa empresa. Es tentador, muy tentador. Pero también me asusta muchísimo. Si dejo de moverme, el peso de todas las cosas me aplastará. Quizá no pueda volver a levantarme nunca más. Y Jack seguirá estando cada vez más y más lejos.

Me hago una promesa a mí misma. Volveré a la dosis de pastillas de dormir recetada, y seguiré con ella. Me normalizaré. Y podré quitármelo todo de encima, por fin. Y nada de alcohol. Ni de pastillas raras.

—Es buena idea —respondo, con una sonrisa—. Lo pensaré.

Al salir de la consulta de la doctora Nash, la idea de volver a mi apartamento oscuro y silencioso, a todas esas cajas con el nombre de Jack escrito en ellas y observándome, me pesa en demasía, es un lastre terrible. No puedo hacerlo. No puedo ir a casa de Layla tampoco. Hay demasiadas preguntas, me duele la base del cráneo, hay demasiadas cosas que no puedo recordar. Algo que me ha dicho mi madre se me ha quedado rondando. «Nadie te conoce mejor que tu madre».

Cojo el tren y me voy hacia el norte.

Llevo viajando en este tren toda mi vida, observando. Todas esas vidas juntas, apiladas, madres y estudiantes, hombres de negocios y mendigos, gente de la noche, matones. Los ricos, los pobres, los que tienen prisa, los hechos polvo, los viejos, los nuevos, todos ellos balanceándose al mismo ritmo de un tren que los lleva en la misma dirección, pero con destinos diferentes. De camino hacia el norte, hago algo que no he hecho desde hace un montón de tiempo: saco el teléfono y empiezo a tomar fotos. El reflejo en la ventanilla de un hombre que lee el periódico, una madre joven con un niño dormido y apoyado en su pecho, una chica con un perrito asustado en su bolso.

Los detalles, los momentos, saltan hacia mí. Una chica que lleva mitones rojos; una mujer anciana que sujeta un rosario, con los ojos cerrados; un hombre de mediana edad que lee una novela, con una sonrisa pacífica. Solo son momentos para ellos, que probablemente olvidarán antes de irse a dormir, esa misma noche. Pero ese momento, capturado en la película, durará una eternidad. El fotógrafo es un ladrón que roba el tiempo.

En la calle Ciento dieciséis, Universidad de Columbia, se produce un gran cambio, se baja un montón de gente y sube otro montón. Estoy en el asiento más alejado, encajonada contra la pared de metal por un hombre grandote, un pelirrojo con traje. No me importa. Estoy bien ubicada, como un fotógrafo de la naturaleza oculto en un puesto de observación, sin ser detectada.

Cuando el tren llega a su parada elevada en la calle Ciento veinticinco, envío un texto: «¿Te importa si voy a verte? He estado pensando en ti».

La respuesta llega de inmediato: «Por supuesto. Yo pienso en ti todos los días. ¿Cuándo vas a venir?». «¿Ahora?». «Aquí estaré».

El tren traquetea y noto su movimiento de balanceo mientras la gente entra y sale, un río, la vida fluyendo a mi alrededor. Me pongo de pie de golpe y accidentalmente rozo al hombre que está a mi lado, que ha empezado a roncar.

—Lo siento —gruñe él y se duerme otra vez. La cabeza le cuelga, abre la boca. Lo miro un momento, envidiando la seguridad que le permite quedarse dormido en un tren urbano.

No puedo permitirme tener a Morfeo susurrando a mi oído una vez más.

El tren avanza muy despacio, parando todo el rato. Cuanto más sube hacia el norte, más vacío se va quedando.

Mi somnoliento compañero se baja en Dyckman, y me quedo sola en el vagón, todavía de pie, agarrada a la barra mientras el tren se agita y se mueve. Luego, empieza a ir más lento entre estaciones, y las ventanillas solo dan a negras paredes de túneles. Cuando llega a pararse del todo, las luces del vagón parpadean. Oscuridad, luego luz, luego oscuridad otra vez.

Cuando las luces se encienden de nuevo, lo veo a través del cristal.

Está con las piernas separadas y los brazos en jarras en el extremo más alejado del otro vagón. El hombre de la capucha. Noto que el corazón me da un vuelco, y que fluye la adrenalina. Mi cuerpo, cada músculo, cada nervio y cada instinto me piden que me aleje.

Entonces aparece también algo más: ira, irracional, al rojo vivo. ¿Quién es él? En lugar de moverme hacia la otra dirección, como dictaría el buen sentido, corro hacia él, cruzo las puertas entre los dos vagones.

—¡Eh! —lo llamo en voz alta mientras las puertas se cierran detrás de mí con estrépito.

Él se queda de pie un momento, luego sencillamente se vuelve y se aleja, rápido, pero sin esfuerzo alguno, dando zancadas con sus largas piernas. Sale por las puertas antes de que yo haya llegado a la mitad del vagón. Mantengo los ojos clavados en él: no se va a librar tan fácilmente, esta vez.

Paso junto a una anciana que me mira con una suspicacia en los ojos fruto de una vida entera en la ciudad; un joven, con los auriculares puestos, clava sus ojos oscuros en mí, sonriendo un poco de una forma extraña.

—¿Has visto a ese tipo? —pregunto, al pasar deprisa.

Él se encoge de hombros, mira a un lado, con un huraño chasquido de la lengua. Sigo avanzando con el aliento entrecortado, cruzo otras puertas, dejando atrás a los desconocidos poco colaborativos.

Pero ¿qué estoy haciendo?

La oscura figura se desliza, como un espectro que se dirige hacia la parte delantera del tren. Con una sacudida intensa, el tren empieza a moverse de nuevo. Me veo arrojada contra los asientos, casi pierdo el equilibrio. Pero lo recupero y sigo moviéndome por los vagones.

Él siempre va por delante de mí, las puertas se cierran con estruendo tras él. El tren parece estirarse y doblarse, como si no tuviera fin, como si siguiera siempre igual, el hombre encapuchado siempre por delante de mí.

El tren se detiene en la estación cuando llego al último vagón, y las puertas que dan al andén se abren. Él ya no está. Si se ha bajado, no sé dónde ha sido. Salgo al andén. Aparte de algunos viajeros cansados (la mujer a la que había visto dormitando, el joven con auriculares y mochila) no hay nadie a la vista. El chico me devuelve la mirada, se encoge de hombros de nuevo, levanta las manos.

Voy tras él, lo cojo por el brazo vestido de tela vaquera. Se gira, molesto, se suelta bruscamente.

—¿Lo has visto? —le pregunto—. El hombre de la capucha.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Está drogada? —dice, desagradable, desdeñoso—. No he visto a nadie. Solo a usted corriendo.

Suena el silbato. Hay que apartarse de las puertas que se cierran.

—¿Es esta su parada? —me pregunta—. Métase en el tren.

Su frialdad absoluta, la cara de un desconocido despreocupado, me echa atrás. Esta ciudad, este mundo... pueden ser muy duros, muy implacables. Me trago la tristeza y la vergüenza, me deslizo entre las puertas antes de que se cierren, me tiemblan las manos. Voy andando por el tren mientras avanza, examinando el andén. Él no está por ninguna parte. Recorro todo el tren antes de la siguiente parada.

Si estuvo allí, se ha ido. No puedo retener las lágrimas. Me apoyo en el frío metal y sollozo libremente, sola en el vagón traqueteante.

Cuando el tren llega a la calle Doscientos cuarenta y dos de Riverdale, todavía estoy temblando, como un animal de presa, aunque era yo la que perseguía. La blusa, debajo de la

chaqueta, la llevo empapada en sudor.

Salgo del tren al andén elevado y bajo a la calle, camino rápidamente, mirando por encima del hombro. El cielo es de cenizas y el aire se va volviendo más frío cada vez, las calles y los edificios bajos son como un dibujo de líneas negras y grises. El parque Van Cortlandt, en contraste, es una acuarela de colores otoñales detrás de mí, mientras subo corriendo un tramo de escaleras de cemento, paso junto a una cafetería, una tintorería, un bar... y finalmente llego a la calle boscosa donde se crio Jack. Cuando la casa aparece a la vista, su madre, Sarah, está de pie delante de la puerta, buscándome con la mirada.

Baja las escaleras mientras yo abro la cancela. Me echa una mirada, inclina la cabeza comprensiva y abre los brazos. Prácticamente corro hacia ella, me dejo envolver en su confortable abrazo.

—Ven adentro —me dice, amablemente, conduciéndome a la calidez de su salón.

Es un santuario para él, para ellos, los hombres que ha perdido. Por todas partes donde descansan mis ojos hay una foto de uno o de ambos, o fotos tomadas por Jack. Hay muchas más también: el día de nuestra boda, fotos de nuestra luna de miel, Navidades que pasamos juntos, un selfie que Sarah y yo nos tomamos durante un fin de semana que disfrutamos en la playa. Ella es una de esas raras suegras que se convierten en amigas, una amiga a la que yo, en mi desolación, había descuidado amargamente.

Jack y yo pasábamos mucho tiempo en esta casa, juntos, cocinando con Sarah, decorando el árbol de Navidad, cuidándola después de una operación de poca importancia, unos años atrás. Pero hoy me siento como una extraña, mi vida está irreconocible y ya no es lo que era cuando Jack estaba vivo, este lugar está atestado de recuerdos de otro yo.

La habitación está ordenada: las revistas puestas en abanico, en la mesita baja de centro, unos sofás color azul marino, muy cómodos, con cojines grises encima y suaves mantas, perros Staffordshire en la chimenea, un óleo de un canal de Ámsterdam al lado de los estantes, donde los libros están cuidadosamente ordenados por tamaño. Yo, como contraste, estoy hecha añicos y paseando por todas partes mis trozos rotos, mi realidad.

—No estaba localizable —empiezo, casi susurrando.

Pero ella levanta una mano.

—No pasa nada —dice—. No tienes que explicármelo. Sé dónde estás ahora mismo, Poppy. Lo entiendo.

Una copia de la foto que estaba rota en el suelo del pasillo, en mi casa, está intacta en la repisa de la chimenea, en un marco blanco sencillo. Su amabilidad me reconforta. Cierra la puerta después de entrar yo, y me siento a salvo aquí con ella. Quienquiera que esté ahí afuera, no puede entrar aquí.

—Cuánto me alegro de verte hoy —dice—. Me alegro mucho de que hayas venido.

Me bebo rápidamente el agua helada que me ha traído. Estoy sorprendida por lo deshidratada que me siento, lo rápido que he vaciado el vaso. Ella va a buscarme otro y me mira con preocupación.

—¿Qué tal lo llevas? —le pregunto cuando vuelve.

Hay algo que se agita en su rostro, un arco triste de las cejas, una tensión en su boca. Lleva un

chal de un rosa claro en torno a sus delgados hombros, se lo sujeta por la cintura. Finalmente, me ofrece una sonrisa disimulada, sin humor.

—Digamos que estoy en ello. He pasado de la ira a la aceptación.

Conozco el viaje que debemos hacer los que estamos de duelo, es que, sencillamente, me he perdido por el camino.

—Me he ofrecido como voluntaria en el hospital, en el ala pediátrica —continúa. Fue enfermera en una pequeña consulta médica local toda su vida, trabajaba mientras Jack estaba en el colegio, y por la noche estaba con él, en casa—. El turno de noche.

En su mesa se encuentra una bola de nieve idéntica a la que yo tengo en mi escritorio, una casita entre árboles. La levanto, hago que la nieve se arremoline, luego la vuelvo a dejar.

—Porque son las peores horas.

—Para todo el mundo —dice ella—. Digamos que el trabajo me ayuda a mantener la perspectiva de las cosas. Me recuerda que hay mucho dolor en el mundo. Evita que me hunda demasiado en mis propias arenas movedizas.

Nos quedamos calladas un momento. Fuera, los árboles se agitan y un pájaro pía insistentemente en un comedero junto a la ventana. La ciudad, ese tren, el hombre de la capucha, parecen a un millón de kilómetros de distancia.

—Me acuerdo de cosas... creo —digo—. Quizá. De aquellos días perdidos.

Sarah se echa hacia atrás en su silla, se quita las gafas. En su cara hay mucho de Jack, en la forma de sus ojos, en sus pómulos altos. Los mismos rizos color arena. Aparto la vista, ofreciéndole una versión resumida de mis sueños, le cuento lo que el detective Grayson me dijo en el parque, lo del asesino a sueldo. No hay motivo alguno para contarle lo del hombre de la capucha; solo conseguiría asustarla.

Ella parece encogerse ante mis ojos, apoya la cabeza en la mano.

—Lo siento mucho, Sarah —digo, deteniéndome. Este es el motivo por el que no vengo mucho por aquí. Su dolor es posiblemente más profundo que el mío propio; me duele ver ese espejo oscuro de mi pena.

—No importa —responde ella rápidamente, abriéndose de nuevo—. El detective me contó lo de la pista. Resulta difícil creer que exista gente así.

Ambas nos quedamos calladas un momento, perdidas en nuestra imaginación.

—Pero no parece que haya llegado a ninguna parte con eso, ¿sabes? —continúa. Su voz se pone tensa—. Este mes hace un año. Todavía no estamos cerca de comprenderlo.

Un año... para la mayor parte de la gente es como un suspiro, los días se transforman rápidamente en semanas, en meses que pasan como una exhalación. Para los dolientes es una eternidad, una vida abortada, unos días oscuros y difíciles.

—Jack hablaba contigo, Sarah. Vosotros dos como madre e hijo estabais más unidos que nadie que conozca. ¿Había algo raro, algo que lo molestase, que no quisiera compartir conmigo? ¿Habría querido alguien... hacerle daño?

No me daba cuenta siquiera de que aquella había sido mi razón para venir aquí. Ahora que algunos de los recuerdos podían estar volviendo, quería saber más. Jack y yo hablábamos, y hablábamos de todo, de nuestro pasado, de nuestra carrera, de nuestros amigos, familia, pensamientos, sueños, filosofías. Éramos amigos, los mejores amigos. Pero quizá Mac tuviera razón. ¿Acaso no conocemos solo algunas facetas los unos de los otros, como esos desconocidos

del tren, momentos en el tiempo, fragmentos de uno mismo? No se me habría ocurrido jamás que él me ocultara cosas, nunca lo pensé siquiera, pero pudo ser.

—Poppy —me dice ella, apartando la vista. Coge sus gafas, se las limpia con el pico de la camisa impecable de rayas rosa y blancas que lleva y se las vuelve a poner.

—No es ninguna traición contármelo —la presiono—. Ya no.

Ella retuerce uno de sus rizos rubios con unos dedos largos y elegantes. Todavía lleva el anillo de boda. Me pregunto si habrá notado que yo me he quitado el mío. ¿Qué pensaría de mis encuentros, de mi nueva vida de citas?

—Por favor, Sarah.

—No es nada —dice—. Vino el detective. Quería saber lo mismo. Me pareció más preocupado de lo habitual. Pero cuando le pregunté por eso...

Ella se mira las manos.

—¿Qué dijo?

—Cariño —responde, bajito—. Estaba preocupado por ti.

Sorprendida, inspiro aire.

—¿Por mí?

—Le preocupaba que...

Mi corazón volvía a martillear de nuevo.

—¿Qué? Dímelo.

—Pensaba que te estabas alejando de él. Los abortos. Pensaba que tú le estabas echando la culpa a él, que en cierto modo tú creías que él realmente no deseaba tener niños.

Los abortos. Hubo dos. Un recuerdo de la imagen de una sábana debajo de mi cuerpo cubierta de sangre. La segunda vez en la ducha miré hacia atrás y vi que el agua teñida de rojo corría por el desagüe. Fue horrible, las dos veces. Ella tiene razón. Todo aquello supuso una gran tensión entre los dos.

—Yo no le echaba la culpa —digo. Pero ¿es cierto? La tristeza, la manta oscura que echó encima de mí... no pareció afectarle a él de la misma manera. Él parecía seguir adelante despreocupadamente: «Cariño, son cosas que ocurren, ya lo seguiremos intentando» mientras aquello me arrastraba a mí a la desesperación.

—Comentaba que los dos estabais pasando más tiempo separados —dice—. No estaba seguro de cómo acercarse a ti.

Los dos trabajábamos largas horas en la agencia. Él estaba fuera muy a menudo, con Mac y Alvaro. Yo ponía excusas para no asistir a comidas con los clientes. Nada dramático, nada fuera de lo habitual. Pero quizás es así como empieza, quizá las grietas son diminutas al principio, y luego comienzan a hacerse mayores, más profundas, bajo la presión de la vida. Antes de que te quieras dar cuenta, hay un valle entre los dos.

—Se preguntaba si tú no estarías... —hace una pausa, con las mejillas un poco sonrojadas—... teniendo una aventura.

Las palabras aterrizan con dureza, me quitan el aliento. Dejo que la información penetre. En el exterior, el sol se esconde y la tarde se vuelve de un morado crepuscular.

—Una aventura... No. —Respiro hondo—. No la tenía.

Ella mueve la cabeza, me mira, suplicante.

—Ya se lo dije. Yo sabía lo mucho que lo querías, Poppy. Siempre lo vi en ti. Todavía lo veo

en ti.

Se levanta de su silla y viene a sentarse a mi lado, en el sofá.

—Él no estaba seguro, solo preocupado —continúa—. Manifestaba que había veces que no conseguía comunicar contigo. Que decías que estabas en un sitio y luego resultaba que no estabas allí.

—¿Cómo? —exclamo, confusa—. No, eso no es cierto.

Busco en mis recuerdos a qué se podía referir. ¿Cuándo fue eso? ¿Cuándo quiso localizarme y no me encontró? ¿Cómo pudo pensar que estaba teniendo una aventura? El eco distante de la voz en aquel sueño: «¿Quién es ella, Jack? ¿Quién es ella?».

—Te creo —afirma Sarah, con voz reconfortante—. Él tenía la sensación de que quizá no te gustaba trabajar en la agencia como habías pensado. Que echabas de menos estar detrás de la cámara. Comentaba que os peleabais. Mucho.

Tengo la garganta seca, constreñida.

—No —digo yo—. Era él quien se estaba alejando. Era él quien echaba de menos la cámara. No yo. Yo era la que me mantenía comprometida... con todo.

La pasión con la que pronuncio estas palabras me sorprende.

—Yo podría haber dicho las mismas cosas de él.

—Todas las parejas tienen esos momentos en su vida en común —explica Sarah, comprensiva y amable—. Vosotros dos... Tendríais que haberos tomado un respiro para discutir todo esto. Pero os quitaron esa posibilidad.

Por primera vez en mucho tiempo pienso en el último año que pasamos juntos. En la conmoción y el dolor de su muerte y todo lo que vino antes: los abortos, las peleas frecuentes, todos nuestros problemas... Todo desvanecido, oculto por una pátina, como un velo. La verdad es que no fue el mejor año de nuestro matrimonio. Si yo pensaba que él se estaba alejando, y él pensaba que yo me alejaba, quizás es que nos estuviéramos alejando los dos, el uno del otro. ¿Qué habría ocurrido? ¿Habríamos encontrado la forma de volvernos a unir?

—¿Cuándo? —le pregunto—. ¿Cuándo te dijo todo eso?

—Pues justo unos meses... —se detiene de nuevo, coge aliento y lo suelta—... antes.

El reloj del abuelo en el rincón da los cuartos. La habitación está cada vez más oscura, pero ninguna de las dos se levanta a encender las luces. Nos quedamos allí sentadas, sin más.

—Si pensabas que podía estar teniendo una aventura —digo—, ¿por qué no se lo contaste a la policía?

Ella se aleja de mí solo un poco, inclina la cabeza.

—Lo hice —casi susurra—. Tuve que hacerlo, por si... por si tenía algo que ver con lo que ocurrió.

Es algo que duele mucho, justo cuando pensaba que nada podía dolerme tanto. Odio que mientras estaba llorando a su hijo, tuviera que pensar eso de mí, que algo que yo hice pudiera haber conducido a ese crimen. Que ella tuviera que contárselo a la policía. Recuerdo que Grayson me interrogó repetidamente sobre aventuras, de Jack, mías, que la policía controló mi correo, mis llamadas telefónicas. Que Jack se cuestionara mi fidelidad justo antes de morir es algo que me destroza. ¿Cómo pudo pensarlo siquiera?

Busco sus manos.

—Yo nunca lo habría hecho.

Por un segundo estoy de vuelta allí, en el club, con un desconocido besándome, sintiendo ese calor. Lo aparto a un lado. Si ocurrió, ocurrió después de que muriera Jack.

Sarah me coge las dos manos entre las suyas.

—El detective dice que no hay pruebas que apoyen eso, nada que sugiera que no estabais felizmente casados. Algo que, por supuesto, yo ya sabía.

—Lo que habrás pensado de mí, Sarah... —suelto.

Ella sonrío sin más, me toca la cara con la mano.

—Mi marido y yo... tuvimos nuestros altibajos, buenos y malos tiempos. Los dos fuimos culpables de errores y de juzgar mal.

Suspira, mira nuestra foto de boda que está en la mesita auxiliar.

—Eso es el matrimonio... La gente comete errores. Todos somos imperfectos. Si queremos seguir juntos, nos perdonamos y continuamos adelante. Yo le dije a Jack que lo solucionaríais, que todo saldría bien. Él te quería mucho, cariño, mucho, y quería lo mismo que tú. Es posible que tuviera miedo de la paternidad... Su padre tal vez no fue el mejor modelo masculino del mundo, no como los padres de hoy en día, que están siempre ahí. Pero su padre lo quería. Y Jack habría sido un buen padre.

—Lo siento mucho —digo, sin estar muy segura de por qué. Ella me rodea con sus brazos.

—No lo sientas, Poppy —dice—. Ponte bien. Ponte fuerte. Hay vida después de todo esto para ti. Yo estoy segura de que será así.

Ojalá yo pudiera estar igual de segura de que eso es cierto.

Mis ojos se fijan en una foto que está situada en la mesita auxiliar que tengo yo al lado, que no había visto antes. Es Jack, de pie entre Mac y Alvaro, con un brazo encima de los hombros de cada uno. Sonríe ampliamente, y detrás de él se ven luces, una multitud. Mac mira directamente a la cámara, con su típica sonrisa reservada. Alvaro se está riendo, con los brazos cruzados ante el pecho. Es una buena foto, con muchísima energía, movimiento y personalidad.

—Esta no la había visto. —El marco pesa en mis manos.

—Ah —exclama ella, mirándola—. Vino Alvaro y me la trajo como regalo.

No puedo apartar la vista de la foto, de ese Jack, de ese momento capturado. Parece ligero, feliz.

—¿Y cuándo la tomaron?

—Humm... —Piensa, frunciendo la boca en una línea triste—. No me dijo exactamente cuándo fue. Una de las últimas noches que pasaron juntos.

Hay algo raro en la cara de Mac, no sé si es tensión o solo la incomodidad normal de algunas personas ante la cámara. Podría ser simplemente la luz, o el ángulo.

—¿Quién tomó la foto?

—Ah... Bueno... pues no lo sé —responde ella—. Quizá le pidieron a alguien que la hiciera.

Busco pistas en la propia foto. La camisa que lleva Jack, negra y abrochada con botones, con una rayita muy fina, se la compré yo. ¿Cuándo? Pues hace tiempo, demasiado como para recordar dónde, ni cuándo. Simplemente sé que le encantaba. Con una copa en una mano, casi vacía. A juzgar por el color, podría ser bourbon.

Detrás de ellos... ¿Dónde están? ¿En un club? ¿Un bar? Detrás hay una pared de espejos, ahumada y oscurecida. Ahí está: la sombra del fotógrafo, esbelto, pequeño, con la cámara en alto. Solo un fantasma, sin embargo, una figura sin forma ni rostro, inidentificable. Posiblemente una

mujer, a juzgar por el tamaño, por la estrechez de la cintura.

—¿Cuándo vino a verte Alvaro?

—Hace un par de semanas.

—¿Lo ves a menudo?

—No, en absoluto —contesta ella—. Desde el funeral no lo había visto. Dijo que lo sentía mucho, que también está intentando superar la muerte de Jack. Que se había concentrado en el trabajo, tratando de superarlo.

—Pasó por mi despacho el otro día. Yo no estaba. Quería que lo llamase, pero aún no lo he hecho.

—La gente tiende a buscarte en torno a la fecha del aniversario —dice Sarah. Se queda pensativa un segundo. Luego—: Hizo un comentario extraño ese día. En ese momento no lo pensé, pero después me chocó.

—¿Y qué fue?

—Como que... Jack era de los buenos. Y que ojalá hubiese sido un poco menos bueno.

—¿Qué significa eso?

—No se lo pregunté —responde—. Ya sabes que a veces se te ocurren las cosas más tarde.

Sarah de repente parece muy cansada, como si nuestra conversación la hubiese agotado. ¿Cómo no iba a ser así?

—Quizá lo que quiso decir es que era demasiado confiado —continúa, con la voz más baja cada vez—. Yo le había aconsejado alguna vez que no corriera tan temprano por el parque. Vosotros dos en la oscuridad, tan solos...

Se ha ido a ese lugar oscuro que yo visito tan a menudo, esa espiral de «Y si...» y «Si yo...». Es un giro triste, vertiginoso, hacia la nada. Ahora me toca a mí abrazarla. Cuando lo hago, ella se agarra a mí con fuerza. No sé cuánto tiempo nos quedamos las dos así.

Al salir de casa de Sarah, me sorprende y no me sorprende encontrarme a Carmelo apoyado en el capó del Lincoln. Me enfadaría mucho si no fuera por el enorme alivio que supone, temiendo como temía la caminata por las calles oscuras, el tren de vuelta al centro de la ciudad. Todas las sombras a mi alrededor tienen forma, amenazan. Mi charla con Sarah duele, sus palabras son como golpes que han dejado hematomas. Busco datos de Jack, y aquí tengo uno. Él pensaba que nos estábamos distanciando, que yo quizá tenía una aventura. Nuestro último año juntos, él no fue feliz, quizá yo tampoco.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunto a Carmelo.

Él se encoge de hombros, me dedica una sonrisa.

—No hago preguntas. Solo hago lo que me dicen, ¿sabe?

Me abre la puerta y me introduzco en el cálido abrazo de cuero del coche, demasiado exhausta para fingir resistencia. Mi teléfono vibra con un texto de Layla que parece leerme el pensamiento: «Find My Friends, ¿recuerdas? Llevo un año siguiéndote. Por si te preguntas cómo te encontré Carmelo».

«Sabes que todo esto es muy raro, ¿verdad? Raro y un poco desagradable».

«No me lo parece. Sigo a Izzy y a Slade».

«Yo no soy hija tuya, Layla».

«Tenemos hamburguesas de pavo para cenar».

Me meto el teléfono en el bolso.

—Carmelo, voy a necesitar que me lleve a mi casa, ¿de acuerdo?

Él se queda callado un segundo.

—A la señora Van Santen no le va a gustar.

—Si me lleva a casa de Layla, cogeré un taxi desde allí.

Veo que me mira con ojos preocupados por el espejo retrovisor.

—No me dedico a secuestrar a nadie —dice, encogiéndose de hombros.

—Bueno es saberlo.

El mundo en el exterior está oscuro y aterciopelado, y pasa a todo correr con las luces parpadeantes de las ventanas y los coches y las farolas. Todavía estoy un poco afectada por mi visita a Sarah, por el encuentro en el tren. Pero en mi interior hay algo más.

Hay una chica que no se apoya en las pastillas, que no está rota por el dolor, a la que no acosan, que no desaparece en sus sueños. Soy yo, la persona que era antes, fuerte, capaz de manejar su vida. Ella sigue todavía ahí. A pesar de las cosas que ha dicho mi suegra, ver a Sarah me ha vuelto a conectar con mi antiguo yo. Ella tenía una parte de Jack, pero tiene también una parte de la antigua Poppy. Quizá la curación no sea solo encontrarlo a él, sino encontrarme a mí misma.

De vuelta en mi apartamento, en lugar de tomarme la pastilla que me han recetado y meterme en la cama, cosa que obviamente debería hacer, me vuelvo a duchar y me preparo una cafetera.

«No es hora de dormir, Poppy. —Es la voz de Jack, alta y clara—. Es hora de estar despierta».

La fatiga me envuelve, pero no quiero caer en su trampa. Lucho contra ello. Encuentro mi antigua medicación y el misterioso frasco de Layla, y lo echo todo al váter. Flotan como confeti: rojas, amarillas, azules, blancas. Con un arranque de euforia y temor, tiro de la cadena y veo desaparecer el remolino de colores.

Noah va a venir a recogerme dentro de un par de horas, y voy a usar ese tiempo para pensar en mis días perdidos, seguir investigando esas cajas, tranquilizarme y empezar a hurgar en mis propios recuerdos. Ese club nocturno en el Lower East Side, Morpheus. Si estuve allí, tengo que saberlo. Si hay más respuestas en las cajas (sobre Jack, sobre mí misma), voy a encontrarlas esta noche, antes de dormir.

Dos tazas de café y unas pocas cajas más tarde, con la fatiga devorándome y la frustración en aumento, estoy a punto de abandonar. Y entonces, en el fondo de la última caja, veo una superficie impresa floreada, con unas letras doradas grabadas en relieve. Una baraja de tarot muy gastada, un regalo de nuestra vecina de la puerta de al lado, Merlinda. Ella es otra persona de la que me he apartado, ya que conservar su amistad habría sido demasiado doloroso, cuando la línea que me unía a mi antigua vida me fue arrebatada.

Mi visita a Sarah me ha convencido de que tengo que volver atrás, para seguir adelante. Si alguien tenía un asiento de primera fila para mi vida con Jack es la mujer que vivió cinco años en la puerta de al lado de la nuestra. Busco el teléfono, sin hacer caso de los textos furiosos de Layla y sus mensajes de voz, y llamo a Merlinda.

—Ay, amiga mía —exclama ella, como saludo—. Cuánto tiempo...

—Lo siento mucho —respondo. Parece que lo único que puedo hacer ahora es disculparme.

—Te voy a decir una cosa. Este edificio... —comenta—. No ha vuelto a ser el mismo desde que te fuiste, querida Poppy.

El cielo en el exterior de mi ventana se ha oscurecido. Acurrucada en el sofá, acuno el teléfono, recordando las vistas al río Hudson que se contemplaban desde nuestro antiguo apartamento.

—Qué amable eres, Merlinda —digo.

Nuestro antiguo edificio parecía llorar a Jack; los vecinos quedaron destrozados por su asesinato, en nuestro jardín, como quien dice. No veía el momento de salir de allí. Alejarme de los recuerdos de nuestra vida feliz y extravagante, lejos de su fantasma en el buzón del correo, en el ascensor, en la calle. Después del hospital, cuando pude ponerme en pie de nuevo, me marché. Lo lamento ahora, algunos días. Quizá debería haberme quedado un poco más de tiempo. Tal vez no debería haberme perdido como lo hice.

—No, lo digo en serio —continúa ella, con una voz profunda, ronca—. Y entonces, cuando se fue esa otra familia... ¿Cómo se llamaban? ¿Quién se acuerda? Bueno, es igual. El caso es que solo quedamos los viejos y locos de siempre, esos de los que no hay manera de librarse. ¡Como yo!

Su risa áspera me hace sonreír, hasta que acaba en tos. Espero, escucho con relativa alarma, mientras ella se aleja del teléfono y luego regresa.

—Merlinda, ¿estás bien?

—Bien —dice, al final—. No te preocupes por mí. ¿Cómo estás tú, querida?

Ese tono. En cualquier otra persona me daría dentera. Esa forma indiscreta de curiosear después de la tragedia. Las miradas fijas y significativas, las voces profundas, tristes. Esa mirada que intenta ahondar bajo la fachada que tú tanto luchas por presentar. Pero con Merlinda puedo soportarlo... porque es bienintencionada, porque es pura bondad.

—Ya sabes. Días buenos y días malos. —Normalmente intento presentar la cara buena nada más, pero con Merlinda no me preocupo. Ella lo ve todo, la gran Merlinda. Éramos más que vecinas, éramos (somos) amigas.

Respira hondo y deja escapar el aire.

—Sí —dice—. Lo comprendo. Poppy, querida, soñé contigo anoche.

Más sueños. Justo lo que necesitaba. Este es de la médium residente, echadora de cartas, hipnotizadora y lectora de tarot.

—Estabas en un laberinto —continúa—. Andabas y andabas, e intentabas encontrar la salida.

Suena bastante real.

Merlinda vino a nuestra fiesta de Fin de Año, la última que hicimos antes de que muriera Jack. Por petición popular, echó las cartas a todo el mundo. Bajamos las luces del comedor, encendimos unas velas. Ella presidía con una túnica verde intenso y naranja, el pelo teñido de rojo envuelto en un pañuelo con lentejuelas; Merlinda interpretó su papel a la perfección, prediciendo amor y éxito, paz y sorpresas alegres para todo el mundo que estuvo sentado con ella en nuestra mesa del comedor. Incluso Alvaro, cínico y silencioso, pasó un tiempo conversando con ella.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Jack a Alvaro, cuando este finalmente se apartó de ella.

—Pues ya sabes... —respondió Alvaro, después de dar un sorbo a la cerveza que le tendía Jack—. Fama, fortuna, mujeres que caerán a mis pies. Esa mujer tiene un don.

Hablaba con Jack, pero tenía los ojos clavados en mí. Siempre. Ese hombre «siempre» me miraba de una manera que yo no entendía del todo, como si fuera un problema que él no podía resolver.

—¿Y tú, Poppy? —preguntó Alvaro—. ¿Cuál es tu futuro?

Su mirada, su pregunta, me incomodaban, pero sonreí de todos modos.

—Pues te lo diré cuando lo sepa —contesté—. Soy la siguiente.

Merlinda me hacía señas de que me acercara a ella, y así lo hice. Me senté en la silla a su lado, a la mesa.

—¿Qué quieres del año que empieza ahora, Poppy? —me preguntó ella. Puso sus manos cálidas sobre las mías. Yo miré las venas nudosas, los dedos delgados cargados de anillos chillones, las uñas pintadas de rojo. Deseaba tener una cámara para hacer una foto.

—Tengo todo lo que quiero —le respondí. Pero me sonó falso, nada sincero.

—Nadie tiene «todo» lo que quiere —respondió ella. Su energía, la repentina intensidad de su mirada de un verde esmeralda, nos envolvió a las dos hasta que el resto de la gente en la habitación desapareció.

—Quiero un niño. —Las palabras salieron de mi boca antes de poder detenerlas, y me sorprendí y avergoncé por aquella soltura. Miré a Jack, que estaba preparando bebidas en el bar que habíamos dispuesto. Ese fue el año de mis dos abortos. Había intentado tomármelo con calma, como me decía todo el mundo que debía hacer. Pero esas pérdidas me pesaban mucho, me mantenían despierta por la noche.

Merlinda sonrió amablemente y me apretó las manos. Me tendió un pañuelo de papel y yo me

sequé los ojos con rapidez.

—Y quiero que Jack sea feliz.

De nuevo, no tenía intención de decir eso. Miré otra vez a mi marido, que tenía la cabeza inclinada riéndose de algo que le estaba diciendo Alvaro. Probablemente alguna cochinada, o alguna maldad... que parecía que era lo que solía salir siempre de la boca de Alvaro. Jack nunca lo decía, pero yo me preguntaba si en cierto sentido no envidiaría a su amigo: su éxito en aumento, su estilo de vida viajero, una retahíla infinita de bellas mujeres. Jack se había establecido, porque así lo había decidido él mismo. ¿Lo lamentaba acaso? «Es un gilipollas —me decía Jack, cuando yo le preguntaba—. Un negado. Si envidiase a alguien, que no es así, él sería la última persona en el mundo».

Merlinda mantuvo la cabeza inclinada unos momentos. Luego, me ofreció el tarot, y yo elegí tres cartas. Las extendió entre las dos y dio la vuelta a la primera, muy gastada.

Los amantes. Un ángel bendecía con las manos a dos figuras desnudas, mientras unos bellos rayos de sol brillaban desde arriba.

—Tu marido y tú estáis enamorados —dijo Merlinda—. Os lleváis bien, os complementáis el uno al otro y tenéis un profundo respeto cada uno por las pasiones, los sueños y los deseos del otro. No pierdas la fe, hay niños en tu futuro.

Yo le sonreí, agradecida. Sabía que Merlinda era un fraude, que no tenía ningún poder psíquico especial. Pero, aun así, era agradable oír esas palabras. Quizás el simple hecho de pronunciarlas, de ponerlas en el universo, tuviera una especie de poder. Detrás de mí escuché la voz de Layla, vivaz y exuberante, entre todos los ruidos de la fiesta, mientras Jack los saludaba a Mac y a ella. Llegaban tarde, como de costumbre, haciendo malabarismos con las mil y una obligaciones sociales de aquella velada. Era casi medianoche.

Merlinda dio la vuelta a la siguiente carta, pero Jack me apartó de allí. Y luego Layla me envolvió en un abrazo. «¡Feliz Año Nuevo, chica!». Empezó la cuenta atrás: diez, nueve, ocho...

—Te quiero, Poppy —susurró Jack, mientras todo el mundo gritaba a nuestro alrededor.

Me envolvió en el abrazo enternecedor que siempre hacía que se me doblaran las rodillas, y cuando el reloj dio la medianoche, me dejé perder en su beso. ¿Cómo pudo pensar que yo le era infiel? Lo amaba. Lo amaba muchísimo. Cuando volví a mirar a Merlinda, su mirada se había puesto seria, y había vuelto a meter las cartas en la baraja. No sé cuál sería mi futuro, pero imaginé que sería mucho mejor como misterio.

—Me gustaría hacerte algunas preguntas, Merlinda —le pido ahora—. Sobre los días después de que muriera Jack.

—Claro, por supuesto —contesta—. Y yo tengo respuestas.

El timbre de su apartamento suena, diminuto y distante.

—Pero ahora no puedo hablar. Ven mañana, lo antes que puedas.

—Espera... —suplico. ¿Qué significa eso? ¿Cómo que tiene respuestas? No es lo que esperaba oír, en absoluto.

—Nos vemos mañana.

Y ha colgado, se oye el zumbido de la línea. Miro el teléfono que tengo en la mano, notando el frío dedo del temor presionando mi vientre. Intento volver a llamarla, pero me sale directamente el buzón de voz.

Pasa un momento hasta que me doy cuenta de que mi propio timbre también suena.

—Noah Avidon pregunta por usted —dice el portero cuando finalmente respondo.

Intento olvidar la conversación con Merlinda, y me miro en el espejo del baño. Aunque he hecho muchos esfuerzos para ocultar las ojeras que me rodean los ojos, sigo teniendo mal aspecto: demacrada, pálida. Incluso se diría que angustiada. Me he recogido el pelo largo y negro, llevo el vestido negro sencillo que es mi recurso habitual, un par de zapatos de tacón negros. Es lo mejor que puedo hacer. El teléfono está sonando, vibrando en el lavabo, bajo el espejo. Layla. No se cansa nunca. «Es mala idea. Por favor, no lo hagas».

He cometido el error de contarle mis planes para la noche. No puedo ocultarle nada. Y ella me manda un texto cada cuarto de hora, desde entonces. Paso de ella.

He pensado en mi noche con Noah... más de una vez. Noto una oleada de culpabilidad. Es una deslealtad, ¿no? Aunque Jack haya desaparecido, sigo siendo su mujer, sigo enamorada de él. La madre de Jack no se volvió a casar nunca. Y aunque mis padres no eran felices precisamente, mi madre tampoco se volvió a casar después de morir mi padre. «Solo hay un auténtico amor en tu vida», decía mamá, misteriosamente. Yo tuve la sensación de que ella no hablaba de mi padre. ¿Sería cierto eso? ¿Habría solo uno? ¿Habría amado yo ya bastante?

El teléfono vibra otra vez con otro mensaje de Layla. «¿Cuál era Noah? ¿Está bueno? Creo que dijiste que sí, que estaba bueno. No te acuestes con él. No es el momento adecuado para ti».

Finalmente le envío un mensaje: «¡Para!».

Prácticamente puedo notar cómo echa humo.

«Vale. Hazme un favor y no vuelvas dando tumbos a mi casa sin acordarte ni de cómo te llamas».

¿En serio? ¿Eso me ha puesto?

«Uf, eso es un golpe bajo».

«Lo siento. Estoy preocupada por ti».

Me guardo el teléfono en el bolsito de noche y me doy un repaso final.

Llaman a la puerta. Respiro hondo antes de abrir. Layla tiene razón; es mala idea. Pero aquí está él, con las manos metidas en los bolsillos. Es más grande de lo que recordaba, más ancho y más alto. Huele a algo... a fuego y a aceite de linaza. Vuelven los recuerdos de nuestra cita, de cómo me sujetaba la puerta, de que me escuchaba atentamente cuando yo hablaba.

—Eh—exclama, se inclina para darme un beso rápido en la mejilla—. Estás... maravillosa.

Sé que solo se muestra amable, porque vengo del espejo, desde donde me ha mirado una mujer desvaída y hecha polvo.

Pero aun así me arden las mejillas.

—Gracias—digo—. Tú también.

Todo negro: camisa, vaqueros, botas. Se pasa una mano por los rizos sedosos y sus ojos avellana se clavan en mí. Hay algo entre nosotros, una atracción magnética. Pero en lugar de acercarnos, nos quedamos incómodos en la puerta un momento, hasta que yo me aparto para dejarlo entrar.

—Qué bonito el piso —afirma.

Me sigue hasta la isla de la cocina, y sus ojos se fijan en las cajas. Es uno de esos detalles, supongo, esa muralla de cajas con el nombre de mi marido escrito en todas ellas. Si es intuitivo, probablemente estará gritando interiormente: «No lo ha olvidado todavía. No puede. Vete bien lejos, muchacho».

—No te tenía por una chica a la que le guste ir a clubs. —Toma asiento al otro lado del mostrador de la cocina, frente a mí.

—No me gusta... normalmente.

—Me parece que aquí hay algo más —dice—. ¿Me lo quieres contar?

Abro el frigorífico y le ofrezco una cerveza, que él acepta. Quita el tapón de rosca con la mano, y veo que la tiene quemada y con cicatrices, por las obras de metal que hace. Esas esculturas negras, retorcidas, dragones y demonios, un fénix, un hombre con un cuchillo. Tiene mucho éxito, sus obras se exhiben en galerías de todo el mundo. No lo sé porque me lo haya contado él, sino porque lo busqué en Google después de nuestra cita.

Yo me quedo con una Perrier. No más pastillas misteriosas, no más alcohol. Es hora de limpiarse y hacer las cosas bien.

Noah recibe la versión resumida, una especie de verdad a medias que me hace parecer algo menos loca. Ya sabe lo de Jack y mi crisis nerviosa, por nuestra primera noche juntos. Le cuento algunos de mis sueños, la sospecha de que quizá sean recuerdos de mis días perdidos. Cuando he acabado, él calla.

En parte, espero que se levante y se vaya, porque realmente... ¿quién quiere cargar con este equipaje? Cuando me llamó probablemente lo único que deseaba era repetir nuestra última velada juntos: buen sexo, algo fácil, sin ataduras. Pero se queda y da un trago más a la cerveza.

—Ese club —dice, mirando la botella que tiene en la mano—. ¿Tú estuviste allí? ¿O crees que estuviste allí? ¿O tal vez simplemente soñaste con él?

Me preparo para decirle adiós. Se frota la barba en la parte más pronunciada de su mandíbula.

—¿Y qué esperas conseguir, yendo allí?

—Pues he pensado que quizá podía refrescarme la memoria —respondo. Suena débil, tan precario e ilógico como es en realidad.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —me dice. Entorna los ojos, indeciso.

—Claro.

—¿Has pensado en la posibilidad de olvidarlo todo, simplemente?

No suena condescendiente ni sentencioso, como podría parecer. Es más bien la reflexión de alguien que ha pasado por la misma situación. La doctora Nash, mi madre, todos han expresado el mismo sentimiento. La simple idea de que pueda abandonar sin más la vida que Jack y yo compartimos y dirigirme hacia una fase nueva e inesperada, de que pueda aceptar sin más ese nuevo camino y, una vez haya pasado la pena, seguir adelante, siempre está a mi alcance. Y sin embargo...

—No puedo —contesto—. Hasta que sepa lo que le ocurrió.

Bueno, eso es, pues. Quizá lo que quiera es clausurarlo, después de todo. Quizás importe quién mató a Jack, aunque eso no me lo devuelva.

Él deja la botella en la barra y asiente despacio, pensando.

—Me parece bien.

De nuevo espero que se levante, que ponga excusas. Pero se queda allí clavado.

—Esa noche que pasamos juntos... —dice—. Te hablé de mi novia de la universidad, ¿no? Yo asiento.

—La mató un conductor borracho. Lo lamento sinceramente.

—Me obsesioné con el hombre que la mató. ¿Quién era? ¿Qué había estado haciendo aquella noche? ¿Qué tipo de monstruo se pone borracho detrás del volante de un coche y mata a una chica? ¿La arranca de su familia, del chico que la amaba y que quería casarse con ella? No solo la mató a ella: mató mi futuro, el futuro que imaginaban sus padres. La injusticia que suponía todo aquello me destrozaba.

Está suelto, sin embargo, no tenso y furioso con sus palabras. Veo que ya se encuentra al otro lado, un lugar muy lejano de donde estoy yo.

—Pero ¿sabes qué? Era un hombre, solo un hombre. Un tío de mediana edad que había tomado demasiadas copas con la gente del trabajo, en la hora feliz. Su empresa se estaba hundiendo. Tenía dos hijos y estaba pasando por un divorcio muy desagradable. Era un tipo que luchaba, un tipo infeliz, que cometió un error una noche y destrozó unas vidas... La suya incluida.

—Yo... lo siento —¿Qué otra cosa puedo decir?

Él levanta una mano, pero mira al infinito. La sombra de lo que dice oscurece su rostro.

—Como yo era joven y arrogante, no podía creer que alguien a quien «yo» amaba, a quien «yo» quería, me hubiera sido arrebatada, y eso lo hacía peor. El azar de aquel hecho era imposible de aceptar.

Se inclina un poco hacia mí.

—Seguí así durante años, fui al juicio, escribí cartas a ese hombre. Puse a Bella en un pedestal, mentalmente. Ella era la única, la elegida. Nunca habría otro amor como el que compartimos ella y yo. Pero la verdad es que solo éramos unos niños. Nos queríamos, desde luego. Pero ¿habríamos compartido una vida? Pues no lo sé. Yo no era un buen novio. La había engañado, discutíamos a veces.

Se mira las manos.

—Ella quería ser médica, tenía un largo camino por delante para su educación, y estaba muy entregada a su carrera profesional. Yo estaba más indeciso, era estudiante de bellas artes y muy propenso a hacer el vago, no estaba seguro de si conseguiría ganarme la vida con el arte alguna vez. No éramos una pareja tan perfecta.

Las palabras quedan suspendidas entre los dos. Fuera, una sirena lejana gime subiendo la calle, baja y distante. Intento visualizarla a ella, una joven estudiosa enamorada de un artista, que sueña con ser doctora, cuya vida acaba trágica, repentinamente, mientras vuelve a casa en coche a ver a sus padres. Duele, aunque nunca la conocí, la pérdida que significó.

—Lo que tú estás pasando ahora —dice Noah. Me busca la mano. Sus dedos están fríos por la botella y aplacan el calor de los míos—. No es lo mismo. No intento disminuirlo ni mucho menos. Tu marido fue asesinado. Vosotros estabais felizmente casados, enamorados, probablemente disponiéndoo a crear una familia. Yo solo digo que incluso cuando tienes todas las respuestas, debes llevar a cabo la elección de dejarlo y seguir adelante.

—¿Cuándo lo dejaste tú?

Él mueve la cabeza.

—Toqué fondo, la verdad. Abandoné la universidad, regresé a casa con mis padres. Mi padre

se puso muy duro conmigo y me dijo que tenía que reaccionar. Me coloqué de aprendiz con un artista local y empecé a trabajar el metal. Fue ese trabajo, ese descubrimiento, lo que me salvó. Trabajé mi pena en el estudio, me forjé un nuevo camino.

—Pero no encontraste a nadie más. No te casaste.

—No, nada serio. Nada que durase.

Y entonces:

—El metal. Es sólido. Casi indestructible. Cuando está caliente, puedes doblarlo, moldearlo, martillararlo. Pero en frío, coge su forma y ya no puedes cambiarlo. Puedes fundirlo, pero adoptará otra forma distinta. Todo lo demás se va, cambia, desaparece.

Jack ya se está desvaneciendo. Eso es lo más duro de todo. El sonido de la voz de Jack, el tacto de sus manos. Lo que era estar entre sus brazos, pelearme con él, reírme con él. Lo molesto que era cuando sus duchas se eternizaban, y cuando no sabía nunca qué pedir en los restaurantes. Era bastante dado a la condescendencia masculina. Me volvía loca cuando asumía un aire de autoridad total sobre todas las cosas. Acaparaba las mantas. Cocinaba unas tortillas fantásticas, me traía café a la cama, siempre encontraba una solución para cualquier problema, grande o pequeño. Todo el mundo desaparecía cuando me besaba. Todo se está desvaneciendo, como un vapor que se elevara del lago de mis recuerdos. Si intento aferrarme a él, a nosotros, que es lo que estoy haciendo, no puedo.

Noah da la vuelta a la barra y me busca la cara, me limpia una lágrima que yo ni siquiera sabía que tenía. Intento apartarme de él. No me gusta que la gente me vea llorar, aunque ahora todo el mundo lo ha hecho. Pero él me sujeta suavemente, con una mano en mi brazo.

—Te voy a dar lo que yo necesité y no tuve entonces —afirma.

Me toca la mejilla para que vuelva los ojos hacia él. Apoyo la mano en su cintura. Cuando nuestros ojos se encuentran, se produce un chispazo de electricidad que me recorre el cuerpo. Está muy cerca, puedo notar su calor.

—¿Y qué es? —pregunto.

—Un amigo.

Sonríó ante esa palabra que puede resultar tan engañosa entre hombres y mujeres, especialmente cuando están tan cerca como lo estamos nosotros, cuando la atracción es tan fuerte. Sería muy fácil perderme en él esta noche, tomar unas pastillas y olvidar. El teléfono en mi bolsillo vibra y zumba, frenético.

—¿Y qué significa eso? —pregunto.

—Significa que te voy a ayudar a averiguar lo que puedas sobre tu marido, sobre esos días perdidos. Si quieres ir a ese club, si crees que te puede ayudar, vamos.

Retrocede un paso, me ofrece la mano, y yo la cojo con la mía. Su mirada es cálida, vivificante, y el calor se expande por mi interior.

Luego, cuando aparto la vista, está allí. Jack. Sentado en el sofá que él habría odiado. Esa losa dura, gris e incómoda, tan elegante y moderna. Una sensación de alarma hace que me lata deprisa el corazón.

Intento no mirar; está ensangrentado y golpeado. Con la cara hinchada y amoratada, como la chica de la sala de juntas. No identifiqué el cuerpo de Jack. Mac me salvó de ese horror. Nunca olvidaré la cara de Mac cuando volvió a mí desde la morgue, ceniciento, demacrado, con los ojos brillantes de dolor.

—Ay, Dios mío, Poppy —dijo, con la voz rota—. Lo siento muchísimo...

Él se inclinó hacia Layla, que dejó escapar un gemido estrangulado de dolor y lo agarró fuerte, y luego me abrazó a mí también. Nos quedamos los tres allí de pie, sujetándonos los unos a los otros. Mac sollozaba como un niño pequeño, impotente ante su dolor. Mi propia voz, un susurro, una plegaria: «Nooooooooooooooooo».

—Es un hombre guapo —dice Jack—. Se parece un poco a mí, ¿no crees? ¿Qué diría tu loquera de esto?

El sonido de su voz me hace estremecer. Pero no le respondo. Después de todo, él no está allí. Por el contrario, cojo la botella vacía de Noah y la pongo en el reciclaje, ocupándome en prepararme para salir. Pero él es muy real. Podría ir hasta donde se encuentra y cogerlo entre mis brazos, limpiarle la sangre de la cara. ¿Qué me está pasando? No estoy soñando. Pero sí, debe de ser un sueño. Tiene que serlo.

—Poppy —me llama Jack. Se pone de pie, lleva la ropa de correr, manchada de barro y sangre. Tiene un lado de la cabeza aplastado, antinatural. «No hagas esto. Sigue buscando respuestas y encontrarás cosas que no te gustarán. Sigue el consejo de todo el mundo y deja que me vaya. Ya me he ido. Hace mucho».

—¿Estás bien? —pregunta Noah.

Las cosas tiemblan, el mundo se tambalea, y luego Jack, afortunadamente, ya no está en la habitación conmigo.

—Es que... he dormido poco —respondo, intentando calmar mi acelerado corazón. ¿Cómo lo ha llamado la doctora... hipnagogia? Pienso en intentar explicarlo, pero parece una locura. Era tan real... Estaba aquí, aquí mismo. «Propensa a quedarse en blanco».

Él da la vuelta a la barra.

—Bueno, pues vamos a hacer esto y luego te vas a la cama —me dice. Debe de ver algo en mi cara, porque sus mejillas se tiñen levemente de color—. A dormir, quiero decir... sola. O sea, si eso es lo que quieres, claro.

Su incomodidad resulta encantadora.

—Gracias.

Le estoy agradecida a este desconocido que no conocía a Jack y que no me conoce en realidad. Todas las demás personas de mi vida perdieron algo cuando Jack murió; todos quieren que yo esté mejor, que esté bien, y cada uno de ellos tiene una idea de cómo podría ocurrir eso más rápido. Pero Noah solo ve quién soy ahora mismo, una chica rota, intentando rehacerse, tratando de entender quién mató a su marido. Y ha ofrecido a esa persona su amistad, quizá sencillamente porque conoce el camino de descenso a ese mundo oscuro e intrincado mucho mejor que la mayoría.

No me pregunta lo que quiero decir. Lo sabe.

Una rápida mirada a mi teléfono me revela una pantalla llena de textos de Layla: muchos emoticonos de caras furiosas y esas exclamaciones grandes y rojas, una llamada perdida desde el teléfono de Izzy (Layla llamando desde el teléfono de Izzy para intentar que le conteste, un viejo truco que ha funcionado más de una vez). Hay una llamada perdida del detective Grayson. Si se la devuelvo, tendré que mentirle. No quiero ni pensarlo. Si fuera algo importante, habría venido en persona. Oigo su advertencia otra vez: «Sea de bajo riesgo durante un par de días, ¿vale?».

—¿Preparada?

Noah me mira. No ha mirado el teléfono ni una sola vez, ni en nuestra última cita ni esta noche. Es raro que no tenga un dispositivo pegado a la mano, que no esté mirando una pantalla todo el rato, con las burbujas avanzando en ella, un texto separado de la voz y el cuerpo, lenguaje reducido al mínimo significado, y por tanto menos significativo que la conversación real.

¿Cómo hemos permitido que pase esto, separarnos los unos de los otros mientras parece que estamos más conectados que nunca? ¿Cómo hemos permitido que se eliminen la voz, el contacto y el tono de nuestras interacciones? Me gusta eso de Noah, que está más presente que la mayoría de las personas. Más presente que yo misma. Me abre la puerta mientras yo guardo el teléfono en mi bolso de noche, jurándome que no voy a mirarlo otra vez.

Una ojeada rápida detrás de mí me revela que el apartamento, afortunadamente, está vacío.

Jack y yo nos peleamos la noche anterior. De hecho, Sarah tenía razón: nos habíamos peleado mucho, los meses y las semanas anteriores a su muerte. «Las parejas se pelean —decía Layla, cuando le confié todo esto durante una de nuestras charlas, después de su muerte y después de mi crisis nerviosa—. Pasas por fases, tiempos buenos, tiempos malos. Todo el mundo quiere pensar que su relación es perfecta. Pero nada es perfecto, no importa lo que pongamos en Facebook». Y tiene razón, por supuesto, pero me resultaba odioso que nuestras últimas semanas precisamente se caracterizaran por las discusiones, los silencios, las palabras duras.

Mac y Layla estaban frecuentemente tensos e irascibles el uno con el otro. A lo largo de los años yo había visto los bordes deshilachados de su relación: la inmersión de Mac en su trabajo, la paternidad, Layla que abandonaba su arte para criar a su familia... Las tensiones y los pequeños resentimientos florecían y se convertían en discusiones. Pero, aun así, yo sabía cómo la miraba él a ella, y ella a él. Cómo la abrazaba él, cómo se besaban, con besos largos y dulces, cuando él volvía del trabajo (normalmente). Cómo se reía ella de las bromas tontas de él, que no eran divertidas para nadie más. Cómo le sujetaba el abrigo él a ella. Un matrimonio es un mosaico hecho de piezas, algunas rotas y recortadas, otras brillantes, unas oscuras, otras doradas. Las piezas no importan tanto como la imagen entera de tu vida conjunta.

La verdad es que con Jack y yo parecía distinto. Lo que teníamos ¿parecía de alguna manera menos sólido? ¿Estábamos menos unidos el uno al otro que Mac y Layla? Yo sospechaba que se debía a la falta de hijos, a los abortos. Me habían deshecho de una forma que yo nunca habría imaginado. Pero Jack no lo sentía de la misma manera. Mi deseo de tener hijos empezaba a consumirme.

—Creo que deberíamos darnos un respiro —dijo él, cenando, la última noche. Yo había estado observando la pasta en el plato, moviéndola arriba y abajo. No recordaba la última vez que cualquiera de los dos había hablado, desde que nos sentamos a la mesa. Él tenía el portátil abierto. Yo me fijaba en mi plato.

—¿Un respiro?

—No intentarlo con tanta desesperación, quiero decir.

Así que a eso se debía el tenso silencio. Yo estaba ovulando, ambos lo sabíamos.

Él me buscó la mano, pero yo la retiré. Estaba oyendo lo que decía él, incluso estaba de acuerdo en parte. El sexo se había convertido en hacer un bebé, no solo en conectar, no en placer, amor, lujuria. No me gustaba tampoco aquello que había pasado en nuestra vida. Pero notaba algo más, una capa más.

—Estoy empezando a pensar que quiero esto mucho más que tú —dije yo. La tristeza y la ira parecían burbujear siempre bajo la superficie ahora, una pelea siempre dispuesta a hacer erupción.

—Yo también lo quiero —añadió él, apartando la vista. Cerró el portátil—. Sabes que sí. Es que... el negocio está creciendo. Hemos hablado de que podría coger encargos otra vez.

No eran solo las palabras, sino el tono. Tranquilizador, razonable... pero de alguna manera, distante.

—Tú decías que no lo querías. Que estabas «hecho polvo». —Mi voz sonó algo malhumorada, burlona, de una forma que no había pretendido. Pero Jack era afable, su ira tardaba en encenderse. Levantó los hombros, cogió la servilleta que tenía encima de las rodillas y la puso en la mesa.

—Cuando el negocio esté más asentado, quizá podría volver a querer hacerlo otra vez.

Yo dejé el tenedor, me eché hacia atrás.

—Es un decir —continuó él, inclinándose hacia delante para salvar la distancia que yo había creado—. Deberíamos quitarle toda esta presión. Si pasa, que pase, ¿vale? Dejemos de seguir tu ciclo, volvamos a follar como antes, como toda la vida, porque nos deseamos el uno al otro. Porque todavía me deseas, ¿verdad?

Yo tuve la energía suficiente para sonreír.

—No soy solo una máquina de fabricar bebés para ti, ¿no?

Dio la vuelta y vino hacia mi sitio, se arrodilló delante de mí y me cogió las manos. Tenía aquella sonrisa que derretía la ira y cualquier tipo de decisión.

—Pero ¿y si no pasa nunca? —le pregunté.

Se encogió de hombros.

—Hay muchas más cosas en la vida además de los niños, Poppy. ¿No?

Recordé las sábanas cubiertas de sangre, el gemido que llegaba de un sitio doloroso en mi interior que ni siquiera sabía que estaba allí. Pensé en Izzy y en Slade, los mágicos productos del amor de Mac y Layla. El mundo antes de que llegaran era «menos» de lo que fue tras su llegada. ¿A quién traeríamos al mundo Jack y yo? Quería saberlo, desesperadamente.

—¿Cómo qué? —pregunté.

Él se echó a reír.

—El arte, los viajes, trasnochar con los amigos, la libertad. Nosotros, Poppy, tú y yo... haciendo lo que queramos el resto de nuestras vidas.

Me hería en lo más hondo ver cómo se iluminaba de emoción su cara.

—Me estás diciendo que no te importa si tenemos hijos o no...

Había algo en aquel hecho que me destrozaba, no sabía por qué. Antes de Jack nunca había pensado tampoco en tener hijos.

—Estoy diciendo que si a ti te importa, a nosotros nos importa. Pero que ocurra lo que ocurra, a mí me parecerá bien.

—Ya te oí —dije. Él frunció el ceño ante mi tono.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando hablabas con Alvaro anoche.

Él negó con la cabeza, bajó la vista.

—Tú le contaste lo de los abortos, ¿y qué dijo él?

«Te has librado de una buena, tío. Los niños son el final de todo en esta vida».

Lo oí porque Jack tenía puesto el altavoz, mientras escribía en el ordenador. Rápidamente cogió el teléfono.

—Eso que dices es muy feo, tío —respondió Jack, con un tono bajo—. Poppy ha sufrido mucho.

No «hemos sufrido mucho». No oí nada más después de eso, me marché.

—Alvaro solo se preocupa por sí mismo —dijo él, poniendo los ojos en blanco—. Ya lo sabes.

—Sí, lo de él ya lo sabía —repliqué, levantándome. Cogí mi plato y me aparté de él—. Pero lo tuyo no.

—Venga... —dijo él, todavía en el suelo—. Eso no es justo.

Me llamó, pero yo me fui a la cocina, lavé los platos, luego me dirigí al dormitorio. El resfriado contra el que luchaba me tenía demasiado agotada para estar furiosa incluso. Me lavé los dientes, me cambié y me metí entre las sábanas. Unas horas después él se metió a mi lado, me abrazó.

—Te quiero —susurró, con su aliento en mi oído—. Te quiero mucho. Lo siento.

Yo fingí que no lo escuchaba, fingí que estaba profundamente dormida, y por fin él se apartó.

Noah y yo no esperamos en la cola que se extiende a lo largo de toda la manzana. Él pasa el brazo por el mío cuando salimos del taxi y va directo hacia el portero, que nos mira brevemente y levanta el cordón de terciopelo sin hacer preguntas. Los dos intercambian un breve saludo con la cabeza, y durante un segundo me parece que se conocen. ¿Habrá estado aquí él?

Pero antes de que pueda preguntárselo, estamos sumergidos en un laberinto de cuerpos y la música retumba con fuerza. Casi de inmediato lamento que hayamos venido. El club está atestado y no se puede ni respirar, con la mezcla habitual de chic y grunge, gente que sale del trabajo y punk y de todo un poco. El espacio, demasiado pequeño para tantísima gente, late con una música house ensordecedora.

Pero, incluso así, intento abrirme camino, e inmediatamente me asaltan momentos, imágenes. Ojalá tuviera mi cámara. Detrás de ella puedo ocultarme y esperar, separarme del caos; detrás de ella, me abstraigo del momento, lo sobrevuelo. Por el contrario, me abofetean los cuerpos, Noah tira de mí entre la multitud. Con todo el estruendo, espero encontrar la sensación de que ya he estado aquí antes.

Pero el club de mi sueño no era como este. Mirando a mi alrededor veo que nada me resulta familiar, nadie ni nada que pueda reconocer. Saco el teléfono de mi bolso, rompiendo el juramento que hice hace menos de una hora. La cámara del móvil, aunque no es mi instrumento favorito, servirá.

En cuanto lo tengo, el mundo captado en una pantalla, el caos que veo a mi alrededor adquiere más sentido. El mundo segmentado en momentos: una pareja apretados el uno contra el otro, destacando en relieve ante un muro de ladrillos; una chica que hace burbujas desde el precario altillo, con cuerpos danzantes a su alrededor; un DJ en su cubículo, concentrado, con la cabeza inclinada, oculto tras unos enormes auriculares rojos. Luces azules que parpadean en el cielo como estrellas de neón, un chico joven que apoya la cabeza en la mano. Chicas que giran en barras de estriptis, iluminadas por focos. Una bola de discoteca que arroja fragmentos de arcoíris sobre una mujer que lleva un vestido brillante color morado. Capto a Noah mirando un maniquí dorado, el torso desnudo de una mujer. Reconozco esa mirada, la de un artista estudiando formas, preguntándose cosas sobre siluetas o luces. Se vuelve y me mira a través de la pantalla, me sonrío. Yo guardo el teléfono, él entrecruza los dedos con los míos y tira de mí hacia la escalera.

En el piso de abajo está todo más tranquilo y más oscuro. Gente borracha grita en torno a un

espacio con una temperatura de congelador dedicada a servir chupitos de vodka. Sus risas y gritos, exclamaciones y carcajadas nos siguen a lo largo de un pasillo oscuro. Yo nunca he sido una de esas personas, borracha y riendo en grupo. Siempre era la que se quedaba fuera, mirando, preguntándose qué demonios encontraban tan divertido. Quizás esa sea la condición natural del fotógrafo, quedarse al margen, observar, documentar. O quizás algunos de nosotros estamos hechos para ser los ajenos, y por eso pintamos, o escribimos, o nos ocultamos detrás de la lente de una cámara.

—Hay otra barra —comenta él—. Más tranquila.

—Tú ya habías estado aquí —digo. Pero él no me oye con el ruido y sigue andando.

Vamos por un largo pasillo, los zapatos que llevo ya me empiezan a doler, me aprietan los dedos y me escuecen los tobillos. El retumbar de la música vibra a través del suelo. Una luz roja arroja un resplandor extraño, y la pared es un rompecabezas de pegatinas, de cosas escritas con rotulador o con bolígrafo, fotos Polaroid, mil rostros, mensajes, imágenes. El *déjà vu* me persigue. Entramos entre la multitud. Este lugar quizá me sea vagamente familiar, pero no hay nada sólido a lo que pueda agarrarme, ningún punto de referencia en realidad.

La relativa quietud de la otra barra es un alivio. Pero si he estado aquí alguna vez, está todo enterrado tan profundamente que no puedo llegar, y no soy detective. Me doy cuenta de que ni siquiera sé muy bien qué preguntar, o a quién preguntárselo. El detective Grayson quería que yo me quedara fuera de todo esto, y ahora tengo claro por qué. No se puede investigar uno a sí mismo.

—¿Qué tomas? —pregunta Noah. Aunque estamos más tranquilos, aún tiene que gritar un poco.

—Un agua con gas.

Noah le chilla algo a un barman con un enorme aro en el centro de la nariz, como un toro.

—Vale —dice, acercándose más—. ¿Hay algo?

Miro a mi alrededor, hacia la sala. La gente está apelotonada en unos reservados en forma de semicírculo, las luces están demasiado bajas para ver algo. Niego con la cabeza. Resulta violento decir que no me acuerdo, que no puedo estar segura.

Él me mira con la misma intensidad que he notado antes, el artista que busca la verdad. Hay algo, el susurro de un recuerdo, tal vez, pero desaparece en cuanto ha llegado.

—Lo siento —dice él. Se refleja una seriedad en él que encuentro conmovedora, aunque no estoy segura de por qué se disculpa. Quizá se deba simplemente a que, no sé muy bien por qué, le preocupa esta situación, o quizá se preocupa por mí. Quería ayudarme, y se siente decepcionado por mí. Yo también. O a lo mejor es que lo siento de verdad por mí. La estupidez de esta empresa resulta humillante.

—¿Te importa quedarte sola un momento? ¿Si voy al baño? —me pregunta.

—Claro.

Veo a una joven retorcerse, con los brazos levantados, en la pista de baile. Ella está metida en su propio mundo, ausente de los demás, solo una entre unas pocas personas que bailan en aquel espacio, mucho más reducido que arriba. La música viene de unos altavoces instalados en el techo. Tomo unas cuantas fotos de aquella chica, nadie se da cuenta. De hecho, el espacio está dividido por esos rectángulos de luz, el brillo constante de los *flashes*. Todo el mundo se está fotografiando, o bien a sí mismos o a alguna otra persona, o mandando textos, o consultando

publicaciones. ¿Cuándo dejamos de mirarlo todo con nuestros propios ojos?

Cuando me vuelvo hacia la barra, el reconocimiento es como un relámpago: lentes de contacto color violeta, tatuajes de manga. La camarera de mis sueños. Durante un momento me quedo sin aliento, la realidad se expande. Pienso en la doctora Nash, su respuesta a mi pregunta de cómo sabré cuándo estoy soñando y cuándo estoy despierta. «¿Lo sabe realmente alguno de nosotros?».

Ella nos sirve las bebidas y yo le cojo el brazo antes de que pueda alejarse. Levanta la vista y sus ojos violeta relampaguean, molestos. Lo que sea que ve en mi cara la conmueven.

—¿Me conoces?

Ella niega con la cabeza, con una sonrisa curiosa.

—¿Debería conocerte?

—A lo mejor estuve aquí en otra ocasión. —Mi voz suena débil, y me siento rara y fuera de lugar aquí—. Quizás hace un año...

—Conozco a mucha gente. —Mira hacia la barra, supongo que hacia los otros clientes que pueden necesitar su atención. La música parece sonar más fuerte, ahora que estoy hablando. Casi nos chillamos la una a la otra.

—Yo llevaba un vestido rojo —comento—. No me encontraba bien. Estaba con alguien, con un hombre.

Escuchándome a mí misma me doy cuenta de que, según mi descripción, me parezco a otras cien mujeres que seguramente estuvieron aquí el año pasado, hechas polvo, con un desconocido, incluso llevando un vestido rojo. De repente, me noto tan cansada que apenas puedo tenerme en pie. Me siento en un taburete en la barra, inclinándome hacia ella. En sus brazos, unas hadas de vivos colores retozan en un paisaje floral. Un arcoíris se entreteje con ellas; hay un unicornio en un establo. Por los altavoces que tenemos encima, una nueva versión de una antigua canción de Grace Jones resuena con un moderno ritmo de baile.

—Tal vez. —Entorna los ojos, inclina la cabeza, el pelo rosa en forma de pincho, indiferente—. Tal vez me suena tu cara.

—Pero no recordarás aquella noche... —¿Cómo iba a recordarla? Una noche más, de un centenar de noches empapadas en alcohol.

Entonces es cuando ella se da cuenta de que no me la estoy intentando ligar. Parece que me observa un momento más, luego mueve la cabeza otra vez, y se aleja.

—Lo siento.

Un callejón sin salida. ¿Qué pensaba yo que encontraría aquí? La veo irse, preguntándome: ¿Y ahora qué? ¿Qué le preguntaría Grayson? O esa empresa que quiere contratar Layla. Seguramente los profesionales tendrán alguna técnica. Alguna manera de sacar información a la gente, de encontrar pistas. Todo esto ha sido un error.

Pero entonces ella se da la vuelta, se me queda mirando un instante y se acerca. La chica saca su teléfono, lo toca con los pulgares y empieza a pasar pantallas.

Levanta la vista, le da a alguien un vaso de agua, todavía mirando su teléfono, y luego viene otra vez.

—A veces saco fotos... Ya sabes, para mi blog. Nunca borro nada de mi teléfono —dice—. Quizá... ¿Cuándo dices que fue eso?

—Hace un año —respondo, inclinándome hacia ella.

Ella levanta la vista hacia mí, luego mira el teléfono. Al final vuelve la pantalla para que yo

pueda verla.

—¿Podrías ser tú? —me pregunta.

Una mujer alta y delgada, con las manos pálidas y esbeltas, sobre los hombros oscuros y anchos de un hombre, casi apartándolo de sí misma. Ella se inclina hacia atrás, pero él tiene su brazo sólidamente envuelto en torno a la espalda de ella, ladeado hacia ella como una hoz, besándola. Unas luces azules brillan por encima y por detrás. Hay un rastro de rímel corrido por las lágrimas en el rostro de ella.

Su rostro. Mi rostro. Soy yo. Me late con fuerza el corazón.

—¿Y él? —le pregunto, mirando aún.

Ella levanta los hombros, se vuelve hacia sus clientes, que esperan.

—A algunas chicas las recuerdo. A los chicos, no tanto. Te la envío, si quieres.

El volumen de la música aumenta, la vibración moviéndose por dentro de mi cuerpo, haciendo que me duela la cabeza otra vez.

—¿No lo has visto desde aquella noche?

—No.

—¿Lo reconocerías?

—Pues no lo sé. A lo mejor.

Es un espectro, el hombre de la imagen, una sombra envuelta en sombras. No puedo distinguir su cara. Él me absorbe, es como un fantasma que me envuelve, lo negro devorando lo rojo. Pienso en el hombre enmascarado en las sombras de mi vida. Un escalofrío de temor me recorre. ¿Será el mismo hombre? ¿Lo conocí aquella noche y ha estado siguiéndome todo este tiempo?

—Creo que ahora me acuerdo... Tú bailabas con él, pero parecías estar ida. Entonces desapareciste en el baño. Estuviste allí un buen rato. Me imaginé que estabas intentando quitártelo de encima, pero él esperó. Al final... creo que te fuiste con él. Es raro, ya lo sé —continúa ella—. Pero yo te saqué una foto. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—No lo sé —contesta ella, casi avergonzada—. No me parecía bien todo aquello. Tú estabas hecha polvo. Él te vigilaba de una manera extraña, no como un tipo normal que quiere acostarse contigo.

Resulta inquietante escuchar una historia sobre ti misma que no puedes recordar. «Estabas hecha polvo».

—Bueno, ¿así que me hiciste una foto por si acaso... me ocurría algo?

—Sí. —Ella se encoge de hombros—. Y vosotros parecía que os entendíais, había algo hasta bonito en todo aquello... los colores, la forma de vuestros cuerpos, la luz azul.

Le doy mi número a la camarera y me envía la foto.

—Si te acuerdas de algo más o si lo vuelves a ver, ¿te importaría llamarme? Soy Poppy.

—Claro, Poppy —contesta ella. Tiene una sonrisa bonita, confiada y tímida al mismo tiempo. Me guiña un ojo y luego corre de nuevo a la barra.

Yo me dirijo hacia el baño, cojo aliento con fuerza antes de entrar. Unos cubículos rojos, suelos de baldosas blancas y negras, paredes cubiertas de grafitis, notas garabateadas, números de teléfono, pegatinas. Encima de los lavabos, unos espejos ahumados que llegan hasta el techo. Cuando una chica sale dando tumbos del primer cubículo, entro yo, la puerta golpea metal sobre metal. Está asqueroso, tal y como yo lo recuerdo o como lo he soñado, con un hedor intenso. La

pared es un amasijo de garabatos, un tablero de anuncios que exhibe números de teléfono y direcciones de correo electrónico, comentarios soeces, mensajes crípticos:

«Tú eras la chica con el tatuaje de la mariposa morada. Nos conocimos en la pista de baile, y dijiste que estaba buena. Llámame». El número había quedado borrado hacía mucho tiempo, ahora era solo un borrón.

«Maria es una zorra».

«Bobbi y June TLA».

«Te odio. Me odio más a mí misma».

«Este sitio es una mierda».

Me siento en la taza del váter y sigo leyendo todos los mensajes de la fiesta, la música se vuelve más fuerte, luego más suave, a medida que la puerta se abre y se cierra, se abre y se cierra. Hago fotos con mi teléfono; ni siquiera sé por qué, excepto que se me ocurre de repente que esta es la manera de agarrarme a la realidad.

Si puedo capturar la imagen, guardarla en mi teléfono, será todo real.

Aprieto el botón de invertir y aparece mi rostro en la pantalla. Me miro un momento, una mujer de aspecto cansado, con los ojos grandes y azules, los labios rosa maquillaje, alguien que parece más vieja y al mismo tiempo más joven de lo que es. ¿Quién es ella? ¿Quién soy yo? Antes de sumirme en una crisis existencial a toda mecha, hago la foto. Luego, rápidamente, salgo del baño y me encuentro a Noah esperándome junto a la barra con aire satisfecho y paciente. Da sorbos a su bebida, observando la pista de baile. Cuando me reúno con él, me tiende el agua con gas.

—Pensaba que me habías dejado colgado —me chilla por encima de la música. Su sonrisa es cálida, agradablemente traviesa. Yo doy un sorbito y luego otro. De pronto, tengo mucho calor, y el líquido helado burbujea agradablemente en mi boca.

—Yo no haría eso —digo.

—Suele pasar.

—Lo dudo, la verdad. No pareces el tipo de tío al que dejan colgado las chicas.

Él levanta el vaso y bebe.

—¿Algo? ¿Sueños, recuerdos, algo que reconozcas?

Quiero contarle lo de la camarera, pero me resulta demasiado agotador, con la música tan alta. Miro en dirección a la chica, pero ya no está allí. Un chico joven ha ocupado su sitio, alto, con el pelo muy negro y perfilador de ojos oscuro.

Me entra el pánico... ¿Otro microsueño? ¿Otro sueño hipnagógico? Pero entonces busco entre mis textos, veo la extraña foto que ella me ha mandado, su número. Vale. Funciona. La realidad capturada y catalogada. Levanto el teléfono y Noah aparece en la pantalla.

—Sonríe —le digo.

Lo hace, un poco tímido. Se pasa la mano por la cabeza, y le hago la foto. Ya está. Ahora él ya es real también.

—¿Hay alguna posibilidad de que nos vayamos de aquí? —pregunta Noah.

Creo que he dicho que sí. Estoy segura de que lo he dicho.

La luz está apagada, pero lo oigo moviéndose en el baño. Tos. Agua que corre. Aunque noto la cabeza como si la tuviera vendada de gasas, y tengo la garganta en carne viva, hago un esfuerzo para salir de la cama, ponerme de pie, estirarme. La habitación está fría y llena de sombras, y la luz color ámbar se filtra entre las persianas, desde el exterior.

—¿Vienes? —Jack está de pie en la puerta, una sombra en un rectángulo oscuro de luz azul.

—Sí —respondo—. Me irá bien.

Él se acerca más, me pone una mano en la frente.

—¿Estás segura? Has tosido mucho...

—Tengo que quitarme esto de encima.

—Lo siento. —Me pasa una mano por el pelo, me mira fijamente—. Lo de anoche.

Yo apoyo la cabeza en su hombro, aspirando su aroma. Nos fuimos a dormir enfadados; era como si él estuviera a mil kilómetros de distancia. A un millón de kilómetros.

—No importa —digo. Y lo pienso de verdad—. Tú tenías razón.

Él tenía razón, por eso me duele tanto.

—Deseo lo que deseas tú, Poppy. —Es solo un susurro, caliente, en mi oído—. Juro que es verdad.

Creo que quiere que sea verdad, pero no estoy segura de que lo sea. Pero no me importa. No tenemos que querer las mismas cosas, ¿no? ¿Amarnos el uno al otro?

Me aípo para besarlo, y él se inclina a reunirse conmigo. El deseo llega cálido, fuerte. Sus brazos se tensan en torno a mi espalda, su boca encuentra mi cuello, mis labios. Me siento hambrienta de él, de una forma que hace tiempo que no me pasa. Me enciendo... solo por él. Fuera, el viento aúlla, la mañana es fría, todavía está oscuro. Con el resplandor de las farolas de la calle, las gotas de lluvia relucen como el cristal.

Caemos juntos en la cama. Yo le quito la ropa de deporte, sus zapatillas rebotan suavemente en el suelo de madera, cuando él se las quita de una patada. Tiene la piel caliente, suave. Me arranca la camisa de dormir, que se aleja flotando como un fantasma.

Noto que me necesita, pero lo hago esperar, lo beso en los ojos, en el cuello, en el pecho, en la parte interior de los brazos, sedosa. Lo tomo con la boca hasta que él gime, indefenso, y entonces me subo encima de él. Despacio, amplias oleadas de placer, con una luz lechosa que hace bailar las sombras en la pared. Un perro ladra fuera, débilmente, muy lejos.

Con un movimiento rápido me pone debajo de él, y yo me miro en los pozos de sus ojos, apretando mucho los brazos alrededor de su cuerpo. Es un poco desesperado, como si no hubiéramos estado juntos en meses, y quizá sea verdad que no hemos estado, no así, no porque nos deseemos, porque nos amemos.

Más tarde nos quedamos echados, envueltos cada uno en el otro, mientras la oscura mañana se va haciendo cada vez más luminosa, y fuera el mundo empieza a rodar. Oigo la cafetera que se pone en marcha: está programada para las seis.

—*Es mejor esto que correr* —dice él, sonriendo.

—*Siempre hay un mañana.*

Quizá, pienso antes de dormirme de nuevo, baste con nosotros, solo nosotros, en realidad.

Llevo la misma ropa que llevaba en Morpheus con Noah, pero ahora estoy acostada en la cama, tapada con una manta que estaba en el sofá. Son las tres de la mañana. Me despierto de nuevo después de un sueño revisionista, en el que vivo otra realidad con Jack... y lo vuelvo a perder. Es tan vívido esta vez que no me parecía un sueño, en absoluto. No me extraña que me diera una crisis nerviosa. ¿Cuántas veces se puede perder a alguien? Hay un número de escenarios infinitos que podría visualizar, en los cuales él no me deja, esa mañana. ¿Los viviré todos? Pienso en aquellas pastillas del lavabo, ojalá no las hubiera tirado por el váter. Ahora mismo cogería cualquier cosa, lo que sea para amortiguar el dolor en medio del pecho, donde vivía mi pena. Dios mío, él todavía sigue ahí. Sigue conmigo.

Me levanto y voy hasta el salón, donde encuentro a Noah dormido en el sofá. Está echado de espaldas, con una pierna en el suelo y un brazo por encima de la cabeza. Se mueve cuando entro en la habitación.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

Él se incorpora, se frota los ojos.

—Te quedaste dormida en el taxi. Yo te traje hasta aquí andando, pero eras como una muerta viviente. No me parecía bien irme... ni quedarme. Así que...

Mira hacia el sofá, donde ha amontonado algunas almohadas.

—He pensado que a lo mejor podía quedarme durmiendo en el sofá un rato. Por si te despertabas y necesitabas algo.

Me abrazo a mí misma, con los brazos bien apretados en torno al estómago, y me quedo de pie junto a la puerta. Parece una traición tenerlo aquí; Jack está por todas partes. Su esencia, nuestro amor, todavía está en mi piel, bajo mi piel. Todavía le pertenezco a él, quizá siempre será así.

—Por cierto —continúa él—. Es el sofá más incómodo del mundo, literalmente. Parecía que me estaba expulsando.

Tiene una sonrisa bonita, cálida y amable, disfrutando de la broma.

—Gracias —le digo. Me siento frente a él, todavía abrazada a mí misma.

—¿Por qué?

—Por venir conmigo anoche, por traerme a casa. Por no... —La frase queda sin terminar.

Noah inclina la cabeza, parece que nota la distancia que se ha abierto entre nosotros. Al cabo de un momento se levanta.

—Debería irme, creo. ¿No?

Yo quiero que se quede. Quiero perderme en él, aunque solo sea por un rato. Quiero que se vaya; necesito estar sola. Sola con mis recuerdos de Jack, con mis sueños no deseados. Dentro de mí hay un juego de tira y afloja. ¿Seguir adelante? ¿Quedarme plantada? ¿Qué es lo que duele menos? Sea como sea, no es justo para Noah. Un amigo, tal vez en otra versión de mi vida, algo más.

—Quizá —digo—. Lo siento.

Noah es una sombra entre las sombras, de las cajas, del duro sofá, su silueta contra la luz

ambiental que viene del exterior, la ciudad como un campo de estrellas tras él. Otra punzada. Tendría que haberme quedado en nuestra vieja casa, con los ratones y la cocina anticuada, el lugar donde vivió nuestro amor. Aquí no vive nada. No puede vivir nada, es demasiado frío, inhóspito. Como un museo, decía Jack.

—Un par de años después de que muriera Bella, fui a ver a una médium —explica él, rompiendo el silencio—. Una de esas personas que habla con los muertos...

Eso lo encuentro sorprendente, que fuera el tipo de persona que va a ver a una médium. No lo conozco bien. Pero es difícil conectar esa información con el hombre que está ante mí, el que martillea el metal, lo dobla y lo retuerce, y lo convierte en formas enormes y amenazadoras. Parece tan enraizado, tan sólido en el mundo. Resulta difícil imaginarlo buscando más allá de lo que puede ver, de lo que puede tocar.

—No me parece propio de ti.

Él respira hondo, se encoge de hombros.

—La desesperación puede separarnos de nosotros mismos. No podía soportar lo «aleatorio» que parecía todo. Que no hubiera justicia ni lógica en su muerte, ningún sentido que pudiera ver o intuir. Ponía en cuestión lo que pensaba que sabía del mundo. Por supuesto, ni entonces ni ahora, creo, sé nada del mundo. ¿Quién sabe algo?

—¿Y qué pasó?

Él se vuelve a sentar en el sofá. La luz del pasillo ilumina su cara, y veo la fatiga bajo sus ojos, su pelo revuelto por el sueño. Se frota las sienes.

—Estuve en una lista durante meses. Finalmente me llamaron, fui en coche a una ciudad llamada The Hollows y me vi con una mujer que se llamaba Agatha Cross. Tenía una casa blanca y enorme en medio de la nada.

El nombre de esa ciudad me suena, es un lugar que mencionaba Merlinda. Un vórtice, decía ella. Allí desapareció una chica hace un par de años, y salió en las noticias. Había una historia oscura, lugares embrujados, bosques, minas de hierro abandonadas.

—Tenía una energía que resultaba muy tranquilizadora. Simplemente estando allí sentado con ella, notaba que parte de mi ira y de mi dolor desaparecían. Debía de haber cien móviles colgados en su porche, y el viento los movía de una manera extraña, como si estuvieran susurrando... Hablamos mucho rato de Bella. De que yo quería que ella supiera que lamentaba enormemente que nos hubiéramos peleado, que lo sentía del todo.

Se queda callado de esa manera abrupta que tienen los hombres cuando las emociones los abruman. Yo me quedo en silencio, esperando.

—Ella sabía cosas que nadie podía haber sabido —continúa—. Que Bella se quedó embarazada por accidente. Que yo le pedí que se casara conmigo, y que ella tuvo un aborto. Que nos peleamos, que estábamos muy enfadados el uno con el otro cuando fue a ver a sus padres.

—Lo siento.

—Al final de nuestra sesión, ella me dijo algo que se me ha quedado grabado.

Me mira, sus ojos son como pozos oscuros. Hay una atracción, un impulso. Algo que no tiene nada que ver con Jack, algo que es simplemente entre él y yo.

—Me dijo que todo el mundo piensa que los muertos acosan a los vivos y a veces es verdad que lo hacen. Pero que los vivos también pueden acosar a los muertos. Bella necesitaba que yo la olvidara, para que ambos pudiéramos seguir adelante. Ella me dijo: «Ya estuvisteis juntos en la

vida el tiempo que os correspondía. Y ahora ha terminado. Eso es todo».

Se levanta de nuevo, recoge su chaqueta, que había dejado en la silla. Se inclina hacia mí y me besa suavemente en la frente.

—Buenas noches, Poppy.

Dejo que se vaya y me quedo allí sentada en la oscuridad, oyendo sus pisadas por el pasillo.

Cuando oigo que se cierra la puerta, me levanto y hurgo en mi bolso, buscando las pastillas para dormir que me recetaron y que todavía guardo. Sujeto el botecito en la mano. El sueño en un bote de color ámbar. Descanso. Oscuridad. Dudo, pero luego lo vuelvo a meter en el bolso.

En la cama, me siento y escribo todo lo que ha ocurrido esta noche, mi sueño, las cosas que me ha dicho Noah. Las fotos, esas anotaciones en el diario, así es como sabré mañana que esto es real. Tinta sobre papel, momentos captados en una memoria digital. Todo lo demás se desvanece. Esas cosas quedan.

—¿Te has acostado con él? —me pregunta inmediatamente Layla, cuando la llamo por la mañana. Ya estoy en un taxi de camino hacia el centro.

—No —respondo, intentando no sonar a la defensiva, y sin conseguirlo.

La conversación que tuvimos Noah y yo todavía me ronda por la cabeza, pero no se lo cuento a ella. Le hablo a Layla del club, de lo que dijo la camarera, de la foto que me enseñó. Noto que ella vibra, al otro lado de la línea. Lo comprendo. Si la situación fuera a la inversa, yo también me enfadaría con ella por su imprudencia, por mantenerme apartada. La saqué a rastras de algunos bares cuando ella quería irse a casa con tíos que no le convenían, cogí taxis en medio de la noche que me llevaron a barrios de las afueras, para rescatarla, cuando lo hacía. Ella le tiró una bebida encima a un tío que me toqueteó en un club; se quedó conmigo una semana, cuando murió mi padre. Yo estuve despierta toda la noche con ella cuando Slade padecía cólicos y Mac tenía que dormir para poder trabajar, llevé a Izzy al colegio por la mañana. Estábamos ahí. Desde que yo recuerdo, siempre, para cualquier cosa. Yo estaría despotricando, acosándola y refunfuñando muchísimo si ella estuviera haciendo las cosas que yo hago ahora.

Se produce una pausa incómoda cuando acabo de contarle lo de anoche.

—Pero, entonces, ¿cuál es tu objetivo final, Poppy? ¿Qué es lo que buscas?

—Necesito que me devuelvan esa parte de mí misma.

Y si la recupero, quizás esté más cerca de comprender qué le ocurrió a Jack. No lo digo, sin embargo, porque parece un poco raro, ¿no? Como si yo tuviera la misión de averiguar quién mató a mi marido. No son cosas que haga la gente centrada, ¿no es cierto? Y no es toda la verdad.

—Vale, lo entiendo —dice ella, aunque sé que está disimulando—. Si crees que la policía no está haciendo bien su trabajo, tenemos personas que pueden ayudar. Personas que pueden estar pendientes de ti y averiguar las respuestas que quieres. Tom, de Black Dog, ya tiene un plan. Deja que lo ponga en práctica, y tú vente aquí. Así estarás a salvo.

—Nadie está a salvo.

—Más a salvo que ahora. Mira... Es por puro egoísmo, lo reconozco. Te necesito. Los niños te necesitan.

Juega la carta de la culpabilidad; es una carta potente. Noto que me debilito.

—No estás a salvo ahora mismo, tal y como estás actuando —continúa ella—. Es como si te estuvieras poniendo en peligro a ti misma deliberadamente. Quiero decir que... ¿Es eso lo que estás haciendo, Poppy?

La advertencia de Grayson vuelve a mi memoria. «A veces invitamos a la oscuridad». ¿Es eso lo que estoy haciendo?

La ira aparece de repente, surgida de la nada. ¿Por qué todo el mundo cree que sabe cómo debo vivir mi vida mejor que yo misma?

—Layla, tengo que dejarte.

La oigo llamarme por mi nombre cuando cuelgo.

Regresar a mi antiguo barrio es un viaje a través del espacio y del tiempo. Versiones de Jack y de mí misma, recuerdos muy cercanos y vívidos se alojan en cada esquina: la cola en la cafetería, leyendo el periódico mientras comemos, corriendo por la calle hacia el parque. Incluso las hojas otoñales que cubren el suelo, su olor a tierra, me recuerdan a él, a nosotros.

Noto una tirantez en el pecho al subir los escalones de entrada de nuestro antiguo edificio y cruzar la puerta.

Espero ver a Richie, encorvado y sonriente. Pero el joven uniformado que está ante el mostrador es un desconocido. El olor a madera, a pulimento del suelo, a décadas, es tan familiar y evoca tantísimo nuestra vida en común que casi me fallan las rodillas.

—¿En qué puedo ayudarla? —me pregunta.

Tiene la nariz torcida, como si se la hubiera roto y no se le hubiera curado bien. Pero hay dulzura e inocencia en el verde de sus ojos, como de cristal lavado por el mar.

—¿Dónde está Richie? —quiero saber. Miro a la puerta que hay detrás del mostrador de recepción.

—Ah —exclama, volviéndose para seguir mi mirada—. Se jubiló y se marchó a Florida con su mujer. Ya hace unos meses de ello.

Siempre decía que lo haría, pero yo no lo creí nunca. Ya formaba parte de la decoración, era un antiguo neoyorquino con un trabajo al viejo estilo neoyorquino. Me siento muy feliz por él, pero es otro recordatorio más de que no puedes evitar que las cosas cambien. ¿Por qué nunca deja de ser una sorpresa?

—Vengo a ver a Merlinda, en el 7B. —Me gustaría decirle que antes vivía aquí. Pero no lo hago.

Por el contrario, intento asimilarlo todo: los altísimos techos, los suelos de mármol, el revestimiento de madera oscura. Nueva York de preguerra, con ese carácter que le encantaba a Jack, cosas que soportaban la prueba del tiempo, que se iban desgastando y se hacían cada vez más bellas. Lo que veía yo entonces eran las manchas de humedad en el techo, el ascensor viejo y cascado que no funcionaba la mitad de las veces, el óxido de los buzones, las grietas en el suelo. Yo quería cosas impecables y nuevas, limpias, modernas.

—¿Señora? —Me mira como si hubiera estado intentando llamar mi atención.

—Perdón.

—Dice que suba. —En la plaquita con su nombre pone Sam. Le doy las gracias y recorro el vestíbulo, llamo el ascensor, espero a ver si funciona. La puerta se abre y me introduzco; sube despacio, ronroneando.

En el séptimo piso, Merlinda me abre la puerta, corre rápidamente hacia mí y me envuelve en un abrazo perfumado y confortable. Se aparta luego, me pone unas manos con anillos y como de papel en las mejillas y me mira profundamente a los ojos, como si quisiera ver mi alma. Yo noto que mi teléfono vibra (lo hace constantemente), pero no me atrevo a cogerlo. Merlinda los llama «ladrones de almas», ladrones de vida.

—Has conocido a alguien —dice. Yo miro hacia nuestra antigua puerta, en el descansillo. ¿Quién vivirá ahí ahora? No lo pregunto porque no quiero saberlo. ¿Cómo puede haber alguien que pise los mismos suelos, que cocine en los mismos fogones, que se duche en la misma bañera antigua con patas que simulan garras?

—No. —Niigo con la cabeza—. En realidad, no.

Frunce el ceño y las arrugas muestran preocupación en su frente.

—Estaba preparando un poco de té.

Se aparta de mí, mira en dirección a nuestro antiguo apartamento y luego me hace pasar al interior del suyo. Atestado, polvoriento, con todas las superficies cubiertas de cristales, estatuas, lámparas con pantallas muy ornamentadas, su casa no ha cambiado en absoluto.

Me señala el sofá y yo me hundo en él, y luego se aleja, con su falda larga susurrando, las pulseras de las muñecas tintineando. Desde la ventana apenas puedo distinguir las hojas del parque, al final de la calle. Ella lleva décadas en este apartamento, la renta limitada es el único motivo de que pueda seguir en este barrio. Fuera, en la escalera de incendios, tintinean un centenar de móviles distintos: de madera, de conchas, de trocitos de metal y cristal... Me recuerda mi conversación con Noah sobre los vivos que acosan a los muertos. ¿Estará Jack atrapado en alguna parte, intentando seguir adelante? Pero yo lo retengo con demasiada fuerza.

Cuando Merlinda regresa de la cocina, lleva una bolsa que reconozco, que yo misma he llevado por todo el mundo porque, al ser ligera y secarse rápido, es excelente como mochila pequeña y se dobla y queda en nada cuando está vacía. Era de un rosa intenso cuando la compré. Ahora está desvaída y desgastada por cientos de horas al aire libre.

—¿De dónde has sacado eso?

Ella inclina la cabeza a un lado.

—Me la trajiste tú —responde—. Era tarde. Después de... lo de Jack. Me pediste que te la guardase hasta que volvieras a buscarla, y que no se lo dijera a nadie. Pensaba que habías venido a por esto. ¿No te acuerdas?

Me la ofrece. Que no tenga recuerdo alguno de ese encuentro es profundamente inquietante. La vida, la conciencia, la memoria, siempre lo he tenido todo firmemente controlado.

—¿Y me la has guardado? —pregunto—. Jack fue asesinado, y durante un tiempo yo fui sospechosa. ¿No te has preguntado si le estaba ocultando algo a la policía?

Ella hace un gesto desdenoso, se sienta enfrente de mí.

—¿Tú? ¿La encantadora y dulce Poppy? Tú eres buena. Y te aseguro que no hay muchas que lo sean. Si tú me pides que yo te guarde algo, no hago preguntas. Simplemente, lo guardo.

Quiero abrir la bolsa, pesa mucho en mi regazo. Pero no quiero abrirla tampoco. Es como la caja de Pandora, en cuanto abra la tapa, no podré volver a cerrarla, ni controlar lo que encuentre dentro.

—Después, cuando supe que estabas en el hospital, intenté ir a verte —dice—. Pero no me dejaron.

Esto es nuevo para mí.

—¿Quién? ¿Quién no te dejó verme?

—Tu amiga, la rica —contesta, con un bufido—. Y tu madre.

—¿Qué quieres decir?

—Ella me dijo, tu amiga, que ya tenías bastantes problemas y que no hacía falta que recordaras tu vida con Jack, especialmente conmigo y mis mensajes del más allá.

Parece propio de Layla, ferozmente protectora y con la lengua afilada. Seguro que vio a Merlinda como una amenaza para mi recuperación y la trató como tal, aunque nunca me lo mencionó después.

—Lo siento —y luego—: ¿Y lo tenías? ¿Un mensaje del más allá?

—No —dice ella. Aprieta los labios con pesar, menea la cabeza—. Ese no es mi don. Yo solo leo las cartas. Y veo en el corazón. Abro todas las capas y la gente se desnuda ante mí.

Eso de que ve hasta el corazón... lo creo. Aquí con ella me siento relajada, como no lo he estado hasta ahora. Ella me conoce y yo no tengo que fingir; no tengo que cubrirme con las capas que me pongo en el trabajo, o incluso ante la familia y amigos. En esta extraña habitación con esta estrafalaria adivina puedo ser yo misma.

Miro de nuevo la bolsa. Descansa en mi regazo como una mascota. Apoyo las manos en ella, como si pudiera intentar escaparse.

—¿Qué hay dentro? —le pregunto.

Ella niega con la cabeza enérgicamente.

—Ni se me ocurriría mirarlo. Es asunto tuyo.

—¿Qué dije cuando te traje esto? Exactamente.

Ella cierra los ojos, como si intentara recordar. Luego, me mira con cuidado, con los ojos llenos de empatía.

—Decías que sabías lo que le había pasado a Jack. Que todos eran unos mentirosos. Estabas muy preocupada. Intenté que te quedaras conmigo, pero decías que tenías que irte.

Juego con el nudo. ¿Qué habrá dentro? ¿Qué mensaje tiene esa Poppy perdida para la mujer en la que me he convertido? ¿Qué sabía ella que yo he olvidado? ¿Y qué era eso tan horrible que la llevó a una crisis nerviosa? ¿O es que ya había sufrido tanto que cuando llegó a ver a Merlinda, ya se había separado de sí misma? La respuesta está en esa bolsa, pero no puedo abrirla todavía.

—¿Puedo hacerte una foto? —le pregunto a Merlinda.

Ella se echa hacia atrás, cruza los brazos y me mira entre sus pestañas espesas, con los ojos sombreados de un azul hielo. Levanto mi móvil y hago la foto. La imagen resultante es un caos de colores: sus ojos, su blusa de un naranja chillón, el pelo teñido de rojo, las vistosas telas que la rodean, la forma en que su mano nudosa y llena de anillos descansa en su brazo doblado.

—El mundo es una colcha de patchwork —me dice—. Solo somos trocitos de tela cosidos unos con otros. No siempre tiene sentido para nosotros, las cosas no siempre cuadran, pero es porque no conseguimos ver el conjunto. No puede nadie... Únicamente Dios.

Sus móviles cantan en la brisa, y las cortinas ondean. Es muy dada a esto, a ponerse filosófica. En su apartamento hay figuras sobre todas las superficies: de la Virgen María, de Jesús en la cruz, de un Buda sonriente, de un Ganesha dorado, el dios de los obstáculos superados. Hay altares con velitas, flores secas, grupos de sartas de oraciones, rosarios negros. Merlinda cree que hay un único Dios, y que las diversas prácticas religiosas son solo diferentes maneras de hablar con Él... o con Ella. Acude a cualquier santo, dios o diosa de cualquier religión en busca de ayuda y de guía. No discrimina.

Ve entonces su baraja de tarot. Se encuentra en la antigua mesa de comedor, que es demasiado grande para ese espacio tan pequeño. La mesa es preciosa y antigua, con las patas muy adornadas, de madera noble. El barniz casi ha desaparecido, está cubierta de golpes y cicatrices, y con cera de velas fría goteando por los bordes.

—En Año Nuevo tú me leíste las cartas —digo—. Nos interrumpieron. No acabaste.

Ella aparta la vista de mí por primera vez, y la fija en el suelo, entre sus pies, y luego en la ventana, y parece quedarse por un momento, curiosamente, sin saber qué decir.

—Las cartas son imperfectas, como la lectora. Como la vida.

—¿Qué saqué? —la presiono.

—No me acuerdo.

—Merlinda, por favor.

Ella coge aire y luego lo suelta largamente, entrecruza los dedos.

—Sacaste el Siete de Espadas —dice, finalmente—. En la lectura de tres cartas, era para el presente.

Conozco un poco el tarot, sé que cada carta tiene un significado doble, dependiendo del lugar que ocupa en la mesa, y que ningún mensaje es realmente negativo u oscuro, que cada negativo tiene su positivo, y que cada final es un principio.

Como no digo nada, ella continúa:

—Es la carta del engaño y la traición. Cuando saco esa carta, suele significar que la persona que tengo ante mí oculta algo y que está a punto de enredarse en algo. O quizá puede significar que es víctima de un engaño y que confía en personas en las que no debería hacerlo.

La voz de Layla rebota en mi cabeza: «¡Eres un puto mentiroso!».

—¿Qué más? —pregunto—. Había otra carta.

De nuevo duda, se mueve en su asiento. Por fin, dice:

—En la posición futura sacaste el Diablo.

Conozco la carta, la imagen que representa a un sátiro y a una pareja encadenada a él. Solo después de fijarse mucho, te das cuenta de que las cadenas se pueden quitar fácilmente.

—Puede representar fuerzas ocultas o la negatividad en tu vida. La adicción, el apego a ideas o relaciones poco saludables. O bien puede significar que hay alguien en tu vida que no te quiere bien.

Un recuerdo viene a mí, agudo y vivo. Yo estoy de pie en la oscuridad, en el pasillo, junto al salón. Jack habla en voz baja, con la voz vibrando de temor y de rabia.

—Mira. —Está al lado de la ventana, agachado hacia el teléfono, intentando no despertarme—. Sencillamente no puedo dejar pasar esto sin más. No está bien. No pienso hacerlo.

Quiero entrar en el salón, enfrentarme a él.

«¿Con quién estás hablando? ¿De qué estáis hablando? Dímelo».

Algo me detiene. Me vuelvo a la cama.

—¿Qué pasa? —le pregunto, cuando vuelve al dormitorio. Se queda callado, como ocurre cuando no quiere responder a mis preguntas—. ¿Con quién hablabas?

—Con Alvaro —me contesta. Es mentira. No le creo—. Tiene algunos problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

—Nada importante. ¿Podemos hablar de esto mañana por la mañana?

Me besa en la mejilla y se da la vuelta.

Me gustaría seguir presionándolo, pero no quiero ser ese tipo de esposa, entrometida, pesada. Ojalá lo hubiera sido. Ojalá hubiera encendido la luz y le hubiera obligado a decirme la verdad.

—Poppy —me llama Merlinda, trayéndome de vuelta al presente—. ¿Qué pasa?

Meto el paquete en mi bolso y me levanto.

—Nada —le aseguro—. Es que... estoy un poco cansada.

La palabra ha adquirido un nuevo sentido. Ella se levanta conmigo, un roce de tela, un tintineo

de brazaletes, y me coge las manos.

—Ten mucho cuidado, Poppy —dice. Sus ojos se han vuelto oscuros debido a la preocupación. Yo le prometo que lo tendré, y me voy sujetando el bolso pegado a mi cuerpo.

El día, en el exterior, se ha vuelto frígido y gris; no consigo encontrar un taxi, así que vuelvo andando al centro.

Llamo a Ben para decirle que llegaré tarde.

—No hay nada en la agenda hoy, de todos modos —confirma, con ligereza. Y entonces—: ¿Me vas a decir lo que está pasando? ¿Puedo ayudar?

—Ojalá pudieras —respondo—. Hay algunas cosas que necesito resolver. Estar ahí de guardia es lo mejor que puedes hacer ahora por mí, ¿de acuerdo?

Deja escapar un suspiro y yo lo veo en mi imaginación masajearse la barba, con aire pensativo y millennial.

—Claro. No te olvides de que tengo superpoderes. Puedo con todo.

—¿Cómo se me iba a olvidar? —digo—. Ya te llamaré luego. Lo prometo.

Sigo sin encontrar taxi, y la cabeza me da vueltas. Después de escribir en mi diario, anoche, me tomé la pastilla que me habían recetado, pero nada más, ya que todo lo demás lo tiré por el váter. Ahora tengo una resaca tremenda de pastillas, y se me ocurren ideas locas, que pasan de los sueños a los recuerdos, de los recuerdos a los sueños.

Mi teléfono vibra de nuevo y lo saco del bolso. Es el detective.

—¿Ahora no me devuelve las llamadas? —La verdad es que anoche no lo llamé. Un vistazo a mi teléfono me revela que había otro mensaje de él.

—He estado... ocupada.

—Ya lo sé —contesta—. No se le da bien seguir los buenos consejos, ¿verdad?

Pienso en Noah, en el club nocturno, en la misteriosa bolsa que no me acabo de decidir a abrir.

—No sé qué quiere decir.

—Tenemos que vernos —añade. Su voz tiene una frialdad que me pone de los nervios—. Hemos de hablar.

Tiemblo con mi chaqueta demasiado ligera, mientras entro en el bar. De la noche a la mañana parece que ha llegado el invierno. El frío se me ha metido en los huesos y ahí seguirá hasta la primavera.

El detective Grayson está en el reservado del fondo, con una taza de café delante. Ya me había dado cuenta antes de que hace eso, elige el asiento desde el cual tiene el mejor campo de visión de la sala donde se encuentra. Los detectives y los fotógrafos quizá no sean tan distintos. Siempre observando.

Una taza de café, todavía caliente, me espera ya también. Me meto en el asiento frente al suyo. El aire está cargado de olor a grasa de fritura y a café quemado, y también de los gritos de la gente que pide cosas y de clientes que hablan por el móvil, esperando los sándwiches de huevo para llevar.

—¿No entendió lo que le dije acerca del bajo riesgo?

Yo me enfado.

—¿Me está siguiendo o qué?

Él me escudriña con la mirada.

—Le dije que se quedara en casa. No que fuera a un club nocturno con su nuevo novio y empezara a hacer preguntas.

—Lo siento, detective. —Sujeto la taza con ambas manos, esperando absorber algo de su calidez—. Usted no tiene derecho a decirme lo que debo hacer.

Él se frota el puente de la nariz, apretando fuerte con el pulgar y el índice, un gesto que parece expresar su estado de perpetua fatiga con el mundo.

—Vale —responde—. Mire, yo no le estoy diciendo lo que tiene que hacer. Lo que intento es estar pendiente de usted. Alguien la sigue, ¿no? Todavía no sabemos lo que le pasó a Jack. Tal y como yo lo veo, o bien me va a joder la investigación que estoy haciendo yo, o bien va a conseguir que le hagan daño.

Yo bajo la cabeza, pensando en el bulto que llevo metido en el bolso y que todavía no he abierto. Temo lo que pueda haber dentro. Tendría que dárselo a él, abrirlo justo delante de él y comprobar juntos lo que hay. Pero no lo voy a hacer. No puedo. Algo muy potente me lo impide.

—Esos nombres que me dio... —continúa él—. He investigado un poco. Dos de ellos parece que están bien. No hay registros, nada raro online.

Saca su cuaderno, lo abre, a la antigua usanza. Entornando los ojos, se pone unas gafas negras de leer.

—Pero este hombre... Noah Avidon. Es artista o algo así, ¿no? Tiene un historial con mujeres.

Noah... Sus palabras todavía resuenan en mi cabeza, eso de que los vivos acosan a los muertos. Y algo más. La sensación de su mano en la mía, su amabilidad, su disposición a llevarme donde yo quiero ir, asegurarse de que llego a casa a salvo.

—¿Qué tipo de historial?

Bebo un sorbo de café. La típica aguachirle de bar barato. No hay excusa para dar un mejunje tan malo en una ciudad donde se localiza una cafetería de diseño cada pocas manzanas.

—Su novia de la universidad murió.

—Sí, en un accidente de coche —añado yo—. Me lo contó.

—Bueno, a lo mejor no todo —dice él, manteniéndome la mirada. Quiero cogerle esa libretita de la mano y leer lo que lleva en ella por mí misma, en lugar de esperar a que él me dé la información que ha reunido—. El informe policial indica que había roto con él, y que él la acosaba. Que la iba siguiendo en otro coche en aquel momento, que intentó obligarla a salir de la carretera, provocando el accidente que la mató.

Noto un desagradable vuelco en el estómago, y un temblor, una ira incierta. ¿Me habrá mentido? ¿Tenía él una imagen equivocada de lo que había ocurrido en su pasado? El hombre que estaba de pie en mi salón anoche, respetando mi espacio, hablándome de su experiencia, conseguida a base de tantos sufrimientos... Intento conciliar todo esto con las noticias de Grayson. No cuadra demasiado.

—Me dijo que fue un conductor borracho —explico.

—Él la iba siguiendo —repite—. Está en el informe.

—¿Lo condenaron? ¿Por causarle la muerte?

—Según el oficial que lo arrestó, no había pruebas suficientes para apoyar la acusación. El señor Avidon es una persona rica. Su familia contrató a un abogado muy bueno —dice Grayson, con un gesto de policía, escéptico, sabiendo—. Y el otro conductor implicado en el accidente estaba borracho, sí.

Dejo que la información del detective vaya penetrando, y él, mientras tanto, golpea la mesa con un dedo, marcando un ritmo impaciente. ¿Qué me había contado Noah de sí mismo? Que a Bella la había matado un conductor borracho cuando iba a visitar a sus padres. ¿Mencionó alguna vez que él también estaba allí, persiguiéndola?

—Hubo otra mujer —continúa él, ante mi silencio—, que aseguraba también, según la orden de alejamiento que pidió, que él la acosaba. Se conocieron online, salieron una vez. Ella lo bloqueó, dejó de mandarle textos, de devolverle las llamadas, intentó desaparecer. Él fue a su trabajo, a su apartamento. Y algo más... Le envió orquídeas.

«Me acuerdo de ti. ¿Me recuerdas tú?».

Noto en mi oído un leve rugido. El sonido en torno a nosotros parece aumentar: el parloteo, el tintineo de la cubertería en los platos, el zumbido de un martillo neumático en la calle.

—Un día, en el vestíbulo de su casa, se puso furioso. Entonces fue cuando ella llamó a la policía y pidió la orden de alejamiento. Después de eso, él se largó.

—Bien —respondo, sin querer que toda esa información sea verdad—. Podría ser lo típico de «Él dijo», «Ella dijo», ¿no?

—Hay un vídeo —añade él—. Del tipo perdiendo los nervios en el vestíbulo. No resulta agradable de ver. Se puso muy furioso.

Intento imaginarme a la persona amable y encantadora que conozco cabreándose en el vestíbulo de alguien. No me lo imagino. ¿Tan mal estoy que no distingo lo que tengo justo delante, que creo que es un buen chico, cuando en realidad es un acosador? La idea me agria el estómago. Layla tenía razón. No estoy bien, no juzgo bien las cosas.

—¿Cuánto tiempo hace de eso? —pregunto, respirando al fin.

—Unos tres años.

—¿Y desde entonces, nada?

—No —contesta él, encogiéndose de hombros—. Nada que conste al menos.

—La gente cambia, ¿no?

—No. —Grayson niega con la cabeza—. Los tipos como él, según mi experiencia, se vuelven peores. Más viejos y más furiosos, más resentidos con las mujeres.

—Yo no he visto nada de eso.

Él se encoge de hombros.

—No, claro que no lo verá —añade—. Todavía no. Si lo hubiera visto, ya estaría a kilómetros de distancia. Así es como trabajan los depredadores. Dan a las personas vulnerables lo que quieren o lo que necesitan, al principio. Ven una necesidad, un deseo, y lo explotan y luego te manipulan. Cuando te han enganchado es cuando empiezan los abusos.

¿Eso es lo que soy, una persona vulnerable, alguien roto y atractivo para los depredadores? Me toca a mí el turno de estar agotada con el mundo. No me encaja, no con el hombre que yo conozco. Pero en realidad no sé quién es Noah Avidon. Últimamente no me conozco ni a mí misma.

—Bueno, ese hombre... —dice Grayson—. ¿Es nuevo en su vida?

—Sí, claro —respondo yo—. Ya se lo había dicho.

—¿Está segura?

Se toca la marca que lleva en el dedo anular, jugando con un anillo que ya no está allí.

—Lo conocí online. —«Mantén la voz neutra, no te pongas a la defensiva, responde con sencillez y honradamente, pero sin dar más de lo que sea necesario». Ese fue el consejo que me dio el abogado de mi madre, cuando era una sospechosa. ¿Por qué tengo la sensación de estar bajo sospecha? El furioso Grayson de mis sueños, esa cara desfigurada, llena de desprecio y condena. Flota entre los dos—. No nos conocíamos de antes.

Su taza está vacía. Le da la vuelta cogiéndola por el borde.

—La camarera de ese club, el Morpheus... decía que la había visto antes. También se lo comentó a usted, ¿no?

—¡Así que me está siguiendo!

Ignora la acusación frunciendo el ceño con desdén.

—Pero dijo que cuando ustedes dos hablaron anoche, ella no le vio a él.

Me siento confusa.

—¿A quién?

—El hombre con el que fue anoche, Noah Avidon. Lo había visto antes también. Con usted.

Se me agarrota la garganta, llena de miedo. Recuerdo la intensidad de su mirada cuando yo no sabía si había estado o no en aquel sitio antes, que el portero parecía conocerlo.

—Ella me dijo que la llamó cuando lo vio a él, pero que usted no la oyó. Intentó mandarle un mensaje, pero no le respondió.

No es cierto. No puede ser.

—Se lo preguntaré otra vez —continúa. Su voz es baja y se acerca más a mí—. ¿Es nuevo en su vida? ¿O lo conocía de antes? Quizás antes de que muriera su marido.

—¿Qué me está preguntando? —Mi voz sube una octava, es demasiado chillona. La pareja del reservado de al lado deja su conversación y se nos queda mirando.

—Simplemente, responda a mi pregunta.

—No —contesto, inclinándome encima de la mesa y bajando la voz—. Ya le he dicho cómo y dónde lo conocí.

—¿Y cómo explica lo que me dijo la camarera?

—No puedo explicarlo. No lo sé. Debe de estar equivocada. —Mi certeza se desvanece, reemplazada por un frío creciente—. O bien...

—O bien —continúa él—. O bien lo conoció durante esos días que no recuerda. Ese espacio en blanco de su memoria. Y él la está vigilando desde entonces.

Cierro los ojos y busco en el recuerdo soñado la cara del hombre que estaba conmigo. Pero no hay nada ahí.

—O bien lo conocía de antes.

—¿De antes?

—Antes de que mataran a su marido.

Vuelven a mí las palabras de Sarah, que Jack pensaba que yo podía tener una aventura, que ella se lo dijo al detective Grayson. Por eso, sigue investigándome, mis costumbres, mis relaciones. Las mejillas se me ponen rojas de vergüenza y de ira.

—Nunca ha habido nadie más que Jack —declaro.

Él levanta las manos.

—No afirmo que tuviera una aventura —dice—. Quizá lo conoció y él se obsesionó con usted. Tal vez sin que usted misma lo supiera. Y...

Una mujer se ríe demasiado fuerte, su voz es como un graznido.

—¿Qué? —Mi voz echa chispas de miedo y de ira—. ¿Contrató a alguien para matar a mi marido? No. No. Eso es imposible. Es una locura.

Grayson retrocede un poco, una especie de rendición.

—¿Lo es?

—Sí. —Mi voz suena como un siseo furioso y asustado.

—Bien, pues vamos a hacer que venga. —La voz suena firme, tranquila. Grayson nunca duda de sí mismo, ¿verdad? Nunca se pregunta si el mundo a su alrededor es real o un sueño, si tiene razón o está equivocado. No le importa—. Solo para hacerle unas preguntas.

¿Qué puedo decir? Él hará lo que quiera. Por una parte, quiero llamar a Noah, advertirlo. Pero a diferencia del detective, no estoy segura de nada, absolutamente de nada. ¿Y si es verdad que lo conocí antes? ¿Y si Noah fuese el hombre de la capucha, que siempre anda rondando? ¿Sería tan astuto entonces como para representar el papel de amigo preocupado, metiéndose poco a poco en mi vida? Este café tan amargo se vuelve ácido en mi estómago, y la taza se ha quedado totalmente fría.

—Otra cosa, más macabra —dice. Estupendo. Una nota más macabra—. El hombre que decía que podía identificar al asesino a sueldo...

—¿Sí?

—Ha muerto.

Las palabras me propinan una bofetada, dejándome sin aliento.

—¿Cómo?

—Muerto de una paliza —puntualiza Grayson. Supongo que he hecho una mueca—. Lo siento.

—¿Qué significa eso? —pregunto, cuando consigo recuperar el aliento.

Odio ese temblor de mi voz, lo asustada que parezco. Antes era más acusado. Es como si la muerte de Jack fuese un golpe que me hubiese roto todos los huesos del cuerpo. Ahora soy solo un manajo de nervios, a punto de derrumbarme.

—No estoy seguro —responde él. Cierra su libreta—. Pero le da cierta credibilidad a su historia.

He visto antes esta faceta del detective Grayson, lo práctico que es, bordeando la apatía. No lleva traje hoy, simplemente una sudadera John Jay College y unos tejanos, y una cazadora vaquera desgastada. Una gorra negra y unos guantes descansan a su lado en la mesa.

—Pero no encontró a ese hombre, el del dibujo.

Grayson mueve la cabeza, dibujando con los labios apretados una línea de frustración.

—¿Otro callejón sin salida?

El detective se mira las manos. Sus nudillos están hinchados y rojos; entrena en un gimnasio de boxeo en el Lower East Side, desde hace años. Una vez me lo contó. Allí es donde desahoga todo su estrés, que debe de ser considerable.

—Quizás —admite, asintiendo con la cabeza—. Lo siento. Pero no me he rendido.

Todo me da vueltas. Merlinda, Noah, la bolsa sin abrir... Mis sueños, el hombre encapuchado. Mi vida es un torbellino.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta—. La veo pálida.

—Tengo que irme —le contesto.

—Poppy —me llama, con la cara seria—. Procure que pueda encontrarla siempre.

Ahí está la mirada que recuerdo, una mirada profunda, inquisitiva, fría y sagaz.

«¿Quién eres? —me está preguntando—. ¿Qué has hecho?».

La noto en mi espalda mientras me alejo de él y camino rápidamente por el espacio bajo y atestado.

Fuera, el aire frío me golpea como una ola. Cae una ligera llovizna, los taxis pasan a mi lado como si fuera invisible. Voy andando más allá de mi despacho, en el bolsillo el móvil vibra. Debería ir a trabajar, llamar a Layla, dejar que traiga a su equipo de investigadores y guardaespaldas. Debería llamar al abogado de mi madre, contarle mi conversación con Grayson, llevarle el paquete y lo que sea que haya dentro. Podría retirarme detrás de la cortina de la gente poderosa que hay en mi vida. Y allí estar a salvo... de lo que sea que está ocurriendo en mi mente, de lo que le ocurrió a mi marido, del hombre entre las sombras.

Pero llevo un año durmiendo. Me quedé deshecha cuando Jack murió, y me he estado escondiendo debajo de una manta de pena y pastillas, aletargando mi dolor, apartando la verdad, fingiendo que no importa. Y sí que importa. Quiénes somos, qué le ocurrió a él, qué está ocurriendo ahora. Nadie excepto yo puede arreglar esto.

Saco mi teléfono y veo un texto de Noah: «¿Podemos hablar? La policía ha venido a verme. Sé lo que te van a contar de mí. Que oculto cosas».

Mi pantalla está llena de textos y llamadas de Layla y de mi madre también. Veo el texto de la camarera. Me envía otra foto, esta vez de Noah de pie en el bar, esperándome. Mira su bebida, con cara contemplativa. «Es él —dice el texto—. El tipo con el que estuviste aquí anoche es el mismo del año pasado. ¿No lo sabías?».

Me quedo mirándolo. No hay nada en su cara que lo delate como mentiroso, como acosador, como un hombre que se pone rabioso con las mujeres. Lo único que veo es sabiduría, amabilidad.

Recuerdo la sensación de sus labios, su contacto. Pero, eh, yo estoy loca, ¿recuerdas? Se me está yendo la olla por completo. Así que, ¿qué demonios sé yo en realidad?

Layla: «¿Dónde estás?».

Mac: «Eh, Poppy. Layla me está volviendo loco. Por favor, ¿puedes volver a nuestra casa antes de que se ponga hecha una furia?».

Mamá: «Llámame».

Noah: «Solo quiero una oportunidad para que lo entiendas».

Layla: «Por favor, Poppy, ven a casa».

El espacio está desnudo, paredes blancas, techos altos, los entresijos al descubierto: tubos de ventilación, cables, una artística madeja por encima de mi cabeza. Está construido como un laberinto, cada superficie exhibe una imagen de gran formato: un oso cubierto de nieve; una congregación de monos subidos a los árboles; el rostro añorante de un lobo gris, con los ojos de un amarillo triste y punzante. Allí también están algunas de las imágenes de Jack: un hombre solitario encima de una barca, impulsándose con una pértiga por las fangosas aguas del río Amazonas; una niña pequeña con los ojos de un azul increíble arrodillada en un campo, con las manos y la cara manchadas de tierra, pero con una sonrisa desdentada amplia y pura.

Suena una suave música de flauta mientras voy recorriendo las imágenes. Tengo la sensación de viajar a lugares exóticos y lejanos, aunque la galería de Alvaro en el East Village no puede tener más de setenta metros cuadrados. Hay un pequeño cuarto oscuro en la parte de atrás, y también una habitación donde vive cuando está en la ciudad: una cama, un escritorio, su ordenador y una pared entera para todo el equipo. He estado aquí unas cuantas veces, para exposiciones de Jack y de Alvaro.

¿Qué estoy haciendo aquí? Parece un safari a mi pasado: Sarah, Merlinda, ahora Alvaro. Estoy siguiendo la pista a la caza mayor de mi memoria, mi vida con Jack. Pero la verdad, ahora que estoy buscando, parece elusiva, siempre resbalando hacia las sombras, justo por delante, o justo por detrás.

Al acercarme a la parte de atrás, sale Alvaro por una puerta del tabique, que cuando está cerrada casi desaparece por completo. Una campanita ha anunciado mi entrada, y hay cámaras en dos de las cuatro esquinas de la sala, unos ojos rojos que parpadean. Ha debido de estar vigilándome mientras iba recorriendo el espacio de la galería.

—Poppy... —dice, cerrando la puerta tras él.

Nos quedamos de pie un momento mirándonos el uno al otro. Él lleva el pelo negro echado hacia atrás, y los ojos oscuros están fijos en mí. Su cara es toda ángulos duros; su boca, una fina línea. Tendría que sentirme más cercana a él, creo. Él debería conectarme con Jack, ¿no? Pero existe entre nosotros esa distancia habitual.

Él intenta salvarla, se aproxima y me abraza con torpeza. Su cuerpo es duro y rígido, como si me apartara al mismo tiempo que me está atrayendo hacia él.

—¿Qué tal estás? —me pregunta, al soltarme—. Qué bien... Qué alegría verte.

Parece más viejo, con la cara más llena. Algo ha cambiado en él, quizás algo más tierno, con más tristeza en los ojos. La pena, supongo. Nos envejece, nos hace ver el mundo de maneras distintas. Alvaro, por mucho que desconfíe de él, perdió a su mejor amigo.

—Me alegro de verte yo también —digo, solo porque me parece descortés no hacerlo.

Y quizá sí que me alegre de verlo, en cierto sentido. Nunca he estado relajada con él, tenía la sensación de que me juzgaba en silencio, y de que no me encontraba lo bastante buena para Jack. «Es que él es así —solía defenderlo Jack—. Es de los que miran». Pero hoy lo que piense de mí,

o lo que pensara en otro tiempo, ya no importa demasiado. Es otra persona que tiene otro fragmento de Jack que necesito recoger.

—Ben ha dicho que habías venido, que querías hablar, ¿no? —digo.

Alvaro y Jack compartían el mismo gusto por la moda, los vaqueros desteñidos y camisetas desgastadas, sudaderas, botas. Ese aire de «Soy demasiado guay para preocuparme». En su camiseta desvaída y desgarrada pone «El arte debe doler».

—Solo quería ver qué tal te iba —explica, encogiéndose de hombros—. He pensado mucho en ti y en Jack. Mucho, últimamente. ¿Cómo estás, Poppy? De verdad.

Casi pronuncio mi mentira favorita: «Estoy bien. Todo va bien. No te preocupes por mí». Pero no lo hago.

—¿Puedes quedarte un rato? —me pregunta, al ver que no digo nada.

Asiento, sin confiar en mi voz.

Él va a la puerta de la calle y la cierra, y le sigo hacia la parte de atrás.

El espacio es más agradable de lo que era antes. Ha creado una zona muy acogedora para sentarse, incluso hay una pantalla de televisor en la pared. La cocina americana consiste solamente en una máquina de café exprés, un microondas y un pequeño fregadero. Me hace señas de que me siente en el sofá y prepara un poco de café, viene con dos tacitas diminutas y me ofrece una. Se sienta enfrente de mí, y durante un rato no decimos nada.

Hay un espejo en un soporte en el rincón y en él veo a una chica hecha polvo, con un jersey gris que me deja descolorida, unos vaqueros demasiado grandes y el pelo mal recogido. Intento arreglármelo un poco, pero ¿para qué?

—Fuiste a ver a Sarah —digo, después de un incómodo momento de silencio.

Él asiente.

—Hace tiempo, antes de ir al Congo.

Es el tipo de encargo que le habría encantado a Jack, viajar a algún lugar exótico, semanas en la naturaleza, buscando algo poco rutinario, como un okapi recién liberado, la belleza saltando por todas partes... una aventura.

—Jack... lo tengo presente muchísimo —dice Alvaro—. Cuando estaba por ahí pensaba: «Tío, a él le habría encantado esto».

¿Noto cierto reproche en esas palabras, en el sentido de que Jack dejó el trabajo que amaba para establecerse conmigo? De que, aunque estuviera vivo, también habría rechazado ese trabajo. Pero no. Me contempla con una mirada nueva, pero no veo reproches en ella, sino tristeza.

Sinceramente, quizá la distancia entre nosotros no fuera solo porque yo pensara que no le gustaba. Quizá más bien lo que pasaba es que él no me gustaba a mí. Alvaro era una mala influencia para Jack, lo empujaba a conductas que él quería dejar atrás: beber demasiado, fumar, trasnochar demasiado, estar demasiado hecho polvo para trabajar y de mal humor en casa al día siguiente. Era ese tipo de amigo, el tipo que no crece nunca, que conecta a tu marido con el hombre soltero y alocado que era antes. Tal vez por eso nunca pudimos ser amigos. Yo quería a Jack en un mundo, y Alvaro lo quería en otro, lugares completamente incompatibles el uno con el otro.

—Jack habría querido que estuviera a tu lado —dice, al ver que yo sigo silenciosa—. Y no lo he estado.

Eso me sorprende, esa tristeza que veo se ha instalado en las arrugas en torno a sus ojos,

envejeciéndolo. Noto un fuerte pinchazo de culpa por mi egoísmo. La pena puede ser muy miope. Te olvidas de lo que han perdido las demás personas.

—Cuando las cosas se ponen difíciles, tiendo a desaparecer —continúa—. Jack lo sabía. Y tú probablemente también.

Ese reconocimiento me ablanda.

—Yo también desaparecí —le confieso—. Me caí por una madriguera de conejo.

Él me mira como si buscara debajo de mis distintas capas.

—¿Tu crisis nerviosa?

Sí, mi crisis nerviosa. La frágil Poppy que no podía soportar la realidad después de perder a su marido. Busco el habitual reproche en su rostro, pero no lo encuentro.

—Cuéntame qué pasó. Ben me ha comentado algo, también Maura, pero solo cosas de la empresa.

Le cuento que cuarenta y ocho horas después del funeral, desaparecí, volví al vestíbulo de Layla, pasé unos cuantos días en un hospital privado y regresé a la realidad sin recuerdo alguno de ese tiempo perdido, y un recuerdo muy desigual de los días que precedieron inmediatamente al asesinato de Jack. Suena como una locura, que es lo que es.

—Y esos recuerdos... ¿no volverán nunca?

—En realidad, podrían volver —contesto—. Por eso estoy aquí, supongo.

Le cuento lo que me ha estado ocurriendo, el hombre de la capucha, mis sueños, que podrían ser recuerdos, las nuevas pistas que está siguiendo Grayson.

Podría hablarle de los detalles de mis visitas a Sarah y Merlinda, pero no lo hago. Todavía no estoy preparada para abrir esa bolsa, y no quiero que sepa que Jack sospechaba que yo le era infiel. Supongo que solo quiero el fragmento de Jack que él tiene. De la misma forma que Layla conoce una versión mía que no conoce nadie más, quizás eso sea cierto también para Alvaro. Tal vez si puedo recoger los fragmentos suficientes, el cuadro de nuestra vida conjunta (y su muerte) se aclaren.

—¿Era feliz él? —Esa no era la pregunta que quería hacer. Pero quizás es lo que deseo saber en realidad—. Con su elección. Con nuestra vida.

Alvaro parpadea.

—¿No lo sabes?

—¿Me ocultaba algo?

Alvaro se echa hacia atrás en su asiento, con los ojos clavados en mí.

—Él te quería —dice—. Tengo que admitir que no lo entendía. Pensaba que estaba abandonando cosas por la agencia, por ti. Me parecía que se estaba retirando cuando aún había... Qué sé yo, tantas cosas por ahí afuera...

Levanta los hombros, mira a algún sitio más allá de mí.

—No lo entendía. Una mujer. Intentar tener un hijo. Toda la responsabilidad de una agencia, de una empresa. El Jack que yo conocía... era un hombre ingobernable, un aventurero empedernido. Todo eso me parecía un lastre. Quizá fuese lo que querías «tú», pero no él.

Noto que se me encoge el corazón, una especie de temblor por dentro.

—¿Es lo que él sentía... al final?

—No —dice Alvaro—. Él nunca pensó eso. Él te amaba... más que a nada en el mundo. Era feliz. Realmente feliz.

Nos quedamos sentados en silencio un momento. Es un cuadro muy distinto del que me pintó Sarah, en el cual Jack estaba preocupado por mí, por nuestro matrimonio, por si le era fiel o no. Pero quizás ambas versiones fueran igualmente ciertas. Distintos momentos de la misma vida.

—Ahora lo entiendo —suelta él, finalmente.

Esa nueva actitud le sienta bien. Quizás esté enamorado, pienso. Nada cambia tanto a las personas, ni tan rápidamente.

—Él lo sabía, sabía que no hay nada por ahí afuera. —Señala hacia la parte delantera de la galería—. Cuantas más cosas persigues y más vas vagabundeando por ahí y acostándote con gente, despertándote después con resaca y vacío, más lejos lo tienes... sea lo que sea.

Lo miro. Siempre pensé que era solo un imbécil más, otro chulito cualquiera, una amenaza a mi felicidad con Jack, de alguna manera, un reclamo para que volviera a la vida de fotógrafo errante. Quizá debajo de ese exterior oscuro hubiera algo en él.

—Eso, sea lo que sea, está aquí. —Y se da unos golpecitos en el pecho.

Recuerdo a Maura hablando de él en la sala de reuniones, mis sospechas de que sentía algo por su persona. Ben mencionó que Alvaro venía a recogerla a la oficina. Sumo dos y dos.

—Es Maura, ¿verdad? —digo—. ¿Has estado saliendo con ella?

Él sonríe.

—Sí —afirma—. Y la buena noticia es que está embarazada.

Noto un pellizco duro y punzante en el corazón. Pienso en lo que me dijo Noah, eso de que cuando pierdes a alguien no solo pierdes a esa persona, sino que pierdes la esperanza de todo lo que pensabas que seríais los dos juntos. Yo creía que seríamos padres, que Jack empujaría el cochecito con nuestro bebé. Veía las fiestas de cumpleaños, la graduación, un día tal vez llegaría a la universidad. Quizá seríamos fotógrafos viajeros otra vez, quizá. Jubilados, al final. Un día, abuelos. Todas esas versiones nuestras murieron con él.

Alvaro se mueve hacia mí.

—Ojalá pudiera decirle a él que por fin lo entiendo. Él siempre fue el más listo de los dos.

Yo me trago mi pena.

—Me alegro mucho por ti y por Maura. —Es verdad, a pesar del dolor—. Jack también se habría alegrado.

Eso parece complacerlo, algo se ilumina en su mirada. Pero no he venido a verlo por esto.

—¿Ocurrió alguna vez algo, haciendo algún encargo, o cuando estabais por ahí sin mí? —le pregunto, al cabo de un instante—. ¿Se te ocurre algún motivo por el cual alguien quisiera hacerle daño a Jack?

Él aparta la mirada y luego inclina la cabeza y se mira las manos juntas. Cuando levanta la vista de nuevo, toda su ternura ha desaparecido.

—Todo el mundo adoraba a Jack. ¿Quién iba a querer hacerle daño?

Parece una evasiva, una forma de no responder.

—Pues alguien lo hizo. Alguien quería hacerle daño y ahora ha muerto.

Él se pasa la mano por la coronilla.

—El detective estuvo aquí, me hizo más preguntas... preguntas como las tuyas, sobre personas que conocíamos, y cosas que podíamos haber hecho hace mucho tiempo —explica—. Pero se lo dije a él, y te lo digo a ti ahora, que no hubo nunca nada de eso. Jack, y lo sabes muy bien, siempre fue un hombre muy sencillo y cordial.

El teléfono que lleva en el bolsillo suena, lo saca, pero rechaza la llamada y sigue mirándome atentamente.

—Cuando fuiste a ver a Sarah —le digo—, le llevaste una foto que yo no había visto nunca.

Él asiente y una sombra cruza ante su rostro.

—Sí, es solo una foto de los tres, una de las últimas noches que pasamos todos juntos.

—¿Y dónde la hicisteis?

Él se encoge, se retuerce las manos.

—Pues en un club del centro.

—¿Morpheus?

—Sí, a lo mejor se llamaba algo así...

—¿Quién hizo la foto? —pregunto—. ¿Quién estaba con vosotros aquella noche?

Él se incorpora, suelta una risita incómoda.

—La camarera, supongo. Eran unas noches bastante alocadas, Poppy. Siento decirlo. Todo está un poco borroso, se mezclan las cosas.

Hay una pared de la galería llena de fotos en blanco y negro tras él, todas suyas, en distintos lugares del mundo, con otros fotógrafos, aceptando premios, una de Jack y él ocultos en un puesto fotografiando un muro de papagayos en Guatemala.

—Ese club... estaba en mi sueño. Significa algo.

Me mira extrañado, con una expresión que no sé descifrar.

—¿No te lo mencionó él? Estuvimos allí hace mucho tiempo.

Me parece lógico. Quizás hace mucho tiempo mencionara ese sitio, y quedó grabado en mi subconsciente. Así es como funcionan los sueños, con detalles de tu vida, incluso cosas que has olvidado, con muchos entresijos.

—Le comentaste algo raro a Sarah. Que deseabas que Jack no hubiera sido tan buen tío. ¿Qué querías decir?

Él sigue estando de pie, con algo de tensión ahora en los hombros.

—¿Dije eso? Quizá lo que quería decir es que era demasiado bueno, ¿sabes? ¿No te parece que las que nos quitan son siempre las mejores personas?

Sí, parece que es así: mi padre, Jack. Los demás nos quedamos y hemos ido tirando sin ellos, intentando sacar algo en limpio del mundo en su terrible ausencia.

—¿Qué estás haciendo, Poppy? —me pregunta, con amabilidad—. ¿Qué es lo que estás buscando?

Busco a Jack y me busco a mí misma.

—Respuestas —contesto—. Quiero saber qué le ocurrió a mi marido. Ha pasado un año y seguimos igual que al principio.

—Ojalá tuviera esas respuestas para dártelas —dice. Inclina la cabeza—. Pero no es así.

Otro callejón sin salida.

Alvaro desaparece en el cuarto oscuro.

—Tengo algo para ti. —Me llama a través de la puerta.

Vuelve con una foto de Jack y de mí en una pista de baile. Jack lleva esmoquin, y yo un vestido de gasa drapeado que llega casi hasta el suelo. Mi mano se apoya en la suya, su brazo me coge firmemente por la espalda. Él me está susurrando algo al oído, con una mirada traviesa en la cara. Mi sonrisa es amplia, feliz, con la cabeza echada hacia atrás.

¿Dónde estábamos? En la boda de nuestros amigos Bill y Claire Simpson, al norte del estado, de ahí el atuendo formal de Jack, que raramente llevaba. Se quejaba todo el rato de tener que ir de etiqueta, pero aquella noche estaba espectacularmente guapo. «Realmente me derrito», le dije. Bebimos demasiado champán y bailamos como idiotas, nos lo pasamos muy bien con Alvaro y la que entonces era su novia, ni siquiera recuerdo su nombre, una rubia tímida. Fue quizás unos seis meses antes de que muriera Jack. Antes del segundo aborto y todas las peleas y lágrimas que siguieron.

—Esta foto lo dice todo de vosotros dos... Cómo os queráis el uno al otro, cómo os reáis. Mira lo relajados que estáis, lo íntimo que es todo. A él le brillan los ojos. Tú sonríes. Cómo te sujeta él.

Los dos lo miramos. Un fragmento del tiempo que pasamos juntos, hace tanto de eso... o al menos así lo parece. Todo ello lo añoro muchísimo, lo echo tanto de menos a él. No he pensado en esa boda desde hace siglos. Lo felices que estaban Bill y Claire, el tiempo maravilloso que hacía, la ceremonia. Fue una velada fantástica, no aburrida ni forzada como pueden llegar a ser las bodas. Todo era fácil y ligero, y nos divertimos de verdad. ¿Fue aquella la última vez que me sentí libre y feliz, antes de todo el sufrimiento que seguiría?

—Fue solo un momento. —Me siento extrañamente culpable de que piense que un solo momento feliz represente toda nuestra vida juntos. Siguieron otros momentos entre nosotros que no fueron tan encantadores. No eran cosas para ponerlas en Facebook, ni en un marco.

Alvaro apoya una mano pesada sobre mi hombro.

—Pero nuestra vida es una serie de momentos como estos. Algunas personas no tienen nada parecido a esto con «nadie».

Dios, cómo echo de menos a Jack. Tantísimo. Quiero meterme en esa foto, volver atrás y decirme a mí misma: «Agárrate a él, no lo dejes escapar. No te pelees por cosas que no se pueden cambiar. No pierdas el tiempo».

—Yo estaba celoso —dice Alvaro, al ver que yo me quedo callada—. No estoy seguro de haberme dado cuenta entonces. Pero lo estaba. Quería lo que él tenía. Su talento, el amor que compartíais los dos.

Más sorpresas. Su mirada oscura, desaprobadora; sus ojos siempre clavados en mí. A mí me parecía que era reproche, desagrado, pero en realidad era envidia.

—Después de abortar, tú le comentaste que se había librado de una buena —digo.

Tiene la decencia de agachar la cabeza.

—Lo lamento mucho —responde, en voz baja—. Soy un gilipollas. Hablo demasiado y digo cosas que no siento.

Yo también lamento cosas. Muchas cosas.

—He cometido muchos errores —continúa, con la voz intensa—. Hay cosas que me gustaría... poder deshacer.

Mirando la foto, mis ojos se desplazan a las otras parejas que bailan, con las luces brillando por encima, un grupo musical tocando. La imagen tiene un aura fantasmal, vista a la luz de todo lo que vino tras ella. Mac y Layla están bailando junto a nosotros, tiesos, sin sonreír. Los ojos de Layla rebotan en la distancia. Me encuentro siguiendo la línea de su mirada, examinando las demás caras. Allí está Ben, bailando con una morena muy esbelta. Y alguien más.

De pie en el límite de la pista de baile, contemplando claramente a los que bailan, una mujer

delgada con el pelo oscuro y los ojos negros muy penetrantes. Su expresión es neutra, indescifrable. Está quieta y adusta, sola entre la multitud alegre, la gente que charla, se ríe y baila a su alrededor.

—¿Quién es esta? —le pregunto a Alvaro, señalándola en la imagen.

Alvaro la mira y niega con la cabeza. Hay algo extraño en su rostro, quizá la sombra de una sonrisa.

—No estoy seguro —dice—. No la conozco.

Pero yo sí. Es la mujer que estaba en la pantalla de mi ordenador, en mi sueño. Elena. De repente, noto que se me agarrota la garganta. Su rostro. Lo busco; está ahí, justo ahí.

¿Quién es?

Cuando vuelvo a mirar a Alvaro, él me mira a mí. ¿Hay acaso un oscuro regocijo en sus ojos? Pero lo que quizás he visto desaparece al instante.

—¿Qué sucede? —pregunta—. ¿La reconoces?

Oigo unas pisadas lentas y pesadas detrás de mí. La puerta delantera. Alvaro la ha cerrado antes de venir aquí. La habitación parece pequeña de repente, hace mucho calor. ¿Hay alguna otra salida? Otra salida, sí, tiene que haberla.

—¿Quién más está aquí? —le pregunto.

—Nadie —me responde, con el ceño fruncido.

Pero las pisadas se oyen cada vez más fuertes, más pesadas, hasta que finalmente aparece doblando la esquina. Jack. La parte delantera de su sudadera está empapada de sangre. Tiene las gafas rotas.

—Deja de hacer preguntas, Poppy —me advierte mi marido—. Te lo prometo. No te gustará oír las respuestas.

No, él no está aquí. Es un sueño. Un microsueño. Hipnagogia. Me seco el sudor de la frente, intento calmar mis nervios de punta. No lo creo, aunque no estoy segura de por qué.

—¿La conoces?

Sí. Debería conocerla. Es la mujer de mis sueños nocturnos y diurnos. ¿Qué era ella para mi marido? ¿Por qué está mirando en el límite de nuestra vida, contemplándonos?

—Me resulta... familiar.

Profundizo mucho más, como solía hacer la primera vez que intenté recuperar los recuerdos. Me hundo en el cuero del sofá y me cojo la cabeza entre las manos. Pero todo se mueve, todo da vueltas. Ella es un fantasma, visto y luego desaparecido. Como Jack. Como yo misma.

«Era alguien a quien conocí».

Cuando levanto la mirada de nuevo, Jack ha desaparecido.

—Poppy, ¿qué puedo hacer? —La cara de Alvaro es una máscara de preocupación—. ¿Puedo llamar a alguien?

«Puedes decirme la verdad —pienso—. Deja de fingir que te preocupas por mí. Puedes dejarme en paz». Pero no digo ninguna de esas cosas, porque no tienen sentido. No sé si él es mi amigo o mi enemigo. Nunca lo he sabido.

—¿Puedo quedarme la foto?

—Claro —dice él. Me la coge y la mete en un sobre—. Es tuya.

Yo me levanto y empiezo a dirigirme hacia la puerta.

—Quédate un rato —dice él—. Voy a llamarte un taxi.

Pero yo ya estoy serpenteando entre las fotos, dirigiéndome hacia la puerta. Una imagen que reconozco y que es de Jack, una mujer joven con burka, con los ojos tristes y oscuros visibles a través de la redecilla negra. Está oculta, espesamente velada, pero se encuentra ahí, mirando el mundo. Es lo último que recuerdo haber visto.

El sol está ya muy bajo cuando me encuentro de vuelta ante mi edificio. Mi reflejo en las puertas de cristal me mira a su vez, y debo enfrentarme al hecho de que no tengo recuerdo alguno de las últimas dos horas. He dejado la galería de Alvaro y he seguido andando. Recuerdo que la cabeza me daba vueltas, intentando procesar lo que Grayson me había contado de Noah, la foto que me había dado Alvaro. La información se entremezclaba y se confundía con mi dolor, con la sombra que está al borde de mi vida, con mi conversación con Merlinda, con el paquete que llevo en el bolso. Hay un tornado en mi interior dando vueltas, destruyéndolo todo, llenándome la cabeza con su rugido. Y luego, nada.

Doctora Nash: «Nuestra psique está diseñada para aguantar hasta un límite. Todos tenemos un punto de ruptura».

El reloj del vestíbulo dice que son casi las cinco, que ha pasado casi una jornada laboral completa desde que salí de la galería. ¿Adónde han ido a parar esas horas?

Antes de Jack, yo simplemente salía por las mañanas con mi cámara y vagabundeaba. Caminaba hasta que me cansaba y luego cogía el tren. He explorado así la ciudad, he estado en sitios en los que la mayoría de las mujeres jóvenes de Manhattan no van solas: las ruinas del South Bronx, con sus calles amplias, sus torres que se desmoronan, sus campos de escombros; el abigarrado Spanish Harlem, la avenidas siempre atestadas, las piernas que cuelgan de las escaleras de incendios, la música que surge de las ventanas; el distrito de Meatpacking, con su aura de deserción diurna, donde solían reinar las prostitutas transexuales después de medianoche, acechando con sus tacones debajo de las farolas amarillas, y si querías visitar un club de *bondage*, aquel era el sitio adecuado. Puedes ir a cualquier parte con una cámara en la mano; eres invisible.

La ciudad te ocultará. Puedes perderte en su cuadrícula, caminar sin descanso por sus calles. Veintiún kilómetros de punta a punta, puedes viajar por el tiempo, a través del mundo. Pasarás junto a miles de personas, los más ricos y los más pobres, los que tienen más éxito y los más fracasados, los más bellos y los que están destrozados... y, aun así, seguirás completamente sola. Con una cámara en la mano, eres reconocible como lo que eres: alguien ajeno, una observadora que no forma parte de nada, y, por lo tanto, puedes fundirte con la escena.

Siempre fui muy feliz ahí, en el espacio del observador, antes de Jack. Es mucho más fácil mantenerte aparte del caos y documentarlo cuando no estás unida a nada. De niña, simplemente me quedaba quieta, podía ir adonde quisiera sin que nadie se diera cuenta. Mi padre siempre estaba leyendo esos textos de robótica, mi madre amodorrada frente al televisor, viendo culebrones y películas antiguas. Eso fue antes de los tiempos de los padres-helicóptero, que monitorizan cada movimiento y catalogan cada segundo. Si yo no hacía ruido, si no quería nada, me dejaban en paz. Yo podía vigilarlos, ver sus expresiones, sus gestos inconscientes, su lenguaje corporal. Se puede conocer mejor a la gente cuando creen que no los observas.

Poppy la espía, solía llamarme mi madre. Quédate quieta y escóndete, así podrás ver.

Tengo ahora la sensación (un recuerdo de ruidos callejeros, voces, chillidos y rugidos del tren, dolor de pies) de que he estado haciendo eso hoy, vagabundear, como acostumbraba. Busco mi teléfono para ver qué fotos he tomado, pero se ha quedado muerto, con la pantalla negra. Siento un ligero pinchazo de alarma. Grayson me dijo que estuviera localizable, Layla se va a preocupar.

«Te has olvidado tu cadena —solía bromear Jack sobre mi smartphone—. ¿Cómo sabrá el Gran Hermano dónde estás? ¿Cómo se comunicará contigo?». Él tenía un viejo teléfono sin correo, con textos limitados, con fotos borrosas. No lo llevaba cuando salía, o dejaba que se quedara sin batería. «¿Cuándo abandonamos nuestra libertad?», me preguntaba, si yo me quejaba.

Entro a través de las puertas de cristal a la deliciosa calidez del vestíbulo, dándome cuenta por primera vez de que estoy helada hasta los huesos. Cuando me acerco a los ascensores, oigo que me llama el portero, y sus pisadas fuertes y rápidas detrás de mí por el suelo de mármol. Pero dejo que se cierren las puertas sin esperar a ver qué quiere. No quiero hablar más, no puedo.

En el vestíbulo hay música, se escucha a lo lejos, es clásica. Huele a algo sabroso que están cocinando. Cuando empujo la puerta delantera, me doy cuenta de que todo sale de mi apartamento. Oh, no.

—¿Poppy? ¿Eres tú?

Mamá.

Mi madre está sentada muy remilgada en el salón, se levanta cuando entro yo. Layla está junto a la encimera, con los brazos cruzados. Mac se encuentra tras ella, con un brazo en su hombro. También veo a un hombre todo vestido de negro, con las manos metidas en los bolsillos, que me saluda cortésmente con un gesto de la cabeza. Es un desconocido, pero tengo una idea bastante clara de quién es. La ira me burbujea en el estómago.

Dios mío, esto es lo último que quiero en el mundo.

—¿Qué pasa aquí?

—Poppy —Layla se dirige hacia mí desde el lugar que ocupa junto a las altas ventanas. Me pone las manos en los brazos—, ¿dónde has estado? Nos has tenido... muy preocupados.

Ya lo veo dibujado en su rostro, en las arrugas junto a sus ojos, en su boca. Miro también a Mac que me ofrece una sonrisa amable, inquieta. Si él ha abandonado su despacho para venir aquí, es que Layla tenía que estar hecha un flan.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿Es que ha pasado algo?

Ella se echa un poco hacia atrás al notar mi tono.

—Nosotros... no conseguíamos comunicar contigo.

—¿Y desde cuándo he abandonado mi libertad? —pregunto. Mi voz suena afilada, más furiosa de lo que me proponía. Pero mi ira está al rojo vivo, a punto de ebullición—. ¿Tengo que darte cuentas a ti?

Layla retrocede, herida y furiosa, con la cara enrojecida.

—Poppy —dice Mac, suavemente. Se dirige hacia mí—. Estábamos preocupados. Preocupados de verdad.

—Hay motivos, cariño. No hagas como si no existiera razón alguna. —Mi madre, con su voz más molesta del estilo «Sé razonable». Se la ve tan esbelta y elegante como siempre. Lleva el pelo de un color rubio ceniza con una melena un poco más larga, le queda muy bien y realza el tono crema de su piel, sus pómulos altos, lo bien que está envejeciendo.

—Y tú tienes un acosador —interviene Layla, colocándose junto a ella. Maldita sea, se

parecen un montón, es rarísimo. Con las manos en las caderas las dos, la misma expresión de angustia. Podrían ser madre e hija.

—¿Y quién es ese? —Hago un gesto hacia el desconocido que está sentado en el sofá, que contempla la reunión con la cabeza ladeada, captando todos los detalles.

Mi voz rebota de nuevo hacia mí, demasiado aguda. ¿De dónde me sale toda esta rabia?

—Este —explica Layla, en voz baja—, es Tom. El hombre del que te hablé. Dirige Black Dog, Seguridad y Gestión de Crisis. Va a ayudarnos a averiguar todo esto.

—¿El qué? —Me acerco un poco a ella—. Te dije que no, Layla. No quiero esto.

—Vamos a ocuparnos de ti, Poppy —añade Mac. Su voz es suave y suplicante—. Te lo debemos a ti, se lo debemos a Jack.

—Mac y yo vamos a llevar este asunto —dice Layla—. Y tú lo único que tendrás que hacer es venir a casa, a salvo.

Layla está haciendo eso que hace siempre: echar hacia atrás los hombros y sacar la barbilla. «Mac y yo». Lo suelta con la condescendencia que corresponde, aparentemente, a una gran riqueza. Dice: yo tengo los medios para doblegar el mundo, así que tú debes doblegarte a mi voluntad. Ella lo lleva muy bien, como si lo hubiera hecho siempre. Y quizá, de alguna manera, sea así. Aunque viene de la pobreza y el abuso, Layla toda la vida ha sido muy poderosa. No habría sobrevivido, de otro modo. Ahora se pone en alto, donde nada pueda herirla.

—Yo no quiero que lo lleves tú.

—Poppy —dice, con una voz que se vuelve fría—, intentamos ayudarte. ¿Dónde has estado?

No quiero decirle que no lo sé. No puedo decirle eso a toda esta gente. Mi madre me mira, con expresión amable y preocupada. Parece un poco confusa también, como si no estuviera segura de que lo que están haciendo sea correcto. Me aparto de ellos, con la rabia cosquilleándome la garganta. Conecto mi teléfono apagado; es la única forma en que seré capaz de reconstruir mi pasado reciente. Anoche decidí tomar fotos, documentar. Supongo que me he ceñido a esa intención las dos últimas horas. Espero haberlo hecho.

Sigue muerto, sin embargo, como ocurre cuando la batería se ha agotado absoluta y totalmente. Pasarán unos minutos hasta que vuelva, aunque esté ya conectado. Respiro hondo y todo el mundo se queda callado, mirándome.

—¿Me permite? —dice Tom, el hombre de negro.

—Por favor —añade Mac, como si fuera su permiso lo que él pedía. Quizá sea así. Al fin y al cabo, es él quien paga la factura. Layla vuelve a la ventana que va del techo al suelo, se apoya en el cristal y mira hacia fuera. Siempre se le ha dado bien tener aspecto de sufrimiento.

—Parece usted enfadada —dice Tom—. Yo también lo estaría, la verdad. Le han preparado una emboscada. O eso parece, al menos.

Su voz tiene algo tranquilizador. Parte de la tensión de mis hombros se relaja, mientras él continúa:

—Realmente no importa dónde ha estado, Poppy. Tiene usted razón. Es usted una mujer adulta y lo que haga es asunto suyo. Ahora está a salvo, y creo que eso es lo único que nos importa a todos.

Tanto mi madre como Layla lo miran, asintiendo, como si las hubiera hechizado. Yo también asiento casi sin darme cuenta, calmada por el sonido de su voz. Lo veo manejando todo tipo de crisis, todo tipo de problemas.

—Layla ha recibido una llamada del inspector Grayson. La buscaba a usted. Le ha dicho que se ha marchado después de hablar con él muy preocupada, y que ha estado intentando llamarla desde entonces.

¿Era cierto eso? ¿Estaba yo «muy preocupada»? Otra vez tengo esa sensación, como cuando alguien te dice algo de ti misma que crees que no es exacto... pero no estás segura del todo.

—Así que, naturalmente, al no poder ponerse en contacto con usted, Layla se ha inquietado mucho, ha llamado a su madre, y Mac me ha llamado a mí. ¿Han exagerado?

Miro a Layla, que se encoge de hombros. Quizá.

—Dado lo que le ocurrió a su marido, lo que le está ocurriendo a usted ahora y... sí, lo siento, su historial reciente, creo que no ha sido así. Para ser sincero, desearía que alguien se preocupara por mí tanto como su familia y sus amigos se preocupan por usted.

Layla no parece reivindicada, como yo había esperado. Me lanza una mirada de disculpa y luego contempla el suelo. Mi madre se acerca, me pasa un brazo por encima de los hombros y yo me sorprendo refugiándome en ella. Mi madre no suele abrazar mucho; es toda huesos y ángulos duros, rígida cuando da muestras físicas de afecto. Pero ahora se muestra blanda, y yo también. Dejo que me lleve hasta el sofá.

Layla viene a sentarse al otro lado, junto a mí. Pone una mano encima de mi muslo. Yo les permito que me rodeen. Mac está de pie junto a la isla de la cocina, moviendo la cabeza afirmativamente, aliviado. Mira por el pasillo hacia la puerta. «Problema resuelto —casi veo que piensa—. ¿Puedo volver ya al trabajo?».

—El detective Grayson le ha contado lo de su amigo Noah, su pasado —continúa Tom—. Mi equipo cree que es sospechoso en lo que respecta a seguirla a usted.

Con esta luz, descubro la cicatriz que tiene Tom en la cara. Corre por el centro de su mejilla derecha, casi una línea recta desde el ojo, como la trayectoria de una lágrima. En su mirada hay algo plano, que había visto antes en soldados, unos ojos que han visto cosas que han hecho que deseen dejar de mirar. Cae un velo, una sombra. Su esbelta cintura y sus anchos hombros, la forma en que se mueve, con la facilidad de alguien que está en una forma física excelente, todo eso forma parte de él. Pero es la cicatriz la que cuenta los detalles. El dolor.

—Tenemos a un equipo siguiéndolo —dice. Levanta las manos, supongo que porque ha percibido algo en mi cara—. Solo vigilándolo. No nos dedicamos a acosar a gente inocente. Él nunca sabrá que estamos allí. Por si...

—¿Por si qué?

—Por si vuelve a molestarte otra vez —contesta Mac.

«Molestarme otra vez. Él no me ha molestado —quiero decirle—. Ha sido amable conmigo, y sentía algo por él. Es mi amigo. Incluso puede que más que eso».

Ya sé por qué Tom le gusta a Layla, sin embargo. Es uno de esos tipos. El tipo que maneja las cosas que las demás personas no saben manejar. Un solucionador de problemas. Quiero decirle que no creo que Noah tenga nada que ver con todo esto. Lo entiendo. Sé lo que dijo Grayson, es solamente que no me cuadra con el hombre que he empezado a conocer. Que «estaba» empezando a conocer. Soy mejor juez de caracteres que eso, ¿no? Si fuera un acosador, si hubiera algo malo en él, yo lo habría sabido, ¿verdad? Pero no digo nada.

—Mientras tanto, tenemos un equipo que continúa con la investigación policial del asesinato de su marido. La policía de Nueva York hizo un trabajo aceptable, no les recriminamos nada.

Grayson parece un buen policía. Pero nosotros aportamos una perspectiva nueva, así como unos recursos ilimitados a la investigación. Si fue algo más que un atraco al azar, tendremos alguna pista en seguida.

—Y hay algo más —añade Layla, en voz baja. Levanta la vista hacia Tom, que se dirige a paso lento hacia la ventana.

—¿Qué?

—Me preguntaste la otra noche si había algo que recordase de cuando te encontré. Algo que dijeras.

—Me comentaste que no.

Ella se mira las uñas, un gesto que reconozco bien, algo que hace cuando está nerviosa, incómoda.

—Me dijiste que sospechabas que Jack tenía una aventura —continúa. Sus palabras parecen eliminar todo el aire de la habitación.

Ella levanta las manos.

—Algo que nunca habías mencionado antes de tu crisis nerviosa. Pero seguías diciendo ese nombre, una y otra vez.

—¿Qué nombre?

Ella duda un momento.

—Elena.

Entonces es cuando la habitación parece desaparecer y volver a aparecer, y la veo a ella de pie en la esquina, silenciosa, rabiosa. Elena, con los ojos morados, sin dientes, con un manchurrón de sangre en la camiseta, mirándome. «Yo conocía a tu marido».

Jack está aquí también, echado en el sofá.

«No la mires, Poppy —dice—. No está aquí».

No les hago caso. Hipnagogia. ¿Estoy despierta o dormida?

—Tú pensabas que tuvo algo que ver con esa aventura, que por eso quizá lo habían matado —añade Mac, acercándose más a nosotros.

La cajita de cerillas, el nombre y el número garabateados. Él pensaba que yo estaba teniendo una aventura, según Sarah; yo pensaba que la tenía él, según Layla. Pero Jack no estaba vivo y no podía decir lo que pensaba entonces. Y yo, lamentablemente, no lo sé. No sé si estábamos muy alejados cuando murió. Me lo pregunto, no por primera vez: ¿habríamos conseguido encontrar el camino para volver el uno hacia el otro?

—¿Por qué no me lo contaste? —pregunto.

Layla niega con la cabeza, no me mira.

—Se lo conté al detective Grayson en su momento. Pero no había prueba alguna de que ninguno de los dos estuvierais teniendo una aventura, nada entre las cosas de Jack que lo sugiriera. Nadie entre sus contactos, ninguna prueba en sus llamadas telefónicas. Tú te olvidaste de todo eso después de volver en ti. Yo pensé entonces: ¿por qué causarte más dolor del que ya tenías? Especialmente, si no era verdad.

—Quizá fuera una fabulación... —dice Tom—. Algo que hace la mente para explicarse cosas que no se pueden explicar, o para hacer las cosas más llevaderas.

Me duele la cabeza, oigo como una sirena, la náusea me retuerce las tripas. Estoy temblando, me seco la frente, que está húmeda de sudor. Comprendo que me estoy desintoxicando. Esas

pastillas que tomaba para amortiguar el dolor, para quitarle el filo a mi ansiedad, las pastillas que tiré por el váter. Qué no daría por tomarme una, ahora mismo.

—Cariño —interviene mi madre. Se desplaza hacia delante en el sofá—. ¿Por qué no te sientas?

Me doy cuenta de que me he levantado del sofá y me dirijo a la puerta. Mac parece decidido a sujetarme, acercándose más a mí.

Elena se ha ido, pero Jack sigue allí, sentado junto a Layla y mi madre.

«¿Fuiste tú? ¿Fuiste tú el que tuvo una aventura? ¿Fue demasiado todo, los abortos, mi deseo de tener un hijo, tu falta de interés, el esfuerzo diario que representaba todo aquello? ¿Te veías con una mujer bella y exótica, una modelo quizás, otra fotógrafa?». Quiero preguntárselo.

Oigo esa voz aguda de nuevo, una vibración procedente de un sueño.

«Eres un puto mentiroso».

Mi teléfono suena entonces, regresando a la vida. Voy a cogerlo y noto que todas las miradas están clavadas en mí. La pantalla está llena de textos, de Noah, de Layla, de mi madre, de Ben. Hay mensajes de voz. No me fijo en ninguno, voy directa a las fotos, empiezo a pasarlas. La última foto que hay es de Noah, de anoche. No hay nada de hoy, ninguna foto de Merlinda, ni escenas de la ciudad. No sé dónde he estado ni lo que he hecho, todo ha desaparecido. La confusión y el miedo rugen en mi cabeza. ¿Qué me está pasando?

—Poppy. —Es Mac, tranquilo, razonable, a cargo de la situación.

Casi. Casi podría fiarme de él. Nuestros ojos se encuentran; siempre ha habido una conexión. Un amor compartido por Layla, sí, pero también algo que es solamente nuestro. Si él y yo nos hubiéramos conocido antes, habríamos sido amigos.

Me dirijo hacia el bolso que he dejado en la silla. Dentro no hay ningún paquete rosa, solo mi cartera, un poco de maquillaje, un cepillo, tiques, el desorden habitual. Recuerdo que sujetaba ese paquete en la mano, su peso. Recuerdo el roce de la tela, que la costura estaba un poco descosida.

Lo tenía.

Sé que lo tenía.

El apartamento de Merlinda, hacerle una foto, los colores, su mano llena de anillos, los móviles, el aroma a incienso... Yo he estado allí, sé que he estado. Noto la garganta tensa y seca, y el corazón en un puño.

—¿Qué es esto? —pregunta Layla.

La foto, la que me ha dado Alvaro. Todavía sigue ahí, en el sobre donde él la ha metido. La saco y se la enseño a Layla.

—¿Quién es? —Señalo a la mujer de la imagen. Hay un relámpago, una microexpresión de temor rapidísima, y luego sus rasgos vuelven a la máscara bien ensayada de tranquilidad y paciencia. Mac se la queda mirando, confuso y silencioso.

—¿Quién? —dice ella.

—Esta mujer —respondo, señalando la imagen con el dedo. Es real, tal y como yo la recordaba. Sigue ahí—. ¿La conoces?

—¿De dónde has sacado esto? —me pregunta, pasando de mirar la foto a mirarme a mí, y luego a Tom, que se inclina también hacia ella.

—De Alvaro —contesta.

—¿Lo has visto? ¿Cuándo? —pregunta Mac.

—Eso no importa —digo, exasperada—. ¿Sabes quién es ella?

—¿Cuándo fue eso?

—En la boda, en el norte del estado... Claire y Bill Simpson. ¿Te acuerdas?

Ella mira la imagen detenidamente, luego se la enseña a Mac, sonriendo un poco.

—No sé quién es, Poppy. ¿Y tú?

Mac se encoge de hombros.

Quiero decir que es Elena, la mujer de mi sueño, de mi sala de juntas, el nombre garabateado en una cajita de cerillas. Pero no sé si es verdad. Y todo parece una locura. Estoy sudando, noto el estómago revuelto.

—Mire, Poppy —interviene Tom, tranquilizador, calmado—, si cree que es una pista, podemos seguirla. Encontraremos a esa mujer. Haremos las preguntas adecuadas. Si tiene algo que ver con Jack, lo averiguaremos.

«No, no podéis —quiero decirle—. Ella está muerta. Igual que Jack».

Pero no sé si es cierto, ni por qué pienso eso. Solo tengo mis inconexos sueños hipnagógicos para guiarme.

No puedo con esto.

Lo que necesito es salir de aquí. Ahora mismo. Cojo el teléfono y el cargador, me los meto en el bolso y me lo cuelgo del hombro.

—Tengo que irme.

—No es buena idea —objeta Tom—. Poppy, hablemos. Deje que la ayudemos. Pero más importante aún: deje que la mantengamos a salvo, mientras tanto.

Parece tan razonable, mientras yo me desplazo hacia la puerta de mi piso. Todos me siguen, lentamente, Mac con la mano extendida.

—Vamos, niña, no hagas esto.

—Poppy, cariño —susurra mi madre—. Quédate con nosotros. Todo va bien.

Pero no, no va bien. No va bien desde hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo lo que era tener esa sensación. Todos están ahí de pie, queriendo ayudarme. Pero yo no puedo quedarme aquí, con ellos. Porque eso significa meterme en la cama y dejar que ellos «se ocupen de esto», que hagan todo lo que puedan para «ayudarme».

Pero no, la cosa no va a funcionar. Porque es hora de que me haga cargo yo misma. Es hora de despertarme y recordar lo que le ocurrió a Jack. Lo que nos ocurrió a los dos.

Me doy la vuelta y corro hacia la puerta y la cierro detrás de mí desde fuera. Mientras ellos luchan dentro para abrir el pestillo, abro las puertas hacia la escalera de par en par y luego corro hacia la esquina y espero. Tom, Mac y Layla salen corriendo y bajan por las escaleras a través de la puerta todavía abierta. Sus pisadas resuenan en el cemento, sus voces urgentes.

—¡Poppy! —me llama Layla—. ¡Poppy, por favor, vuelve!

—Voy a llamar al detective Grayson —dice mi madre, cerrando la puerta.

Cuando el vestíbulo se queda vacío de nuevo, marco el botón de llamada del ascensor.

—Poppy.

—Mac. —Doy un respingo—. Tengo que irme.

—No, no te vayas —dice. Levanta ambas manos con un gesto de rendición—. Mira... estás sudando. Estás pálida y temblorosa. No te ayudarás a ti misma ni averiguarás lo que le ocurrió a Jack... Así no. Pero Tom sí que puede ayudarnos. Él tiene recursos.

Yo retrocedo apartándome de él, aunque la verdad es que lo que dice suena lógico. Cualquier persona razonable lo escucharía. Pero yo no puedo. No puedo volver a dormir. Y algo más: mi corazón está acelerado. Tengo miedo. No sé de qué, ni de quién.

Oigo la campanita del ascensor que llega, y Mac se acerca un paso más.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me lo vas a impedir físicamente?

Algo extraño cruza por su cara... tristeza, quizá, algo más.

—Vamos —dice. Un ruego final.

—Deja que me vaya, Mac.

Él afloja sus brazos para que le caigan a los lados, mueve la cabeza.

—No le hagas esto a ella —dice—. No puede perderte otra vez. Eres la única familia que le queda.

La culpabilidad, una puñalada en el estómago. Pero cuando se abren las puertas del ascensor, yo entro y me quedo mirando a Mac, triste y derrotado, hasta que desaparece. Bajo hasta el sótano y salgo por la puerta de servicio que hay en la parte trasera del edificio.

En la calle, paro un taxi y me subo rápidamente.

—¿Adónde?

—Hacia el norte —respondo—. Simplemente, salga.

Y vamos a toda mecha por Broadway, y la ciudad es un borrón de luz y color. Compruebo mis mensajes de texto, buscando algo que me oriente.

Noah: «Puedo explicarte cosas. No es lo que parece. Por favor, dame una oportunidad de contarte mi versión».

Ben: «Eh, ¿sabes ese tío, Rick? El de finanzas... Insiste mucho. Quiere mantener la cita, dice que se quedará por allí un rato, en caso de que cambies de idea. Solo una copa, dice».

—¿Adónde vamos? —pregunta el conductor.

¿Adónde?

—Señora —me llama, impaciente, con los ojos oscuros escudriñándome por el espejo retrovisor—, ¿adónde quiere ir?

Ojalá supiera qué respuesta darle. ¿Quiero volver atrás? ¿Quiero ir hacia delante? Le doy una dirección y él sigue conduciendo. Apoyo la cabeza hacia atrás, luchando con el sueño.

Jack está respirando con ese ritmo profundo y regular que sé que significa que le costará despertarse. Puedo irme antes de que se dé cuenta de que me he levantado. Cuando más profundamente duermo, siempre es entre las tres y las cinco de la mañana.

Me quedo un rato echada, notando la distancia entre nosotros. Estamos solo a unos centímetros, pero hay un abismo que nos separa, una profunda división. ¿Cuándo empezó todo esto? ¿Después del último aborto? No, fue antes. Cuando le confié lo desesperadamente que deseaba tener un hijo, cómo ese deseo había venido a mí con fuerza, y no lo podía negar. No era una decisión intelectual. ¿Tenemos tiempo? ¿Dinero? ¿Y el negocio? ¿Y el trabajo? Ninguna de esas preguntas o sus respuestas formaban parte de esto. Era algo que procedía de mi propio interior. Él no lo comprendía, aunque fingía que sí. Lo aceptaba porque así es él, porque quiere que yo tenga las cosas que deseo.

Quizá sea eso. Quizá por eso se está apartando, por el hecho de que quiero algo que él no

ansía tanto. Eso pone de relieve muchísimo nuestras diferencias. Cuando nos conocimos, dijo él, me dijiste que los niños no eran una prioridad para ti. Que no lo descartabas, pero que no era fundamental para ti, que no estaba en tus planes.

Y entonces era cierto. Pero algo cambió. La gente cambia.

Salgo de debajo de las sábanas, con ese frío implacable en mi interior, obstruyendo mis senos nasales y poniéndome la cabeza pesada. Noto la garganta en carne viva de tanto toser. Pero tengo que salir, a esta hora antes del amanecer, y correr. Necesito pensar en todo esto: en nuestra pelea, en mis abortos, en ese deseo, en cómo me siento ahora. En lo de tener un niño. En Jack. Las cosas eran más fáciles cuando estaba sola. Solitarias, pero más fáciles.

Su respiración se hace más profunda, y yo desconecto la alarma. Entonces me visto rápidamente en el salón, cogiendo la misma ropa que había dejado allí, mis zapatillas, mi chaleco interior. No me olvido del gorro de lana de Jack e incluso de una bufanda. Ya me los quitaré cuando entre en calor y me los meteré en los bolsillos. Pero el viento agita nuestra calle, un pasillo congelado.

Fuera, el aire es más frío de lo que creía. Empiezo a moverme en seguida, un trote ligero junto a la primera fila de toldos, unas entradas de casas doradas por la luz interior, porteros muy calentitos y abrigados en sus mostradores. Espero en el semáforo y luego ya estoy en el parque. Mis latidos se aceleran y voy entrando en calor, y la lana que llevo en la garganta empieza a picarme.

Sigo por el camino principal, que ya está poblado por otros corredores, a muchos de los cuales reconozco porque llevan mucho tiempo haciendo lo mismo. Corres con las mismas personas una mañana tras otra, quizá te saludes al cruzarte con ellos, tal vez te des cuenta de que han pasado unos días sin ver al tipo que corre siempre con la misma camiseta roja y los mismos pantalones cortos, incluso en invierno. O a la mujer que acelera y luego baja el ritmo, sube el ritmo, luego vuelve a bajarlo. O la chica esbelta y musculosa que camina, moviendo mucho los brazos, y avanza más rápido que muchos de los corredores que andan por allí, con la cara como una máscara de decisión y obstinación.

Luego, no sé por qué, giro y me meto en el camino que me adentra más en el parque, en la oscuridad, apartada de los demás corredores. La ciudad se alza brillante a mi alrededor, mientras yo cojo la pendiente y paso bajo el primer puente. No tengo miedo. Conozco esta ciudad. Y más que eso: soy rápida. Cojo velocidad, notando que mi temperatura sube, mi corazón late. Todo queda atrás: mi pelea con Jack, el dolor que llevo en mi interior, incluso la pesadez de mi resfriado. Mis senos nasales se despejan y las endorfinas empiezan a fluir. Acelero el paso.

El cielo se vuelve de un blanco azulado y lechoso, el del amanecer. Cuando vuelva al apartamento ya habrá luz. A medida que la tensión, la ira y la tristeza me abandonan, apartadas a un lado por la química cerebral del esfuerzo físico, me doy cuenta de que Jack tiene razón. He dejado que mi deseo de tener un niño y mi tristeza por mis abortos se lleven parte del amor y la pasión de mi matrimonio. He convertido el sexo en algo programado, algo cargado de expectativas. Quizá tenga que pensármelo mejor. Quizá nos baste con nosotros, pienso. Aunque no haya nadie más, ni nada más, nosotros podemos ser suficientes.

El golpe a mi costado viene de la nada, y vuelo, aterrizando con dureza en el suelo. Luchando por orientarme, el mundo patas arriba... ¿Qué ha ocurrido? He tropezado. Podría

ser. Luego, otro golpe fuerte en las costillas. El aire me abandona, el dolor inunda mis sentidos. No. No. Noto un peso encima de mí, después un golpe seco en la mandíbula, un puñetazo en la parte superior de mi cabeza, en mi columna vertebral. Mis brazos son alas de mariposa, se agitan, inútiles. Unas manos se posan en mi cuerpo. Me agarran. Me tocan. Yo me retuerzo, intento soltarme. Una presa animal, aterrorizada, indefensa.

Dinero. Tengo. Dinero.

Mi madre me lo metió en la cabeza: no salgas nunca de casa sin dinero en efectivo en el bolsillo. Nunca se sabe. Entrégalo. Si te atracan, dáselo todo. No importa. Solo importa tu vida.

Mis anillos. Llévatelos.

Pero me siguen lloviendo los golpes, en el estómago, otra vez en la cara. Noto el sabor de la sangre, metálica y extraña. Noto que me alejo, que me voy a otro lugar.

No puedo verlo. Lleva una capucha o una máscara. Su rostro es solo una sombra, mientras me siguen llegando los golpes. Una lluvia de dolor.

Y entonces acabo flotando, fuera de mí misma. Miro hacia abajo mientras él se incorpora, una figura encapuchada. Se yergue ante la versión destrozada de mí misma. No soy yo. Es otra. Ella está muy quieta, con los brazos extendidos, las palmas hacia arriba, las piernas torcidas. Un charco muy negro se extiende por debajo de ella. Él jadea, sus hombros se mueven con el esfuerzo. El extraño, el gólem, el monstruo que espera entre las sombras para destruir, para cambiar todo lo que crees saber sobre el mundo y tu lugar en él. Observo mientras la escena se vuelve cada vez más distante, hasta que ha desaparecido, hasta que yo he desaparecido.

Ojalá. Ojalá hubiera sido yo.

—¿Puedo llevarte a tu casa? —Rick. Rick, el de las finanzas.

Estamos en la calle. Nuestra extraña cita, si es que se puede llamar así, a punto de acabar misericordiosamente. El mundo se inclina sobre su eje, la acera se tuerce bajo mis pies. No tendría que haber venido aquí. ¿Cómo se me ha ocurrido?

—¿Estás bien? —me pregunta él. Su preocupación me parece exagerada, su tono casi burlón. Hay otras personas en la calle, una pareja que se ríe, con intimidad, muy cerca, un chico con sus auriculares, un vagabundo sentado en el soportal.

—Sí, estoy bien —vuelvo a decir, un poco a la defensiva. No he bebido tanto...

Pero entonces noto que él me rodea con el brazo, demasiado apretado, y me inclino hacia él sin darme cuenta. Intento apartarme, pero él no me deja. Es fuerte, y no puedo soltarme el brazo.

—Eh... —exclamo.

—Eh... —repite, imitándome, pero muy mal—. Sí, estás bien.

«Pues claro que estoy bien», quiero soltarle. Pero las palabras no salen de mi boca. Solo noto un cansancio terrible, hasta los huesos, una sensación tambaleante, confusa, vaga. Algo no va bien. El mundo empieza a oscurecerse por los bordes. Oh, no. Ahora no.

—Está bien —dice él, riendo. Su voz suena distante y extraña—. Solo que ha tomado una copa de más, supongo.

¿Con quién habla?

—¡Suéltame! —consigo decir.

Él se ríe, con una risa sonora y rara.

—Tranquila, cariño.

Me mueve demasiado rápido por la calle arriba, me aprieta demasiado fuerte. Yo voy dando tumbos, y él casi no hace nada para evitar que me caiga.

—¿Qué narices estás haciendo? —le pregunto.

El miedo se me agarra a la garganta. No puedo esperar a soltarme de este tío. Él me empuja hacia una calle lateral; no hay nadie por allí, por los alrededores.

—Eh. —Una voz detrás de nosotros. Él se da la vuelta, llevándome consigo. Hay otra persona allí de pie. Me parece lejanamente familiar, mientras el mundo se da la vuelta. En algún lugar de mi interior suena una alarma. Lleva puesta una capucha oscura, su cara no resulta visible.

«Es él».

Es muy grande, mucho más grande que... ¿Cómo se llama? Reg, o algo así. ¿Rex? El hombre grande nos bloquea el paso en la acera.

—Eh, de verdad, tío —dice Rick. Sí, Rick, eso es—. Apártate. Lo tengo todo controlado.

Pero las cosas se desvanecen muy rápido, se vuelven blandas, borrosas. Noto un relámpago, un movimiento rápido como el fuego. Luego, un grito de dolor muy femenino, que ataca mis terminaciones nerviosas, un río de sangre. Rojo oscuro en la lavanda. La acera se levanta de golpe, implacable.

Unos brazos me cogen. Muy fuertes.

Él me levanta y empieza a llevarme por la calle abajo. Todavía oigo a Rick de finanzas lamentándose, otras voces aparecen también, pero el hombre de la capucha se mueve con rapidez y el ruido se desvanece. Es muy poderoso, increíblemente fuerte.

—¡Eh, eh! —Una voz viene detrás de nosotros, pero se acaba disipando. Nos movemos muy rápido, y entonces todo está oscuro. Desorientada; no entiendo nada.

—¿Qué le has hecho? —le pregunto. Pero mi voz suena débil, demasiado floja—. ¿Adónde me llevas?

Intento retorcerme y liberarme de él, pero soy como una muñeca de trapo. ¿Estaré soñando otra vez?

Entonces lo único que oigo son sus pisadas en el cemento, las cosas que pasan en un borrón desagradable, coches aparcados, postes de cemento, las puertas metálicas de un ascensor. Estamos dentro, paredes grises a nuestro alrededor. Silencio. Se abre la portezuela de un coche. Él me deja en un hondo asiento de cuero, se inclina cerca para abrocharme el cinturón de seguridad.

—¿Adónde vamos? —No puedo centrar la vista en él ni en nada.

El interior del coche está caliente, el cuero es suave. El débil resplandor del salpicadero, el rojo y el azul de los controles, la oscuridad fuera, el ronroneo tranquilo del motor. Volamos por el espacio.

No sé cuánto tiempo ha pasado, ni adónde vamos. Me incorporo y miro hacia fuera, pero solo veo oscuridad.

—¿Qué le has hecho? —pregunto.

No hay luna en el cielo, las estrellas se ven oscurecidas por árboles como centinelas a los lados de la carretera. No estoy atada, solo sujeta al asiento. Me vuelvo hacia él. Es él. ¿Lo conocía ya? Quizá.

—He impedido que se aprovechara de ti —dice.

—¿Y qué estás haciendo tú?

—Te llevo a un lugar seguro —responde—. Ya has estado allí antes. ¿Te acuerdas?

—No —contesto—. No me acuerdo.

Él reduce la velocidad del coche, se desplaza al arcén y se acaba parando.

Se da la vuelta para mirarme. Sus manos buscan las mías. Mis dedos encuentran su rostro, por el contrario. Me fijo en todas las líneas, el brillo y la intensidad de sus ojos, toco los lugares sombreados, donde se concentra la oscuridad. Su rostro es abierto, honrado. Deseo, lo veo en él. Pero también veo amabilidad, el rostro de lecciones aprendidas con dureza, dolor y pérdida.

Lo recuerdo. Lo conocí en la pista de baile del Morpheus... Yo estaba sola y él se acercó a mí. Qué fue lo que me llevó a un club nocturno del Lower East Side, no tengo ni idea. El latido de la música, que se movía a través de mí, me dejó llevar... Lo recuerdo todo. Bailamos. Él se parecía mucho a Jack, yo cerraba los ojos y fingía que era Jack.

Recuerdo su beso, que me acompañó afuera a la calle, que me preguntó si quería irme a casa con él, a su casa en el campo. Yo estaba muy débil por el dolor, con el cerebro confuso. Le dije que sí. Todo vuelve a mí, un torrente de recuerdos... Como me había dicho la doctora Nash que podía pasar.

—Déjame ver tu bolso —me dice.

Se lo entrego. Él busca y saca el último bote de pastillas.

—¿Qué es esto? —me pregunta—. ¿Te has estado tomando estas?

Le digo que sí, que lo he hecho, y más que eso, y que he mezclado pastillas con alcohol. Lo que sea con tal de entumecer el dolor, para dormir, para olvidar. Sabía que era peligroso, conocía los riesgos. Quizá la verdad sea que no me importaba.

—¿Y estás dispuesta a dejarlo ya? —me pregunta. Tiene el bote en su mano abierta—. ¿Estás dispuesta a despertar, Poppy, y enfrentarte con eso de lo que has estado huyendo? Tienes que ser tú. La decisión tiene que ser tuya.

—Sí —afirmo—. Estoy dispuesta.

Él baja la ventanilla y tira el bote a la carretera. El aire frío, el viento invade el coche, y luego él vuelve a subir la ventanilla. Durante un segundo me siento aterrorizada; quiero bajar a la carretera y recogerlo todo.

—¿Vienes conmigo? ¿O quieres volver? —me dice—. Tú eliges. Ahora mismo te llevaré adonde tú quieras.

Todavía tengo las manos tendidas hacia él, ahora apoyadas en su antebrazo, su mano en mi pierna, inclinado hacia mí. Mirando hacia lo más profundo de su mirada, solo estamos nosotros, en este momento. Mi vida, fuera de los confines de este coche, es un remolino caótico.

—¿Quieres despertarte o volver a dormir?

—Quiero despertarme.

Él me levanta la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Llama a alguien y diles que estás bien, para que no se preocupen.

Tomo la extraña decisión de llamar a mi madre.

—Poppy —susurra ella, con la voz llena de alivio—, ¿dónde estás?

—Mamá —digo—, estoy bien. Solo necesito un poco de tiempo para entender lo que me está pasando. Diles a ellos... a Layla, a Mac, a Tom, que estoy bien. Que solo necesito un poco de espacio.

Oigo a Layla de fondo. «Déjame hablar con ella».

—Cariño, por favor —dice mamá. Su voz se quiebra por la emoción—. Vuelve y deja que te ayudemos.

«Deja que te ayudemos».

—Mamá —respondo—, esto lo tengo que hacer yo sola.

—¿Y adónde vas, cariño? Dime eso, al menos.

—Ya te llamaré —contesto—. Lo prometo.

Corto la llamada y apago el teléfono. Él mete la marcha en el coche y empieza a avanzar.

Lo dejo atrás todo y a todos.

Entonces no soy nada excepto dolor. Soy sufrimiento. Soy rabia. Los días transcurren en un río atronador de enfermedad física; estoy tan enferma como si me hubieran envenenado, la cabeza me late, mi cuerpo rechaza la comida y el agua. El aspecto más feo de la desintoxicación.

Las noches son terriblemente largas, túneles inacabables y retorcidos de sufrimiento, donde voy recomponiendo uno a uno todos los fragmentos que faltan a mis recuerdos. Las noches están

llenas de fantasmas. En mi diario escribo y escribo... mi último año con Jack, los abortos, las terribles peleas, mi infelicidad, sin mi arte. La verdad, toda la verdad, no solo la historia que me cuento a mí misma y a los demás sobre mi vida.

«Eres un puto mentiroso».

La voz que oía era la mía propia.

Y luego el dolor de perderlo, de perdernos, de una forma violenta y totalmente al azar. Qué furiosa estaba yo con la injusticia que representaba aquello. Que todas las cosas entre nosotros nunca se acabaran de resolver, que nuestra historia no tuviera un final. No salimos de nuestros desafíos más fuertes de lo que éramos antes. No decidimos terminar con nuestro matrimonio y ambos encontramos otro camino mejor. Sencillamente, él murió. En el lugar equivocado. En el momento equivocado. Todos los temas quedaron sin resolver. No hubo tiempo para despedidas. Una historia con un final que no elegimos.

Lentamente las pastillas, los productos químicos que inundan mi organismo empiezan a retroceder, como una marea. Y se me aclara la mente. Él está aquí.

Escuchando, apoyándome, ofreciéndome las cosas que ha aprendido. Echado al lado de mi cama, en el suelo, mientras yo me retuerzo, o de pie junto al baño.

—Piensa en esto como una purga, como una liberación —dice, amistoso, junto a la puerta.

—Calla —gimo yo—. No hables.

—Sí —dice él—. De acuerdo.

Y entonces, una noche, duermo. Profundamente, sin sueños, y me despierto a una mañana brillante y clara, con la cabeza ligera y liberada de dolor. Los fantasmas han desaparecido y puedo volver a pensar otra vez. Me siento sólida en el mundo. Él duerme en una silla junto a la chimenea, que parece torcida e incómoda. Me levanto de la cama y voy hacia él.

—Estoy despierta —le digo, cuando abre los ojos. Le cojo la mano y él se levanta. Me pasa los dedos por el pelo, apoya sus manos en mis hombros. Tiene una mirada cálida, en esos ojos color avellana facetados y brillantes.

—Encantado de conocerte, Poppy —saluda.

—Encantado de conocerte, Noah —respondo.

En sus brazos pienso en Jack, cuando nos conocimos junto a la galería donde yo trabajaba entonces.

—¿Sabías que la amapola simboliza el sueño y la muerte?

—Pues claro que lo sabía —dije—. Pero es que a mi madre le gusta mucho el color rojo. Por eso, eligió este nombre.

—En la mitología clásica, representa la resurrección.

—Veo que has hecho los deberes.

—Y también significa el recuerdo.

Se acercó más a mí y me entregó las flores, con sus pétalos escarlata algo caídos, fragantes y alegres.

—¿Te acuerdas de mí?

Sí. Me acuerdo de él. Me acuerdo de mí misma. Me acuerdo de todo.

Los días perdidos después del funeral de Jack, todo vuelve a mí como una ola.

SEGUNDA PARTE

Despierta

No estáis equivocados quienes pensáis
que mis días han sido un sueño.

EDGAR ALLAN POE,
«Un sueño dentro de un sueño»

Los días después del funeral de Jack...

Tap, tap, tap.

El sonido se filtra desagradablemente en mi conciencia. Tap, tap, tap.

Entierro la cabeza debajo de la almohada, agarrándome con fuerza al sueño. Luego, la sensación de que todo a mi alrededor (el olor en el aire, los sonidos, el tacto de las sábanas en mi piel) es erróneo, que está mal, de alguna manera.

Tap, tap, tap.

Negras ramas invernales rozan el cristal de la ventana, en una habitación de color gris paloma y blanca. Algunos copos de nieve golpean el cristal y se deslizan hacia abajo dejando rastros de lágrimas. Entra una luz blanquecina, y estoy sola en un sitio que no he visto nunca. Una silla tapizada languidece frente a una chimenea donde arden todavía unas ascuas. Estantes con libros, un óleo abstracto en colores azul y plata cuelga en la pared. Un vestido rojo descansa encima de una silla, con unos zapatos a juego caídos de cualquier manera en el suelo.

Me duele la cabeza y tengo los miembros llenos de arena. En mi interior noto una vibración de miedo: ¿dónde estoy? Esto no va bien. Pero la niebla de mi mente es espesa, muy pesada. Es un esfuerzo intentar sentarme, todo el mundo se balancea. La adrenalina empieza a correr, un brote de energía me saca de la cama, aunque el mundo entero se incline. Abro el cajón que hay en la mesita de noche buscando mi móvil, mi cartera. Está vacío, huele a madera nueva.

Yo llevo una camiseta negra grande, desgastada, muy suave. Me envuelve casi hasta los muslos. Otra puerta conduce al baño. En el espejo capto mi reflejo demacrado: el pelo revuelto, ojeras muy negras bajo los ojos, la piel muy blanca, despojada de color. Me inclino hacia el lavabo, dejo correr el agua y me salpico la cara con agua fría.

Despierta. Por el amor de Dios. Cálmate.

Vuelvo tambaleándome al dormitorio, voy hacia la puerta e intento abrir el pomo. Cerrado. El pánico me invade, una marea que me inunda, haciendo que todo me produzca una sensación deshilvanada y extraña. Me retuerzo y tiro de la puerta, que se resiste, y luego voy a la ventana. Es un cristal entero en un marco, grueso, sin mecanismos de abertura. Fuera solo hay nieve y más nieve, y las ramas retorcidas y negras de los árboles invernales muertos tocando ese cielo gris que se pone cuando nieva.

Mi pánico es silencioso, no grito. ¿A quién podría llamar? ¿Dónde demonios estoy?

Oigo un sonido al otro lado de la puerta, pisadas. Observo, casi paralizada de terror. Hay un momento de silencio, luego la puerta se abre con suavidad.

—Hola —dice—. Te has levantado. ¿Qué tal te encuentras?

Rizos color arena, barba de unos cuantos días. Grande, fuerte. Me toco los labios. ¿Lo noto aún en ellos? Él frunce el ceño, preocupado.

—¿Estás bien?

—¿Dónde? —consigo decir—. ¿Qué sitio es este?

Él se acerca más, cosa que hace que yo retroceda, me doy un golpe con la cama y me siento pesadamente en el colchón. Él levanta las manos (rendición, súplica). Espera, manteniendo la distancia.

—Es mi casa en el norte —dice—. Vinimos anoche.

Yo niego con la cabeza. Queda algún resto de mí misma vagando por ahí, pero nada de todo esto se presenta junto y completo, de una manera que pueda comprender.

—¿Dónde está mi teléfono?

—En tu bolso —responde él—. Te lo he puesto en la cómoda.

Abre un cajón y saca un bolso de mano, y me lo entrega. Dinero, mi tarjeta platino, mi carnet de conducir. Mi teléfono está muerto. No hay cargador.

—Tengo que irme —afirmo—. Tengo que volver a la ciudad.

—Está nevando bastante —objeta él, señalando hacia la ventana, donde la vista exterior se está blanqueando con rapidez. Se sienta en la silla, mirándome.

—¿Por qué estaba cerrada la puerta? —le pregunto.

Él mira hacia el sitio por donde ha entrado, como si estuviera confuso por la pregunta.

—No lo estaba —responde—. Es que se atasca a veces. Yo reformé esta casa, pero es antigua. La madera se hincha y se encoge, hace ruidos muy extraños.

La cama es blanda, y la habitación está caliente. Lo conozco. Lo he reconocido. Noto que el pánico, el miedo, va desapareciendo.

«Tengo una casa en el norte. Podemos irnos allí un par de días. Te repones, decides qué quieres hacer a continuación, decides quién crees que soy». Esas palabras rebotan en los muros de mi memoria. ¿Cuándo me las dijo? En el coche, cuando le pregunté dónde íbamos.

—¿Por qué no descansas un poco más?

—Tengo que hacer una llamada —digo—. Estarán preocupados. Layla, mi madre, el detective Grayson.

—Es que no hay línea fija —dice él—. Voy a traerte mi móvil, ¿vale? Quédate aquí y regresaré en seguida y te lo traeré. Y un poco de té también. ¿Tienes hambre?

De repente, estoy hambrienta, vacía y hueca.

—Dejaré la puerta completamente abierta —dice. Todo en él es fácil, amable—. Estás a salvo, ¿vale?

Lo creo, aunque hay algo que debería recordar y no recuerdo. Al cabo de un rato, trae el teléfono y lo pone a mi lado. La mesita de noche está tallada en una pieza sólida de madera, como un tronco gigante. Paso los dedos por su superficie acabada, donde los nudos y el grano son visibles. El teléfono, plano y moderno, parece fuera de lugar allí, casi como un insulto a las líneas orgánicas de la superficie que tiene debajo.

—La he hecho yo —dice.

—Es muy bonita.

Trae una bandeja y la pone en la cama. Me ofrece el té, caliente, en una taza de cerámica contrahecha.

—Y esta taza también —dice él, con una sonrisa—. Digamos que la rueda de alfarero no se me da muy bien.

Tiene las manos llenas de cicatrices, quemaduras descoloridas, rayas blancas, los nudillos hinchados, callosos. Se da cuenta de que las observo.

—De trabajar el metal —afirma, mirándose las manos como si fueran nuevas para él—. Quemaduras y cortes son parte del negocio.

Es verdad, es escultor. Este sitio es donde viene a trabajar, me lo ha contado. Hay un granero, una propiedad aislada. The Hollows. He leído sobre esto, un vórtice de energía, dicen algunas personas. Aquí ocurrieron cosas malignas: niños perdidos, incendios, encantamientos.

—La señal es bastante buena. —Se sienta junto a la chimenea, señala hacia el teléfono—. Mucho mejor que antes. Yo era muy feliz entonces, cuando me quedaba aislado contra mi voluntad. Ahora tengo que aplicar la misma disciplina aquí que en la ciudad.

Atiza el fuego, y las brasas moribundas vuelven a la vida. Miro el teléfono. Debería llamar, pero...

—Las condiciones para conducir son malas —dice él—. Pero podemos atrevernos si tienes que regresar.

Me doy cuenta de que no quiero irme y volver a la vida que he dejado en la distancia.

—Jack y yo nos peleamos la noche antes de que muriera. —No sé por qué digo esto.

Él cierra la pantalla frente al fuego y se sienta en la silla que hay al lado. No recuerdo haberle hablado de Jack, pero sé que lo he hecho.

—Nos peleábamos mucho. Todos los días.

Él se frota la barba, mirándome. Hay algo en él que me recuerda a Jack. El ojo del artista, el que ve y asimila, sin juzgar.

—Conflicto —suelta—. Es normal, ¿no? Quiero decir que no nos lo venden así. Todo son flores y paseos a la luz de la luna. Pero la realidad... no es así.

Pienso en mis padres, en Layla y Mac, en todas las peleas, las palabras bien afiladas y dispuestas para herir, los silencios sombríos, donde no queda nada que decir. Siempre quise hacerlo mejor. Quizá no se pueda. Quizá cuando dos personas ocupan el mismo espacio, la misma vida, hay peleas, necesariamente. Mis padres nunca parecieron llevarse bien, pero la verdad es que siguieron juntos.

—Él te quería —dice él—. Tú lo querías. Si hubiese vivido, lo habríais superado, habríais salido adelante.

Me viene un recuerdo. El día de Fin de Año. Las manos nudosas y llenas de anillos de Merlinda, el Siete de Espadas. La carta del engaño.

—Quizá —digo.

Él espera, coge aire y lo suelta. Fuera, el viento suspira, disemina fragmentos de hielo, y las puntas de las ramas rascan el cristal.

—Aborté espontáneamente. Dos veces.

—Lo siento.

—Esa pena... Una pena que no se supone que debes sentir, quizá me cambió. Nos cambió.

Él suelta el aire con fuerza.

—La vida es brutal. Naturalmente, nos cambia. ¿Por qué siempre nos tiene que sorprender? La galaxia es un estado de cambio continuo, una explosión, siempre moviéndonos hacia fuera. El planeta... cambia, erupciona, los continentes se mueven, se originan tsunamis, fuegos. ¿Por qué nosotros intentamos ser siempre iguales? No podemos...

Hay una escultura pequeña y negra en la repisa de la chimenea, la figura esquemática de un hombre caído de rodillas, con los brazos estirados, unos dedos muy delgados y separados hacia el cielo, con la cabeza echada hacia atrás. La agonía de la pérdida.

—Tú perdiste a alguien.

—Sí.

Me cuenta lo de Bella, su novia del instituto, que murió en un accidente de coche, que una semana antes abortó el niño que no habían planeado tener. El mundo es increíblemente cruel.

—Nos peleábamos —dice él—. El embarazo... fue un accidente. Probablemente habríamos cortado meses antes, de no ser por aquello. Éramos jóvenes y muy tontos. Pensábamos que podíamos seguir juntos por el niño, intentarlo. Y de repente esa motivación desapareció.

—Pero tú la amabas.

—Sí. Todavía la quiero. La idea de lo que podíamos haber sido. De quién podía haber sido nuestro hijo. Pero es solo un sueño. Una fantasía. ¿Quién sabe cómo habrían ido las cosas realmente? Quizás habríamos llegado a odiarnos el uno al otro.

El viento arrecia y empieza a aullar; la casa gime perceptiblemente.

Él me mira con las piernas cruzadas, el fuego tras él. Es una sombra ante las llamas, un desconocido. Y sin embargo me siento relajada, siento que lo conozco desde hace mucho mucho tiempo.

—Tendría que dejarte un poco de intimidad para que hagas esas llamadas —me dice.

Yo cojo el teléfono que había depositado junto a mí. La señal es fuerte. Debería llamar a Layla, a mi madre. Qué asustadas estarán. Algo me detiene, una mezcla de voces, algo que no recuerdo bien, un núcleo de ira profundo y llamativo, algo tan duro como una piedra, dentro de mí.

—La pérdida de la esperanza... un aborto, una muerte —digo—. Tú pierdes a esas personas, y todo lo que pensabas que sería tu vida. Te pierdes a ti mismo también.

Se coge la cabeza con la mano un momento, luego se levanta y se queda de pie ante mí.

—Poppy... —me llama.

Yo me levanto y él se queda quieto delante de mí un momento, y luego yo me deslizo en su abrazo. Dejo que me sujete con sus brazos fuertes y musculosos, acercándome a la calidez tirante y plana de su cuerpo. Dejo que mi cabeza se apoye en su hombro. Y nos quedamos allí quietos, oscilando levemente, no sé cuánto tiempo... El fuego crepita, la nieve susurra.

Finalmente, él retira las mantas y yo me meto en la cama. Él me arropa como si fuera una niña, me besa en la frente y se va. El teléfono todavía sigue a mi lado, pero no lo toco.

Al día siguiente, cuando ha dejado de caer la nieve, el mundo exterior es un diamante brillante y blanco, apretado contra un cielo de un gris acero. Los árboles muertos del invierno son como un dibujo a tinta. Yo me visto con una ropa que no me va bien, sus vaqueros, una camiseta interior de felpa, una parka, y él me pone unas botas y unas raquetas de nieve en los pies. Salimos hacia el invierno, crujiendo, el mundo crudo y silencioso excepto nosotros. El calor viene de mi propio interior y sudo mucho, aunque el aire está helado. Por encima de nosotros un halcón solitario da vueltas, deslizándose con amplitud, sin esfuerzo, cayendo en picado, elevándose de nuevo.

Con la quietud y el esfuerzo, noto que me limpio. Algo se libera. Esto era lo que quería Jack, un lugar lejos de la ciudad, lejos de la aglomeración, del bullicio, del ajeteo constante. Noah

camina por delante de mí, esbelto y oscuro, negro contra blanco.

En el vacío oscuro de la nieve y el cielo, todo el horror (la policía, los abogados, el funeral, los amigos y familiares bienintencionados), todo desaparece. Puedo oírme a mí misma, notarme a mí misma. Permito que la pena pura y dura me atraviese, la pérdida de Jack, los hijos que nunca tuvimos, la vida que nunca viviremos. Nadie viene corriendo a mí con palabras, usando sus cuerpos y sus voces para consolarme. No hay consuelo posible para esto. Esto debe pasar rugiendo a través de mí, esta pena, como si fuera un tifón. Debo permitirle que me destruya y me abata hasta el suelo. Permito que la bestia me deje deshecha. Sin lágrimas. Esto va más allá de las lágrimas.

De repente, me atraviesa todo un gemido desgarrador de dolor, sufrimiento, pena. El sonido sigue, una bandada de pájaros invernales exclama, contestan alarmados, se alejan aleteando por el cielo. Luego, todo se queda otra vez silencioso. Yo me quedo silenciosa.

Él se detiene, espera. A medida que me aproximo sus ojos escudriñan mi rostro. Algo como un triste reconocimiento inclina hacia abajo las arrugas de su boca. Él sigue andando. Yo lo sigo. ¿Cuánto tiempo? ¿Hasta dónde? No lo sé. Está oscuro cuando volvemos, el cielo negro y azul es como un moratón.

Dentro, me quito mi ropa fría; él atiza el fuego hasta que rugen, en la gran sala, donde hay techos altos, abovedados, ventanas y más ventanas y más ventanas que dan fuera, al invierno.

No recuerdo la última vez que intercambiamos palabras.

—¿Y haces mucho estas cosas? —le pregunto—. ¿Rescatar a mujeres a las que se les ha ido la cabeza?

—Casi nunca.

Su sonrisa es fácil, no pregunta por nada, me ofrece una taza de té. Me quedo allí sujetándola con las manos, dejando que me caliente.

—Me oigo a mí misma. Noto lo que quiero sentir, aquí.

Él inclina la cabeza, comprensivo.

—Por eso vengo aquí. No trabajo tan bien en la ciudad.

Fuera, en el espacio que hay entre la casa y el granero, se distingue una estructura enorme, un gran remolino de metal negro retorcido. Dos figuras entrelazadas en una danza, o un combate, con los brazos estirados y las piernas separadas ampliamente, la sensación del pelo encrespado. La boca abierta como una O, los ojos negros. Temor, ira, amor, alegría... Veo todos los ingredientes crudos de la existencia.

—Agonía —dice él.

Me ve observar la escultura, casi resplandece con el sol poniente invernal.

—Ahí es donde estaba yo cuando la forjé.

—Ya lo veo. Y la que tienes en el piso de arriba también.

No puedo dejar de mirarla, la fluidez que tienen las líneas en movimiento, casi como un líquido. Cuya forma comunica dolor.

—Me arrepiento de cosas —manifiesto, aunque ni siquiera sabía que estaba pensando tal cosa.

—Sí, yo también —reconoce—. Quizá le pase a todo el mundo.

—¿De qué te arrepientes?

Él respira hondo, suelta aire, mirando a media distancia.

—Me he aferrado con demasiada fuerza a cosas que no eran mías. He dejado que la ira me pudiera, que me aislara, que me alienara. Desde ese lugar de la ira, he maltratado a personas.

Su aura es tranquilizadora: parece muy firme, muy real. No puedo imaginarlo actuando movido por la ira. Hay muchas facetas en nosotros, muchos matices de la verdad. No sé por qué motivo sus palabras me hacen pensar en la última Nochevieja con Jack. Merlinda, los naipes en la mesa, la cuenta atrás... Layla, Jack, Alvaro y Mac. Hubo algo allí, un momento del cual yo fui excluida. Siete de Espadas... la carta del engaño.

—Hay muchas capas en todo, en todos —afirmo—. ¿Cómo sabes que algo de eso es real?

—Quizá no tengas por qué saberlo —responde él—. Quizá sea todo real en el momento, aunque al momento siguiente sea otra cosa distinta.

El viento aúlla fuera.

—¿Crees que el mundo es un sitio bonito o feo? —me pregunta.

La pregunta me duele; de alguna manera, me hace pensar en mi padre y su obsesión por la robótica, y que quería hacer mejor el mundo, menos solitario, desde el cobertizo de su jardín residencial. Que murió allí, solo. Pienso en las sábanas manchadas de sangre. En mi marido asesinado. En Izzy y Slade, en la elusiva orquídea fantasma, en lo mucho que brillaba, colgada, un espectro blanco en un lugar oscuro.

—Ambas cosas —respondo yo—. No puedes tener una sin la otra. Esa es la gracia.

Y a continuación estoy corriendo, con el vestido rojo puesto, y esos tacones, tambaleándome en un camino congelado. El aire es helado y el frío duele: en la cara, en las piernas. Pero aun así sigo corriendo, con la ventana de esa casa brillando detrás de mí como ojos que me miran.

Él me llama.

—¡Poppy, espera! —Su voz rebota en los árboles—. No hagas esto.

Pero yo sigo avanzando y consigo por fin llegar a la calle, que está desierta, forrada de árboles negros e impenetrables. Tiemblo hasta la médula. Nunca he tenido tanto frío.

—¡Poppy!

Oigo sus pisadas a mi espalda y acelero el paso, con el corazón latiéndome fuerte. Me vuelvo a ver su sombra detrás de mí, moviéndose deprisa. Me quito los zapatos y los cojo en la mano. Noto el suelo como esquirlas de cristal bajo mis pies desnudos, me resbalo, el frío me quema. Pero respiro hondo, cojo fuerzas y echo a correr por el andén fangoso de esa carretera desierta.

Unas luces gemelas aparecen por delante de mí, como soles dorados de esperanza. Yo voy hacia la carretera y me pongo en la trayectoria del coche, y empiezo a agitar los brazos. Me doy la vuelta y lo veo caer hacia las sombras. El vehículo reduce la velocidad y acaba por detenerse, y de él sale un hombre grande con una chaqueta forrada y el pelo rubio que ya escasea.

—Eh —me dice—, ¿está bien?

—Por favor —suplico—. Tengo que salir de aquí.

Mira detrás de mí. Yo me vuelvo también, pero la sombra ha desaparecido. Él señala hacia el asiento del pasajero.

—Entre —dice—. Le daré una manta del maletero.

Me abrazo a mí misma y me subo al interior de cuero. El todoterreno es viejo, pero está bien conservado, con las superficies limpias y pulidas. En una tira que está sujeta en el parasol del conductor, una foto de una guapa mujer con rizos color cobre y de un chico que es una versión más joven y más esbelta de este hombre.

Tiemblo, un terremoto incontrolable que procede de mi interior. Pensaba que era un mito eso de que te castañetean los dientes cuando hace mucho frío. Pues no lo es, entrechocan unos contra otros cómicamente. Él viene a la puerta del pasajero con la manta y me la entrega. Yo me envuelvo con ella. Cuando se sube al asiento de mi izquierda, pone la calefacción.

—¿Tenemos que llamar a la policía? —me pregunta.

Él mismo parece un policía, con esa forma de arreglarse tan pulcra, su mirada tan directa. Me pregunto qué debe de ver al mirarme.

—No —respondo. Estoy confusa, dispersa—. Solo tengo que volver a la ciudad. He perdido la cartera y el teléfono.

—Nueva York ... ¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Pues no estoy segura. —Niego con la cabeza, me tapo con la manta, manteniendo los ojos clavados en la carretera que hay fuera.

—¿De dónde viene usted? —Mira hacia la dirección desde la cual he venido corriendo—. ¿Puedo llamar a alguien?

—No —contesto—. No hay nadie.

—Puedo llevarla al tren —dice él—. Y darle algo de dinero para el billete.

Le sonrío, agradecida.

—Si me da sus datos, cuando vuelva le devolveré su dinero. Se lo prometo.

—No importa —añade él, amable—. Simplemente hágame saber que ha regresado bien..

Qué raro. Una de esas personas correctas, firmes, que hace algo amable por una desconocida. Que deja su vida aparcada a un lado, saliéndose de su camino.

Llama a su mujer.

—Llegaré un poco más tarde —anuncia—. Sí. Ya te lo explicaré cuando llegue a casa.

Me espera dentro del coche en la estación del tren.

—Pero ¿qué le ha pasado?

Es tarde, el último tren a la ciudad llega al cabo de veinte minutos. Él me ha comprado un billete, me ha dado un poco de dinero, me ha comprado una barrita de chocolate y una taza de café en las máquinas automáticas. No puedo dejar de darle las gracias. La sangre ha empezado a circular de nuevo por mi cuerpo, mis extremidades, mis dedos, mis pies, y cosquillea, desagradable. ¿Cuánto tiempo habría durado, por ahí fuera? ¿Cuánto hasta que él me hubiera encontrado?

—Nada, que me he peleado con mi novio —respondo. Es mentira. No quiero decirle que no estoy segura de dónde estaba, ni por qué he salido corriendo a la calle, sin abrigo. Lo intento atrapar, pero se me escapa, la realidad es un espectro.

Él me mira y mueve la cabeza.

—No.

—¿Cómo que no?

—Pues que no me parece que sea eso —insiste él—. Hay algo. Algo más.

Como no le respondo, me da su tarjeta. Jones Cooper, Investigaciones Privadas.

—Se lo devolveré todo —le digo—. Se lo prometo.

Él mira hacia las luces del tren que viene. Están lejos, en la distancia, son dos ojos amarillos en la noche.

—La creo —dice.

Le estrecho la mano y salgo de su coche, dejándole la manta, aunque de mala gana. Él intenta darme su chaqueta, pero yo me niego.

—Ya ha hecho usted suficiente —reconozco—. Gracias.

La vergüenza y la gratitud se mezclan mientras me voy, torpemente. Luego, el tren va casi vacío, pocas personas, una pareja sentada atrás, hablando en un tono suave y urgente. Un hombre con traje, que ya sesteaa. Encuentro sitio tan lejos de los demás como puedo, me siento junto a la ventanilla. Jones Cooper se encuentra en el interior de su coche, mirándome, mientras el tren se aleja. Yo levanto la mano y la agito, y él hace lo mismo.

Luego, lo veo sentado en su nuevo y elegante BMW. Noah. O a su sombra. O quizá no sea él, sino solo un hombre con capucha sentado detrás del volante de un coche, contemplándome mientras yo me alejo.

De vuelta en la ciudad, recorro las calles hasta el edificio de Layla. En el vestíbulo, los porteros se levantan todos para saludarme, con la cara muy seria, como si yo fuera una vagabunda que ha entrado deambulando en su universo lujoso, una mancha en la limpieza blanca de su entorno. Consigo decir el nombre de Layla. Uno de ellos me reconoce, se dirige veloz al teléfono. Un minuto más tarde la veo, su rostro tenso por el miedo, no entiende nada, luego se ilumina, inundada por el alivio. Corre hacia mí y yo me lanzo a sus brazos.

—Ay, Poppy. Ay, cariño. ¿Dónde has estado? ¿Qué ha ocurrido?

Quiero contárselo todo de Noah. De la nieve. De Jack. De todo. Pero las palabras simplemente se me acumulan en la garganta y me pongo a sollozar.

—Vale, vale. Ya estás en casa. Nos ocuparemos de todo. Nos ocuparemos de ti.

La doctora Nash piensa que ya estoy lista para irme a casa. Aunque mis días aquí (y lo que pasó antes) son un espacio en blanco en mi memoria, he vuelto al presente. Soy consciente de que tuve una crisis nerviosa después del funeral de mi marido, de que desaparecí, volví con Layla y me trajeron aquí a este centro de rehabilitación psiquiátrico en algún lugar de Manhattan. Todo el mundo estaba asombrado de que captase todo esto completamente y, en cambio, hubiese un agujero negro y enorme en mi memoria que quizá nunca recuperaré.

Nos sentamos en la salita que la doctora Nash usa cuando viene aquí a verme y, por primera vez en un par de días, llevo mi propia ropa. Mi madre me ha traído unos pantalones de chándal grises muy suaves y un jersey de cachemir que me regaló Layla hace siglos, y que se ha convertido en mi favorito. El tejido se me pega al cuerpo como solo hacen las cosas buenas, suaves y cálidas como un abrazo.

Layla me regala cosas increíblemente caras: bolsos maravillosos que no me atrevo ni a mirar de refilón en las tiendas, zapatos que ella solo ha llevado una vez, si es que se los ha puesto. Yo las acepto encantada, sabiendo que llegará un día en que Izzy se interpondrá en mi camino. Layla y yo siempre nos hemos intercambiado ropas, posesiones, incluso chicos, sin resentimiento ni posesividad. Como hermanas, sin el equipaje obligado que llevan las personas con la misma sangre, sin esa corriente subterránea de competición, esa lucha primigenia por los recursos.

—¿Qué tal te encuentras hoy, Poppy?

—¿Aparte del hecho de que no recuerdo la última semana de mi vida?

—Sí —contesta la doctora Nash, sin alterarse—. Aparte de eso.

—Pues entonces bastante bien, supongo. Un poco entumecida. Un poco embotada.

—¿Estás preparada para volver a tu vida?

—Mi vida sin Jack. —Es como un túnel negro. No hay luz en el otro extremo.

—Pero mejorará, te lo prometo —añade rápidamente ella. La doctora consigue aplicar un tono de empatía que no contiene rastro alguno de compasión—. Superarás todo este dolor y encontrarás una nueva normalidad.

Le ofrezco un encogimiento de hombros como afirmación, porque es un hecho comprobado que el tiempo cura, y que el dolor se desvanece. Ya he salido otras veces de los días oscuros. El año después de que muriese mi padre, me limitaba a hacer los movimientos precisos: levantarme, ir a clase, derrumbarme al final del día, exhausta solo de estar viva y él muerto. No le digo a la doctora que entonces veía a mi padre por todas partes, que tenía largas conversaciones con él en

sueños, que se prolongaban infinitamente y me parecían muy reales cuando me despertaba. Había consuelo en aquello, cuando no había consuelo en nada más. De forma similar, Jack está por todas partes, vive en mis sueños, alojado en algún rincón, a mi lado en la cama.

—Tu madre dice que va a quedarse contigo un tiempo —afirma la doctora Nash—. Hasta que encuentres el equilibrio.

—Estupendo.

—Ya sé que la relación tiene sus problemas —continúa la doctora Nash—. Pero creo que es lo más sensato. ¿Podrás soportarlo una semana?

—Quizá.

Me dirige una sonrisa de aprobación.

El detective Grayson viene a verme más tarde, ese mismo día. Debería negarme a hablar con él si no está presente mi abogado. Por el contrario, le permito que me escolte al invernadero, más por aburrimiento que por cualquier otra cosa. El sitio en el que me han internado, la doctora Nash, todo ello tiene la marca de Layla y Marc. Es más bien un *spa*; mi habitación está igual de equipada que una suite del Ritz. No he visto a ningún otro paciente desde mi llegada.

Grayson está de pie junto a la ventana cuando la enfermera me abre la puerta. Se aleja en silencio y yo me quedo junto al umbral. ¿Por qué he accedido a verlo? Ni siquiera lo sé.

—Nunca había estado en un hospital como este —dice, todavía de pie.

Yo simplemente lo miro, me quedo callada.

—No huele raro —continúa él—. Ya sabe, ese olor hospitalario que se nota siempre en el ambiente: cuñas, medicación, miedo...

—¿Quién mató a Jack? —le pregunto, interrumpiéndolo—. ¿Qué le pasó a mi marido?

Él coge aire y luego lo suelta.

—Todavía no tengo las respuestas. Ojalá las tuviera. Lo siento.

Me habría gustado quedarme de pie, pero las piernas no me aguantan y me pesa mucho la fatiga, que es lo único que siento ahora mismo. Se me ha metido en los huesos y en las articulaciones, en los párpados. Deben de ser los medicamentos. Sinceramente, ni siquiera sé qué es lo que me están dando.

—Quería que supiera que ya no es sospechosa.

Supongo que debería sentirme aliviada. Por el contrario, solo estoy enfadada.

—Bueno —dice. Se acerca un poco, se sienta en un sillón grande de orejas. Ante esa tela tan preciosa, junto al paisaje al óleo enmarcado lujosamente, Grayson parece un vendedor de enciclopedias de mala muerte. Lleva una mancha de mostaza en la chaqueta y los pantalones arrugados—. Fui muy duro con usted el peor día de su vida. Es mi trabajo, pero...

Yo levanto una mano, no me interesan las disculpas.

—Detective, simplemente, encuentre a la persona que me lo quitó.

Se inclina hacia delante y agacha la cabeza un momento.

—Tengo que ser sincero, señora Lang. —Dudo que nadie lo haya acusado alguna vez de no ser sincero—. No tengo nada. Ninguna pista. No hay testigos. No tenía deudas. Tampoco aventuras ni adicciones secretas. Ustedes tenían un negocio que iba muy bien. A todos los efectos, un matrimonio feliz.

Un matrimonio feliz. ¿Eso era lo que teníamos?

—¿Hay algo que no me esté contando, señora Lang? Poppy... Poppy, ¿se le ocurre quién podría haber deseado hacer daño a su marido?

Yo niego con la cabeza.

—No.

—Porque si no, voy a tener que considerar esto un crimen callejero al azar. Y a menos que encuentre algo por casualidad, va a ser muchísimo más difícil de resolver.

—¿Qué está usted haciendo aquí, detective?

Layla está de pie ante la puerta. Lleva un ramo de tulipanes, que se inclinan graciosamente en sus brazos.

El detective se pone de pie y camina hacia ella.

—Estoy haciendo mi trabajo, señora Van Santen.

Nos mira a las dos, a una y a otra, quizás esperando que yo diga algo. Pero yo solo aparto la mirada de él.

—Salga de aquí —le ordena Layla—. Hablará con ella a través de su abogado.

—Ella ya no es sospechosa.

—Bien —ratifica Layla—. Entonces, váyase.

Me maravilla lo fiera y terrible que es y ha sido siempre.

—No pienso parar, Poppy —dice él—. Se lo prometo.

Layla se aparta de él, despreciativa y fría. Viene a sentarse a mi lado y ni siquiera levanta la vista hacia él cuando sale.

—¿Por qué lo has recibido? —pregunta, apoyando una mano en mi brazo.

Yo me encojo de hombros.

—Quería saber si había averiguado algo.

Una sombra atraviesa sus rasgos.

—¿Y lo ha hecho?

—No.

Deposita los tulipanes en la mesa, me pone una mano fuerte encima del hombro.

—Parece que estás mejor —me dice—. Más descansada.

—¿Qué es este sitio? —le pregunto—. No es un hospital.

Me pongo de pie y me dirijo hacia las cortinas; toco la tela de seda, pesada. Fue mi madre la que me enseñó a tocar la tela, la diferencia entre el poliéster y la seda, entre la lana y el cachemir. La seda es como el agua entre los dedos, tan suave que se escapa. El poliéster rasca, aunque sea suave. La lana siempre es tiesa; el cachemir fluye.

Layla mira a su alrededor, pasa una mano por una manta de sofá de chenilla, un cojín de enorme tamaño.

—No —responde—. Es más bien un retiro, un lugar privado donde la gente rica viene a rehabilitarse de lo que sea... drogas, alcohol, crisis nerviosas. Estrictamente confidencial.

—¿Y la doctora Nash?

—Es mi terapeuta —contesta Layla—. Me ayuda a trabajar mis rollos. Bueno, algunos, en realidad. Puede ayudarte a superar esto.

—¿Deberíamos tener la misma loquera?

Ella se encoge de hombros.

—¿Por qué no? Hemos compartido todo lo demás.

—No puedo permitirme pagar esto —afirmo.

Ella da unas palmaditas en el sofá a su lado, y yo me hundo en ese sitio. Me siento pequeña, un desastre junto a Layla. Su piel brilla, y su pelo dorado, con esta luz, está trabajado con el secador. Todo, desde sus uñas al corte de su vestido sencillo y ajustado color granate, desprende estilo, riqueza, soltura. Yo, por otra parte, no estaría fuera de lugar en la esquina de una calle con un vaso de papel y pidiendo limosna. Y no me importa.

—¿Recuerdas la noche que tu papá y tú me rescatasteis de mi padre?

—Claro.

¿Qué edad teníamos? Dieciséis. Sonó el teléfono tarde, una sola vez. Mi padre y yo estábamos en la cocina, inclinados por encima de la mesa donde él intentaba ayudarme a hacer los deberes de trigonometría... que, por cierto, me volvían loca y todavía tienen que revelarme su aplicación práctica en la vida. Mi padre se levantó a contestar, pero habían colgado. Miró la identificación del que llamaba en la pantalla.

—Layla —dijo.

El corazón me dio un vuelco, aunque no podía decir por qué. Aquella mañana, en la clase de gimnasia, había visto las marcas negras y azules que tenía en el brazo, unas huellas de dedos en donde su padre la había agarrado.

—Cojo el coche para ir a su casa.

Mi padre frunció el ceño, preocupado, y se pasó la mano por el pelo oscuro que ya clareaba.

—Yo voy contigo.

Fácil. Así era todo siempre con él.

Cogí el teléfono y marqué, y colgué cuando sonó una sola vez.

No habíamos planeado ni discutido nada de todo aquello. Pero yo sabía lo que significaba aquel solitario pitido: «Tengo problemas». En su casa, ella sabría el significado del mío: «Ya voy».

Mi padre y yo aparcamos justo delante de la casa de Layla. Su barrio era un poco como el mío, sobre todo casitas bajas, construidas en los sesenta, y con algunas viviendas más nuevas y de mayor tamaño. Clase trabajadora, clase media, algunos coches bonitos, pero sobre todo antiguos Chevys y Fords. Unos robles altísimos de los que se desprendían montañas de hojas, bicicletas inclinadas en los caminos de entrada, un paisajismo muy poco inspirado con parterres de flores llenos de malas hierbas y arbustos raquíticos. Cubos de basura en la acera, aspersores que resonaban las noches de verano. En mi primera foto de Layla, ella estaba sentada con el ceño fruncido en el escalón superior de la entrada de su casa, con la barbilla apoyada en la mano. Una pensadora adolescente y de barrio residencial.

«Dios, cómo odio este maldito sitio».

«Te irás de aquí. Las dos nos iremos».

«Ya puedes apostar a que sí».

Mi padre y yo nos quedamos sentados, esperando. Nos llegaban voces: la ira de su progenitor como una veta azul, como una llama. La de su madre chillona, histérica. Algo se rompió, y el ruido reverberó. Luego... silencio.

—Tenemos que llamar a la policía —dijo mi padre, cada vez más agobiado.

—No. —Yo me volví hacia él, lo cogí del brazo—. Se la llevarán.

—Poppy —suplicó él, despacio—, no está segura.

—Puede vivir con nosotros.

Él respiró fuerte. Una chica de dieciséis años cree que comprende el mundo. Todo es blanco o negro, correcto o incorrecto. La vida no le ha enseñado todavía la importante lección del gris. Los matices y los tonos se le escapan.

Yo encendí las luces, una sola vez. Y entonces contuve el aliento, con el cuerpo tenso, esperando y esperando. Finalmente, ella salió deslizándose por un lado de la casa, con una bolsa de deporte colgada del hombro, y se subió al asiento trasero con tanta tranquilidad como si yo estuviera recogiendo para ir al centro comercial.

—Hola, señor Jackson —saludó. Tenía los ojos muy rojos, el rictus de su cara era tranquilo y decidido.

—Layla —dijo él—, ¿todo bien?

Yo me cambié al asiento de atrás para estar con ella y dejé que mi padre se pusiera al volante. Layla apoyó la cabeza en mi hombro; yo le acaricié el pelo.

—¿Qué tenemos que hacer? —preguntó mi padre.

—Llevarla a casa —respondí yo—. Desde allí podemos llamar a la policía.

—Pero ella no presentará ninguna acusación —dijo Layla—. Nunca lo hace.

—No tiene por qué —contestó mi padre—. Ya se encargará la policía.

—No, no lo harán —dijo ella, bajito—. No lo hacen nunca. Y será peor para ella.

Ninguno de nosotros dijo nada. Todo era verdad, no tenía sentido discutir.

—Algunas personas no quieren que se resuelvan sus problemas —continuó Layla, en el silencio del coche.

—Eso es verdad, a veces. —La voz de mi padre sonaba solemne, a la escasa luz del interior—. Pero en ocasiones es que no tienen las herramientas necesarias para arreglar las cosas.

Layla no se vino a vivir con nosotros, después de aquella noche... al menos no oficialmente. Pero casi. Tenía ropa en mi armario, un cepillo de dientes en mi baño, un lugar para comer en nuestra mesa.

—Tú me salvaste aquella noche —dice ahora, muchos muchos años más tarde—. Tus padres y tú me salvasteis cien veces.

Entrelaza sus dedos con los míos.

—Ahora, deja que haga esto por ti. Déjame que haga lo que pueda por ti.

Somos hermanas, mucho más que eso. Somos compañeras del alma. Dejo que me ayude, dejo que me envuelva, que se haga cargo de todo. No tengo elección. Soy como una madera a la deriva, arrastrada por el tsunami del dolor. Sin ella, me perdería en alta mar.

Esos días vuelven a mí en fragmentos. Todavía faltan algunas piezas. Pero parte de ese espacio negro retrocede, revelando mis recuerdos; ya sé quién era, lo que hacía... bueno, casi todo. Hay una sensación honda de alivio, como si me hubieran quitado una espina del corazón. Poco a poco, me abro camino hacia la plenitud.

«Ahora...».

El sol entra a raudales por la estrecha ventana mientras yo me incorporo de golpe y me quedo sentada en la cama, sobresaltando a Noah, que está en una silla junto a la chimenea. Estoy empapada de sudor, las sábanas también están mojadas, mi corazón late con rapidez. Pero mi entrada en el nuevo día es clara y despejada, no hay niebla alguna en mi mente, ni pesadez en torno a mis ojos. Lo recuerdo todo: la emboscada del apartamento, que hui de Layla y de Tom, mi cita con Rick, el altercado en la calle. Recuerdo que Noah me dio a elegir, el bote de pastillas en su mano, la elección que hice. Persisten algunas imágenes de mis sueños: tengo a un bebé en brazos, luego voy corriendo por una calle oscura, me persiguen; después, estoy entre los brazos de Jack, susurrando: «Lo siento, lo siento muchísimo». Pero esta mañana tengo muy claro dónde estoy, dónde he estado. Lo que es real y lo que no.

El sufrimiento de los últimos días está cercano, presente en mi mente, toda esa rabia y malestar de la desintoxicación, pero ahora me siento ligera, como si tras un periodo de larga enfermedad, pudiera respirar de nuevo. Noah me contempla.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —le pregunto.

—Dos días y medio —me responde él.

Hay oscuros abismos de fatiga bajo sus ojos; creo que viste la misma camisa que llevaba cuando yo llegué.

—He tenido un sueño —comunico.

—¿Otro?

—Sí —contesto, aunque se está desvaneciendo con rapidez—. Había tenido un niño. Era tan guapo... Todavía lo siento.

Y puedo sentirlo, sí. Noto su peso en mis brazos, oler el champú en su pelo, oír su dulce voz, captar sus dedos envueltos en torno a los míos. Me duele el corazón por el deseo de tenerlo en brazos de nuevo. Pero no era más que un sueño.

Noah viene a sentarse a mi lado, me envuelve entre sus brazos, aunque no estoy preparada para eso. Me doy cuenta de que estoy llorando: es como una limpieza, como seguir adelante.

Me ducho casi con el agua hirviendo, bebo litros y litros de agua. Noah cocina para mí y en la mesa que él hizo con sus propias manos comemos como si estuviéramos muertos de hambre. A lo mejor es cierto; no recuerdo la última vez que ingerí algo, comida de verdad, en una mesa.

Después de comer, nos sentamos junto al fuego. Fuera, cae una nieve ligera. Estoy metida debajo de su brazo y noto que su aliento sube y baja. Es una fuerza sólida, una buena base. Somos las dos únicas personas en todo el mundo.

—¿Por qué has hecho esto por mí? —le pregunto—. ¿Por qué has pasado por todo esto?

Él no me responde de inmediato, y yo creo que se ha quedado dormido. Levanto los ojos hacia él y veo que tiene los suyos cerrados, pero también sonrío ligeramente.

—¿No lo sabes? —pregunta.

Me conoció en un club nocturno, Morpheus, cuando yo era otra versión de mí misma. Pero, aun así, un año más tarde, todavía no he conseguido volver a ser yo misma. Hui de él, lo olvidé completamente, lo borré, le he pedido que me ayude a encontrar respuestas a la incógnita oscura que ocupa el centro de mi vida, he llevado a la policía a su puerta.

—Supongo que no.

Él coge aliento y luego suspira, y baja la vista hacia mí.

—La vida, ya lo sabes, puede parecer una guerra. Como si estuvieras combatiendo dentro y fuera. Una o dos veces conoces a alguien y ves a través de todas las capas, y reconoces a un aliado. ¿Sabes lo que quiero decir?

Pienso en Layla, mi amiga y aliada de toda la vida, mi hermana. Pienso también en Jack, mi amor, mi compañero, el único que conocía mi deseo de poner el mundo ante mi cámara, de encontrar la belleza y la verdad en un momento y compartirla. Levanto los ojos hacia Noah, hacia sus ojos facetados como de joya. Sé exactamente lo que quiere decir.

—Merece la pena luchar por algunas personas —concluye.

Entrelaza sus dedos con los míos, y nos quedamos así largo rato, contemplando el fuego que arroja sombras danzantes en la pared.

—Tengo preguntas —digo—. Hay cosas que debo entender.

—Claro.

—La última vez que hablé con el detective Grayson me contó algunas cosas de ti. Me dijo que ibas siguiendo a tu novia, el día que la mataron, que la estabas acosando. También me dijo que seguiste a otra mujer, que te enfadaste con ella, que le enviaste orquídeas. Tenía la teoría de que fuiste tú quien envió las flores. Ya sospechaba, aunque yo no lo recordase, que nos habíamos conocido durante aquellos días olvidados, o incluso antes quizás, y que desde entonces tú me has ido siguiendo.

Él inclina la cabeza y se queda en silencio. Yo me aparto de él para poder ver su cara.

Cuando la levanta hacia mí, su expresión es estoica, pero también contiene tristeza... y vergüenza.

—Tiene razón —responde—. Es verdad. He cometido errores terribles en mi vida.

Yo suelto el aliento que no sabía que estuviera conteniendo.

—El día que murió Bella sí que la estaba siguiendo. Habíamos tenido una pelea terrible, y ella se fue. Yo no podía dejarla ir, así que fui tras ella. Ciertamente, nunca intenté empujarla fuera de la carretera ni hacerle ningún daño. Simplemente... no quería que se fuera tan enfadada y tan triste. O quizá no quería que me dejara «a mí» enfadado y triste.

Hace una pausa, sus ojos escudriñan mi cara.

—Estaba furiosa conmigo, me chilló por el móvil. «Déjame en paz, Noah», gritaba. «Ya no te quiero». Pocos minutos más tarde chocó con un conductor borracho.

El aire de la habitación está empapado de pena y tensión. Ambos nos quedamos callados un momento.

—¿Fue culpa mía su muerte? —pregunta, al final—. Pues sí, en cierto modo, lo fue. No, yo no

la maté, pero quizá si no hubiera ido conduciendo tan preocupada, si no hubiera estado tan furiosa conmigo por seguirla... Así que sí, me echo la culpa, y siempre lo he hecho, y quizá siempre lo haré.

«Quizá siempre lo haré». Ya había oído eso mismo antes. Él me ha contado ya todo esto.

—¿Hemos hablado de esto mismo antes?

—Sí, lo hemos hecho. ¿Debo continuar?

Hago una seña para indicar que sí, que debería.

—La otra mujer de la que te habló Grayson... se llamaba Amy. Ella y yo salimos un par de veces, y luego me dejó. A mí me gustaba, así que le mandé flores. Ella jugó un poco conmigo. Me pidió que nos viésemos, después no apareció. Me llamó una vez en mitad de la noche, me pidió que fuera a su casa... ya sabes, una llamada de esas.

Él se levanta, se acerca a la chimenea y se apoya en la repisa.

—Pues fui... o sea, claro que fui. Qué hombre no responde a una llamada de esas de medianoche de una chica guapa que le gusta, aunque lo haya despreciado un par de veces. Pero cuando llegué, ella no quiso dejarme entrar. Perdí los estribos en el vestíbulo, y mi arrebato lo captó una cámara. Ella pidió una orden de alejamiento contra mí. Pero no, no la acosé. Después de aquella noche intenté no volver a verla nunca más. Pero claro, todo esto tiene mala pinta. Más de un incidente sospechoso con mujeres...

Quizá no debería hacerlo, pero lo creo. Tiene el aire de un hombre que ha aprendido la lección y que se ha hecho más fuerte por ello.

—¿Y nosotros?

—Tú y yo nos conocíamos, sí, de la época de tu crisis nerviosa.

El hombre del bar, sus brazos a mi alrededor, sus labios en los míos. La imagen del teléfono de la camarera, la forma oscura que me envolvía, los restos de rímel en mi cara. Noah. Me doy cuenta por supuesto de que siempre lo he sabido, por el olor a fuego y a aceite de linaza, por su calor.

—Me di cuenta en seguida de que te pasaba algo malo, de que tenías algún problema. Te pregunté si necesitabas ayuda. Y tú dijiste que sí. No sé si hice bien o mal, pero te traje aquí.

Me acuerdo... El paseo por los bosques nevados, todas las cosas de las que hablamos, la chimenea encendida.

—Te dejé descansar aquí para que te repusieras. Te di de comer, te saqué a dar largos paseos, dejé que este sitio te curase como me había curado a mí. Pero no te toqué en ningún momento, eso te lo aseguro. No me aproveché de ti.

Todo vuelve a mí como un río, como un diluvio... Como me dijo la doctora Nash que pasaría. Pero no es inquietante, sino más bien liberador, como si pudiera respirar de nuevo después de estar sumergida en aguas muy oscuras, nadando, nadando hacia la luz, sin estar segura de si algún día saldré a la superficie.

—Pero cuando volviste en ti no me reconocías, ni sabías dónde estabas. Saliste corriendo, y yo te dejé ir. Yo ya había trabajado mis cosas: terapia, control de la ira, todo eso. Soy un adulto. Cuando alguien quiere dejarte, no puedes retenerlo.

Quiero ir a estrecharlo, pero no lo hago. Por el contrario, me abrazo a mí misma.

—El año siguiente pasó como un suspiro, con mucho trabajo, muchos encargos. Pero te tenía ahí en mi mente, siempre —continúa—. Cuando te vi en esa página de citas online, contacté

contigo. Y luego te vi aquella noche, y todos los sentimientos que intentaba olvidar volvieron de repente, de golpe. Tú no me recordabas. Te lo habría dicho, pero quería que me conocieras de nuevo, estando sana y lúcida. Planeaba contártelo todo, pero entonces me bloqueaste.

Él sonríe irónicamente, se frota las sienes.

—Te llamé un par de veces, esperando... Sentía algo muy potente y deseaba que a ti te ocurriese lo mismo. Sí, fui yo quien te mandó las flores, sin saber nada de lo que estaba ocurriendo en tu vida. No insistí por teléfono porque ya pensabas de mí que era un acosador. Todo esto me provoca una fuerte reacción de vergüenza. Lo siento. Supongo que tendría que habértelo contado todo inmediatamente, en aquel momento mismo.

Quiero acercarme a él, consolarlo, pero no puedo.

—Así que la otra noche, cuando saliste de tu apartamento, después de la emboscada, yo estaba allí, esperando fuera. Sabía que no me ibas a devolver las llamadas y quería una oportunidad de contarte mi versión de las cosas. Pero tú saliste corriendo como loca y no me viste.

Hace una pausa y suspira.

—No estoy orgulloso de lo que hice, pero el caso es que te seguí.

—Tú le pegaste —digo—. Recuerdo que había sangre, que él gritaba.

—Sí, tuvimos unas palabras —corroboraba él—. Hubo un altercado. Tú estabas medio desmayada y él se estaba aprovechando de ti, Poppy.

—Tú eres el hombre de la capucha.

Él niega con la cabeza, con énfasis.

—No —responde—. Anoche fue la única vez que te seguí. Sea quien sea, y sea lo que sea, no soy yo. Te lo juro.

Lo creo y así se lo digo. Él se queda junto a la chimenea, sin embargo, manteniendo la distancia.

—He cometido errores, muchísimos —dice—. Pero soy un hombre mejor de lo que era antes.

El fuego crepita y arroja unas sombras danzarinas en la pared. Yo me levanto y me muevo hacia él, y él me coge entre sus brazos. Le toco la cara y su boca encuentra la mía, y luego mi cuello. La suavidad de su piel, la sedosidad de su pelo, el acero de sus brazos; podría perderme en ellos. El calor, el hambre entre nosotros podría devorarme. Pero...

—No puedo —susurro.

Él gruñe.

—Lo sé.

—No estoy al cien por cien aún —digo—. Todavía hay muchas preguntas, muchas cosas que no sé de Jack, de mí misma, de lo que me ha ocurrido. No está todo bien.

Él me besa la cabeza, me aprieta con fuerza. Sus palabras son solo un susurro.

—Esperaré.

—Siempre has odiado el campo. —Ella está sin aliento.

—No, eras tú —puntualizo—. Tú eras quien odiaba el campo.

—Y todavía lo odio —dice Layla, aunque el rubor de sus mejillas le sienta bien. Vamos andando por un camino en la propiedad de Noah; él los mantiene bien cuidados, para poder llegar a su estudio. La nieve que ha caído está amontonada a nuestro alrededor.

—¿Te acuerdas de cuando la nieve caía también así en la ciudad? —pregunto—. Había muros a lo largo de la acera, después de que pasaran las máquinas quitanieves, y coches enterrados hasta la primavera. Ya no nieva nunca así, ¿verdad?

Ella se detiene. El camino por el que vamos es empinado.

—Me ha dado un calambre. Demasiado yoga y poco cardio.

—Siempre es un desafío hacer algo distinto.

Ella se pone las manos en las caderas y levanta la vista al cielo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Deja caer la vista hacia mí. Veo su ira, su preocupación—. Con ese tío al que apenas conoces... Te has apartado por completo de tu vida.

Llevo aquí casi tres semanas, pensando y curándome. No he podido evitar que ella viniera, aunque lo he intentado. En cuanto recuperé mi teléfono, ella me rastreó con Find My Friends otra vez, y apareció. Carmelo esperaba en el coche y levantó una mano estoicamente para saludarme cuando le abrí la puerta delantera a Layla. Ella se echó a llorar en cuanto salí al porche; yo también.

—No —contesto ahora—. No lo he hecho. Estoy encontrando la salida por primera vez desde que murió Jack.

—¿Y la agencia? —me pregunta ella. Su aliento forma nubecillas en el aire frío.

—Pues no lo sé —respondo—. Ben y Maura la llevan solos, ahora mismo. Ya veremos.

Yo sigo andando y al cabo de un momento ella me acompaña.

—No estoy segura de si sabíamos realmente lo que estábamos abandonando —afirmo, cuando llega a mi lado.

He estado pensando mucho en todo esto.

—La agencia era algo que Jack pensaba que quería, y yo simplemente estuve de acuerdo. Pero apartarse de su profesión, de los viajes, de todo eso... creo que contribuía a los problemas que teníamos. Él se estableció para estar conmigo, para que ambos pudiéramos tener las cosas que yo quería.

—Es lo que hace la gente cuando se casa... —replica ella, bruscamente—. Todo se convierte en «nosotros», y no solo «yo». Tú tomaste decisiones para la pareja, para la familia que querías formar. Quizá sacrificaras algunas cosas.

—Pero cuando abandonas demasiadas cosas de ti mismo, tal vez empieza a haber resentimiento.

Ella no dice nada durante un rato; yo escucho su respiración cansada.

—¿Y nosotros? —pregunta al final, con una voz mínima—. ¿Qué pasa con Izzy y Slade?

Me detengo para que ella pueda descansar, le sonrío, le cojo la mano.

—Estoy aquí, tonta. No he rellenado una solicitud para irme a Marte.

—Podrías estar en Marte, por lo lejos que está esto —dice, enfurruñada.

Levanta la vista de nuevo, esta vez con suspicacia, a los pinos enormes que nos rodean. Andamos un poco más y luego llegamos a un sitio que me gusta mucho, un tronco caído limpio de nieve. Me siento, noto el frío a través de mi chaqueta. Ella se sienta a mi lado y se inclina hacia mí.

—Si resulta que es un asesino, nadie te oirá gritar...

—Ya me podría haber matado... unas cuantas veces.

Por encima de nosotras un halcón vuela en círculos. Un cazador solitario en busca de su presa, un cuerpo caliente bajo el banco de nieve. Yo lo contemplo y respiro.

—Es culpa mía, ¿verdad? —dice ella.

Cuando la miro vuelve a tener dieciséis años, la misma chiquilla triste, furiosa y perdida, escondiendo los moratones de sus brazos, acurrucada en el asiento trasero del coche de mi padre, durmiendo en la cama contigua a la mía.

—¿Qué es culpa tuya?

—Lo de las pastillas —responde—. No tendría que haberte dado las que tomaba yo. Cuando la doctora Nash te dijo que parases, yo te animé a que siguieras tomándolas. Sabía que beberías alcohol con ellas.

Yo niego con la cabeza.

—No es culpa de nadie excepto mía.

—Yo quería protegerte, cuidarte, como siempre has hecho tú por mí —declara—. Pensaba que, para ayudarte, tenía que evitar el dolor que sentías.

Esto me sorprende. En la historia de nuestra amistad, siempre era Layla la que me cuidaba a mí. Ella era la fuerte, la que sabía lo que había que hacer, segura de sí misma.

—Yo también lo estoy haciendo —continúa—. Zolof, Ativan... Tengo un par de botes de Xanax por ahí. Pastillas para dormir. Y por supuesto, vino cada noche.

La niebla se ha levantado y veo a mi amiga por primera vez desde hace un tiempo. Parece muy cansada, muy triste y muy furiosa.

—Layla, dime qué está pasando.

Ella suspira, se mira los dedos, rosados por el frío.

—Mac y yo. Nos va mal desde hace tiempo. He cometido errores... Él también. Nos hemos enfadado mucho el uno con el otro. Estamos muy distantes. No sabemos cómo volver a lo de antes, ni cómo seguir adelante.

Oigo los susurros de Izzy: «Se estaban peleando. Lo hacen siempre. Se hacen daño el uno al otro».

—Así que, en lugar de intentar solucionar nuestros problemas, simplemente nos apartamos el uno del otro. Para mí son las pastillas, esa es mi vía de escape —explica—. Para él, su trabajo.

Hace una pausa un momento. El halcón que tenemos encima suelta su chillido agudo.

—Todo lo que hacemos para evitar la verdad de nuestra vida, para evitar el dolor, es nuestra adicción.

Tendría que haberme dado cuenta. Lo vi, pero simplemente me aparté de ellos, atrapada en mi

propia telaraña.

—Nunca me has dicho nada —afirmo—. Que vosotros dos teníais problemas.

Ella se abraza a sí misma.

—Jack y tú... siempre parecíais estar bien. Vuestro arte, vuestro negocio juntos, vuestra libertad. Parecía que Mac y yo teníamos los cimientos podridos. Yo no podía enfrentarme a eso.

¿Los cimientos podridos? Claro que no.

—Es solo una mala racha. Todo el mundo las tiene.

Ella se aprieta contra mí, temblando, y yo paso mis brazos a su alrededor. Deberíamos volver ya, hace frío y el sol ya no calienta tanto. Pero nos quedamos un rato más.

—Y, además, después de todo lo que estabas pasando... ¿Cómo iba a cargarte con los problemas de mi matrimonio?

La aprieto más fuerte aún.

—Siempre puedes contar conmigo, siempre. Quiero que sea así, no importa lo que pase en mi vida.

Ella deja escapar un pequeño sollozo.

—Yo di demasiado de mí misma, Poppy —responde, respirando entrecortadamente—. Por Mac, por los niños... Pensaba que hay que renunciar a todo lo que eres para que las cosas sean perfectas. Ni siquiera estoy segura de quién soy, ahora mismo.

Conozco esa sensación, me agarro a ella con fuerza.

—Hablaremos de todo esto. Lo solucionaremos. Como hacemos siempre.

Ella se incorpora y se seca los ojos. Hay una sombra de sonrisa en su cara, un brillo acerado en sus ojos. Esta es mi auténtica amiga, la que está debajo de todas las máscaras que lleva, dura como el pedernal, una luchadora.

—Tú siempre has sido la más fuerte —me dice—. La que tiene todas las respuestas.

—Uf, qué raro —exclamo yo—. Yo pensaba que eras tú.

Las dos nos reímos entonces, y la risa resuena en el ocaso, asustando a una bandada de cuervos en los árboles. Quiere decirme algo más, lo noto. Pero se queda callada y no la presiono. Al cabo de un rato volvemos hacia la casa, donde, en el interior, el fuego que dejamos todavía arde en la chimenea.

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar aquí? —pregunta ella, quitándose la chaqueta.

Noah está en la ciudad, recogiendo cosas de mi apartamento. Le he dado las llaves y él me ha traído el jeep de Jack, para que yo tenga mi propio coche.

—No estoy segura —contesto—. Ahora visito a un nuevo terapeuta, que no receta medicamentos. Hay reuniones muy productivas de Alcohólicos Anónimos aquí. Noah quiere que me quede. Y para mí es muy cómodo y tranquilo. Hay distancia y espacio mental.

Ella mira a su alrededor con desaprobación, aunque no me imagino qué es lo que ve que no le pueda gustar. Quizá sea simplemente que no controla este espacio, que aquí no puede hacerse cargo.

—¿Y te acuestas con él? —me pregunta. Se quita las botas y las coloca alineadas junto a las mías, debajo de los abrigos.

—No.

Ella se burla.

—Venga, joder.

—En serio —insisto—. Somos... amigos. Bueno... en realidad no sé lo que somos. O lo que podemos ser.

La mayor parte de los días que perdí han vuelto, no completos de cabo a rabo, sino por imágenes, por momentos, las piezas suficientes para completar una estampa más clara de lo que pasó y lo que hice.

Con alguna excepción...

No sé quién mató a Jack. Sigo sin saber dónde está aquella bolsa. O si realmente hubo una bolsa. O lo que había en su interior. No sé quién puede ser el hombre de la capucha, o si existe tal sujeto en realidad. No tengo nada claro qué fue lo que hizo que se me fuera la cabeza aquella primera noche, cuando aparecí en Morpheus y conocí a Noah. ¿Cómo puedo meterme en una relación cuando todavía no estoy bien?

El nuevo terapeuta al que estoy visitando tiene algunas ideas. «Su pérdida de memoria y los episodios recientes se podrían atribuir a alguna combinación de las pastillas, el trauma del asesinato de su marido, su pena. Pero realmente no sabemos lo que contribuye a un brote psicótico, en alguien que no tiene historial de enfermedades mentales. Y hay muchas cosas que desconocemos de la naturaleza de la memoria. Quizá lo recuerde todo, quizá no».

Nos quedamos allí sentadas y le cuento a Layla todo lo que recuerdo, todo lo que sé. Ella me escucha y por una vez en la vida, no me interrumpe. Levanta una escultura situada en la mesita de centro. Es una versión más pequeña de la que hay detrás de la casa. Dos figuras bailando, pero en esta parece más una batalla, donde la figura más grande está venciendo a la más pequeña, con un brazo levantado, como si estuviera a punto de asestarle un golpe mortal.

—¿Cómo podemos confiar en este tipo? —me pregunta Layla, cuando he terminado. Le da la vuelta a la pieza, mirándola desde todos los ángulos—. Prácticamente es un acosador.

—No es un acosador.

—¿Que no? —dice ella—. Lo conoces durante tu brote psicótico. Te trae aquí. Tú huyes de él. Te encuentra online, casi un año después. Y te acuestas con él. Y te sigue llamando. Y te envió flores, fue él, ¿no?

Reconozco que sí, que fue él.

Ella levanta las cejas, esa mirada dice que lo sabe todo, y que simplemente espera que yo me ponga a su nivel, en un momento dado.

—¿Y no acosó también a otra persona? —continúa diciendo—. ¿No fue sospechoso de la muerte de su novia? Eso fue lo que dijo Tom.

Intento explicárselo, pero ella no me escucha. Ha tomado su decisión sobre Noah y costará mucho tiempo o algún hecho de la naturaleza que cambie de parecer.

—Bueno, como mínimo tiene un problema de ira —concluye ella, con firmeza.

—No eres quién para hablar.

—Yo lo he superado —contesta ella, encogiéndose un poco de hombros—. Tenía muchos motivos para estar furiosa, de pequeña.

—Bueno, la gente cambia.

Layla deja la escultura, pero sigue mirándola, como si pensara que a lo mejor tendría que pelearse contra ella, si cobrase vida.

—No es buena idea empezar una relación cuando estás recuperándote —dice—. Es una norma como las de Alcohólicos Anónimos.

Yo le sonrío.

—Tranquila, doctora. Lo tendré muy presente. Y, de todos modos, como ya te he dicho, solo somos amigos.

—Amigos que viven juntos. Y que se han acostado en el pasado.

Va hacia la chimenea, levanta las manos para calentárselas en el fuego. Contempla las llamas.

—¿Crees que soñaste o alucinaste con lo de aquella bolsa? —me pregunta.

—Pues sinceramente, no lo sé.

—¿No tienes ni idea de lo que había en ella?

Ya le he hablado de esto. ¿Por qué vuelve a preguntármelo?

—¿Y lo de Merlinda? —me pregunta.

—Su número está desconectado —respondo, notando la habitual punzada de frustración. Hay un callejón sin salida a cada vuelta de este laberinto—. El portero dice que se mudó hace seis meses.

Ella levanta el atizador, mueve un poco los troncos, y el fuego brilla con más intensidad.

—¿Así que en realidad nunca estuviste allí? ¿No la viste?

—Parece que así es —reconozco, aunque no me parece posible; mi recuerdo de nuestra reunión es tan vívido y tan real: los móviles, el olor a incienso, el cálido abrazo de Merlinda...

—¿Has investigado en internet?

—No hay nada —contesto—. Solo una web sin actividad con un correo que rebota y su antiguo número.

—Haré que lo investigue Tom. —La tensión se instala en mis hombros. Si pienso en él, me pongo incómoda y ansiosa. No quiero que vaya por ahí husmeando en mi vida.

—Gracias, pero lo está investigando Grayson. Lo he llamado y le he contado todo lo que recuerdo, todos los detalles de mis sueños. Me quedaré con la policía. Al menos, las prioridades de Grayson están claras, él no es un mercenario.

Layla me mira un momento. Hay algo raro en el aire entre nosotras.

—No hay prioridades más claras que las de un mercenario —replica, con soltura—. Dinero. Simple y llanamente.

Lo expresa como si fuera algo bueno.

—¿Y se supone que tengo que dejarte aquí con ese tío? —pregunta, soltando el atizador y dándose la vuelta en redondo—. Grayson tenía sus sospechas sobre Noah, te dijo que te apartaras de él. ¿Qué ha cambiado?

Dejo escapar un suspiro.

—Noah no es sospechoso en la muerte de Jack —le respondo—. Lo han interrogado e investigado. No hay nada que lo conecte con Jack, ni conmigo, antes de la noche que nos conocimos en el Morpheus.

La pieza que falta en el centro de mi vida, y en lo que soy ahora:

¿Quién mató a Jack?

—Estoy bien aquí —le aseguro—. Estoy a salvo. Más a salvo de lo que he estado desde hace tiempo.

Layla mueve la cabeza con desaprobación. El escepticismo tensa los rasgos de su cara.

—¿Cómo sabes que no estás soñando ahora mismo... o alucinando?

—O en estado hipnagógico.

—Lo que sea.

Sonríe de nuevo, pero la pregunta roza algunos lugares de mi interior que aún están en carne viva.

—¿Cómo lo sabemos cualquiera de nosotros?

Ella inclina la cabeza asintiendo, pero una nube de preocupación le oscurece el rostro.

—¿Y el hombre encapuchado?

—Se ha ido —contesto. Todavía lo busco entre las sombras, pero no está.

—Qué coincidencia —exclama, con una sonrisa burlona—. Ahora que Noah te tiene para él solo.

—No era él.

—Eso comentas que te ha dicho.

—Layla.

Ella mueve el brazo en arco señalando la habitación.

—Esto no está bien, Poppy. Tú aquí. No es propio de ti.

¿Cómo puede estar tan segura de quién soy y dónde debo estar cuando yo misma no lo estoy?

—¿Qué vas a hacer? —le pregunto, cambiando de tema en la conversación—. ¿Qué vas a hacer con Mac? ¿Terapia de pareja?

—No, él no querría —responde. Se frota las manos como si estuviera intentando calentarse, aparta la vista—. Dice que no quiere airear nuestros problemas delante de un desconocido.

Yo suspiro. Qué tozudos somos todos, cómo nos aferramos a nuestras costumbres, a nuestras ideas.

—No creo que haya quedado nada que se pueda arreglar —puntualiza Layla—. Quizá solo seguimos juntos por los niños

—No digas eso —la recrimino, inclinándome hacia ella—. Hubo un tiempo en que os queríais el uno al otro.

Ella no dice nada, de momento.

—Eso fue hace muchos años.

De nuevo, esa extraña monotonía en su tono: resignación.

Y luego:

—Tú misma lo has dicho. La gente cambia. Pero a veces, no para mejor. O tal vez es que siempre fue malo.

—Tú lo quisiste en otros tiempos —vuelvo a repetir. Yo lo vi. Era real.

—Ah, ¿sí? —pregunta ella, como un murmullo, sin querer ninguna respuesta en realidad.

Se queda un rato más, luego dice que tiene que volver por los niños. La acompaño hasta el coche, donde Carmelo salta a abrirle la puerta. Pobre hombre. Me había olvidado por completo de él. Ni siquiera le he ofrecido una taza de té.

—Carmelo vendrá a buscarte, de día o de noche —dice Layla.

—Sí, así es, señorita Poppy. Llámeme y aquí me tendrá.

Yo señalo hacia el jeep, que está ahí, azul pálido, esperando unas aventuras que quizá no tenga nunca.

—Gracias, pero ya tengo mi propio vehículo —contesto.

Ella parece que va a soltar alguna ocurrencia, pero al final simplemente asiente y se sube al coche. Cuando Carmelo arranca, Layla abre la ventanilla y saca la mano y la agita para decirme

adiós. Veo desaparecer el automóvil, mientras abrazo con fuerza el agujero que ha quedado en mi interior. Tengo la sensación de que ella necesita algo que no he sido capaz de darle. Pienso en llamarla, en decirle que regrese. Pero al final lo dejo correr.

Al día siguiente vuelvo a la ciudad a hacer limpieza en mi apartamento. Es hora de deshacer esas cajas por fin, del todo, seleccionar las pertenencias de Jack y desprenderme de las cosas que quiero regalar. Y quizá, tal vez en mi nuevo estado de sobriedad, encontrar alguna parte de los dos que no hubiera visto antes. O no.

Quizás es hora de aceptar que Jack fue víctima de un crimen callejero al azar, uno que, como tantos otros asesinatos, quedará sin resolver. Estaba en el lugar equivocado, en el momento equivocado. Aunque nuestra historia haya acabado de una manera fea y brutal, es un final que no tendré más remedio que aceptar.

—Iré contigo —se ofrece Noah.

—Me reuniré contigo allí —sugiere Layla, al teléfono—. Sabes que soy la reina a la hora de ordenar y tirar. La magia salvadora de librarte de tu basura, todo eso.

Pero yo no quiero ser un problema que deba resolver uno u otro de los dos. Por primera vez desde hace tiempo soy dueña de mi vida. Estoy desintoxicada, libre de la neblina química en la que he vivido. El roce cruel del dolor se ha suavizado, y empiezo a hacerme cargo de mi propia realidad. Es un viaje que quiero hacer yo sola.

Es invierno ahora mismo, gris y frío. Hay nieve en el suelo, pesa en las ramas de los árboles. En el camino de entrada, Noah pasa la mano afectuosamente por el capó del viejo jeep de Jack.

—Este cacharro es un clásico...

Me encanta que le guste, que descubra lo que vio Jack en el coche.

La semana pasada le comenté que si me iba a quedar aquí, necesitaba un coche propio. Él fue en tren hasta la ciudad y me lo trajo. Quiero ponerme detrás del volante, a partir de ahora; quiero decir adónde voy y cómo voy a llegar hasta allí.

Noah está de pie mirando hacia el suelo, con las manos metidas en los bolsillos. Sé que lucha con sus propios demonios, intentando no aferrarse demasiado a mí.

La energía entre nosotros es eléctrica, pero mantenemos la distancia, es como una danza de cada uno en torno al otro. Layla tenía razón, soy frágil y vulnerable ahora, estoy recuperándome de las cosas que me han ocurrido, cosas que me he hecho a mí misma. No he pasado página del todo con Jack, y todavía hay partes grandes de mí misma que le pertenecen. Hay demasiadas preguntas sin respuesta. No es justo que ninguno de nosotros vaya demasiado lejos.

Su contacto transmite energía a mi brazo. El sol está justo por encima de la silueta de los árboles, la mañana es dorada. Él me acerca hacia sí, pasa un brazo fuerte por mi espalda. Sería muy fácil quedarse sin más, hundirme en él.

—Tenerte aquí... —Su voz suena ronca, deja la frase inacabada.

El aire es frío, pero yo solo noto el calor que hay entre nosotros dos. Nunca la he olvidado, la noche que pasamos en su loft. La sensación de su piel en contacto con la mía, su contención, su ternura.

Fuera lo que fuese antes, aunque hubiese cometido muchos errores en la vida, ha sido un

verdadero amigo para mí. Más que eso.

Él susurra, sus labios me tocan la piel del cuello.

—No me vuelvas a olvidar, Poppy.

—No te olvidaré —le prometo.

Ahora estoy al volante de mi propia vida. No volveré a perder pie.

El tráfico en la ciudad es denso. El viejo jeep retumba, la calefacción vibra y resuena muy fuerte. La gente con trajes y coches de lujo brillantes me mira y sonrío. Hay algo en un jeep que hace pensar a la gente en aventuras, playas y arena, caminos sin asfaltar, una vida como la que llevaba Jack antes de conocernos. Libre de las restricciones que le ponían nuestras elecciones: un negocio, una mujer que quería tener hijos, su cámara guardada. Entonces no lo vi. Creía que las elecciones las hacíamos juntos, pero quizás él eligió para complacerme, y luego lo lamentó. Y yo elegí también para complacerlo. Quizás eso nos pasa a todos. Pensamos que queremos una cosa y la conseguimos. Nos encontramos en un camino, y deseamos haber elegido otro.

Si Jack estaba teniendo una aventura, tal vez fuera ese el motivo. Quizá fuera una vía de escape para él, como mis encargos habían sido para mí, después de su muerte. Me duele pensar que él hubiese amado o hubiese estado al menos con otra persona. Y no coincide con lo que yo creía que sabía de mi marido. Las palabras de Mac, sin embargo, resuenan fuerte, una y otra vez. «Quizás solo conocemos algunas partes cada uno del otro». Durante mi crisis, le dije a Layla que él tenía una aventura, y que por ese motivo lo mataron. ¿Qué me llevó a pensar tal cosa? ¿Qué sabía Poppy que yo he olvidado? ¿Quién es Elena?

Dejo el jeep en un aparcamiento y voy andando varias manzanas hasta mi edificio. Me doy cuenta de que es la primera vez que recorro sobria estas calles. He tomado pastillas desde el día que mataron a Jack. En este espacio nuevo y lúcido, no ocupado por el hombre de la capucha, las calles parecen distintas, menos frenéticas, menos llenas de sombras y amenazas. ¿Qué parte de lo que sabemos y vemos está coloreada por nuestro estado mental? Todo, quizá.

Dentro, el apartamento está tranquilo, el largo vestíbulo se extiende ante mí. Me quedo en su interior junto a la puerta cerrada, pero no por mucho rato. Estoy aquí para hacer una cosa y no me iré hasta que la termine.

Preparo una cafetera, pongo nuestra música al azar y voy deshaciendo las cajas implacablemente. No me detengo hasta que todo está en el suelo, una enorme montaña de papeles, ropas, libros, portafolios de cuero, archivos, fotos. Ahora, a ordenar. Sus ropas irán a la caridad. Él lo habría querido así, habría querido saber que sus cosas podían ayudar a otras personas. Sus antiguos archivos, facturas, contratos: todo a la destructora de documentos. Nuestro abogado ya tiene en su poder los que son importantes. Jack odiaba el papeleo, consideraba que era lo peor de la vida... aparte del hilo dental.

Inmisericorde, meto en bolsas todo lo demás: antiguas agendas, copias impresas de fotos que sé que tenemos archivadas digitalmente. Cuando he acabado, queda una pequeña pila de cosas que quiero conservar: su anillo, nuestro álbum de boda, el portafolio con algunas de sus primeras fotos, las cartas que me escribía, un poema. Es muy poco, una pila muy pequeña. Pero es preciosa

para mí. Ver sus palabras en una página, su letra algo infantil, me llena de amor.

He pospuesto esto demasiado tiempo, imaginando que sería insoportablemente doloroso. Pero a pesar de lo farragoso y triste de esta tarea, la verdad es que noto una sensación liberadora de alivio, sabiendo que puedo conservar lo que más amaba de nosotros y desprenderme de todo lo demás.

Al cabo de un par de horas, una vez todo seleccionado y vuelto a guardar, abro mi ordenador por primera vez desde hace días. Tengo el buzón de correo electrónico lleno de cientos de mensajes. Aunque sé que Ben ha estado a cargo de todo en mi ausencia, el correo rebosa del servidor con un alud de notas de clientes, peticiones de fotógrafos, posibles encargos de editores, correo basura... Mi buzón se llena con una serie de campanilleos frenéticos, una tromba de peticiones, necesidades, exigencias, requerimientos. Lo reviso rápidamente, leo y borro, hasta que veo un mensaje de Ben, de hace solo un par de horas. En el asunto pone: «¿Quién es?».

Hola, Poppy:

Me ha costado un poco, pero he usado mis fabulosas habilidades para encontrar a esta mujer. Consulté a Bill Simpson, enviándole la imagen de la boda que me mandaste. Estaban fuera del país con un encargo, y finalmente se ha puesto en contacto conmigo. Dice que es una colega, amiga de Claire desde hace muchos años: Elena Montoya. La mala noticia es que Elena Montoya murió después de la boda. Bill ha sido poco preciso, pero tengo la sensación de que su muerte fue inesperada y que hubo algo misterioso en torno a ella.

No he tenido la oportunidad de profundizar en esto aún. ¿Quieres que averigüe más cosas sobre cómo murió? Alvaro y Jack seguramente la conocían. Bill dice que todos fueron a Parsons al mismo tiempo.

Besos,

Ben

Me tiemblan las manos al bajar la página y ver a qué imagen se refiere. Por un momento no tengo ni idea del tema de este mensaje. Y entonces lo veo: la foto que Alvaro me enseñó en su galería, aquella en la que Jack y yo bailábamos, felices y sonrientes, y la mujer desconocida nos miraba desde un extremo de la composición.

No recuerdo haber enviado un mensaje de correo a Ben. Sin embargo, sigo la cadena y compruebo que el mensaje es mío, obviamente. La imagen que va unida al mensaje es una foto que yo debí de tomar con mi móvil. Veo mi pulgar sujetando la foto, al fondo la cabeza del taxista, oscurecida por la división gruesa de plástico. Yo marqué un círculo rojo en torno a la chica. Y escribí: «Ben, ¿puedes averiguar quién es?».

Rápidamente escribo el nombre en mi buscador, voy bajando en la lista: su página web, algunos artículos que hablan de sus fotos, hasta que encuentro la noticia. ¿La había visto antes en sueños, o es más bien un recuerdo?

Vuelve como una bofetada aquella noche, Jack en el sofá, leyendo, a altas horas de la madrugada.

—¿Quién es esa mujer? —le pregunté.

—Alguien a quien conocí hace tiempo.

—¿Alguien a quien conociste? ¿Qué significa eso?

—Una amiga de la universidad. ¿No te la he mencionado? Íbamos juntos a clase. La veo de vez en cuando, en algún encargo. Le he pasado trabajo, y ella me lo ha pasado a mí.

—Ah, bueno, a lo mejor —dije—. Ambos tenemos una larga lista de amigos y contactos, y no tenemos la costumbre de llevar la cuenta el uno del otro. Quizá me suene su nombre.

—¿Y qué le ha ocurrido?

Leo el artículo ahora:

Elena Montoya, fotoperiodista que vivía en Manhattan, fue asesinada en su apartamento del East Village. Aparentemente se trató de un atraco. El atacante mató a golpes a Montoya, le robó equipo fotográfico por valor de decenas de miles de dólares que no se ha recuperado. Su asesino sigue desaparecido.

Elena Montoya, la chica de la pantalla del ordenador de Jack, por la noche. La chica golpeada y ensangrentada en la sala de juntas. El nombre en la cajita de cerillas. Una chica de pie al borde de la pista de baile, mirándonos.

Entonces me viene otro recuerdo, llevándome de vuelta al pasado.

La cajita de cerillas, la que consiguió aparecer en mis alucinaciones o sueños. Jack la arrojó descuidadamente en la encimera de la cocina junto con la cartera y las llaves, una noche.

—¡Qué típico! —exclamo yo, recogiendo las cerillas rojas de Morpheus, a la mañana siguiente, y leyendo el número garabateado dentro—. ¿Ligando con mujeres en bares?

—¿Cómo?

Había salido por la noche hasta tarde con Alvaro y Mac, estaba grogui en la mesa de la cocina, tomando café, y malhumorado porque tenía que acudir a una reunión con un cliente al que no podía soportar, pero que contribuía con muchísimo dinero en la empresa. Tenía un contrato abierto delante de él, las gafas puestas.

Él me mira y luego observa las cerillas que llevo en la mano.

—Cariño... —dice, levantando las cejas, fingidamente meloso—. No puedo evitar que todas las mujeres me vayan detrás. Ya sabes. Tengo una magia especial...

—Eso es verdad —concedo yo, arrojando las cerillas de nuevo a la mesa. Él las coge, las mira a través de sus gafas, frunciendo el ceño ligeramente, con los ojos clavados en mí, y luego de nuevo en el ordenador.

—Eso no es mío.

—Ah, ¿no?

—Es de... bueno, un ligue de Alvaro —dice—. De verdad.

—Entonces, ¿qué haces tú con las cerillas? —Lo gracioso es que el nombre en la cajita de cerillas, fuera quien fuese, no me preocupaba en absoluto. A pesar de lo que le había dicho a Layla, no recuerdo haber puesto jamás en cuestión la fidelidad de Jack en todos los años que pasamos juntos.

Él me dedica una sonrisa avergonzada. Cuando se metió en la cama olía a humo. Cigarrillos.

—¿De verdad? —pregunto, decepcionada—. No fumabas desde hacía un año.

Trasnochar, beber, fumar... Todo eso solamente ocurría cuando Alvaro estaba en la ciudad. Hasta Layla se quejaba de sus salidas nocturnas, de que Mac estaba de un humor de perros al día siguiente. Nuestros maridos eran personas rectas... hasta que Alvaro rondaba por allí. Entonces se convertían de nuevo en adolescentes y salían hasta tarde, bebían demasiado para su edad... Era patético, de verdad. Mientras tanto, Jack y yo habíamos empezado a intentar tener un niño.

Debíamos estar sanos. Pero yo no digo nada más. Es un hombre adulto, después de todo. Y yo no soy su madre.

Solo cuando se va me doy cuenta de que las cerillas han desaparecido, con su cartera, llaves y teléfono.

Me pregunto brevemente, solo durante un segundo: ¿una aventura? Estaban presentes todas las señales habituales. Llamadas a última hora de la noche. Excusas para salir a correr un rato por la tarde. Menos interés en hacer el amor, aunque todavía teníamos una vida sexual intensa. Yo pensaba que era simplemente la naturaleza programada de nuestros «encuentros». Él nunca había sido un hombre exigente. No nos vigilábamos el uno al otro, siempre nos dábamos libertad de movimientos. No. Yo sabía que algo no iba bien, pero no dudaba de su amor por mí. Era un hombre algo salvaje, pero yo siempre había creído que era fiel y bueno.

«¿Quién es ella en realidad, Jack?». Me lo pregunto ahora. Una mujer joven, fotoperiodista, muerta de una paliza. Ella nos conocía. Estaba en los alrededores de nuestra vida, viéndonos bailar. ¿Era algo más para él de lo que me dijo aquella noche?

Cojo el teléfono y llamo al detective Grayson.

—Es curioso que me llame ahora —responde—. Estaba a punto de hacerlo yo...

—Necesito hablar —digo—. ¿Podemos vernos?

—¿Dónde está usted? ¿En algún club nocturno extraño? ¿En un callejón? ¿En la casa aislada de su acosador?

Sonrí un poquito. Ojalá nunca hubiera tenido ocasión de conocer al detective Grayson. Pero de todos modos me gusta. Y ahora tenemos un pasado juntos. No es que sea una historia bonita, pero es una historia.

—En casa —respondo. No suena bien—. En mi apartamento de Chelsea.

Hay silencio al otro lado, y pienso que ha colgado y que viene a verme.

—Suena diferente.

—Ah, ¿sí?

—Más fuerte —responde—. No sé... más clara.

—Lo estoy trabajando.

—Bien por usted —dice—. Quédese ahí. Voy de camino.

Cuando colgamos, examino el apartamento y veo que está libre de fantasmas: Jack y Elena, ambos muertos, ambos asesinados, no están por ninguna parte. No hay desconexión de la realidad, no hay niebla, ni vacilación. Sin las pastillas no hay confusión entre mis sueños y mi realidad. Simplemente debo preguntarme: ¿tan mala es mi realidad?

Mientras espero al detective Grayson, mi teléfono suena cuando entra un texto de Noah: «¿Qué tal va? A lo mejor tengo algo...».

No hay motivos aún para hablarle del artículo, los recuerdos que han vuelto. Simplemente quiero guardármelo para mí, ir procesando la información. El nombre de ella, esos recuerdos, la historia de su asesinato, ¿qué más podrá despertar? ¿Qué más recordaré? «¿Has encontrado la bolsa?».

Aunque no lo hemos hablado antes de que yo viniera a hacer este recado, ambos sabemos que al menos, en parte, busco esa mochila rosa. Hemos hablado al respecto. No puedo abandonar la idea de que dentro hay algo que necesito. Que es real, y no una invención de mi imaginación, antes nublada. Mi esperanza era que estuviera enterrada en estas cajas, o escondida en algún lugar del apartamento. Pero he mirado por todas partes y no está aquí. ¿Existe siquiera?

«No. No está aquí».

Hay una pausa. Casi dejó el teléfono. Y entonces: «Vuelve a casa».

Mi cuerpo se inunda de calidez. Esa casa, esa tierra, Noah. Ya me parece mi hogar. «Pronto».

Cuando llega, el detective Grayson y yo nos miramos el uno al otro un momento. Él también parece distinto, de alguna manera: sólido, tranquilizador. Estamos del mismo lado. Supongo que siempre lo hemos estado.

—La última vez que nos vimos, me dijo que fuera de bajo riesgo.

—También le dije que se mantuviera alejada de Noah Avidon —remarca él. Mira la hilera de cajas y bolsas—. Pero supongo que estamos programados de tal manera que, si yo le pido que haga una cosa, usted hace la contraria.

Le ofrezco café, pero lo rechaza.

—Ya llevo encima un exceso de cafeína. Gracias.

Nos trasladamos a la cocina y él ocupa su asiento habitual, en el taburete.

—Tiene suerte de que su «otro» novio no vaya a presentar cargos —comenta.

Noah le dio un puñetazo en la cara a Rick, el de las finanzas, la noche que me llevó a su casa. Recuerdo la sangre, los gemidos de dolor de Rick. Que le aproveche: no me extraña que no presente acusación alguna. ¿Qué pensaba hacerme?

—Ninguno de los dos es mi novio. —Que palabra tan estúpida, tan infantiloides—. Noah me salvó aquella noche. ¿Qué dijo usted de los depredadores? Que buscan a los vulnerables y les dan lo que quieren.

—Yo hablaba de Avidon.

—Quién sabe lo que podía haber pasado si él no hubiera estado allí.

—Como ya le dije. —Se frota las sienes, ese movimiento exasperante que hace muy a menudo, cuando está en mi compañía—. Conducta de alto riesgo. Evítela.

Sirvo un vaso de agua para cada uno. Yo también he tomado demasiado café.

Él mira a su alrededor.

—¿Se va a mudar?

Me encojo de hombros.

—Simplemente, me voy a desprender de cosas que ya no necesito. Quiero dejar ya un poco a Jack.

Le cuento todo lo que he sabido de Elena Montoya, lo que recuerdo de mi sueño, la mañana que encontré la cajita de cerillas. Le doy la vuelta a mi ordenador para que pueda leer mi correo, los artículos que he señalado. En parte espero que se muestre desdeñoso y diga que ya sabía todo eso y que no significa nada. Pero se queda muy callado, pasando las páginas en la pantalla.

—¿Y esto cuándo fue?

—El día que encontré las cerillas debió de ser casi un año antes de que él muriera. Estábamos intentando tener un niño. Fue mucho antes de los abortos.

Él mira la pantalla.

—Y ella fue asesinada unos pocos meses antes de que Jack...

Le enseño la foto de la boda que me dio Alvaro, la imagen que yo tomé con mi móvil. No sé qué fue de la foto original. La última vez que la vi se la tendía a Layla.

—Ella nos conocía —apunto—. Estaba en esa boda.

—¿Y en qué momento se celebró la boda?

Pienso un poco.

—En algún momento entre la cajita de cerillas y el asesinato de Jack. No recuerdo la fecha exacta, pero fue en junio, creo.

Sostiene su mirada oscura.

—Es una pista, Poppy —dice—. La seguiré. Se lo prometo.

Quiero algo más urgente. No simplemente «La seguiré».

—¿Cómo? ¿Cómo va a seguirla? ¿Y cuándo?

—Primero tengo que discutir algunas cosas con usted —añade—. Relacionadas con la otra información que me dio. Será mejor que se siente.

Vamos al salón y se acomoda en el sofá, enfrente de mí.

—Bueno, desde que me llamó usted desde la casa de Avidon y me habló de su amiga Merlinda, he investigado un poco.

Yo contengo el aliento, preparándome no sé para qué.

—Lo siento. —Me mira fijamente, con práctica a la hora de dar malas noticias—. Ha fallecido. Murió.

La noticia es un golpe, me vienen lágrimas a los ojos.

—¿Cómo?

—Tras una batalla con el cáncer, murió en una residencia.

¿Por qué yo no sabía que estaba enferma? No ha pasado tanto tiempo desde que vivía en la puerta de al lado, era amiga mía. Otra persona a la que descuidé, debido a la miopía de mi dolor. Cierro los ojos y rezo un poco por ella. «Lo siento, Merlinda. Espero que hubiese luz al otro lado para ti».

—Tengo que admitir que yo era escéptico con lo que me contó. No tengo mucha fe en los sueños, ¿sabe? La memoria auténtica ya es lo bastante engañosa. Pero le prometí que haría lo que pudiera. —Grayson se queda callado un momento y luego—: Así que, como parte de mi investigación, fui a ver al abogado que se ocupa de las propiedades de su amiga y sí, en efecto,

habían estado intentando ponerse en contacto con usted. Le dejaron mensajes en su despacho y le enviaron una carta a su antigua dirección.

Me entrega la carta. Me resulta vagamente familiar, es un membrete que ya he visto. En la neblina del año pasado, ¿se cayó esto entre las grietas? ¿Entretejí esta información en mis sueños?

—Hay una caja de seguridad que contiene algo que le dejó Merlinda a usted.

—¿Y lo ha sacado?

—No puedo hacerlo sin una orden —contesta—. Yo pensaba que igual quería que la acompañara al despacho del abogado.

Sé que debería negarme, que debería ir sola y entregarle lo que sea a mi propio abogado. Que lo controlase todo él, si había que confiar algo a la policía. Pero estoy cansada de juegucitos, cansada de esperar.

Por la forma en que Grayson levanta los hombros, y cómo se inclina mucho hacia delante en el sofá, de tal manera que parece que se va a caer, sé que hay algo más.

—¿Qué más?

—¿Recuerda el asesino a sueldo, del que me habló mi confidente asesinado?

Recuerdo entonces el dibujo que me enseñó en el parque. Parece que hace muchísimo tiempo, pero no olvidaré nunca esa cara, la frente despejada y los ojos hundidos. Asiento para indicar que sí, que me acuerdo.

—Un cuerpo que coincidía con esa descripción ha aparecido, llevado por la marea, en el muelle de Chelsea —explica—. Los tatuajes que mencionó mi confidente nos han ayudado a identificarlo. Un criminal de carrera, con el nombre de Joe Knight: familia de acogida, con antecedentes desde los quince años, robo a mano armada, agresión con agravantes, homicidio. Encaja con el perfil, coincide con la descripción de testigos en la escena del asesinato de Jack.

Mi primera idea es egoísta y fría: «Perfecto». Otro callejón sin salida.

Si alguien lo contrató para matar a Jack, ahora nunca sabremos quién fue. He tomado muchos caminos serpenteantes que me alejaban de Jack y de vuelta otra vez, he recorrido oscuros callejones hasta mis propios sueños, recuerdos retorcidos que ni siquiera eran reales. En ese laberinto ha habido muchos callejones sin salida. Temo que le hayamos perdido para siempre.

—Lo primero que me pregunto cuando me encuentro con un tipo como ese —dice Grayson, con una sonrisa debajo de su expresión torva. Obviamente, le encanta su trabajo, por muy oscuro que sea—. ¿Cómo le han pagado?

Pienso en eso un momento.

—Supongo que en efectivo.

—Sería lo lógico, ¿verdad? —Hay un brillo de emoción en sus ojos.

Saca un papel doblado que lleva en el bolsillo interior de su chaqueta y me lo entrega. Es una copia de un extracto bancario. Examino las imposiciones y las retiradas de dinero. Los matones usan sus tarjetas de débito en Starbucks, igual que todo el mundo, al parecer. Ven Netflix y compran en Amazon. Algunos de los cargos están subrayados: una tienda de artículos del ejército, una tienda de empeños, una galería de tiro.

Hay depósitos en efectivo regulares, algunos pequeños, otros grandes. Hay un depósito de mayor cuantía, recurrente, que parece que llega cada dos semanas, como una especie de nómina. Al principio no reconozco el nombre de la empresa. Me suena, pero no lo localizo, por un momento. Luego, de repente me doy cuenta, jadeo con fuerza, no puedo coger aire. La habitación

empieza a girar a mi alrededor, y el suelo se hunde bajo mis pies. Otra vez.
Pero en esta ocasión sigo aquí.

Cuando entramos, la pequeña oficina bancaria está tranquila. Es una sucursal antigua, con alfombras gastadas y superficies de formica muy vulgares y una iluminación con fluorescentes poco favorecedora. Todo tiene un aire de deserción. Una mujer con un abrigo oscuro discute en voz baja con un cajero joven, pero aparte de ellos todo está vacío. ¿Aún sigue yendo la gente a los bancos, en este mundo online? El dinero se ha convertido simplemente en números en una pantalla, débitos y créditos, rojo y verde. Incluso nuestro efectivo sale de máquinas.

—La esperaré aquí —dice Grayson, ocupando un sitio junto a la puerta, como un guardia de seguridad—. Le daré un poco de espacio.

En parte, quiero que venga conmigo, que esté presente cuando vea lo que me espera. Tiene razón, en estos momentos soy más fuerte. El mundo me parece sólido, el terreno bajo mis pies, más firme ahora. Pero no sé qué tipo de agujero puede abrirse en mi mundo cuando abra la tapa de la caja de seguridad. ¿Qué habrá dentro? Dudo un instante y al final me dejo de vacilaciones y me acerco a la cajera. Es una joven que parece vieja, porque lleva un vestido retro color verde lima y el pelo rojo recogido muy tirante, y tiene cara de curiosidad.

—Tengo una llave para una caja de seguridad que me ha dejado una amiga que ha fallecido —la informo. Ella entorna los ojos y mira los documentos con unas gafas que le proporcionan una mirada extraña, introduce algunos datos en el ordenador que tiene delante y, luego, sin decir una sola palabra saca un llavero con muchas llaves.

—Por aquí, por favor.

¿Qué es lo que me ha legado Merlinda? Creo que lo sé. Pero mi único recuerdo es un sueño, algo que no estoy segura siquiera de que ocurriera alguna vez.

Tengo la garganta seca por el miedo, cuando sigo a la diminuta mujer que taconeando resueltamente con sus zapatos bajos en el suelo de cerámica. Andamos por un largo pasillo y al final ella abre una pesada puerta y entramos en una habitación muy iluminada que está tan fría como el interior de un frigorífico.

Yo me imaginaba algo distinto, un espacio forrado de madera, quizá con una mesa de roble e hileras de puertas de cobre. Por el contrario, se parece más bien al vestuario de un gimnasio, con el mismo color lavanda y gris del vestíbulo de la sucursal.

Ella mete una llave en el número 329 y me deja sola, cerrando la puerta con un clic que parece definitivo. Yo respiro intentando tranquilizar mi corazón agitado.

Sea lo que sea, lleva mucho tiempo allí. ¿Cómo puede hacerme daño ahora? ¿Cuánto dolor queda en mi universo?

—¿Qué es? —le pregunto a Jack, que está sentado en una de las sillas de plástico moldeado que han metido dentro del cubículo donde se supone que tienes que llevar tu caja.

Pero no me habla mucho, ahora mismo. Cuando lo veo, normalmente va andando por delante de mí, por uno de esos senderos que recorro. A veces está sentado junto al fuego. Esas son las cosas que más le habrían gustado de nuestra casa en el bosque.

Todavía sueño con él. La otra noche soñé que teníamos un hijo juntos, un niño que se parecía mucho a él, con el pelo rubio y unos ojos enormes y conmovedores. Iban andando por delante de mí por un sendero boscoso, de la mano. Yo los seguía, pero ellos se iban alejando cada vez más. Cuanto más rápido los perseguía, más distantes se encontraban, hasta que doblaban un recodo y desaparecían.

Él se mostraba ambivalente con la paternidad, pero habría sido un buen padre, un padre estupendo. Cariñoso, paciente, divertido... exactamente el tipo de marido que era. Yo no conocí a su padre, solo supe lo que Sarah y él me contaron. Era muy trabajador, honrado, quizá demasiado estricto, una figura muy recta en la vida de Jack, consumido por su trabajo, que de vez en cuando condescendía a jugar con él a la pelota, los dos incómodos, o salían a pescar, en silencio. Quizás era eso lo que Jack recordaba de la paternidad. Quizás es lo que todos sabemos, lo que nuestros padres han significado como modelos para nosotros, hasta que intentamos hacerlo mejor nosotros mismos.

—No, no era solo eso —dice el fantasma de Jack—. El mundo. Yo siempre pensé que era un sitio maravilloso... mágico, lleno de sorpresas que inspiraban admiración. Pero es oscuro, Poppy. Ahora tú también lo sabes, ¿verdad? Toda la luz que tiene acaba devorada.

—Lo siento —me disculpo yo—, pero estás equivocado. Es ambas cosas. Sombras y luz.

Doy la vuelta a la llave en la cerradura. Entonces saco el cajón de su funda y lo abro lentamente.

Respiro con fuerza, sosteniendo el aliento, cuando descubro mi mochila rosa en el interior. La toco, noto formas de cosas debajo de su fina tela. Yo llevaba esta mochila cuando hice a pie el Fakahatchee Strand con Jack, buscando la orquídea fantasma. Iba a mi espalda cuando descendí en barca el río Amazonas, y recorrí un lujurioso y retorcido camino hasta una catarata increíble en Kauai. Una vez hizo que me quedara enganchada en un sitio estrecho, practicando espeleología en un tubo de lava en Islandia. Jack tuvo que quitármela de la espalda para poder soltarme. Tiene una energía que noto en la palma de mi mano.

La saco y la dejo encima de la mesa, abro la cremallera, poco a poco, y empiezo a sacar el contenido. Hay una libreta fina y negra, llena de anotaciones con la letra de Jack. Un teléfono móvil de usar y tirar, con la batería gastada hace muchísimo tiempo. Y un sobre grande, lo abro y saco una carpetilla marrón de su interior. Dentro hay unas fotos.

Y entonces vuelvo a viajar en el tiempo de nuevo.

Todo el mundo se ha ido ya. El funeral de Jack ha terminado. Layla ha conseguido echar a mi madre, aunque ha protestado un poco. Pero yo creo que mamá se ha sentido aliviada al poder dejar mi pena tras ella. La emoción auténtica pone muy incómoda a mi madre.

Yo podía llorar con mi padre, abrazarlo impetuosamente, llena de adoración, seguirlo por todo el mundo con mi cámara. Pero mamá se enfadaba si la acosaba demasiado. «Ya basta, Poppy». Una palmadita rápida, un beso en la cabeza, y luego un empujoncito para apartarme. Yo también me alegré al comprobar que se marchaba. Por otra parte, no quería que se fuese, tampoco, y en parte me enfadé con ella por irse. Las complicadas vueltas y giros de la relación madre e hija.

—Intenta seguir adelante, cariño —dijo, cuando se fue—. Intenta no regodearte.

Dejamos los platos en el fregadero.

—Ya vendrá alguien a limpiar mañana —manifestó Layla. Tenía la cara exhausta y pálida, igual que yo. Mac estaba junto a la ventana, mirando hacia fuera. Su teléfono vibraba en la encimera, pero solo una vez, no le hizo caso.

—Ya lo haré yo —dije, con desgana, tumbada hacia arriba en el sofá. Las pastillas que me daba Layla, que ni siquiera sabía lo que eran, me tenían entumecida hasta la médula, vacía de sentimientos.

—No, no lo harás —respondió. Creo que ella también se había tomado algo, y había estado bebiendo. Igual que yo. Yo disfrutaba de la nada, de la distancia de mi dolor—. Tú descansa. O haz lo que tengas que hacer. Nadie necesita lavar platos para sentirse mejor.

—No. —Estuve de acuerdo—. Nadie lo ha hecho nunca.

Mac parecía vacío, los hombros caídos, los ojos oscuros, llenos de cansancio.

—Vamos a hacer lo que sea necesario para ayudarte a superar esto —dijo, cogiéndome entre sus brazos—. Eso te lo prometo.

Gracias a Dios por ellos, pensé, distante. ¿Qué haría yo sin ellos? Los amigos son la familia que tú eliges.

—Ven con nosotros —me rogó Layla.

—Vale —mentí—. Mañana por la mañana, a primera hora.

Lo único que quería era oscuridad y silencio, notaba los nervios a flor de piel, me dolía el cuerpo. Solo quería silencio.

—Entonces yo dormiré en tu sofá —añadió ella—. Ni siquiera sabrás que estoy aquí.

Mac la apartó, con suavidad.

—Deja de entrometerte, Layla —la riñó—. Necesita un poco de espacio.

—No me estoy entrometiendo —contestó ella, con voz aguda, a la defensiva—. ¿Estoy haciendo eso, Poppy? Vale. Vale. Sí, es verdad. Lo siento.

Y entonces se fueron. El silencio se expandió. El apartamento se dilataba. Yo flotaba en una nube de medicación, yacía despierta en una neblina vacía y deliciosa. No hay mañana, pensaba, ni tampoco ayer. Únicamente este momento vacío, descarnado. En la mesilla de noche tenía un bote de pastillas que se había dejado Layla. ¿Ativan, me dijo? O bien Bennies. ¿Qué era, en realidad? Era como un centinela, dispuesto para correr a salvarme de las oleadas de dolor, pena, rabia, que batían de forma constante en el interior de mi cerebro.

¿Y si me las tomaba todas de golpe? Jack desapareció a través de una oscura puerta en el mundo. ¿No podía seguirlo, simplemente? El bote daba vueltas en mi mano, el vaso de agua estaba allí mismo. ¿Cuánto tiempo necesitaría? ¿Se me tragaría la oscuridad con rapidez?

Entonces fue cuando oí el pitido, algo ahogado, algo débil. Luego, se detuvo. El tiempo suficiente para poder pensar que quizá no lo hubiera oído en absoluto, o que era en otro piso, o en algún sitio del exterior, al otro lado del pasillo.

Empezó de nuevo. Continuó sin parar, hasta que por fin hizo que me pusiera de pie. Fui andando de habitación en habitación, hasta que llegué a quedarme de pie en el interior de nuestro vestidor. El pitido se detuvo, pero yo permanecí allí, esperando. Los estantes alcanzaban el techo, al más alto de ellos solo podía llegar Jack sin subirse a una escalera. Y allí era donde él guardaba todas sus cosas antiguas. Cuando empezó de nuevo el pitido, resultaba que venía de ahí.

Cogí una silla del comedor, la llevé con torpeza por el pasillo, dando golpes en las paredes. Después de hurgar entre pilas de jerséis, apartando cajas que llevaban sin abrir desde la

universidad, montones y montones de fotografías y trabajos universitarios, lo encontré, en lo más hondo del rincón más apartado. Mi bolsa rosa, una lucecita roja que relampagueaba a través de la fina tela. Pesaba mucho más de lo que esperaba, al bajarla al suelo y abrirla.

Un teléfono, pitando con una alarma que estaba a punto de extinguirse. La cajita de cerillas con el nombre de Elena garabateado. Fotos. Un montón de artículos. «Ay, Dios mío. Ay, no».

De vuelta a la fea y blanca luz de la bóveda del banco, dejo que todos los sentimientos de aquella noche me inunden. La traición desgarradora, el terror, se me viene encima una vez más, y las lágrimas llegan con un sollozo estrangulado. Ese dibujo en mi diario, donde la figura diminuta cae y cae en una espiral que se va ampliando, esa soy yo.

Recuerdo que pensé que tenía que alejarme de todo y de todos, en lo posible. Me vestí, cogí esa bolsa, se la llevé a Merlinda. ¿Por qué se la entregué a ella? No estoy segura de cuál fue mi lógica. Quizá fuera porque era una amiga y no estaba al tanto de los problemas de mi vida. Porque confiaba en ella, en su bondad, en su sabiduría. Quizá porque estaba ahí al lado, nada más salir al rellano, y nadie, si es que alguien investigaba, sospecharía que ella era mi confidente. Las escenas vuelven como diapositivas proyectadas de unos recuerdos neblinosos: Merlinda me abre la puerta en albornoz, preocupada, amable.

—Por favor, Poppy, quédate aquí conmigo. Llamemos a tus amigos.

—Nadie puede saber esto.

El vestíbulo, el ascensor, Richie el portero que me llama. Luego, salgo corriendo, tan lejos de mi vida y de mí misma como puedo.

«Todo —recuerdo haber pensado—. Ahora lo he perdido todo».

¿Qué es real y qué no es real? Es una pregunta que nunca imaginé que me haría a mí misma. Pasamos la mitad de nuestras vidas dormidos, nuestros cuerpos descansando y nuestras mentes viajando a otro espacio y a otro tiempo, un mundo retorcido, en el que se entretejen nuestras experiencias, nuestra imaginación, nuestros deseos y nuestros temores. Y quizás algo más, también.

Jung pensaba que los sueños son una puerta al inconsciente colectivo, a lo místico. Freud pensaba que eran un lienzo para el ello. Antes de que Jack muriera, antes de que las pastillas alterasen mi química cerebral, yo no tenía una vida onírica demasiado activa. La idea de que hubiese una posible confusión entre esos dos mundos no se me había ocurrido nunca.

La lente de la cámara es un ojo a toda prueba, observador. Y las fotos son momentos irrevocablemente capturados. Ese juego de luz y sombras, de visto y no visto, es el paso del tiempo frustrado por la imagen capturada. Ese momento, fuera lo que fuese, por muy breve que resultase, fue real, nos dice el fotógrafo. Es el prisionero de su fotograma, y no puede negarse a sí mismo. El ojo no es fiable, la memoria menos aún. La foto, en su aspecto más puro, es el testimonio fidedigno de lo que fue.

—No haga ninguna tontería, Poppy.

Fue la advertencia del detective Grayson cuando nos separamos delante del banco. La cabeza me da vueltas con lo que él me dijo, con el contenido de este paquete. Finalmente, todo tiene

sentido, y desearía con desesperación que no fuera así. Recuerdo el consejo del Jack fantasma: «Deja de hacer preguntas, Poppy. No te gustarán las respuestas».

—Váyase a algún lugar seguro —ha dicho después el detective Grayson—. Y quédese allí un tiempo. Esto ahora me corresponde a mí. Espere mi llamada.

—¿Me pide que sea de bajo riesgo durante un tiempo? —le pregunto.

—¿Sería capaz de hacerlo? —quiere saber, escéptico.

No regreso con Noah, ni con Layla, ni me voy a mi piso alto de Chelsea. Al contrario, camino por el antiguo barrio, paso por la cafetería donde Jack y yo solíamos sentarnos, tomar café y leer el periódico. Paso por la tienda de la esquina donde solíamos comprar flores... Orquídeas, no. Paso junto a la puerta del parque que cruzábamos a menudo en nuestra carrera matutina, y donde entró él solo la última mañana de su vida. Me siento allí en un banco y escucho el tráfico, los cantos de los pájaros, los gritos y las risas de los niños en la zona de juegos infantil.

El fantasma de Jack está por todas partes, y también el mío. La chica que era yo entonces, la mujer de Jack, Poppy Lang. Pero Jack se ha ido. Mac, Layla y yo echamos al aire sus cenizas desde el puente de Brooklyn, tal y como él deseaba. Y yo también me he ido. La mujer que camina por estas calles hoy no es la misma. Murió aquella mañana en el parque con él, ha muerto cien veces más desde entonces, en sueños, en mi imaginación. Yo soy alguien nuevo.

Tengo que llamar a Layla, no puedo ocultarle esto a ella, aunque sea el fin de todo para las dos.

Me responde al primer zumbido.

—¿Dónde estás? —me pregunta. Su voz vacila. No sé si ha estado llorando. ¿Lo sabrá todo ya? ¿La habrá llamado ya la policía?

—Cerca —respondo—. ¿Qué sucede?

—Los niños... He hecho que los fueran a buscar al colegio para que duerman con sus amigos. —Coge aliento, se estremece—. Lo dejo, Poppy. Lo que hay entre nosotros es mucho peor de lo que te había dicho. Mucho peor.

No sé cómo decirle que es mucho peor aún, por muy malo que le pueda parecer eso.

—Voy de camino —digo, no obstante.

—No, Poppy, no vengas. —Hay algo raro en su voz: miedo—. Creo que él viene hacia aquí. Está muy enfadado. No tengo ni idea de lo que puede hacer. Tengo que irme antes de que llegue.

—¿Qué estás diciendo, Layla?

Una imagen empieza a formarse, como una foto que surge de la solución química, en el cuarto oscuro, en un laboratorio.

—Es peligroso —susurra ella—. Hay muchas cosas que no te he contado nunca. Me daba vergüenza. Dios mío, soy igual que ella. Soy igual que mi madre. ¿Cómo he podido dejar que esto empeorase tanto?

Su voz es la de aquella adolescente asustada y furiosa en el asiento trasero del coche de mi padre. Y todo mi cuerpo vibra con la urgencia de rescatarla. ¿Cómo es posible que no me haya dado cuenta? ¿Cómo puedo haberme confundido tanto con Mac y quién es en realidad?

—Ve a mi casa. —Me levanto y empiezo a moverme—. Yo iré con el jeep y te recogeré.

—Bien —asiente ella—. De acuerdo.

Luego, cuelgo el teléfono y echo a correr.

Mi apartamento está vacío cuando llego. Espero y espero, pero ella no aparece. Recorro las habitaciones, llamándola una y otra vez. Desesperada, telefono a Mac. El sonido de su voz en el mensaje hace que se me revuelva el estómago, pero mantengo la voz firme y ligera.

—Por favor, llámame, Mac. Tenemos que hablar.

Finalmente, llamo a Carmelo, pero solo consigo dar con su buzón de voz. Resisto la urgencia de arrojar el teléfono por los aires, llena de ira y frustración. ¿Dónde está todo el mundo?

—Carmelo —digo, intentando que mi voz suene calmada—. Busco a Layla y Mac. ¿Sabe dónde están? Es... una emergencia.

En el teléfono de Grayson sale directamente el buzón de voz, también.

—Creo que Layla tiene problemas —le informo—. Creo que él la retiene. Es peligroso. Por favor, haga algo.

El pánico brota, las paredes parecen cerrarse. Maldita sea, estoy indefensa. No puedo quedarme aquí sin hacer nada, esperando a Grayson. ¿Debería llamar al 911?

Casi llamo a Noah, pero luego me lo pienso mejor. No puedo pedirle más. No puedo meterlo más todavía en este lío.

Entonces me acuerdo del truco favorito de Layla, de cómo me encuentra a mí y a sus hijos por toda la ciudad: Find My Friends. Rápidamente abro la aplicación y ahí está, un puntito azul que vibra. Se encuentra en la Henry Hudson, en dirección al norte. El alivio me deja floja, ese punto azul parece una prueba de vida.

Pero ¿adónde van?

Y entonces, ante mis propios ojos, el punto deja de parpadear, parece congelarse.

Renuevo la pantalla y aparece un mensaje, frío y definitivo: Layla van Santen no está localizable.

Aunque vuelva a renovar la pantalla una y otra vez, me dice lo mismo todo el rato. Recuerdo a Layla describiendo su desesperación cuando no podía encontrarme. «Es como si mi cuerda de salvamento contigo se hubiese cortado».

Piensa, piensa.

¿Adónde irán hacia el norte?

A la cabaña de pesca de Mac. El sitio donde va para desconectar, sin internet, sin teléfono. Jack estuvo allí hace tiempo con él. Es de Mac desde hace siglos, incluso de antes de ser rico. Es una cabaña diminuta, situada en medio de hectáreas de bosques, solo una habitación con un sofá que se convierte en cama, una cocina abierta, un altillo para que duerman los niños.

«Me recuerda lo poco que necesitas en realidad, solo amor, a tu familia, tus amigos, un lugar donde estar caliente, buena comida. ¿Qué más te queda en realidad, al final?».

«Sí —repliqué yo—. Porque solo a los ricos hay que recordarles lo poco que necesitan en realidad».

—Ya voy —digo en voz alta—. Ya voy.

Solo hay un problema. No estoy totalmente segura de la ubicación exacta de la cabaña, no tengo ninguna dirección que introducir en mi GPS. No era el lugar favorito de Layla, y hacía años que yo no pasaba por allí.

Pero, aun así, corro al garaje donde he dejado el jeep y confío en tomar la dirección adecuada, esperando encontrar el camino. Salgo del aparcamiento a toda velocidad, pero me quedo atrapada en un atasco de tráfico que se dirige hacia la autopista. Serpenteo por calles laterales,

desesperada, y finalmente consigo llegar a la Henry Hudson, dirección norte.

Cuando suena mi teléfono, es Carmelo.

—Señorita Poppy —dice, parece preocupado—. ¿Ocurre algo?

—Carmelo, ¿dónde están? ¿Mac y Layla?

Hay una pausa.

—No lo sé —responde—. El señor Van Santen me ha dado el día libre. Él... eh... estaba muy extraño. Lo he llevado al garaje donde guarda su otro coche. Y me ha dicho que no me necesitaría durante un par de días, probablemente. Que era algo fuera de lo normal, ¿sabe?

—¿Dónde está la cabaña? —le pregunto—. La vieja cabaña de pesca.

Hay una pausa y pienso que se ha cortado. Luego, dice:

—No creo que deba decirle a nadie dónde está el señor Van Santen, señorita Poppy. Lo siento. Parte de mi trabajo es la discreción.

—No estoy buscando al señor Van Santen —exclamo—. Busco a Layla. Tiene problemas, Carmelo, y necesito que me ayude.

Él carraspea.

—¿Qué tipo de problemas?

—¡Por favor! —Estoy tan desesperada que le suplico—. Dígame dónde está la cabaña.

Me baso en la sensación de amistad que hay entre nosotros, esperando no ser solo yo, no ser solo la amiga de sus jefes, a quien tolera educadamente.

El velocímetro marca más de ciento diez, y yo voy cambiando de carril, con el teléfono en manos libres, sin bluetooth. Apenas le oigo por encima del sonido del viento que ruge a través del jeep, mal aislado.

—No se lo preguntaría si no fuera importante. Por favor.

—De acuerdo —claudica él, suspirando de mala gana—. Le envió un mensaje con la dirección.

Entonces cuelga. Un momento más tarde, mi teléfono suena y recibo la dirección. La marco y consigo los mapas y las indicaciones.

La aislada cabaña, enterrada en lo más profundo del bosque, está a más de una hora de distancia. «Ya voy», le digo silenciosamente a mi amiga y piso el acelerador.

Mac tenía razón.

¿Nos conocemos realmente los unos a los otros? De niños, nos desnudamos y corremos por ahí sin ropa, y decimos lo primero que nos viene a la mente. No guardamos secretos. No podemos ocultar algo sin reírnos. Pero a medida que nos hacemos mayores, algo cambia. Hay un momento en el que nos escondemos detrás de un velo, creamos una fachada para el mundo y vivimos otra vida interior. El mundo moderno nos deja construir unos avatares de nosotros mismos, hacer pública una versión retocada de nuestras vidas, para que todos la contemplen. Eso se supone que nos mantiene conectados. Pero quizá, solo quizá, nos mantenga separados, mantenga el mundo apartado a la longitud del brazo, y solo permita que las personas vean lo que quieren ver.

Jack. Layla. Mac. Alvaro. Todos ellos tenían un yo secreto. Algunos de esos secretos mataron a mi marido. El Siete de Espadas; todo el tiempo tuve en la mano la carta del engaño. Y no tenía ni idea.

La cabaña es pequeña, está rodeada de árboles. La noche está oscura, no hay luna, el aire es muy frío. Freno el jeep con un chirrido y apago las luces. No tengo plan alguno, todo mi cuerpo tiembla de terror. Simplemente, salgo del coche y corro hacia la puerta delantera. Imprudente. Irreflexiva. Actuando por puro miedo por Layla. Y algo más... Esa rabia oscura que viene después de la traición.

Pero la puerta está bien cerrada, y dentro de la cabaña todo está oscuro. Es más grande de lo que yo recordaba, mucho más grande, como si la hubieran ampliado. Layla nunca mencionó una renovación, pero la verdad es que este sitio siempre fue de Mac.

Atisbo por la ventana y solo veo las sombras de muebles tapados. Luego, doy la vuelta hacia atrás.

El cielo es de un negro total, sin luna, las estrellas oscurecidas por las nubes y los árboles que me rodean. Está todo tan silencioso que mis pisadas suenan con fuerza en el suelo blando, y las hojas secas crujen. Llego a una puerta trasera con cristales que parece conducir a una cocina. Está muy bien cerrada también. Me quedo allí de pie escuchando, pero solo se oye el susurro de las cosas silenciosas a mi alrededor.

Toda mi ira se desborda y empiezo a golpear la puerta.

—¡Layla! —grito, y mi voz resuena en el silencio—. ¡Layla!

Me doy cuenta de que no he visto el coche de Mac, ni ningún otro vehículo, al llegar. Se me cae el alma a los pies. Ay, Dios mío. He venido hasta aquí, tan lejos, y ellos no están. A lo mejor me he alejado «horas» del sitio donde tengo que estar para ayudarla.

Busco en mi bolsillo el teléfono para intentar localizar de nuevo a Grayson, y me doy cuenta de que me lo he dejado en el coche.

Entonces oigo algo más, algo amortiguado, lejano. Una voz. Un grito. Todos los nervios de mi cuerpo están a flor de piel.

Entonces hago algo loco. Muy loco. Cojo una piedra grande del suelo, voy a la puerta de atrás

y rompo los cristales con ella. Busco por el agujero que he hecho, mi chaqueta protegiéndome de los bordes cortantes, y abro la puerta. Luego, entro y el cristal cruje bajo mis pies.

Pero solo hay silencio, y empiezo a notar el peso y la locura de mis actos.

—¡Layla! —grito.

Entonces él aparece en la entrada que conduce al resto de la casa, y su sombra oscura bloquea mi camino. Durante un segundo el corazón me da un vuelco. ¿El hombre de la capucha? Pero no, es Mac. Al acercarme su rostro se ve mejor, con un ceño profundo oscureciendo sus rasgos.

—¿Qué estás haciendo aquí, Poppy? —me pregunta. Sus ojos miran hacia la puerta—. ¿Has roto tú el puto cristal? ¿Estás loca o qué?

—¿Dónde está Layla? —Mis ojos dirigen su mirada a una hilera brillante de cuchillos de cocina Wüsthof; entre nosotros está el largo mostrador de mármol.

—Es mi mujer, no la tuya —replica, con un tono oscuro.

—¿Dónde está? —Repito en un tono más fuerte—. ¡Layla!

El silencio que sigue se expande y me llena de terror.

—No tienes por qué saber dónde está cada puto segundo, ¿no? ¿Qué os pasa a vosotras dos? No es normal, lo entiendes, ¿verdad? Vuestra amistad.

Yo lo miro, distingo la oscura expresión de su rostro, la frialdad de su tono. Parece un hombre distinto, no mi amigo, una persona a la que he querido y en la que he confiado tantos años. Es un desconocido.

—Sé lo que hiciste —afirmo—. Sé lo de Elena. Sé lo de Jack.

Las palabras me queman la garganta.

—No tendrías que haber venido aquí.

La carga eléctrica de las posibilidades más nefastas espesa el aire entre nosotros. Me quedo helada, no estoy segura de lo que debo hacer. Entonces él se ríe. Es un sonido extraño, desagradable.

—¿Sabes? Eres igual que él. —Mueve la cabeza con gestos negativos—. Incansable. Vosotros dos... erais tal para cual.

Las palabras me golpean como si me hubiera dado una bofetada. Pero me acerco más a él. Él se mantiene firme, guardián de la puerta.

—¿Cómo has podido hacernos esto a nosotros, a él? —me pregunto brevemente si esto es lo que el detective Grayson quería decir con «No hacer nada estúpido». La ira atraviesa el rostro de Mac, las aletas de su nariz se dilatan, su boca forma una mueca.

—No tienes ni idea de lo que estás diciendo. —Su voz es un gruñido—. Eres un desastre, Poppy. Siempre lo has sido. Estás mal de la cabeza, todo el mundo lo sabe.

Su voz es fría, sus palabras muy crueles.

Hay un leve parpadeo de incertidumbre, y luego suelta otra risa desdeñosa.

—Otro sueño. Otro hombre encapuchado entre las sombras. Ni siquiera sabes ya lo que es real, ¿verdad?

Layla fue siempre la más fuerte, la que plantaba cara a los matones, la que solía dar el primer golpe, si era necesario. Pero el desdén en la voz de él, lo que sé de él ahora, el hecho de que no oiga a Layla, todo eso hace que algo caliente y rojo se apodere de mí. Toda la rabia que he estado almacenando desde que perdí a Jack se libera de pronto, y es volcánica.

Corro hacia él con una especie de grito guerrero que sale disparado de algún sitio dentro de

mí. Lo golpeo como si fuera una pared. Su carne es tan rígida como si fuera de ladrillo. Yo retrocedo, asombrada. Me agarra fuerte por los hombros, me sacude como si fuera una muñeca.

—No tendrías que haber venido aquí —dice otra vez, con los dientes apretados—. ¿Por qué has venido?

Es muy rápido, muy fuerte. El golpe es un revés a la mandíbula, que me deja conmocionada y desorientada. Me derriba allí mismo donde estoy, con la boca llena de sangre que me salpica la barbilla y cae al suelo. Una fuerte patada en las costillas hace que me doble por la mitad con un dolor candente, que se expande y me deja sin aliento. Yo levanto la vista hacia él, hacia ese hombre, mi amigo, con el rostro desfigurado por la rabia. No lo conozco.

—Mac —imploro sin aliento. El dolor no es solo del cuerpo. También tengo el corazón roto... una vez más—. Por favor...

Él se inclina hacia delante, su rostro es una máscara... o quizá la máscara haya desaparecido. Levanta el puño una vez más y entonces todo desaparece.

La tierra que tengo debajo está fría y es dura. Confusa y desorientada, vuelvo en mí.

No siento otra cosa que dolor: en la espalda, en el hombro, en la mandíbula. La sangre y la saliva se mezclan y tengo un sabor metálico en la boca. Un suelo de madera dura, unas literas. Lo reconozco de inmediato. Estoy en el altillo dormitorio. Layla está muy quieta a unos palmos de distancia, con la cara hinchada y amoratada, el brazo fracturado. Intento moverme, pero el dolor es como un rayo que atraviesa todo mi cuerpo, y tengo las manos atadas por detrás. Pero ¿qué mierda...? ¿Es otro sueño, otra pesadilla hipnagógica? No. Esto es brutalmente, horriblemente real.

—Layla... —susurro—. Layla despierta.

Ella se mueve al oír el sonido de mi voz, emite un débil gemido. El alivio es como un río, una inyección de adrenalina. Está viva, las dos estamos vivas. Todavía hay esperanza, ¿no?

¿Y mi teléfono? ¿Dónde está? En el puto coche... Qué idiota. ¿A quién se le ocurre? Venir aquí precipitadamente, sin móvil, sin plan para enfrentarse a un monstruo, sin hacerle saber a nadie adónde iba. Esa correa electrónica que tanto desdeñaba Jack, ahora nos ayudaría muchísimo...

La única persona que sabe que he venido aquí es Carmelo. ¿Cuánto sabrá él? ¿De parte de quién estará? No se lo he dicho al detective Grayson porque creía que intentaría detenerme, ni a Noah porque... No sé por qué, quizá porque esta no es su guerra. Y ya le he pedido demasiadas cosas.

O quizá la verdad sea que esté invitando a las sombras, con mi conducta de alto riesgo. Tal vez, hasta cierto punto, esté intentando llevar a mi vida ese tipo de situaciones violentas. ¿No es esto lo que quería desde el principio, por qué si no continuaba persiguiendo al hombre de la capucha? Yo quería enfrentarme a él. Un cara a cara. Bueno, pues ya lo he tenido y he perdido.

Voces. Voces masculinas, bajas y profundas, algo de jaleo en el piso de abajo. O quizá no. Ahora solo hay silencio, el viento fuera, el roce de una rama en la pequeña ventana octogonal.

—Poppy...

Layla, con la voz débil y áspera, los ojos tan hinchados que casi los tiene cerrados, y clavados en mí. Tiene los párpados de un color morado inquietante, una brecha en la frente que le llega hasta la ceja. Quiero correr hacia ella, limpiarlo todo, abrazarla, decirle que todo va genial. Pero

no puedo, porque las dos estamos atadas. Y la verdad es que no nos encontramos bien, en absoluto.

—No serás tú el equipo de rescate, ¿no?

—Pues, creo que sí... —digo yo.

—¿En serio? —Ella intenta moverse, pero emite un gemido de dolor—. ¿No has llamado a nadie? ¿Ni siquiera marcaste el 911?

No hay explicación adecuada para mi estupidez y mi irresponsabilidad o falta de previsión, así que me quedo callada, intentando soltarme las ataduras de las muñecas, a pesar del dolor. ¿Qué será? ¿Cinta adhesiva?

—¿Qué ha sucedido? —le pregunto—. ¿Qué está pasando? ¿Esto te lo ha hecho él?

Ella hace un ruido que está entre una risa y un sollozo.

—Esto es lo que ocurre cuando intentas dejar a Mac. Siempre me ha dicho que me mataría si intentaba dejarlo. Y yo no lo creía.

No puedo creer que la haya maltratado así. Pero recuerdo su cara cuando estaba encima de mí, su feo gesto de rabia, el rostro de alguien desquiciado, separado de las consecuencias. ¿Había visto algo semejante en él antes? En todos aquellos años... cuando cenábamos juntos, bebíamos juntos, cuando nos ayudó en el negocio a Jack y a mí, cuando nacieron sus hijos, cuando viajábamos todos juntos. No, me avergüenza decirlo, pero no. Nunca. Quizá solo en que nunca se le podía fotografiar bien en realidad, siempre parecía enorme y extraño, sus rasgos quedaban mal definidos, una sombra por encima de Layla.

—¿Por qué no me dijiste que te estaba haciendo daño? —susurro—. ¿Cómo pudiste ocultarme algo así?

—¿En serio quieres discutir eso ahora? —Incluso machacada y atada, tirada en el suelo, se las arregla para mostrarse dura.

—Layla... yo podría haberte ayudado.

Ella gime, empieza a moverse hacia mí.

—Es todo muy retorcido... la violencia, los niños, la vergüenza. Muy complicado, joder.

—Ya lo sé —corroboro—. Pero podría haber estado ahí, contigo.

—Bueno, empieza con cosas pequeñas. De repente, sin más. De hecho, la primera vez que me puso las manos encima fue en esta cabaña. Ni siquiera recuerdo por qué nos peleábamos... por alguna tontería, que yo me había olvidado algo en la tienda. La cosa fue a más, se fue calentando. Fue antes de que tuviéramos a los niños. Me empujó contra el frigorífico y me di un golpe en la cabeza. Él lloró y lloró... Lo sentía muchísimo. Pasaron años antes de que ocurriera otra vez.

Deja escapar el aliento. Tiene moratones en los brazos desnudos, igual que los que tenía cuando era niña. Los ocultaba con las mangas.

—Yo estaba muy enfadada con mi madre, por su debilidad. Ahora lo entiendo, ahora veo que empieza con cosas pequeñas, que cada vez que sucede te vuelves más y más débil. Que a veces yo lo provoqué para que lo haga, porque se acaba convirtiendo en la única forma de comunicarnos... y es algo enfermizo. Pero yo antes le pegaba, solo para volverlo loco y que pareciera humano. Nos tirábamos cosas el uno al otro, rompíamos cosas. Después, nos reconciliábamos apasionadamente, con lágrimas. Es una droga. Luego, vienen los niños, y se convierte en un secreto que les ocultas. Disculpas, promesas, siempre sigues esperando que las cosas vuelvan a ser como antes.

Me mira entre sus párpados hinchados.

—Qué tópico, ¿verdad? Y aquí estás tú, salvándome de otro maltratador.

Lucho para contener las lágrimas. Tengo muchas más cosas que contarle a Layla de su marido... muchas más, pero no creo que este sea el momento adecuado. Aunque es posible que no haya otro.

—Layla... —empiezo.

—Chisst —dice ella, entre sus labios rotos, mirando detrás de mí—. Hay un armario con armas en el cobertizo. Ahí es donde tiene los rifles de caza. También hay una escopeta. La munición está en el estante de encima.

—Layla... —Sigo luchando con mis ataduras. Se han soltado un poco, pero no lo suficiente para sacar una mano—. Vuélvete para que estemos espalda con espalda.

Ella está tumbada, quieta, exhausta.

—No puedo —dice, y su voz suena amodorrada. Se está desmayando. Esa herida en la cabeza no tiene buena pinta. Demasiada sangre. En su rostro, en el cuello, en el suelo. Demasiada.

—¡Layla! —mi voz suena apremiante, aun entre susurros—, quédate conmigo. Te necesito.

Parpadea. Bajo la sangre y los hematomas tiene la piel de un blanco inquietante.

—Vale. Vale.

Yo me acerco a ella y con mucho esfuerzo las dos nos damos la vuelta.

—Yo te desataré a ti —dice—. Tú estás mucho más fuerte, ahora mismo. Si consigues soltarte, corre. Ya conoces el código del armario. Es el de siempre.

El cumpleaños de Izzy.

—¿Sabes lo que se siente cuando odias a alguien de verdad? —me pregunta—. Quieres que se muera.

Yo cojo aliento y lo suelto, recuerdo en un instante las anotaciones en mi diario de sueños, esa ira terrible que salió a la superficie cuando me enfrenté a Mac.

—Ahora sí lo sé.

Nos quedamos calladas al oír el ruido de pasos que se acercan. La escala que conduce al altillo empieza a crujir. Nos quedamos inmóviles, mis ataduras todavía están apretadas, las dos destrozadas, débiles. No podemos enfrentarnos con lo que sea que venga ahora, y ambas lo sabemos.

—Si notas que te desmayas —susurro yo—, piensa en Izzy y en Slade. No los vamos a dejar. Con él, no.

Oigo que respira con un sollozo agudo. Luego, aparece la oscura silueta de una cabeza y unos hombros.

—Chicas —pronuncia Tom, con la cara llena de compasión, la voz amable y razonable—, hablemos.

—Creo que podemos estar todos de acuerdo en que las cosas se han salido de madre aquí —determina Tom, con soltura.

Nos ha ayudado a las dos a bajar por la escalera, y ahora Layla y yo estamos sentadas en el sofá, una junto a la otra, Layla tan ausente que se apoya pesadamente en mí. El corte que tiene en la cabeza todavía le sangra. El dolor que noto en el costado es espantoso, me resulta difícil concentrarme.

Vamos a morir aquí.

Mac está de pie en un rincón de la habitación, con los brazos cruzados, mirando torvamente a Layla.

—Lo siento —dice—. Lo siento mucho.

«Lo siento»: la frase favorita del maltratador. ¿Cuántas veces se lo oyó decir Layla a su padre?

Pienso en el día de su boda. De todos los hombres guapos y elegantes con los que había salido en su vida, ¿por qué Mac?, me preguntaba yo. Sí, era muy mono, claro, pero también un friki recalcitrante. Ella había salido con fotógrafos y modelos, guías aventureros, todos ellos guapísimos y encantadores, completamente locos por Layla. Mac, según parecía, era un banquero. Un genio de los números. Estaba siempre sentado detrás de un escritorio. Le pregunté: «¿Qué has visto en él, Layla? ¿Por qué Mac?». Y me contestó: «Porque es pálido y hermoso como una novia fantasma. Porque me cuidará bien. Porque nunca me hará daño».

¿Cómo pudo equivocarse tanto? ¿Acaso lo sabía, en cierta medida? Cuando has sufrido abusos, ¿los confundes para siempre con el amor? ¿Invitamos nosotros a la oscuridad, como sugirió una vez el detective poeta?

Mac empieza a sollozar bajito, se apoya en la pared y va cayendo hasta el suelo. El odio sabe a bilis en mi garganta. Ojalá tuviera la fuerza suficiente para matarlo con mis propias manos. El poder que me da esa rabia bate en mi interior y me mantiene consciente.

—¿Quién mató a Elena Montoya, entonces? —le pregunto a Tom. No tiene sentido andarse con rodeos—. ¿Fue el propio Mac? ¿O contrataron a Joe Knight?

Mac levanta la vista hacia mí y Tom se queda muy muy quieto.

Estaba todo allí, en la libreta de notas de Jack, esas notas que empezó a conservar después de que mataran a Elena. Junto con lo que me dijo el detective Grayson, la fea imagen conjunta está empezando a cobrar forma. La mejor opción sería el silencio ahora mismo, pero no puedo evitar que me salgan las palabras.

—La conociste a través de Alvaro y Jack, ¿verdad, Mac? ¿La invitó Alvaro aquella noche al Morpheus? ¿O fue Jack? Tenía talento para conectar con la gente. Elena era una antigua amiga y colega suya, compañera de la universidad. ¿Así fue como conociste a Elena?

Él no dice nada. Todo está tan silencioso que puedo oír hasta mi propia respiración. Fuera, a través de la ventana, solo hay oscuridad. Esta cabaña está a muchos kilómetros de distancia de cualquier otro edificio, situada en un lago privado. Hay un muelle destartado, un cobertizo donde tienen un pequeño bote. La cobertura para el móvil es irregular, en el mejor de los casos, y por eso a Mac le gustaba tanto. Era su lugar para desconectar.

—Bueno, ¿qué pasó? —Mis palabras suenan demasiado fuertes, demasiado estridentes—. ¿Fue cosa de una sola noche? ¿O tuvisteis una aventura?

—Para —susurra Layla—. No sigas.

Yo la miro. ¿Lo sabía ya?

Pero ahora que sé la verdad, lo que es real, lo que me sacó de quicio, no pienso detenerme. Fue como un veneno, como una toxina que casi me mata. Y tengo que expulsarla.

—Jack pensaba que Elena quería más de lo que tú podías darle, Mac. Tú creías que era una historia de una noche nada más, pero Elena quería una vida a tu lado, amenazaba con contárselo a Layla. Como no pudo conseguirlo, empezó a chantajearte. «No hay furia tan infernal como la de

una mujer despechada», ¿verdad? Esas cosas pasan. Los ricos tienen un romance con una chica que no les conviene y la cosa se pone fea. Problemas de ricos. ¿Lo solucionaste tú mismo? ¿O llamaste a tu «solucionador»?

—Señorita —interviene Tom. Esa cicatriz, esa mirada fija, es todo inquietante—. Creo que tiene que ser muy cuidadosa con sus acusaciones. Estamos en un momento en que podemos arreglarlo todo. Será mejor no traspasar el punto de no retorno.

Debería escuchar a la razón, sabiendo lo que le ocurrió a Jack, a Elena Montoya, lo que ya le había ocurrido a Layla, a mí. Pero he ido demasiado lejos. Quizá Mac tenga razón, quizás esté loca. Demasiado loca para salvarnos.

—Vi las fotos que estaba usando para chantajearte —le digo—. Muy gráficas. ¿Te tendió una trampa ella? ¿Te llevó a su casa con ese fin, o simplemente es que le iba ese rollo, salirse con la suya? No creo que fueras consciente de que ella estaba haciendo esas fotos. No parece tu estilo, Mac. No tenía ni idea de que eras tan bestia y estabas tan... trastornado.

Ya no llora, ahora me mira con furia.

—Vas a hacer que nos mate —susurra Layla—. Cállate ya, Poppy.

Ella no lo entiende. Ya estamos muertas.

—Jack debió de entenderlo todo cuando la mataron —continúo—. Alguien hizo que pareciera un robo que salió mal. Pero él no se lo creyó. ¿Cómo consiguió todas esas fotos? ¿Se las mandó a él también? Parece que él andaba investigando, intentando averiguar lo que le había ocurrido a ella. Aquello lo tenía obsesionado.

—Yo no la maté —interviene Mac—. No fui yo. Intenté decírselo a Jack, hacérselo entender...

—Pero Jack no lo dejaba, ¿verdad?

—Mac... —La voz de Tom había adoptado un tono de oscura advertencia—. No digas una sola palabra.

Durante un momento, pienso que Mac lo va a negar todo.

—No —dice al final—. No podía. No pensaba dejarlo.

Layla coge aire y empieza a sollozar.

—Ella no era nada, no era nadie. —La voz de Mac suena fuerte, indignada. Ahora está de pie, empieza a dar paseos. Layla se encoge pegada a mí, asustada. Mi amiga valiente y dura se encoge ante él. Es una rabia sorda.

—No fue nada. Nada, Layla, una noche estúpida de borrachera, un estúpido error de borracho. Ella me tendió una trampa, tenía esas cámaras escondidas, esperando.

Agita los brazos, tiene la cara roja.

—Ya basta, Mac —le ordena Tom, con un suspiro—. Ahora cállate.

—No, Tom, no. Fue una trampa. Es posible que Jack estuviera en el ajo desde el principio. Y habría arruinado las vidas de todos nosotros, la mía, la de Layla, la de los niños... incluso la tuya, Poppy.

—¿Jack? ¿En el ajo? ¡Era tu amigo! —exclamo, incrédula—. Te quería...

—Entonces quizá fuese Alvaro —añade Mac—. Estaba de acuerdo con ella. Estoy seguro. Ella no trabajaba sola.

Algo en todo esto me llama la atención. La foto. ¿Por qué Alvaro me dio aquella foto fingiendo que no sabía quién era Elena? Él la conocía. ¿Esperaba que despertase mis recuerdos? Y sus palabras a Sarah: «Ojalá Jack hubiera sido menos bueno».

¿Era capaz Alvaro de algo como aquello? ¿Tender una trampa a Mac para chantajearlo? ¿Se imaginaba que Mac pagaría lo que fuera para ocultarle su aventura a Layla, sin imaginarse el oscuro giro que darían los acontecimientos?

—Cuéntamelo todo, Mac —suplico—. A ver si entiendo lo que ocurrió. La verdad. Dios, por el bien de todos nosotros.

—Te aconsejo que no digas nada. —Tom de nuevo, con la cara un poco roja.

Mac no le hace caso.

—¿Qué importa ya ahora? —dice.

—Mac —exclama Tom—, sí que importa.

—Siempre me habían caído bien esos dos, ya sabes... Jack y Alvaro —empieza Mac.

Se frota la cabeza calva. El Mac que me recibió en la puerta ha desaparecido. Ahora es más el hombre que yo pensaba que conocía. Pero así es como te engañan los maltratadores, tiernos en un momento dado, un monstruo al siguiente. La impredecibilidad es su mejor baza.

—Cuando Alvaro estaba en la ciudad y salíamos juntos, era muy chulo. Yo me sentía parte de los chicos. Alvaro era un poco gilipollas, sí, pero... divertido. Las chicas lo adoraban. Nos íbamos de fiesta. Nunca tuve amigos como ellos. Para mí todo fue la facultad, trabajar, trabajar, trabajar, luego la familia.

Comienza a pasear por la habitación otra vez. Tom está muy quieto junto a la puerta, con los puños apretados.

—Alvaro me presentó a Elena. Bailamos. Estaba tan buena, madre mía. No era guapa como Layla... pero sí llena de vida, muy dispuesta. Con Layla llevábamos mucho tiempo mal. Ni siquiera recuerdo la última vez que... ya sabes. Lo único que hacíamos era pelearnos, ¿verdad, Layla?

—Dios, te odio —gime ella. Yo la miro, y la expresión que veo en su rostro demacrado es de pura repugnancia. Se sienta más erguida, parece que el odio hacia él le da energía. Noto que también está forcejeando con sus ataduras. ¿Quién es esta gente?

—¿Ves lo que quiero decir? —me mira con las manos levantadas, como una caricatura de un hombre inocente, con ojos suplicantes—. Sabes que puede ser muy mala, Poppy. Tú lo sabes.

—Mac, por favor —insiste Tom, como un padre desesperado ante un hijo difícil.

—Dejé a Jack y a Alvaro, y me fui a casa de ella aquella noche... De Elena. —Se detiene, respira hondo—. Y fue algo fuera de serie, una locura.

—Alto —ordena Tom. Pero Mac no lo escucha; está atrapado en su propio relato.

—Le dije que estaba casado. Que solo era para aquella noche. Ella parecía que estaba de acuerdo. Pero la vi un par de veces más. Bueno, es que era tan... tan fácil... Ligerero, divertido. Luego, intenté cortarlo. Tengo hijos, quiero a Layla, a pesar de todo... la quiero.

Junta las manos delante de su pecho como si estuviera rezando, cierra los ojos. Es asqueroso ver lo bien que representa el papel, el tío que ha cometido un error y que lo siente de veras.

Tom está de pie moviendo la cabeza, totalmente centrado en Mac. Poco a poco, con cuidado, voy aflojando mis ataduras. Layla está callada, pero todavía noto que se mueve. Mi mente está fija en el cobertizo de las armas. Si puedo soltarme, iré corriendo hacia allí. Soy rápida cuando hace falta.

—Primero envié el vídeo a mi teléfono —continúa él. La oscuridad se apodera de su voz ahora. La ira—. Estaba comiendo con mis hijos. Luego, me llegaron las fotos a mi despacho por

mensajero.

Distingo lo que empieza a aparecer en su cara. La dureza, la indignación.

—Y no paraba. Dinero. Eso era lo que quería. No me quería a mí. No quería una vida, una relación. Solo quería dinero, dinero y más dinero. Fue lo único que quiso, siempre. Yo no sabía qué hacer. Al principio pagué. Pero ella no se detuvo, empezaba a aparecer en todos los sitios. Creo que disfrutaba haciéndome bailar como una marioneta.

Está de pie ante mí, con la expresión oscura, pero todavía suplicante. Desea que yo lo entienda. Yo asiento con cuidado, dándole lo que quiere.

—Así que no pudiste soportarlo más. Llamaste a tu empresa de seguridad. Aquí tengo un problema que hay que resolver —digo, intentando que mi voz suene amable, comprensiva—. ¿Qué otra cosa podías hacer?

—Así es, Poppy —responde él—. ¿Qué otra cosa podía hacer?

Me he soltado. Mientras Mac hilvanaba su relato y Tom se fijaba en qué parte de la historia iba a contar Mac, yo conseguía librarme de la cinta adhesiva que tenía en las muñecas.

Pero dejo las manos a la espalda, por ahora, y permanezco inmóvil.

—Tom es quien arregla las cosas. Y si Jack se hubiera quedado al margen del asunto, todo habría ido la mar de bien. Habría... desaparecido. —Chasquea los dedos—. La policía se tragó totalmente lo del atraco.

Se hunde en la silla que tengo enfrente y nos contemplamos el uno al otro. Él parece despojado de toda ira de nuevo. El furioso arrebato de Tom ha desaparecido; su expresión es atterradoramente lúgubre. Layla no ha emitido un solo sonido ni ha hecho un solo movimiento. Ahora se apoya pesadamente contra mí. «Ay, por favor, Layla. Por favor, aguanta. No te desmayes ahora».

—Es que no lo entendía —dice Mac—. Ese era el problema de Jack.

Noto que algo se estremece en mi interior.

—¿Qué es lo que Jack no entendía, Mac?

—Que el mundo no es tan grande. —Hace un gesto amplio con el brazo—. Es pequeño. Es diminuto.

Yo muevo la cabeza: ¿qué me está contando?

—Jack era un defensor de causas perdidas. —Deja escapar una risa furiosa, agita un dedo ante mí—. Pensaba que lo que importaba era el aspecto general: justicia para esa mujer, lo que está bien y lo que está mal... Pensaba que era «eso» lo que importaba.

Un frío puño de miedo me aprieta el vientre.

—Jack... Tú sabes que yo lo quería mucho... pero era egoísta. Cuando tuviste el aborto, Poppy, cuando perdiste a su hijo, él no derramó ni una sola lágrima. ¿Sabes lo que me comentó? Que estaba aliviado...

Prácticamente escupe esa palabra, y me duele, se me clava dentro, porque sé que es cierto. La fuerza que da la rabia me empieza a abandonar, aplastada por la tristeza.

—Que no estaba seguro de estar preparado. Su niño murió, y sin embargo la cosa iba de él, de las ideas que tenía sobre lo que era ser padre y si estaría o no preparado para ello. ¿No es ser asquerosamente egoísta?

El aire abandona mis pulmones, me da vueltas la cabeza.

—Así que... si no se preocupaba por su propio hijo, ¿cómo se iba a preocupar por el mío?

¿Por qué preocuparse por Layla? ¿Por lo que les podía pasar a todos ellos si averiguaban lo de esa mujer? Yo tenía que solucionar ese problema, y él sencillamente no lo comprendía.

Se ha quedado extrañamente inexpresivo. El hombre que tengo ante mí es una vez más un completo desconocido. El Mac que estaba casado con mi mejor amiga, en quien pensaba como si fuera de la familia, que me apoyó tanto cuando murió Jack... ha desaparecido. Otro amigo perdido.

—Tienes razón, Poppy. Él no podía dejarlo. No comprendía que, para la mayoría de nosotros, no se trata de que haya «justicia en el mundo» o «capturar la belleza». La vida no es solo arte, viajes y grandes ideales. Lo que importa son nuestros hijos, la vida que construimos, si las personas que amamos están o no seguras. El mundo no es tan grande. Tú lo sabes perfectamente, Poppy, pero él no lo sabía.

La ironía es que acaba de pegar a su mujer, y no piensa para nada en su mejor amiga. El loco es él. Es él quien ha perdido el sentido de la realidad.

—Mac... —susurro.

—Él me obligó a llamar a Tom —declara Mac, abatido—. Él me obligó a actuar. Yo no tuve elección.

—Jack se convirtió en un problema. —Tom, frío y equilibrado—. Era una amenaza para la familia Van Santen. Yo tenía la capacidad de ocuparme de ese asunto como creyera conveniente. Todo podía haber ido de otra manera si Jack hubiese cooperado.

Mac mira a Tom, luego me mira a mí, con la cara muy seria.

—Yo no sabía cómo lo arreglaría, simplemente sabía que lo haría —se justifica Mac. De repente, se le ve pálido y débil—. Lo juro, Poppy. No sabía lo que estaba ocurriendo hasta que fue... demasiado tarde.

Recuerdo su dolor, cómo lloraba aquel día. Era real. Igual que su llanto después de darle una paliza a Layla era real también. Los remordimientos no cambian nada.

Mac hunde la cabeza en sus manos. Su cuerpo se encorva, y yo noto que esa energía salvaje sale de mi interior de nuevo, ese brote terrible de rabia y de dolor. Y me alegro mucho. Adrenalina. Es lo que tengo ahora mismo. Es como una especie de electricidad que recorre mi cuerpo.

Ahora, Layla y yo lo sabemos ya todo. Y eso significa que nos va a matar a las dos. El miedo me retuerce las tripas e intento dar un toque a Layla, pero ella está caída con todo su peso hacia mí, no se mueve. ¿Estará fingiendo que no se entera? ¿Habrá conseguido soltarse del todo? ¿O estará completamente desmayada?

«Layla, por favor, despierta».

¿Cómo arreglarán esto?, me pregunto. Cuando Layla y yo desaparezcamos... ¿cómo lo explicarán? No puede ser. Grayson sabrá lo que ha ocurrido. No conseguirán salirse con la suya. Pero para Layla y para mí será demasiado tarde. ¿Y qué será de Izzy y de Slade?

—La policía lo sabe todo, Mac. Yo se lo he contado todo al detective Grayson. Encontré la caja de seguridad, la bolsa con todas las pruebas que recogió Jack.

—¿Ah, sí, pues dónde están, entonces? —pregunta, con una sonrisa—. ¿Por qué estás tú aquí... sola?

—No lo estoy —miento—. Saben dónde me encuentro. Vienen de camino.

Tom se pone unos guantes.

—Lleva aquí dos horas. Su grupo de rescate llega tarde.

—No sabía cuánto te había contado Jack, Poppy —dice Mac—. Me sentí muy aliviado cuando vi que se te iba la cabeza. Tendrías que haberte quedado con ese papel. Habría sido todo mucho mejor para ti. No quería llegar a esta situación, ya lo sabes. Has sido tú la que has provocado todo esto.

Sale de muy dentro de mí, un grito de pura rabia, y me abalanzo sobre él a toda velocidad y con todo mi peso, y lo derribo con fuerza contra el suelo, volcando la silla. Su cabeza golpea la madera y deja escapar un gemido mientras yo me caigo encima de él. Me incorporo y le pego con fuerza en la cara, una y otra vez. La sangre sale disparada, me arden las manos con cada golpe.

Todo el dolor, toda la rabia, todo el sufrimiento, fluyen de mi interior como ocurrió en mi sueño. Los golpes van aterrizando uno tras otro. Mac yace de bruces debajo de mí, mi aliento irregular, mis nudillos heridos, los puños chillando de dolor.

Unas manos me cogen; noto un dolor intenso en el brazo. Me doy la vuelta y veo a Tom de pie detrás de mí con una aguja en la mano. El mundo empieza a agitarse y oscilar, la náusea se abre paso en mi interior, y todo se ennegrece por los bordes.

—¡No! —grito, agarrándome con todas mis fuerzas a la conciencia—. ¡No!

Caigo al suelo, sujetándome el brazo dolorido y luchando para permanecer en la habitación, que se va oscureciendo. Cuando miro hacia atrás, al sofá, Layla ha desaparecido.

Me sujetan las muñecas con fuerza, me arrastran por el suelo.

—Vamos fuera, al maletero. Quememos esta cabaña entera. Vaya lío que has organizado aquí, Mac.

—Lo siento —se lamenta él, como un adolescente que gime, arrepentido.

—Entonces, tenemos que encontrar a tu mujer —dice Tom, como si estuviera mencionando un punto de una lista.

—No puede haber ido muy lejos... No hay más que bosques en muchísimas hectáreas alrededor.

Los dos respiran con fuerza, y de repente dejan de arrastrarme. Yo intento luchar, pero no sé qué me habrán dado, que me siento débil, casi al borde de la parálisis, con las extremidades pesadas e inútiles. Así son las cosas. Le he fallado a Jack. A Layla. A mí misma. Y también, Dios mío, a Izzy y a Slade. Esa espiral de terror y desesperación que gira en mi interior me atrae hacia las profundidades.

—¿Qué pasa? —La voz de Mac, distante, diminuta. Me esfuerzo por oír, pero solo hay un silencio espantoso, interminable. Estoy tirada en el suelo del pasillo. Jack se apoya en la escalera del altillo, con aire sombrío, sangrando por la horrible brecha que tiene en la cabeza. «Te dije que lo olvidarás, Poppy».

—¿Qué? —pregunta Tom—. ¿Qué has oído?

—Escucha...

Lo oigo, suena como el zumbido de un mosquito, un gemido en la distancia. Luego, la puerta exterior se abre de par en par con estrépito. Layla. Está de pie, ensangrentada, destrozada, con una escopeta entre las manos.

—Déjala, Tom. Apártate de ella.

Tom obedece, levanta las manos.

—Sé razonable, Layla.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta Mac. Se ha quedado helado; levanta las manos mientras se aparta de mí, retrocediendo.

—Del cobertizo de las armas, idiota —responde ella.

—No lo hagas, Layla —suplica Tom—. Todavía podemos llegar a entendernos. Podemos arreglar esto.

—Que te den por el culo, Tom.

La habitación explota con un estruendo tan fuerte que me silban los oídos. Mac deja escapar un grito, salta hacia la pared. Luego, se impone un silencio extraño, que se va ampliando. Y hay algo más. Un gemido mucho más cercano.

Tom está de pie, muy quieto. Se lleva las manos al costado y la sangre brota entre sus dedos; me mira lleno de conmoción y dolor. Luego, cae desmadejado en el suelo, revelando un manchurrón negro y rojizo tras él, en la pared. Un río de sangre fluye de su boca. Layla vuelve el

arma hacia Mac.

—Layla... —susurro yo. Sé lo que va a hacer a continuación—. No...

—Toda su vida ella tuvo miedo —dice Layla—. Andaba de puntillas por la casa. Nunca sabíamos qué era lo que le podía cabrear. Podía ser cualquier cosa... Que alguien se hubiese acabado la mantequilla de cacahuete. Que no encontrase el mando a distancia. Que no le gustase lo que ella había preparado para la cena.

—Layla —pronuncia Mac, con un susurro—. Lo siento.

—Cállate —le ordena ella. Su voz es muy fría—. No digas otra puta palabra más.

Ella se mantiene firme en su postura, pero yo noto que tiembla, que sus manos vacilan.

El mundo y la habitación giran y se inclinan. El gemido se hace más intenso. Por favor...

—Yo la odiaba —cuenta Layla— porque era débil. No me interpretes mal. Lo odiaba también a él. Pero creo que a ella la odiaba un poco más, porque, ¿sabes? Ella lo perdonaba. Cada puta vez. Cada vez que él le regalaba flores, o lloraba, o estaba de buen humor, ella se abría a él como una rosa. Ella lo amaba. Yo lo veía claramente. Ella lo amaba a él más que a nosotros.

—Perdóname —susurra Mac—. Puedo hacer las cosas mejor. No siempre ha sido así...

Ella se acerca un poco más, con el cañón de la escopeta apuntando hacia él. El cuerpo de Tom está horriblemente desmadrado, como un muñeco caído.

—Cariño —digo, intentando sentarme—, no tienes por qué hacer esto.

—Una vez le pegó tan fuerte que ella perdió tres dientes —continúa, con la voz quebrada—. A la noche siguiente, los encontré bailando en la cocina, balanceándose con una canción lenta.

Ella se echa a reír, un sonido triste, sin alegría.

—Todos tenemos defectos, Layla —dice Mac—. Todos estamos rotos.

Ella niega con la cabeza. Se balancea de un lado a otro.

—No, no todos —puntualiza—. No como tú.

Ahora él está llorando con unos sollozos atronadores, desagradables.

—Baje el arma, Layla. —La voz nos sorprende a las dos. Ella da un respingo, sobresaltada, pero no se vuelve y sigue apuntando con el arma hacia su marido. Vislumbro que su rostro se endurece, su boca se convierte en una línea rígida. Conozco ese aspecto de rabia y determinación. No hay manera de pararla.

El detective Grayson entra en la habitación por detrás de ella, empuñando el arma.

—No querrá que pase esto...

—¿Cómo sabe lo que yo quiero? —pregunta, mirándolos a él y a Mac, y luego a mí.

—A lo mejor él no lo sabe —digo—, pero yo sí. Quieres estar a salvo. Quieres querer a tus hijos. Y puedes tener todo eso, Layla. Simplemente, baja el arma. Déjalo.

En un suspiro veo nuestra vida juntas, montar en bici, conducir la cafetera de coche que tenía, dormir cada una en casa de la otra, los bailes, nuestras bodas, las lágrimas enjugadas, las risas hasta dolerte el estómago. Su fuerza, sus debilidades, su dureza. Con alegrías y penas, risas y dolor, ella siempre ha estado ahí. Nuestra amistad ha sido lo más sólido de toda mi vida.

—Venga lo que venga ahora —digo—, nos enfrentaremos las dos unidas.

Lentamente ella baja el arma, cae de rodillas y se tumba en el suelo. Se dobla con un sollozo. Y yo lucho contra mi dolor y mi debilidad para acercarme a ella. Y mientras lo hago, por el rabillo del ojo veo que Mac se pone de pie y se dirige hacia ella. Su rugido de rabia resuena con intensidad, pero yo, con todas las fuerzas que me quedan, me abalanzo entre ellos y recibo de

llo su peso, me derriba y me doy con fuerza en la cabeza en el duro suelo de madera. No me quedan fuerzas ya, ni voluntad para luchar. Apenas puedo levantar el brazo para parar un poco el golpe que veo venir.

Entonces resuena un disparo ensordecedor y Mac parece quedarse congelado a mitad del golpe, con el brazo levantado, y una flor de sangre se abre en su camisa blanca. El momento se prolonga, extraño y siniestro. Su rostro se relaja y cae, golpeando el suelo a mi lado. Los gemidos de Layla me retumban en la cabeza, y la veo arrastrarse hacia mí.

El detective Grayson, mi enemigo, mi amigo, el poeta detective, viene a arrodillarse a mi lado. Y la suya es la última cara que veo antes de que el mundo se desvanezca en la nada.

Jack se remueve un poco a mi lado y yo me quedo quieta y tumbada, escuchando. Está oscuro y la luz de la calle, color ámbar, se filtra por las persianas, y la habitación es un campo de sombras familiar: las ropas de él, tiradas como siempre encima de la silla, la chimenea poco usada, oscura, una pila de documentos en el estrecho escritorio que hay junto a la ventana. Él está despierto, echado allí, preguntándose si yo también estaré despierta. Y lo estoy, aunque a duras penas. El medicamento para el resfriado que me he tomado me ha dejado amodorrada, con las extremidades pesadas, y no me muevo. La pelea que tuvimos anoche todavía hace que me duela la garganta. Lágrimas de rabia me arden en los ojos. Al cabo de un momento, él se levanta de la cama. Yo sigo sin moverme.

El agua corre en el cuarto de baño; se está salpicando agua fría en la cara, pasándose los dedos húmedos por el pelo largo y rubio, y luego lavándose los dientes. Lo veo como si estuviera detrás de él, tan familiares son sus movimientos, su rutina. Normalmente, yo estaría apretujada a su lado en nuestro cuarto de baño, que es diminuto, peleándome para coger sitio en el lavabo, y buscando el cepillo, una goma para el pelo. «Este baño —podría quejarme—. Este apartamento».

El agua deja de salir y todo queda en silencio excepto los ruidos de la calle. Yo no he movido ni un músculo. La puerta del baño se abre y en el suelo se proyecta un rectángulo de luz.

—¿Poppy? —Es solo un susurro. En su voz suena la disculpa, el ruego.

Pero yo me siento abotargada. Abotargada por el resfriado, por el medicamento que me he tomado para dejar de toser. Por la pelea que tuvimos anoche, por el miedo a que las cosas entre nosotros hayan ido demasiado lejos. ¿Cómo es posible que nos hayamos separado tanto? ¿Cuándo ha ocurrido esto? Y no es solo una cosa, no el motivo por el cual nos peleamos anoche, aunque es un abismo enorme entre nosotros. Podría darme la vuelta y mirarlo. Sigue ahí, no sé qué es lo que nos une todavía. Si yo lo busco, él seguirá viniendo a mí. Pero yo no me muevo.

Escucho mientras se pone la ropa de deporte, se ata los cordones de las zapatillas sentado en el arcón que hay a los pies de la cama. Hace una pausa en la puerta y le oigo soltar el aliento. No es demasiado tarde. Aún podría levantarme de un salto, ponerme la ropa, enfrentarme a la mañana con él, hacer nuestro recorrido habitual corriendo por Riverside Park, antes de que salga el sol. El cielo empezará a resplandecer en el horizonte mientras completamos el circuito de tres kilómetros, echando el aliento en forma de nubecillas. Él podría adelantarse y dejarme atrás un rato, pero yo lo alcanzaría en el paso subterráneo. Lo que me falta de velocidad lo tengo de resistencia. En el banco de la calle Noventa y seis, podríamos hacer los estiramientos. Entonces hablaríamos, probablemente nos reconciliaríamos, o llegaríamos a una paz que nos duraría unos cuantos días.

Cuántos errores, cuántas decisiones equivocadas. Suyas. Mías.

Lo dejo ir, oigo sus pisadas crujir en el suelo de madera, él abre la puerta, la cierra tras él. La campanita del ascensor, débil y distante. Aún. Aún podría levantarme e irme con él. Quizá lo atraparía junto al parque infantil, quizás él fuera más despacio, esperando que yo lo siguiera. Pero

no lo hago. Este resfriado, una especie de fatiga que se ha instalado en nuestra vida conjunta, una inercia paralizante, me dejan pegada a la cama. Me sumerjo en un sueño profundo que me rodea, tira de mí hacia él, abajo, abajo. Ya hablaremos cuando vuelva. Lo arreglaremos. Siempre lo arreglamos.

No. Algo hace que me levante. Me pongo la ropa de correr, busco las zapatillas junto a la puerta. No espero a nuestro antiguo ascensor, bajo las escaleras y llego al vestíbulo.

—Todavía puede alcanzarlo —me dice Richie al pasar—. Esta mañana no iba tan rápido.

—Sí, lo alcanzaré —le respondo yo, riendo.

El aire está frío, muy frío. Pero no pierdo el tiempo haciendo calentamientos. Echo a correr en seguida. Lo veo cruzando la calle.

—¡Jack —lo llamo. Pero él no me oye. Atraviesa la calle trotando, justo mientras cambia el semáforo, desaparece en el parque.

Espero a que finalice el flujo del tráfico. Cuando la calle se despeja, cruzo y lo voy siguiendo, moviéndome cada vez más rápido. Él parece ir siempre por delante de mí, corriendo sin esfuerzo, con la capucha subida para protegerse del frío, con los cordones muy cerrados. Probablemente lleva también los auriculares puestos. No puede oírme, no sabe que estoy justo detrás de él. Coge velocidad.

Yo acelero también, me muevo por el camino mucho más rápido de lo que solía hacer y noto un pinchazo agudo en el costado. Él dobla la esquina, y creo que lo voy a perder. Pero como era de esperar, él baja la velocidad por el paso subterráneo.

—¡Jack —lo vuelvo a llamar, alzando la voz, que resuena en el cemento.

Finalmente, me oye, se detiene y se da la vuelta.

Es una sombra nada más, de pie, un hombre encapuchado en el límite más oscuro de mi vida. Pero yo no disminuyo el paso y corro directamente hacia sus brazos. Él me abraza y me aprieta fuerte, me da un beso. Ese beso, nuestro beso, ese que siempre me derretía y hacía que todo lo que iba mal fuera bien otra vez.

—Lo siento mucho. —Echo la capucha hacia atrás y pongo las manos en su amado rostro—. Te quiero.

Voy nadando entre capas de sueño, y salgo a la superficie con una luz tenue. Respiro la vigilia como si fuese aire. Sueños y recuerdos se entrelazan y se mezclan en un confuso revoltijo. No me preocupo en intentar desligarlos: no importa. ¿Qué es real y qué no lo es? ¿Quién podría asegurarlo?

—¿Poppy?

Tengo la garganta seca y la cabeza pesada.

—Estoy lista —le digo a Jack—. Ya voy.

Hay un momento, un momento suspendido y bello en el que floto en ese espacio final del sueño con Jack, en el que lo alcanzo en el paso subterráneo, noto sus labios en los míos. Y todo vuelve a estar bien, vivimos para batallar con otro día más. Y quizás en otro universo, en algún lugar, en algún otro plano de la existencia, dejamos el parque y volvemos a la vida que vivíamos juntos. Está ahí. Casi puedo tocarlo.

—Probablemente no irá a ningún sitio durante un tiempo.

No es la voz de Jack.

Por el contrario, un detective Grayson bastante arrugado está sentado, huraño como una gárgola, en un rincón de lo que parece una habitación de hospital.

—¿Dónde estamos?

Entonces vuelve todo como una fea avalancha en tecnicolor: vaciar el apartamento, la visita de Grayson, la bolsa con todas las pruebas de Jack del asesinato de Elena, mi viaje al norte del estado, Mac, Tom.

—Layla... —murmuro, y me incorporo aguantando el dolor.

—Está bien. —Viene a mi lado y se queda de pie—. Se pondrá bien. Simplemente... acuéstese. Usted no pone las cosas fáciles, lo sabe, ¿verdad? ¿Se da cuenta de que todo esto ha sido una locura? Casi la matan.

—Mac... ¿está muerto? —pregunto.

Él calla un segundo y luego asiente con la cabeza, solemne. Yo espero oleadas de dolor o de pena, algún sentimiento. Pero solo noto un embotamiento total y profundo. El dolor vendrá, por supuesto que vendrá: ahora somos viejos amigos.

—Ellos mataron a Jack —le digo—. Ahora entiendo lo que pasó.

Él levanta las manos.

—Todavía no tenemos todas las piezas, pero parece que Van Santen y Elena Montoya pasaron una noche juntos y ella lo grabó todo para poder chantajearlo. Ella se puso agresiva al parecer y empezó a pedir cada vez más dinero, aparecía en todas partes para molestarlo, como en la boda, por ejemplo. Él dio permiso a su empresa de seguridad para que se ocuparan del problema. Y lo hicieron.

—Y Jack lo averiguó.

—Por lo que hay en la bolsa, parece que sospechaba que Mac tuvo algo que ver con la muerte de Elena, lo investigó y se enfrentó a él.

—¿De dónde sacó las fotos? —pregunto.

—Para eso no tengo respuesta —responde Grayson.

—Él nunca me dijo nada —comento—. Yo no lo sabía.

El asunto lo tenía despierto por las noches. Eso explica que estuviera tan distante, tan tenso, los meses finales.

—¿Por qué no me lo contó?

—Obviamente, quería protegerla —contesta Grayson.

—Ojalá se hubiera protegido a sí mismo...

Él aprieta los labios hasta que forman una sola línea adusta, me coge la mano.

—Sí, eso mismo pienso yo.

—¿Y por qué no fue a la policía, simplemente?

—Por los textos del teléfono desechable, parece que estaba intentando convencer a Mac de que se buscara un abogado y se entregara, y que denunciara a la empresa de Tom, Black Dog, Seguridad y Gestión de Crisis. Mac y su marido eran amigos, parece ser. Jack no quería ir a la policía sin más. Yo supongo que intentaba ponerles las cosas fáciles a usted, a Layla y a los niños.

Algo muy propio de Jack.

—Mac maltrataba a Layla. Había malos tratos en su matrimonio y yo nunca los vi.

—A veces solo vemos lo que la gente quiere que veamos, ya sabe.

Me recuerda las palabras de Mac. No puedo pensar en él... en lo que nos ha hecho a todos nosotros. La traición es tan profunda, es como un abismo en mi interior. Ojalá pudiera retroceder a aquella noche en que Jack miraba la foto de Elena en una pantalla y lo hubiera obligado a quemarlo todo allí, inmediatamente, a que fuera a la policía, que denunciara a Mac y nos salvara a todos. Pero no podemos volver atrás, por mucho que lo intentemos o lo deseemos. Lucho por contener unas lágrimas inútiles, pero salen de todos modos.

Grayson me coge la mano y no dice nada. No hay nada que decir.

—¿Qué me inyectó? —pregunto. Todavía me duele el brazo, y me noto espesa y lenta—. Me pinchó algo en el brazo.

—Algún sedante, supongo —responde—. Ahora debe descansar.

Entonces entra un médico y una enfermera. Preguntas, luz en los ojos. Sacan a Grayson de la habitación, él levanta la mano y desaparece. Yo me dejo llevar otra vez.

Cuando abro los ojos fuera está oscuro, lo veo por la ventana. Noah dormita en una silla a mi lado, con su mano en la mía. Lo miro hasta que abre los ojos y él también me mira. Se sobresalta un poco, sonrío, se incorpora. Yo entrelazo los dedos con los suyos y él me los aprieta.

Seis meses después

Por encima de nosotros, un halcón vuela en círculos amplios y solitarios. Cae en picado, se da la vuelta, con las alas inmóviles, flotando en el aire. Blanco plateado y negro a mi alrededor. Mi aliento. La nieve cruje bajo los pies, a medida que los tacos de mis raquetas de nieve se afianzan en el suelo.

En cuanto te despiertas, no puedes volver a dormirte.

Estamos a finales del invierno. Pronto la nieve habrá desaparecido. Ya puedo ver los brotes tiernos en las ramas negras. En algunos sitios hay hojas de hierba que crecen entre la nieve que queda.

—No se está mal aquí afuera —comenta Layla—. Me está empezando a gustar este silencio.

—¿Cuánto tiempo más? —se queja Izzy.

—Esto es una mierda —añade Slade, resoplando por el camino—. Es que no puedo ni respirar. ¿Nos vamos a casa ya?

—Será mejor que volvamos, sí —cede Layla, poniendo una mano consoladora en la cabeza de Slade.

Una vez dentro, los niños se derrumban en el sofá, y vuelven de inmediato a sus dispositivos, Izzy al teléfono, Slade al iPad. A pesar de todo lo que ha ocurrido, a pesar del hecho de que su mundo ha estallado en mil pedazos, parece que están bien. Menos ligeros y exuberantes, más propensos a venirse abajo y a las lágrimas. Izzy ha perdido peso, Slade ha ganado un poco, y tiene una constelación de acné en la barbilla. La pena y el sufrimiento se han asentado en sus ojos.

Pero les irá bien, ya nos aseguraremos nosotras de eso. Tienen a Layla y me tienen a mí. Se tienen el uno al otro. Los amigos son la familia que eliges tú, y la familia te apoya en los tiempos más oscuros.

Layla y yo preparamos chocolate para los niños.

—¿Os quedáis a pasar la noche? —les ofrezco.

—No —responde ella—. Deberíamos irnos a casa. Estoy intentando mantener sus rutinas.

Lo entiendo. Intenta encontrar una nueva normalidad después de la tragedia. Costará un gran esfuerzo, habrá que ir paso a paso. Los ha sacado del colegio y siguen unas clases online hasta que decida qué hacer, adónde ir, qué es lo siguiente.

No hablamos mucho de lo que pasó, de los años de abusos que sufrió con Mac, las peleas que se volvieron violentas, las aventuras, por qué ella me lo ocultó todo, o por qué yo no me di cuenta. No hablamos de aquella noche final en la cabaña cuando yo la salvé a ella, ella me salvó a mí y Grayson nos salvó a las dos. Nos hemos ido salvando la una a la otra toda la vida. Es lo que hacemos.

—No sé si lo has oído —dice—, pero la revista sale a la venta esta semana. El reportaje para el noticiario de televisión aparece el miércoles.

—Sí —afirmo—. Ya lo sé.

Ella va hasta su bolso, saca un sobre y lo deja encima de la encimera.

La historia de lo que nos ocurrió, el chantaje al adinerado director de un fondo de inversión, el asesinato de una joven, seguido por el asesinato del fotógrafo que intentó buscar justicia para ella, ha sido alimento diario de los titulares. Ahora es un artículo de sucesos en una importante revista.

Ya lo he visto online. Es un relato impactante, que no ahorra detalles, como mi crisis nerviosa, mi pérdida de memoria y mi carrera para salvar a Layla de su maltratador y el hombre responsable de la muerte de mi marido. En la página queda de fábula, una historia sensacional, con todos los elementos morbosos necesarios para ser consumida con entusiasmo.

En mi alma, en nuestras vidas, es una herida que quizás está empezando a curarse un poco. Layla y yo nos hemos negado a ser entrevistadas para el artículo, pero el reportero obtuvo su información, de todos modos.

Layla todavía cojea un poco, tiene una cicatriz debajo del ojo por la última paliza de Mac. No es menos hermosa por ello. Ha mejorado su kickboxing, ha contratado a un entrenador personal para que le enseñe defensa personal. Ella, Slade e Izzy van a terapia dos veces a la semana.

—El ciclo del maltrato acaba aquí —me dijo Layla—. Yo volví a encontrarme con él en mi vida adulta, pero Izzy y Slade no lo van a tener en sus vidas.

Mac, Tom Jager y Joe Knight están muertos. Yo intento no pensar en ninguno de ellos. Voy trabajando mis sentimientos de rabia, traición, tristeza inconsolable en terapia y meditación, e intento dejarlo ahí. No hay prueba que una a Alvaro con el chantaje que hacía Elena a Mac, el lugar donde empezó toda esta oscuridad a penetrar en nuestras vidas. Pero yo sigo pensando en nuestra última reunión. Él sabía algo... o a lo mejor lo sospechaba solo. No lo sé. No me devuelve las llamadas. Y ahora mismo no tengo energías para irlo persiguiendo.

De vez en cuando sueño con Mac, el mismo sueño en que le pego con los puños y disfruto cada momento de la paliza. Normalmente, me despierto llorando. No le cuento a Layla que a veces lo echo de menos, al hombre que pensaba que era. Era divertido y listo, y aguantaba muy bien la bebida.

Hubo un tiempo en que fue amigo mío, alguien que se reía y lloraba conmigo. Que fuera alguien distinto bajo la piel no mitiga la pérdida de lo que era para mí.

Después del chocolate, vamos todos andando hasta el coche de Layla. El aire se vuelve más caliente, tiene ese aroma fresco y limpio de los nuevos principios. Nos despedimos, nos abrazamos, intercambiamos besos. Todos estamos deshechos y cojeamos, pero estamos vivos y nos vamos a curar. Todo irá bien. Y esta vez no es mentira.

Cuando vuelve Noah de su estudio, he dejado la habitación a oscuras excepto el fuego. Hay un chile hirviendo a fuego lento en el fogón. Estoy absorta en mis pensamientos como me suele ocurrir aquí, lejos del estruendo de la ciudad, de todas las voces potentes en mi vida. Él no enciende la luz y viene a sentarse junto al hogar, calentándose las manos después de la fría caminata hasta la casa.

—Más nieve mañana —comenta—. La primavera todavía no está lista para su llegada.

Yo no respondo, simplemente señalo la revista que está encima de la mesa. Él la coge y la mira a la luz del fuego, y luego me la devuelve.

—Lo siento —dice, hojeando las páginas—. Siento lo que os pasó a él y a ti. Siento todo esto...

Arroja la revista a la mesa, indignado. Esta aterriza junto a la bola de nieve que yo tenía antes en mi escritorio, la que me regaló Jack con una casita pequeña y árboles invernales, y la nieve cayendo a su alrededor.

La elevo del sitio donde está y miro dentro. Estoy aquí, sin él.

Me levanto y Noah se reúne conmigo en el centro de la habitación. Sus brazos me rodean, sus labios encuentran los míos. Meto los dedos en su cabello, los paso por su espalda y le levanto la camisa, y dejo que caiga al suelo. El calor se abre paso entre los dos, rápido y luminoso.

Su boca en mi cuello, su aliento en mi oído, mientras él me quita la camisa a mí. La luz de la chimenea proyecta sombras en la pared. La oscuridad se asienta en los valles de su rostro, se encharca en los huecos de su cuerpo. Al cabo de unos momentos solo hay piel, solo hay deseo. Todos los actores oscuros que han intervenido en mi vida desaparecen de escena, y solo quedamos nosotros.

Él me coge y me lleva al sofá, donde me tiende, y me pasa las manos por los brazos, las piernas. Y luego solo somos un revoltijo de carne, envueltos el uno en el otro. El dolor se mezcla con el placer, la pena por el pasado suelta por fin mi corazón de entre sus garras y me deja espacio para algo más.

—No recuerdo quién era antes de ti —susurra Noah—. Soy alguien nuevo, contigo en mi vida.

Dejo que el momento se vaya dilatando, el fuego muere hasta convertirse en brasas, la habitación se va quedando fría. Fuera, el viento aúlla y las ramas rozan las ventanas. No hay otro tiempo que el ahora, ni nadie, excepto nosotros.

¿En qué punto nos encontrábamos Jack y yo? Aquella última noche juntos, la que he visitado y revisitado en mis sueños, ¿qué habría traído el día siguiente, si él no se hubiera levantado antes que yo y se hubiera ido a correr? ¿Y si yo no hubiera abortado? ¿Y si yo me hubiera quedado en la mesa y lo hubiera escuchado, en lugar de retirarme? Todas esas decisiones y acontecimientos, grandes y pequeños, son giros y evoluciones en el camino de nuestra vida. En cuanto elegimos uno, no hay forma de saber lo que habría ocurrido por otro.

A la luz del fuego, Noah apoya la cabeza en mi vientre desnudo, escuchando. Se me empieza a notar un poquito, solo un bulto pequeño. Noto su alegría, su anticipación. Ha comprado un montón de libros, quiere iniciarse en los cuidados infantiles, va siguiendo mi embarazo con una aplicación de su móvil.

—Hoy él es del tamaño de una uva. O ella —ha anunciado esta mañana—. ¿Cómo crees que será? —me pregunta—. ¿Qué tipo de personita?

—Pues tendremos que esperar para averiguarlo —contesto, pasándole la mano por el hombro.

Conozco el milagro de los niños, recuerdo vivamente los dos embarazos de Layla, y asistí con ella a las clases de preparación al parto, cuando Mac no podía. La sorpresa de conocer a Izzy y luego a Slade, que se parecían a Mac y a Layla, por supuesto, pero que eran ellos mismos, por completo, también. No puedo imaginar cómo será nuestro hijo, cuando llegue.

Se avecinan tiempos difíciles, eso lo sé. Días tan oscuros que supondrá un gran esfuerzo recordar los felices. Y también se avecinan días felices, tan llenos de vida y de alegría que la posibilidad de los días oscuros parecerá distante. Pero, por ahora, solo tenemos el calor de nuestros cuerpos y la profundidad de nuestro nuevo amor, el niño que llevo dentro.

Más tarde Noah duerme, su respiración es profunda y regular. Es una de esas noches en las que el sueño no viene, y lo acepto. En lugar de quejarme, la noche se ha convertido en mi amiga para escribir y pensar. Hay tan pocos espacios silenciosos en este mundo moderno que he aprendido a disfrutar del regalo del insomnio. Por la ventana veo la luna llena, que brilla, de un blanco azulado, por encima de los árboles, envolviendo el mundo en plata.

Cuando miro hacia abajo lo veo a él. El hombre encapuchado. Me espera.

Tranquilamente me visto ante la puerta, salgo al aire helado. En el porche me ato las raquetas de nieve y me meto en la luz de la luna, con mis pisadas crujientes. Él se vuelve y desaparece entre la oscuridad de los árboles.

El dosel de la cama bloquea el brillo de la luna, pero mis ojos se acostumbran rápidamente a la tenue luz ambiental. La forma abultada y oscura se aleja, silenciosa, casi a la deriva, y yo la sigo.

Distante, detrás de mí, oigo la voz de Noah, mi nombre en el aire nocturno. Persigo al hombre encapuchado en la oscuridad, más adentro, hacia el bosque, más lejos de la casa.

Entonces llegamos a un claro y la luz de la luna crea un día de un blanco azulado. Me quedo allí esperando.

Él deja caer la capucha.

Jack.

Qué frágiles somos todos, qué imperfectos, y sin embargo cómo nos amamos los unos a los otros, con qué intensidad. Podemos construirnos una vida y ocuparnos cada uno del otro. Podemos fallarnos los unos a los otros, romper los frágiles corazones del otro. Nos aferramos estrechamente a las historias que nos contamos a nosotros mismos, a los sueños que tenemos de nuestro futuro. Y cuando ocurre lo peor, nos ponemos furiosos. Nos hacemos recriminaciones, somos posesivos. Intentamos conservarlo todo igual, cuando en realidad eso es lo único que no podemos hacer.

—Ojalá hubiésemos tenido más tiempo.

Mi voz es solo un susurro en el viento, y él es solo luces y sombras, los rayos de una estrella lejana muerta hace mucho tiempo. Él se desvanece entre la nieve y los árboles, una chispa de luz de luna en el hielo.

—Poppy...

Noah está detrás de mí, resoplando, cálido. Lo miro y cuando me vuelvo otra vez, Jack ha desaparecido. Noah se acerca más, extiende sus manos y me toca suavemente.

—¿Adónde ibas, Poppy? —me pregunta. Mira detrás de mí, hacia el claro, y luego hacia mí otra vez—. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien —respondo, y lo pienso de verdad.

—¿Andabas sonámbula?

Está sonrojado por el esfuerzo de seguirme por la nieve, en la noche, y su aliento forma unas nubes blancas, mezclándose con el mío.

—No —le contesto—. No estaba dormida.

Estoy presente. Estoy despierta. Estoy viva.

AGRADECIMIENTOS

Todo empieza y termina con mi marido, Jeffrey, y nuestra hija, Ocean Rae. Ellos son los cimientos de mi vida, me mantienen anclada al suelo, amada y amante, riendo, y consciente de cada momento. He dicho muchas veces que donde estoy más a gusto, como en casa, es en el teclado, perdida en mi historia. Pero no es cierto. Estoy mucho más a gusto con mi preciosa y adorable familia, en el mundo inundado de sol que hemos creado juntos.

Gracias a mi agente, Amy Berkower, por su tranquilidad, su sabiduría y su navegación firme por las aguas revueltas del mundo de la edición. Gracias también a Alice Martin y Abigail Barce por su inteligencia, buen humor y sobrenatural habilidad para hacerse cargo del negocio. Writers House es una agencia fabulosa, y me siento muy honrada de que me representen.

¡Qué increíble fortuna es tener una correctora lista, perspicaz, divertida y sabia! Erika Imranyi es todo eso y mucho más. Muchísimas gracias por su increíble trabajo de edición, por ayudarme a encontrar el camino a través de esta historia agitada como un torbellino y por aceptarme a bordo del mundo emocionante y energético de Park Row Books. Estoy muy emocionada por formar parte de un grupo tan fantástico de escritores, apoyados por un equipo tan entusiasta. Hace falta el trabajo de muchas personas para que un libro llegue al mundo: muchísimas gracias a toda esa gente llena de talento y dedicación en los departamentos de arte, marketing, publicidad y ventas.

Gracias a Jay Nolan, fotoperiodista extraordinario, por tomarme algunas fotos increíbles. Hizo que pareciera muchísimo mejor de lo que soy en realidad, y mientras tanto respondió a mis mil preguntas, ofreciéndome datos sobre su profesión y mostrándome una pequeña ventana hacia su mundo.

Continúo inspirada por Carl Jung y sus escritos, sobre todo para esta novela *Presente y futuro*. Además, he encontrado una inspiración tremenda en *Sobre la fotografía*, de Susan Sontag. Su visión de la fotografía y su lugar en el mundo moderno es profundamente relevante, y en algunos aspectos profético, de nuestra experiencia actual, donde narramos a base de fotos, curamos y documentamos todos los detalles minuciosos de nuestra vida. *La cámara lúcida: nota sobre la fotografía*, de Roland Barthes, es el estudio esencial sobre este tema, el papel de la imagen y cómo nos afecta la fotografía. Otros libros que me han informado y me han inspirado durante la escritura de esta novela son *La interpretación de los sueños*, de Sigmund Freud, y *Zen and the Brain: Toward an Understanding of Meditation and Consciousness*, de James H. Austin.

Tengo la inmensa suerte de contar con una heroica red de familiares y amigos. Mis padres, Joseph y Virginia Miscione, y mi hermano Joe son incansables seguidores míos, promotores y colegas. Mi madre es una de mis primeras y más importantes lectoras, junto con mi amiga de siempre, Heather Mikesell. Erin Mitchell es lectora, correctora de pruebas, promotora y amiga. Gracias especiales al eterno apoyo, amor y consejo de mi mentora y queridísima amiga Shaye Areheart.

CONTENIDO

PORTADILLA

DEDICATORIA

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE. Hipnagogia

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

SEGUNDA PARTE. Despierta

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

SEIS MESES DESPUÉS

34

AGRADECIMIENTOS

CONTENIDO

CRÉDITOS

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia y no deben considerarse reales. Cualquier parecido con hechos, localizaciones, organizaciones o personajes, vivos o muertos, es pura coincidencia.

Título original inglés: *Under my Skin*.

Autora: Lisa Unger.

© Lisa Unger, 2018.

© de la traducción: Ana Herrera Ferrer, 2019.

© de esta edición: RBA Libros, S.A., 2019.

Avda. Diagonal, 189 - 08018 Barcelona.

rbalibros.com

Primera edición: noviembre de 2019.

REF.: ODBO642

ISBN: 978-84-9187-537-6

PREIMPRESIÓN · GAMA, SL

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.